



~~12/12~~

18774

Suzo.

BPE Burgos



3424582 26323

1124582

AR

e

L

T

G

R

ARRIBAS

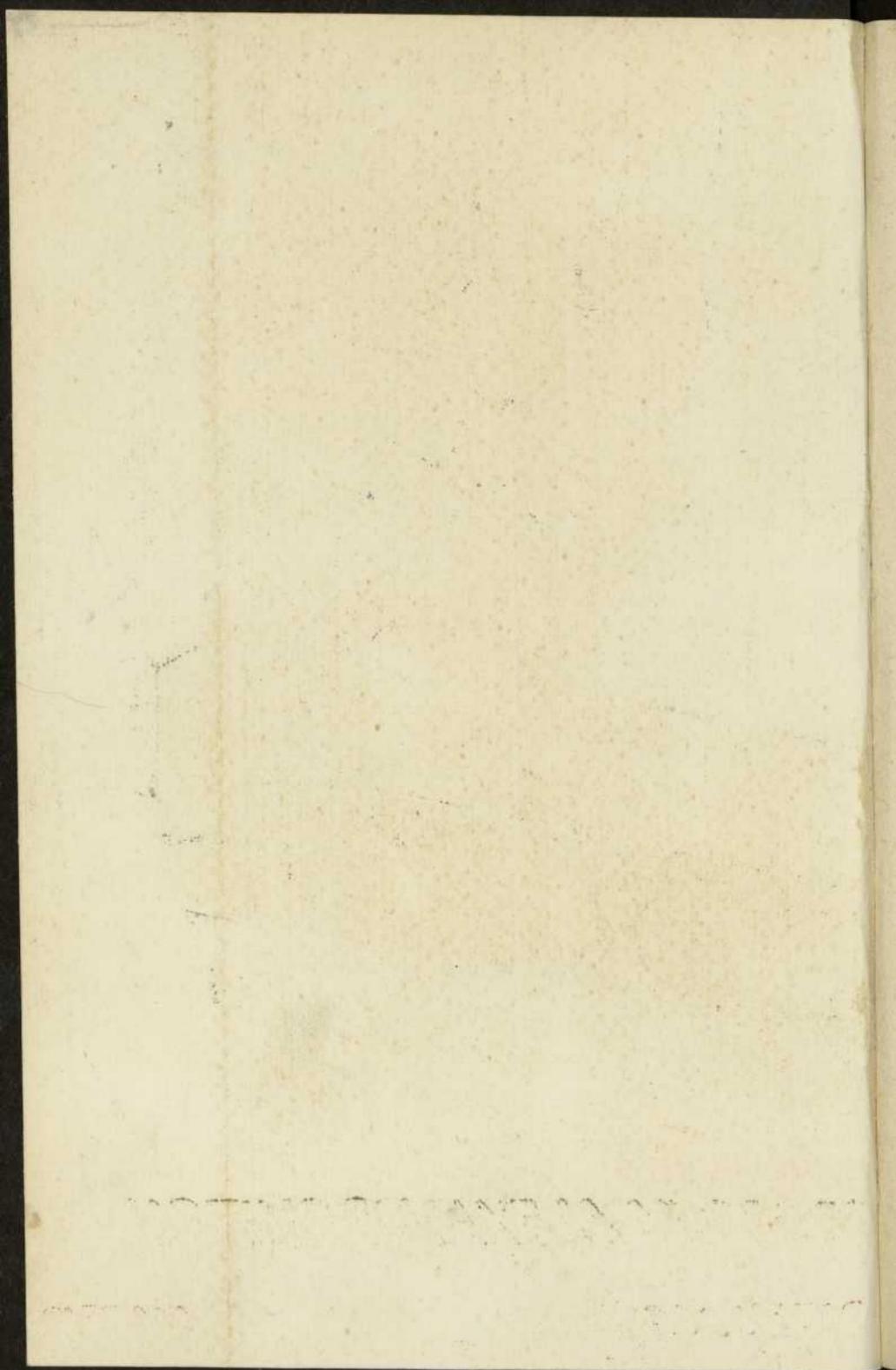


entre
los jefes
bolcheviques

GEORGUY ALEXANDROVITCH

RAZON Y FE

MADRID



ENTRE LOS JEFES BOLCHEVIQUES

Edición original
PARMI LES MAITRES ROUGES
Éditions Spes - 17, Rue Soufflot, Paris (V^o)

¡...ASÍ ES MOSCÚ!

NUEVE AÑOS EN EL PAÍS DE LOS SOVIETS

por

J. DOUILLET

Ex-Cónsul de Bélgica en Rusia, Apoderado por el Pf.
Nansen para el Sudeste de la U. R. S. S., Delegado del
European Student Relief en Rostov-sur-le-Don

Versión española de RAZON Y FE

Tercera edición

Precio, 3 pesetas

Las actuales circunstancias ponen de relieve la suma oportunidad de esta obra como fuente de luz en el tema de que se trata.

Dentro del asunto que le es propio, puede contribuir en gran manera a formar ideas claras y propias en los que la leyeren, con lo que tendrán sólida base de lógica los sentimientos y opiniones en materia tan trascendental.

A manera de propaganda de tales ideas, la Editorial "Razón y Fe" ofrece excepcionales descuentos para los pedidos en cantidad de dicha obra, que las personas amantes del pensar y sentir cristiano, única base del orden y paz social, no deben desaprovechar.

Pedidos desde	100	ejemplares:	2,25	pesetas	ejemplar.
"	"	500	"	1,85	"
"	"	1.000	"	1,50	"

LA TRAYECTORIA DE UNA REVOLUCION

La Revolución francesa vista a través de sus hombres representativos

por **Nicolás González Ruiz**

con un epilogo de

Salvador Minguijón

"Biblioteca Fomento Social"

Volumen en 8.º, 270 páginas. 5 pesetas.

Exclusivas de venta: Ediciones FAX

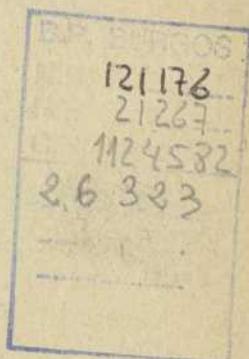
Plaza de Santo Domingo, 14. Apartado 8001. - MADRID

ENTRE LOS JEFES BOLCHEVIQUES

POR

GEORGES SOLOMON

(Georguy Alexandrovitch)



Versión española de
RAZÓN Y FE



Editorial RAZÓN Y FE
Exclusiva de venta: Ediciones FAX
Plaza de Santo Domingo, 14. - Apartado 8001
Madrid

Copyright by Georges Solomon
Madrid - 1931

ES PROPIEDAD

Prólogo del autor a la edición española

Con el mayor placer y la más viva satisfacción he concedido a la Editorial "Razón y Fe" el derecho de publicar en castellano mi libro Entre los jefes bolcheviques. Me enorgullece y me complace que mi modesta pero verídica obra pase a la gloriosa literatura de un pueblo que piadosamente conserva la memoria del gran creador del inmortal y noble Don Quijote. Al par que este noble y genuino caballero español, sin miedo ni tacha, el genio de Miguel de Cervantes ha creado, como antítesis, al mezquino Sancho Panza. En estos dos héroes están retratados dos tipos básicos de la humanidad, dos símbolos: el símbolo de la nobleza de alma, y el símbolo de la trivialidad. Y mientras el mundo exista, vivirán y actuarán estos dos caracteres fundamentales.

No evoco por acaso este manido paralelo. Tiene relación simbólica, muy honda, con los jefes rojos que yo he procurado retratar al natural. Una ojeada retrospectiva a la galería de figuras conservadas en mi memoria, las figuras de los dictadores de mi desdichada patria, me hace pensar con frecuencia que todo el Olimpo soviético, llamado comunista, no representa más que a los Sancho-Panzas triunfantes. El genio español nos ha dado un magnífico símbolo profético de este Olimpo en el capítulo de la obra inmortal, donde nos presenta al goloso y tragón Sancho en su ridículo papel de gobernador. Por desgracia, nuestros Sancho-Panzas rojos gobiernan efectiva y autocráticamente uno de los mayores pueblos de la tierra. Insolentes y embrutecidos hasta la punta de los pelos, atrácanse de los

frutos del pueblo hambriento y se entregan a una danza de caníbales para festejar su victoria sobre el noble Don Quijote, es decir, sobre la grande Rusia.

Lea el lector, por ejemplo, las páginas que en mi libro consagro a Gukovsky y a otros héroes que con todo descaro triunfan, y verá cómo estos mezquinos e insignificantes personajes se beben la sangre del pueblo ruso, afanosos de henchir sus vientres mientras son los dueños de la situación actual. Yo me felicito de que mi libro puedan leerlo en su lengua los españoles que acaban de sacudir el yugo del absolutismo con la dictadura y han comenzado a trazarse un nuevo camino.

Yo saludo con la más viva satisfacción y con las más lisonjeras esperanzas a las Cortes Constituyentes españolas, convocadas sin demora por los miembros del Gobierno provisional, y no puedo menos de pensar con amargura y con ciertos dejos de envidia, en nuestro Gobierno provisorio (los Kerenskys), que encaramados durante veinte meses en el poder, no tuvieron tiempo, o por mejor decir, no quisieron organizar la Asamblea Constituyente. ¡También ese Gobierno lo formaban Sancho-Panzas!

Abrigo la creencia y la esperanza de que mi libro, editado en español, prestará algún servicio a ese pueblo, y que después de conocidos los jefes rojos soviéticos, España verá con claridad la sima a que los comunistas, por fortuna hasta ahora inútilmente, tratan de precipitarla. No cejan de arrojar también entre los españoles las semillas de su perniciosa actividad con la propaganda de esta monstruosa calamidad y degolladero humano, lo cual es el objeto de sus deseos, su profesión de fe.

Yo no dudo de que nuestro pueblo, martirizado, ensangrentado, reducido a la miseria, sacudirá el odioso poder de los vampiros rojos, volverá la hoja histórica de su martirologio y emprenderá la gloriosa ruta hacia los ideales de la humanidad y de la justicia internacional.

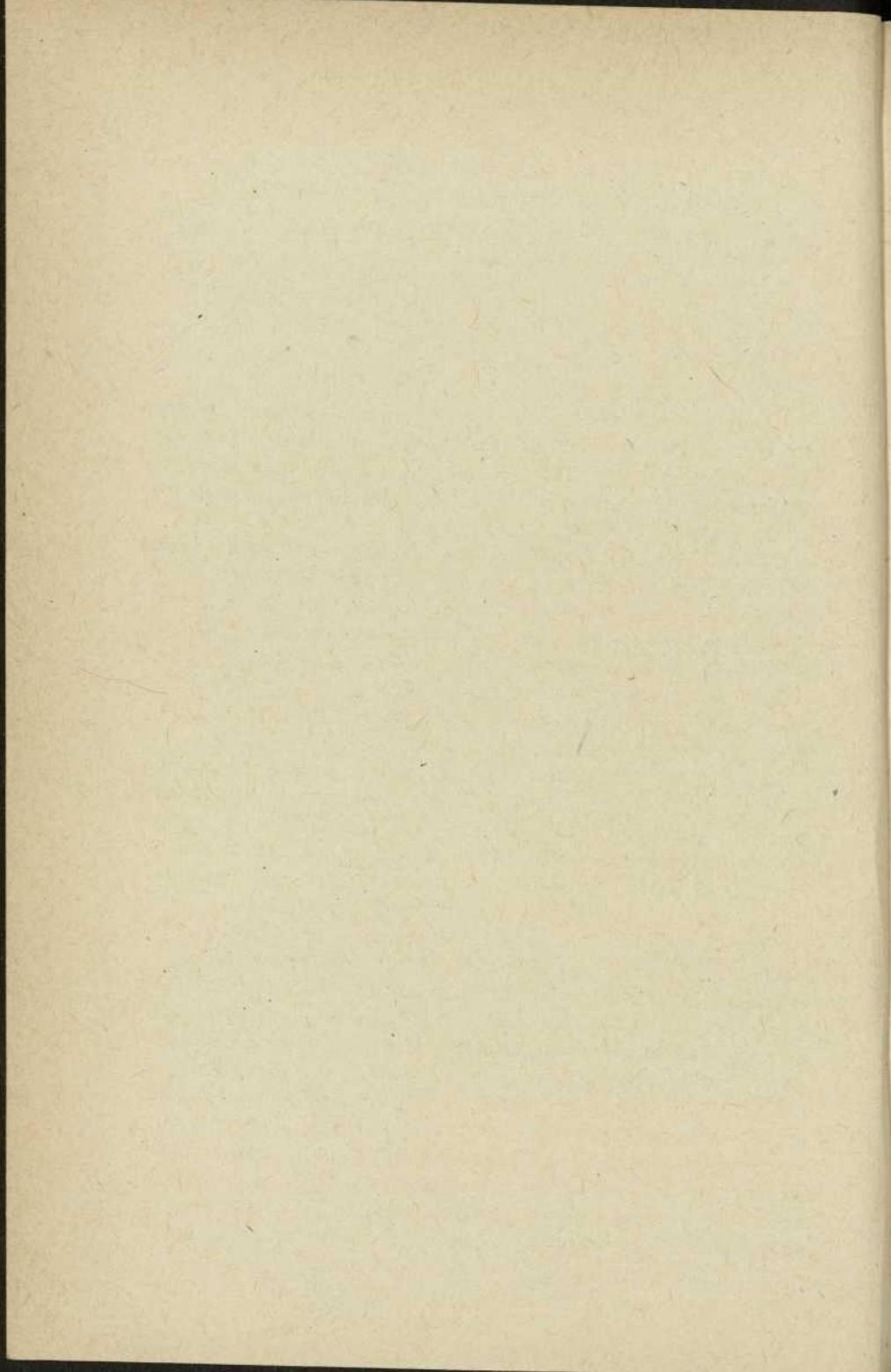
¡Ojalá desaparezcan en el crepúsculo de la Historia estos miserables Sancho-Panzas, devastadores del pueblo

ruso, para que triunfe el valiente y humano Don Quijote!

Y si esta modesta obra puede contribuir en algo, por poco que sea, para que el pueblo español tenga una idea verídica del bolchevismo, para el Autor será su mayor recompensa.

Fiat!

GEORGES SOLOMON



PORTADA

Después de largos años de reflexión, me decido a escribir los recuerdos de mis tiempos de servicios al Gobierno soviético. Pero antes de comenzar el relato, juzgo indispensable anteponerle algunas líneas de carácter general, para que el lector se prepare a lo que ha de seguir.

Todo lo que yo hube de pasar y ver durante mi actividad soviética me torturaba y oprimía sin cesar durante todo el tiempo que a ella estuve dedicado, y me llevó, por fin, a la convicción de que me era imposible soportar más semejante *pesadilla*. El 1.º de agosto de 1923 presenté mi dimisión; pero, al principio, estaba yo muy lejos de soñar en dar al público mis recuerdos; no tenía más que un pensamiento: no estar ya más con ellos, olvidar aquel mal sueño...

A medida que pasaba el tiempo, sentía yo que me alejaba más y más de aquel instante en que, destrozado física y moralmente por todo lo que había vivido, abandoné aquel infierno con una desilusión que crecía incesantemente y que acabó por transformarse en la certeza profunda del gran error que había cometido al ir a engrosar las filas soviéticas.

Y una voz, cada vez más imperiosa, me decía que yo tenía ante mi conciencia y, sobre todo, ante mi patria, el deber de relatar la experiencia que había vivido, el régimen y las ideas que dominaban y continuaban dominando bajo la égida del sistema soviético, que no cesa de oprimir y estrangular cualquier movimiento de vida que aún puede latir en Rusia.

Yo espero que de las páginas que van a seguir podrá deducir el lector que, habiendo yo dejado de servir el sistema bolchevista, no podía menos de albergar en mis entrañas cierto sentimiento de ofensa, de grave injuria inferida a mis mejores aspiraciones, a mi simple dignidad humana. ¿Por qué ocultar la verdad? Al comienzo de mi retiro, no pude menos de expe-

rimentar cierto rencor personal. Fueron precisos luengos años de un trabajo interior de los más arduos, una revisión de mis antiguas ideas, la elaboración de ideas nuevas. Fué necesario que pasara mucho tiempo, antes de que los sucesos por los que yo había pasado y todo lo que yo había sufrido, retrocediesen a distancia suficiente para que los pudiese contemplar "a la luz de la historia" y examinarlos con mayor o menor objetividad, en cuanto ello es posible a un individuo aislado. En una palabra, fué preciso ahogar todo resentimiento personal y mezquino, hasta lograr colocarme, con relación a los sucesos, en el punto de vista histórico.

Al término de esta labor complicada y personal, que me limito a indicar de pasada, llegué a la conclusión de que yo no tenía derecho a callarme. Sólo la conciencia de mi deber cívico ha dictado esta resolución y me he de esforzar, con la mayor sinceridad posible, a no decir más que la verdad desnuda.

Juzgo oportuno añadir que yo he ocupado puestos de la más grave responsabilidad, a saber: ante todo, secretario primero de embajada en Berlín (en tiempo de Joffé); luego, cónsul en Hamburgo (al mismo tiempo que en Stettin y en Lubeck); después, adjunto del Comisario del pueblo para el comercio exterior (Moscú); más tarde, representante oficial del Comisario del pueblo para el comercio exterior en Reval (donde reemplacé al célebre Goukovsky); y, finalmente, director del *Arkos*, en Londres. Como he dicho más arriba, dejé este puesto el 1.º de agosto de 1923, momento en que presenté mi dimisión.

Por consiguiente, he tenido ocasión de ver bastantes cosas. Además he conocido a gran número de bolcheviques eminentes, datando nuestras relaciones del tiempo de las conspiraciones revolucionarias de antaño. Naturalmente que, al evocar unos y otros sucesos, no me será posible dejar de citar ciertos nombres.

En el curso de estas memorias, el lector verá desfilar a Lenin, Krassin, Joffé, Litvinoff, Tchitcherín, Vorovsky, Lonnatchassky, Schlichter, Krestinsky, Karakhan, Zinovief, Balabanova, Kollontai, Kopp, Radek, Elizarof, Klyshko, Bersin, Kviatkovsky, Polovtzeva, Kryssin, etc.

Expondré minuciosamente las razones por las cuales me decidí, a una con mi difunto amigo Krassin (a quien conocí desde mi primera juventud), a entrar al servicio soviético, a pesar de mi poca inclinación a tal servicio; e igualmente he de decir por qué al fin decidí abandonarlo.

INTRODUCCION

Tomé parte activa en la revolución de febrero de 1917. En el mes de mayo del mismo, y por razones personales, marché a Estocolmo, donde me retuvieron las circunstancias bastante tiempo. A fines de octubre de 1917, tuvo lugar el golpe de Estado bolchevique, en el que no tomé parte ni como actor, ni como testigo, puesto que entonces estaba yo en Estocolmo. Allí con bastante frecuencia tropezaba con Vorovsky, que ocupaba el puesto de director de la sucursal en Estocolmo de la Compañía de electricidad "Siemens Schukkert", de la que era director en San Petersburgo el difunto L. B. Krassín. Vorovsky se *mettait en frais pour moi*, explotando con frecuencia mi amistad con Krassín (y de la influencia que hasta cierto punto ejercía sobre este último) para arreglar sus asuntos.

Sobrevino el golpe de Estado bolchevique, y, a los pocos días, Vorovsky, al verse conmigo, me dijo con profunda ironía que podía felicitarle, porque había sido nombrado "Ministro soviético en Suecia". Declaraba que no tenía ninguna confianza en la victoria bolchevique, ni en las capacidades del nuevo poder, y que consideraba todo aquel negocio como una simple aventura, durante la cual los bolcheviques no lograrían más que romperse la crisma. Se burlaba de su propio nombramiento, y para probarme la falta de seriedad que en él había, hizo fijar mi atención en el hecho de que los bolcheviques, habiéndole nombrado Ministro, no se habían acordado de enviarle dinero.

—Una verdadera pantomima—exclamó—, y yo no me presto a ser Ministro de un Gobierno de opereta.

En efecto, continuó al servicio de la "Siemens Schukkert", al mismo tiempo que concedía pasaporte a los que deseaban ir a Rusia. Al cabo de algún tiempo tropecé de nuevo

con él, y con ironía feroz me aseguró que, como era de esperar, la aventura bolchevique tocaba a su fin. ¿Cómo era posible que Lenin—me decía—, ese descastado, ese utopista, pudiera hacer algo positivo?... Claro que logra destruir, lo cual es cosa fácil, pero es incapaz de crear.

Pero dejo a un lado por el momento a Vorovsky, sin perjuicio de ocuparme de él más adelante; porque es él sin duda un representante típico de los hombres soviéticos, que no creen en nada, se burlan de todo, y que, salvo raras excepciones, persiguen sólo fines personales y mezquinos, corriendo en pos de una carrera o del dinero.

Eran oscuros y confusos los rumores que nos llegaban de Rusia, y ello me determinó, a principios de diciembre, a hacerme cargo por mí mismo de lo que allí pasaba, y con el pasaporte que me proporcionó Vorovsky en el bolsillo, me puse en camino para San Petersburgo. Quiso el azar que el director del Banco de Estocolmo, Aschberg, tomase el mismo tren que yo con destino a San Petersburgo. Queriendo asir la ocasión por los pelos, Aschberg llevaba consigo el proyecto de la organización de un Banco cooperativo en San Petersburgo. En el camino me comunicó su proyecto. Y me parecía que la idea cuadraba a maravilla con la situación del momento, a juzgar por las noticias que yo leía en los periódicos.

Llegamos a San Petersburgo hacia las dos de la madrugada. Las calles estaban desiertas y modestamente iluminadas. Algunos pocos transeúntes pasaban rozando medrosos los muros de las casas.

Comencé mi día visitando a Krassín en su oficina.

El me enteró de cosas bien tristes y penosas:

—¿Me pides un resumen de la situación? Se trata, amigo, de una experiencia de socialismo inmediata, es decir, de una utopía llevada hasta la estulticia más extrema. ¡Hazte cuenta que todos ellos se han vuelto locos, sin exceptuar al mismo Lenin! Han olvidado todo lo que los demócratas-sociales enseñaban, todas las leyes de la evolución natural, todos nuestros ataques, nuestras advertencias sobre el peligro de intentar la experiencia socialista en las circunstancias actuales; ¡lo han olvidado todo, todo!

Parecen esos hombres estar dominados de una verdadera locura: lo rompen, lo requisan todo; las mercancías se pudren, la industria en huelga, las fábricas dirigidas por comités de

obreros ignorantes, que, sin entender de nada, se ponen a resolver cuestiones técnicas, económicas... ¿qué sé yo? También en mis fábricas se han constituido comités de obreros. Figúrate que prohíben poner en marcha algunas máquinas, diciendo: "Es inútil, esto irá perfectamente sin eso..." En cuanto a Lenin..., en fin, ya tú le verás. ¡Se ha vuelto imposible en absoluto, vive en perfecto delirio, y qué peligroso! Ya no se trata de una experiencia socialista en Rusia, se trata de la revolución mundial, siempre considerada a través del prisma socialista. Los que le rodean le obedecen a rajatabla, y no osan contradecirle en la menor cosa; en realidad, vivimos bajo un régimen netamente autocrático.

Después de Krassin, fui a ver a uno de mis viejos camaradas y amigos, un "bolchevique clásico" (1), si me es lícito expresarme así, que no había aprobado el "neobolchevismo" o el "leninismo" y que, fiel a sus principios, no había aceptado ningún cargo de los nuevos gobernantes. Por lo mismo, no le he de nombrar, contentándome con señalarle con la letra X. Me recibió con aire melancólico, y me confirmó las palabras de Krassin; pero como era un teórico excelente, desarrolló con amplitud sus proposiciones.

—No soy profeta—me dijo—, pero estoy seguro que han de convertir a Rusia en un país de mendigos, donde vendrá a imperar el capital extranjero...

Mi siguiente entrevista fué con Lenin y con otros antiguos camaradas (como Elizarof, Lonnatcharsky, Schlichter, etc.). Estos encuentros tuvieron lugar en el Instituto Smolny, en donde, en aquella época, tenía su sede el comité de los Comisarios del pueblo.

Saqué de mi conversación con Lenin una impresión de las más penosas. Aquello era, en efecto, un verdadero delirio maximalista.

—Te ruego, Wladimiro Ylyitch—le dije—, que me expliques, como a viejo camarada, lo que aquí pasa. ¿Se trata, en verdad, de una experiencia socialista en el país de la utopía, de una

(1) Empleo este vocablo para designar a los que abrazaron la doctrina bolchevique después de la escisión de Londres, en 1903, cuando surgió la tracción bolchevique del Partido socialdemócrata, y cuando, en realidad, el bolchevismo no se distinguía del menchevismo, sino desde el punto de vista táctico. Krassin y yo nos habíamos adherido a esta tendencia.



experiencia de proporciones colosales? ¡No me doy cuenta de nada!

—Nada de utopías—me replicó muy bruscamente y con tono extremadamente imperioso—; se trata de la creación de un Estado socialista y la Rusia será el primer país que habrá llevado a la práctica este régimen... ¿Te encoges de hombros? Pues aún te espera otra nueva sorpresa... De hecho, no se trata apenas de Rusia, y me c... en ello, querido, pero esto no es más que un paso en el camino de la revolución mundial.

No pude impedir una sonrisa. Y él lanzó entonces sobre mí la mirada oblicua de sus ojos estrechos, de tipo mogol, donde brillaba una diminuta lumbrera salvaje e irónica:

—Te sonríes—me dijo—; tú te figuras que éstas no son más que fantasías estériles. Conozco de antemano todas vuestras objeciones, ese arsenal de futilidades tradicionales, estereotipadas; esos argumentos que se dicen marxistas, pero que, en realidad, no son sino menchevistas y burgueses, y que no os sentís con ánimo suficiente para echarlos a un lado. Por otra parte—añadió interrumpiéndome—, el camarada Vorovsky me ha dado cuenta de vuestras conversaciones de Estocolmo y me ha enterado de que todo esto lo has calificado de pura fantasía (1). No, no, hemos ya franqueado esa fase; todo eso ha quedado ya atrás, porque no es más que fantasía puramente marxista. Lo hemos rechazado como enfermedad infantil, que la sociedad y la clase ha de superar, deshaciéndose de todo eso al divisar en el horizonte una aurora nueva... Y, sobre todo—exclamó gesticulando mucho—, no trates de contradecirme, porque será inútil. Tú y Krassin, mis buenos amigos, con vuestras “etapas sucesivas”, con vuestra “evolución natural”, no llegaréis a convencerme jamás. En adelante, nuestro rumbo es, y será siempre, cada vez más hacia la izquierda.

Pude entonces aprovechar un minuto durante el que calló como ahogado por sus mismas palabras, y me apresuré a intercalar:

—¡Muy bien! Supongamos que lleguéis a alcanzar ese punto de la extrema izquierda..., pero olvidáis la ley de las reacciones, esa ley mecánica, que os obligará a echar máquina atrás... quién sabe dónde.

(1) Recuerdo al lector lo que en Estocolmo me había dicho el mismo Vorovsky.

—Perfectamente, perfectamente—replicó—, supongamos que así sea; pero por lo mismo, eso quiere decir que es necesario ir aún más hacia la izquierda. ¡Un nuevo argumento en mi favor!

Durante esta entrevista hice una alusión a la próxima convocatoria de la Asamblea constituyente. Entornó un poco sus ojos, clavó en mí su mirada maliciosa, y lanzando una especie de silbido de desafío:

—Es un asunto ése del que, por el momento, no quiero hablar...; me contento con decir que vuestro "Outchredilka" (1) es un cuento de hadas, por el que no tenéis por qué preocuparos. En realidad, esa etapa está ya franqueada. Por otra parte, ya veremos...; lo hemos prometido, y, después..., ya veremos, ya veremos... En todo caso, ningún "Outchredilka" del mundo nos forzará a abandonar nuestras posiciones. ¡No!

Nuestra entrevista se prolongó. Y como no tengo el propósito de reproducirla por completo, me he limitado a trazar un esquema:

—Y ahora—terminó Lenin—, Wikitytch y tú, venid a nosotros y marchad con nosotros. Como viejos revolucionarios que somos, no nos cuadra el sentir pavor ante esta experiencia y ante la "ley de las reacciones". Vamos a remover el mundo entero, el proletariado nos sigue—exclamó como si estuviera perorando en un mitin...

Nos separamos. En el Instituto Smolny encontré otros varios camaradas: Lounatcharsky, Elizarof (el marido de la hermana de Lenin), Schlichter, Kollontaï, Boutche, Brouievitch, etcétera. De las conversaciones que sostuve con estos personajes (a excepción de la que tuve con Elizarof) saqué la convicción de que todos, fuesen o no sinceros, habían adoptado invariablemente el santo y seña de la *Rusia socialista*, considerada como base y medio para la preparación de una "revolución socialista mundial". Por lo demás, todos temblaban ante Lenin.

Sólo mi viejo amigo Marco Timofeievitch Elizarof mantenía una actitud independiente.

—Sin duda, Volodia (Lenin) os habrá sobrecogido con su revolución mundial. Al diablo, si alguien puede comprender nada... Ciertamente que es hombre inteligente, pero profiere tales necedades, que lleva la angustia al corazón y lo enferma.

(1) Expresión popular derivada de *Outchreditelnoe Sobranie*, que en ruso significa Asamblea constituyente.

—¿Pero usted, Marcos Timofeievitch, que hace aquí?—le pregunté, sabiendo que es un hombre muy circunspecto y nada amigo de utopías.

—Lo que hay es—me respondió confuso—que Volodia y Ania (su mujer, hermana de Lenin) me han convencido..., mejor dicho, me han violentado... y aquí me tiene Ministro de Vías y Comunicaciones, quiero decir—prosiguió rectificándose—, Comisario del pueblo en Vías y Comunicaciones; pero no vaya a creer que he entrado de buen grado en semejante combinación..., me han forzado. En cuanto a esta *Sovnarkom* (1), con su sueño de la revolución mundial, que lo lleve el diablo...—y dibujó un gesto de risa.

Le hablé entonces del proyecto de Aschberg, resumiendo su esencia en cuatro rasgos.

—¡Ah!, la idea—me replicó—es excelente, ¿pero la comprendemos nosotros? La orden del día, en el momento presente, es la nacionalización general, y le contestarán a usted que no tenemos necesidad de Bancos, y que todos ellos deben ser nacionalizados. Procuré hablar del proyecto a Volodia, pero sin ninguna esperanza de éxito... Todos, incluso Volodia, han perdido la cabeza (2). Es inútil discutir con él, porque corta en seco toda argumentación con una lluvia de ataques injuriosos... y aquí, entre nosotros, a veces sospecho que no está enteramente en sus cabales... Un hombre inteligente no puede menos de comprender lo precario del fundamento de sus ideas, y por eso precisamente se desata en groserías. En una palabra, el caos. Por otra parte, todo el mundo ve claramente que esta aventura está condenada al fracaso más completo, y yo, personalmente, estoy esperando, día por día, el derrumbamiento.

Ese mismo día, Elizarof celebró una conferencia con Lenin, a propósito del proyecto Aschberg. Se esforzó largo rato en persuadirle, pero en vano. Al salir del gabinete de trabajo de Lenin, me dijo con gesto de desaliento:

—Como lo había previsto, ni Volodia ni los otros se han dado cuenta de nada. ¿Qué es eso—me dijeron—de un Banco cooperativo?, ¿para qué abrir de nuevo los puertos a los ca-

(1) Soviet de los Comisarios del pueblo.

(2) En tiempos anteriores estuve yo íntimamente ligado a la familia de Lenin, y, sobre todo, con el difunto Marcos Timofeievitch Elizarof, marido de A. I. Oulianova; cultivábamos relaciones de verdadera amistad y por eso me hablaba con tanta franqueza.

pitalistas, esos tiburones, esos explotadores del proletariado?, y otras lindezas por el estilo: No tenemos necesidad de cooperativas privadas, nosotros mismos somos la cooperativa... Apelé a todos mis recursos para convencer a Volodia, pero se contentó con burlarse de nuestro proyecto: Ya sé—me dijo—, ya sé que es imposible que Solomon deje de acariciar proyectos burgueses, así como su amigo Nikitytch, a quien tanto gusta la especulación...; pero que se vayan al diablo, tanto va del uno al otro.

Hablé también aquel día con Menjinsky, uno de mis antiguos camaradas, adjunto entonces del Comisario del pueblo en Hacienda, puesto, en aquel momento, vacante. Conversé con Menjinsky, pero sus contestaciones me sonaban a majaderías y me parecía deprimido. Después, como quien vuelve sobre sí, me rogó le esperara algunos minutos y fué a ver a Lenin; tuvo una conversación con él y volvió en seguida a verme, para hacerme la siguiente proposición:

—A consecuencia del *sabotaje* administrativo, está actualmente vacante el puesto de director del Banco del Estado. Y he preguntado a Lenin con qué ojos vería vuestro nombramiento para ese cargo. Por supuesto, ha comenzado por gruñir y proferir palabras desabridas contra usted, pero ha terminado por decir que nada tiene que oponer a tal nombramiento, porque está persuadido que llevaréis bien el asunto... ¿Aceptaría usted el cargo?

Cuanto aquellos dos o tres días que había pasado en Petersburgo había tenido ocasión de ver, de tal manera me había aturdido, que la perspectiva de echar sobre mis hombros una tarea tan importante, me sumió en la mayor perplejidad. En efecto, esa labor, no sólo era difícil, sino hasta peligrosa por el caos que reinaba en el seno del nuevo Gobierno; además esas funciones exigían una gran experiencia de que yo carecía. Me decidí por la negativa.

Después de varias entrevistas con otros viejos amigos, salí del Instituto Smolny. Y me encontré en plena calle temerosa y sombría, en donde siempre parecía acechar algún peligro. Todos los almacenes, o casi todos, habían sido requisados. A través de las ventanas veíanse las mercancías ordenadas en los anaqueles. Vigilaban centinelas, mientras los habitantes se veían obligados a comprar bajo capa sus provisiones. Me indignó tamaño absurdo. Al atardecer se veían por muchos sitios fuegos,

hogueras en cuyo derredor se calentaban obreros y marinos armados. Reían, chanceaban, se injuriaban mutuamente. Vagas siluetas erraban, apartadas, lanzando en su derredor miradas temerosas... A ló lejos, por el lado de los suburbios, sonaban sin cesar disparos aislados, salvas, rumores confusos, gritos. El cielo abrasado en fuego. Eran los marinos y soldados entregados al saqueo, que incendiaban las bodegas y los almacenes de vinos, rompían toneles y botellas, bebían vino y lo derramaban por el suelo. De cuando en cuando, las patrullas los rechazaban con las armas, trabándose verdaderas batallas.

Di parte a Krassin de la propuesta que me había hecho Menjinsky, así como de mi negativa.

—Has hecho bien—me replicó—; te exponías a servir de cabeza de turco. Y ¿cómo te las habías de arreglar para entenderte con esa gente? Es el absurdo el que gobierna, y me parece que lo mejor que puedes hacer es volver a Suecia y no comprometerte con este Gobierno.

—Precisamente eso es lo que yo pienso.

—Pues eso, vuelve a Suecia. Tengo el propósito de hacer lo mismo, a fin de vivir en medio de mis parientes (la familia de Krassin se encontraba en Estocolmo). Ya ves que nada hay que hacer aquí. No hay duda que pronto requisarán también la "Siemens Schukkert" y nada me retiene ya aquí. Por lo tanto, iré a Estocolmo, en donde podremos ayudarnos mutuamente para desenredarnos de cuanto aquí pasa. Es imposible que semejante absurdo pueda durar. Todavía han de cometer algunas enormidades y tonterías, y luego, a escape al extranjero, para hacer examen de sus errores, y ponerse de nuevo a estudiar al "padre Marx" y deducir nuevas consecuencias.

Pero, en aquel instante, una idea pasó por su mente.

—Estás ya enterado que el saqueo de los depósitos de vino ha alcanzado proporciones catastróficas, y no me chocaría nada que todo ello terminara en una "pougotchetchina" (1). Estoy pensando, si no debías tú arbitrar algún medio para intentar enviar nuestras reservas de vino, bien hacia Estocolmo, bien hacia otras ciudades extranjeras. Nuestras bodegas y depósitos representan una fortuna inmensa; somos dueños de los cal-

(1) Motin de *Pougatchef*, en tiempo de la Emperatriz Catalina. Se emplea el vocablo aquí para designar un movimiento popular caótico y sangriento.

dos más raros, conservados desde hace cientos de años. Y los soldados y los marinos rompen las botellas, esparcen el vino por el suelo o pegan fuego a bodegas enteras. Y cuando se envían tropas para rechazar a los ladrones, se juntan soldados y ladrones para destruirlo todo...

Después de un cambio de impresiones sobre el asunto, nos resolvimos a someter a Lenín el proyecto siguiente: Krassín y yo tomaríamos el asunto por nuestra cuenta. El en San Petersburgo y yo en Estocolmo. Forjamos el plan completo y aquel mismo día nos fuimos al Instituto Smolny a hablar con Lenín.

Los saqueos y los combates alcanzaban cada vez proporciones más amenazadoras, sin que nada pudiera remediarlo, ni las tropas, ni los oradores especiales que el poder delegaba para calmar al pueblo. Entonces, a consecuencia de estos incidentes, pudimos convencernos en qué grado y cuán fácilmente se dejaban arrastrar del pánico los gobernantes soviéticos. En el Instituto Smolny, todos, aun el mismo Lenín, habían perdido la cabeza. Jamás, durante los largos años que le había conocido, le había visto en semejante estado. Estaba pálido, y surcaban su rostro sacudidas nerviosas.

—¡Ah, brutos!—gritó a quemaropa—, van a ahogar la revolución en vino. Hemos dado orden de fusilar los ladrones sobre el terreno. Pero apenas si nos obedecen... ¡Así son los motines rusos!

Le expusimos nuestro proyecto. Lo aprobó con la más viva satisfacción, diciéndonos que el plan le parecía la solución más feliz de todas las dificultades. En el mismo momento decidió tomar las medidas más draconianas contra los saqueos. Aprobado nuestro proyecto, y después de varios conciliábulos, decidimos que, en el término de dos o tres días, yo saliese para Suecia, donde lanzaría el negocio y donde esperaría la mercancía cuya distribución quedaba a mi cargo. Ibamos a retirarnos, cuando Lenín, levantándose de su sillón, se dirigió a Krassín para decirle:

—A propósito, Leónidas Borissovitch, tengo que hablarte de un asunto.

Me despedí de Lenín, y me dirigí a la puerta, dejando a ambos cara a cara. Al cabo de cinco minutos me alcanzó Krassín, que venía fosco e irritado; nunca le había visto semejante cara. Y al montar en el automóvil, se puso a echar venablos por

aquella boca. Yo no le hice ninguna pregunta; fué él mismo quien se puso a hablar:

—¿Te imaginas para qué me ha detenido? Si supieras la villanía... Me pregunta: "Dime, Leónidas Barissovitich, ¿no crees tú que Solomon es un espía alemán?" Confieso que quedé aturdimado; pero me eché a reír, diciéndole: "Pero... eso es lo mismo que echar un lazo a las piernas de otro..." Ello me recuerda la historia de los vagones precintados (1). "Ah; no—me respondió Lenin—, es una pregunta sencilla que te hago; tengo en mi poder una carta de Vorovsky, carta cuya mayor parte está dedicada a Georguy Alejandrovitich... (el mismo Solomon). Por supuesto, esto sólo para entre nosotros: me dice que es un especulador, y que todas sus conversaciones rezuman simpatía por los alemanes... Esto lo dice él de manera poco explícita, que permite sospecharlo todo. Pero cuidado con indicar nada de esto a Solomon! ¡Qué hombre ese Vorovsky!—exclamó Krassin—, ¡qué villanía! Ajusta antiguas cuentas contigo, porque... Pero ¡que le lleve el diablo!

Durante mi permanencia en San Petersburgo, una y otra vez sin cesar me marearon los nuevos gobernantes con el asunto de mi nombramiento para diversos cargos. Pero, a la verdad, cuanto yo tuve ocasión de ver y oír no me indicaba a aceptar tales ofrecimientos. Todo ello me daba la impresión de algo poco serio, de algo que, de manera extraña, evocaba los centros de la emigración y sus intrigas. En efecto, lejos de inspirarse esos hombres en una política amplia y circunspecta, parecían sólo moverse por comadrerías, querellas personales, etcétera. Además, todo el mundo quemaba incienso ante Lenin, y no sentía el menor deseo de tomar parte en el nuevo Gobierno; por otro lado, aquellos dirigentes ni siquiera tenían la conciencia de ser un Gobierno; sólo eran usurpadores, los amos del momento.

Y no es que ello fuera una opinión mía; otros muchos camaradas, como Krassin y el mismo Elizarof (tan íntimamente unido a Lenin por lazos familiares) pensaban de la misma manera. Elizarof me decía con tristeza:

—¡Contémploslos! ¡Eso es un Gobierno? Más bien parecen

(1) Todo el mundo sabe que, según una versión, Lenin atravesó la Alemania en un vagón precintado, había sido enviado a Rusia por los alemanes, y que recibió por ello una gruesa suma de dinero. Krassin aludió a este incidente.

los protagonitas de un golpe de azar, que se han apoderado de Rusia y no saben qué hacer de ella! ¡Puesto que se trata de destrozar, destrocemos todo! Volodia, además, acaricia la esperanza de hacer fracasar la Asamblea constituyente. No duda de calificar esa Asamblea (sueño de todo revolucionario) de "tontería mística" que hemos dejado atrás. Acuérdesse usted de mis palabras: de una manera o de otra, ellos realizarán su propósito; y la voz del pueblo, ese sueño de nuestra infancia, no se oirá nunca. ¿Quién sabe lo que será de Rusia?... ¡No, yo me voy, y que se vayan al diablo!

Al mismo tiempo me comunicó que sabía por el mismo Lenin que el hombre encargado de enterrar la Asamblea constituyente era un tal Outzky, a quien yo no conocía entonces, pero con el que había de tropezar poco después en circunstancias extremadamente desagradables.

Así, pues, estaba ya resuelto a volver a Estocolmo, para organizar allí, con la aprobación de Lenin, la venta de nuestros depósitos de vino. Tuve ocasión de hablar de este asunto con Lenin por tres veces. Llegamos a un acuerdo en todos los puntos del programa, y al final de la última entrevista, me despedí de él. Era necesario conseguir un pasaporte para el extranjero, y me dirigieron a Ouritzky, que estaba encargado de darlos. Me fui a ver a Bontch-Brouievitch, que era entonces secretario del Sovnarkom, y le rogué me dijera dónde podría encontrar a Ouritzky. Bontch-Brouievitch estaba al tanto de nuestras gestiones para la exportación de nuestros vinos a Suecia.

—Pero ¿se marcha usted de verdad?—me dijo—, ¡qué lástima! Espero que no será por mucho tiempo. No hace bien en rechazar las propuestas que le han hecho. En cuanto a Ouritzky, precisamente está aquí.

Miró en torno suyo:

—Aquí está, que va a conversar con Schlichter. Vamos a él y yo le diré de lo que se trata para que proporcione el pasaporte sin enredos inútiles.

Nos acercamos a un hombre de mediana altura, ojos pequeños y aire displicente.

—Camarada Ouritzky—le dijo Bontch-Brouievitch—, permítidme que os presente al camarada Solomon.

Ouritzky me envolvió en su mirada hostil: —¡Ah, sí, el camarada Solomon! Ya he oído hablar de él—exclamó dirigiéndose con aire descuidado a Bontch-Brouievitch—. Sí, he oído

hablar de él. ¿Habéis venido de Estocolmo?—me preguntó volviéndose a mí.

Bontch-Brouievitch le expuso mi negocio, hizo alusión a la exportación de vinos y a la decisión de Lenín. Impaciente le escuchaba Ouritzky, sin dejar de mirarme con ojos adversos.

—Ya, ya—repetía, animando a Bontch-Brouievitch a continuar—; ya, ya, comprendo.

Y volviéndose de nuevo a mí, me disparó a quemarropa:

—Conozco todos vuestros trucos..., os digo que los conozco, y yo no os daré autorización para salir al extranjero. No os la daré—terminó gritando estentóreamente.

—Pero, ¿cómo así? ¿Que no me vais a dar la autorización?—le pregunté todo sorprendido.

—Pues que no se la doy a usted en absoluto, y se acabó—replicó a voz en grito—. Os conozco demasiado—añadió—para que os dejemos salir de Rusia.

Entablóse entonces entre ambos una viva discusión. Intervino luego Bontch-Brouievitch, que agarró del brazo a Ouritzky, y mientras le llevaba aparte, me dijo, vuelta, la cabeza:

—Dispense, Georguy Alexandrovitch, esto se arreglará en seguida... No es más que una equivocación..., un minuto nada más, para hablar con Ouritzky...

Y trató de llevárselo.

—No hay ninguna equivocación—gritaba Ouritzky, forcejeando con su interlocutor—; os digo que no hay ninguna mala inteligencia..., el camarada Vorovsky ha escrito...

Bontch-Brouievitch logró arrastrarle casi a la fuerza, y se puso a hablarle con fuego.

Yo quedé sumido en la mayor perplejidad, mientras Bontch-Brouievitch se esforzaba por persuadir a Ouritzky. Ambos a dos gesticulaban con violencia. Su entrevista duró largo rato. De repente sentí que la sangre me subía a la cabeza, y acercándome a ellos, con mal reprimida cólera:

—Puesto que, al parecer, se trata de mi persona, os ruego que habléis en mi presencia, y no a mis espaldas—grité—. ¿De qué se trata, camarada Ouritzky?, ¿por qué no queréis darme esa autorización?

—Usted no saldrá de Rusia—gritó con estridencia Ouritzky—y es inútil que el camarada Bontch-Brouievitch se esfuerce en persuadirme.

Y rápido, soltándose de Bontch-Brouievitch, se marchó repitiendo:

—¡Usted no se irá, usted no se irá!...

Revelaba toda esta escena tan incomprensible rencor y obstinación tan salvaje, que pregunté a Bontch-Brouievitch:

—¿Qué hay contra mí?, ¿de qué se trata? ¿De dónde procede ese rencor? ¿Cuál es la intervención de Vorovsky en todo esto? ¿Por qué yo no entiendo nada?

—¡No son más que majaderías!...

Y Bontch-Brouievitch me insinuó que Vorovsky, en una carta privada a Ouritzky, trazaba un retrato poco halagüeño de mi persona.

—¿Pues no tienen más que decírmelo cara a cara?—exclamé, y precipitándome hacia Ouritzky me dirigí a él en tono agrio:

—Tenga la bondad de explicarme inmediatamente por qué me negáis la autorización de abandonar a Rusia. ¡Lo exijo! ¿Me comprende?

Y subrayando sus palabras, me contestó en tono significativo:

—Tengo informes que prueban que estáis trabajando en favor de los alemanes.

Aquí una escena horrible. Perdí totalmente los estribos, y me puse a gritar. A. M. Kollontay, Elizarov, etc. se precipitaron para calmarme: mientras otras personas que presenciaban la discusión, trabajaban por hacer entrar en razón a Ouritzky. En una palabra, nuestra disputa degeneró en un violento incidente.

—Que venga Ilyitch (1), que venga inmediatamente.

La escena que acabo de describir tuvo lugar en un gran salón del Instituto Smolny, vecino a los departamentos donde tenían lugar las sesiones del Sovnarkom, y junto al despacho de trabajo de Lenin. Los camaradas que se movían en mí rededor, trataban de calmarme... Bontch-Brouievitch corrió a ver a Lenin, y le contó cuanto había ocurrido. Se presentó Lenin; y acercándose a mí, me preguntó cuál era la causa de semejante tumulto. Embrollándome e interrumpiéndome, le di cuenta del incidente. Hizo señal a Ouritzky para que se acercara.

—Escuchad, camarada Ouritzky—le dijo—; si tenéis ra-

(1) Lenin.

ziones serias para sospechar del camarada Solomon, razones serias, ¿lo oís?, y no vagas hipótesis, haced el favor de exponerlas. Que no está bien desencadenar una crisis de histerismo por una fruslería. Hablad y el Sovnarkom juzgará. A ver...

—Me fundo—indicó Ouritzky—en la opinión bien precisa y clara de nuestro respetado camarada Vorovsky...

—¿Qué queréis decir con eso?—le interrumpió Lenín—. ¿Qué es eso de las opiniones de "respetados camaradas"? ¡Nosotros exigimos hechos! No es serio eso de difamar por un sí o un no, a un viejo e igualmente respetado camarada. Usted no conoce al camarada Solomon, pero nosotros le conocemos hace ya mucho tiempo. Y ya no puedo detenerme más, pues en este instante se abre la sesión del Sovnarkom.

Y Lenín salió apresuradamente.

Ouritzky, sentado a una mesa, se puso a escribir. Alrededor de ella giraba Brouievitch y le hablaba con calor. Elizarov se acercó a mí, tratando de quietarme.

—No os inquietéis, Georguy Alejandrovitch—me dijo—. A la verdad, no merece la pena. Ouritzky está dominado, como veis, de una verdadera manía y anda a caza de secretos, huroneando a diestro y siniestro...

—Pero esto, Marc Timofeievitch—le contesté—es verdaderamente repugnante..., sospechas absurdas..., alusiones..., voy a pedir que se abra una investigación, para que esta atmósfera tan equívoca se acabe de disipar...

Mientras tanto, Ouritzky había acabado de escribir; y puso la hoja en manos de Bontch-Brouievitch; éste pasó los ojos por ella, alzando los hombros; y de nuevo comenzó a exhortar a Ouritzky, que parecía rechazar con violencia sus argumentos. Finalmente, Bontch-Brouievitch dibujó un gesto de cansancio, y llevándose la hoja, se dirigió al salón de reuniones del Sovnarkom.

Abrióse la sesión, y Ouritzky, agitadísimo, corría de aquí para allá, acercándose ya a unos, ya a otros, hablando con sus colegas, gesticulando y lanzándome miradas significativas. Pasó algún tiempo y vi después a Elizarov, que salía del salón acompañado de un hombre de elevada estatura y cabello gris. Los dos se acercaron a mí.

—Pues bien, Georguy Alejandrovitch, El Sovnarkom ha examinado las declaraciones del camarada Ouritzky, y ha decidido que no ha lugar a ocuparse del asunto...; pero si que-

réis insistir, aquí os presento al camarada Stoutchko (señalando a su compañero), que es el encargado de oír vuestras explicaciones.

A su vez, Stoutchko se puso también a hablar. Me pidió que le expusiera el asunto. Le contesté que la cosa era muy sencilla:

—A consecuencia de ciertas sospechas, cuyo alcance yo desconozco, se me ha negado la autorización de marcharme al extranjero...

Después de entrevistarse conmigo, Stoutchko y Elizarof volvieron al salón de sesiones, diciéndome que ellos presentarían un informe al Sovnarkom.

Pasó un tiempo bastante largo antes de que volvieran.

—Escuchaz, Georguy Alejandrovitch—comenzó diciendo Elizarof—, el camarada Stoutchko ha presentado su informe y el Sovnarkom ha resuelto, que no existe ninguna razón plausible para negaros la autorización para marcharos al extranjero. Se obliga Ouritzky a que os extienda un pasaporte... Por lo demás, no os preocupéis de este asunto, porque no se trata sino de intrigas de bajo vuelo...

Hizo después una señal a Ouritzky para que se aproximara y le transmitió la resolución del Sovnarkom. El asunto había concluído. Con el pasaporte en la mano y terminando rápidamente mis preparativos, salí para Estocolmo, tomando la ruta de Finlandia, vía Torneo y Haparanda...

He de confesar que solamente en Torneo, cuando ya me encontré instalado en el trineo que debía llevarme a Suecia, en la estación de Haparanda (en aquella época no había todavía comunicación ferroviaria), sólo entonces recobré mi serenidad. Mientras estuve en territorio finlandés, que todavía estaba en poder de los bolcheviques, a cada momento temía que un despacho telegráfico me detuviera en el camino, obligándome a volver atrás.

Al cabo de dos o tres días, y después de haber descansado de mi viaje, fuí a ver a Vorovsky para comunicarle la decisión tomada en San Petersburgo sobre la venta de vinos que debía hacerse en Suecia por mi mediación. A juzgar por las apariencias, quedó desagradablemente sorprendido al verme llegar salvo y sano de mi expedición, pero, como de costumbre, hizo ademán de recibirme amigablemente:

—¡Hola!, ¿conque ya estamos aquí?—me dijo—. ¿Habéis hecho bien el viaje?... ¿y de noticias?...

—Pues ya lo veis—le respondí secamente—; a pesar de todo, he podido volver... Ahora vea usted de lo que se trata...

Y le expuse el proyecto de exportación de los viejos vinos, que habíamos elaborado. Esta noticia le contrarió vivamente, y sin disimular más tiempo su antipatía, me dijo:

—Todo eso está bien; pero, ¿por qué razón han confiado a usted y a Krassín este negocio? Según mis noticias, el representante oficial de la U. R. S. S. en Suecia soy yo...; lo natural hubiera sido que me hubiesen encargado a mí esa empresa..., que me hubiesen confiado su organización...; pero, en fin, si tal es la voluntad de mis jefes, no hay más que inclinar la cabeza...

—De ninguna manera—le repliqué—; os ruego que os encarguéis de esta empresa. Señún las intrucciones de Lenín, yo os he transmitido la decisión y el proyecto de venta, pero no tengo empeño ninguno de usurpar vuestras prerrogativas...

Naturalmente, me faltó tiempo para comunicar a Krassín mi conversación con Vorovsky y le anuncié, al mismo tiempo, que yo abandonaba el asunto, rogándole comunicara todos estos hechos a Lenín.

Pasados dos meses, poco más o menos, Krassín se presentó en Estocolmo. Casi todos los días nos veíamos para comunicarnos nuestras inquietudes con relación a Rusia; cambiábamos impresiones e ideas. Me comunicó con todo detalle la disolución de la Asamblea constituyente. Como se habrá dado cuenta el lector, mis impresiones eran cada vez más sombrías, y la opinión de Krassín, sobre el presente y el porvenir en Rusia, no era más halagüeña.

Claramente comprendíamos que el nuevo régimen había introducido una serie de medidas absurdas, destruyendo fuerzas técnicas, desmoralizando los expertos técnicos y sustituyéndolos por comisiones obreras. En el mejor de los casos y con la mejor voluntad del mundo, esos comités apenas sabrían desenvolverse en medio de problemas para ellos completamente desconocidos. De la misma manera, caíamos perfectamente en la cuenta de la locura de pretender aniquilar a la burguesía. Comparábamos esta burguesía con la de la Europa occidental, y comprendíamos que la nuestra era todavía muy joven, puesto que apenas había comenzado a desenvolverse. Según una ley

social histórica, esta burguesía estaba aún destinada a aportar muchos elementos positivos y a influir todavía por mucho tiempo, en forma beneficiosa, en la vida, a la que ella debía llevar sus entusiasmos. En una palabra, esta clase, lo mismo en Europa que entre nosotros, y en todo el universo mundo, estaba destinada a cumplir su misión histórica y civilizadora y a impulsar el progreso, mejorando la existencia humana y llevándola por las vías de una amplia libertad. Sin dejar de ser marxistas, no podíamos dejar de hacer justicia a la burguesía, ni dejar de defender sus derechos a la existencia, en tanto que ella conservara en su seno fuerzas creadoras y no hubiese acabado de recorrer el camino que la Historia le había trazado.

A pesar de todo, nosotros debíamos considerar la actualidad rusa en el sentido más amplio de la palabra, una actualidad que no quería conservar el menor recuerdo del pasado al cual estaba unida, puesto que todo lo había olvidado y estaba dispuesta a deshacerlo y destruirlo todo.

Y ¿cuánto tiempo podía durar todo aquello?

—Al principio—me dijo Krassin—, cuando viniste a Petrogrado, pensaba yo que este régimen había de ser precario. Confíaba yo, entonces, todavía en la energía de la población, que sentía verdadera repugnancia a los bolcheviques; creía yo que todavía no había perdido sus ansias de lucha... Pero la mala partida jugada a la Asamblea Constituyente, esa disolución que no ha provocado la menor protesta de los demócratas, que tragarón la amarga píldora con suma indiferencia, me ha hecho dudar bastante. Se han apoderado de todo, despilfarran neciamente las reservas amontonadas por el antiguo régimen, y nadie puede conjeturar si este sombrío caos ha de durar todavía dos, tres años, mientras duren las reservas antiguas, mientras sea posible requisar el pan, el dinero, los productos manufacturados y hacer que marche, bien que mal, la industria. En una palabra, yo no preveo un fin próximo...

De esta manera conversábamos frecuentemente con Krassin, sin llegar nunca a establecer pronósticos definitivos. Sin embargo, la vida no se detenía, sino que avanzaba a toda marcha... Entró en vigor la paz de Brest-Litovsk y la embajada soviética, con Joffé al frente, salió para Berlín...

Y he aquí que, gradualmente y sin saber cómo, se operó un cambio en nuestros razonamientos y en nuestra manera de apreciar la situación. Nos preguntábamos si teníamos derecho

a permanecer apartados, aun frente a las condiciones meramente negativas que acabo de enumerar. ¿No debíamos nosotros, por el interés mismo del pueblo al que queríamos servir, poner a disposición de los Soviets nuestros esfuerzos, nuestra experiencia, a fin de llevar, en lo posible, a esta empresa elementos de salvación? ¿No había de ser posible luchar contra esta política de destrucción general, nota característica de la actividad bolchevique, y de influir con ellos para que no cometiesen nuevas locuras? Contábamos con muchas relaciones, teníamos experiencia. Nos parecía que, al menos, podríamos nosotros luchar contra la destrucción de riquezas técnicas, y contribuir a su resurgimiento. Podríamos igualmente oponernos a la destrucción total de la burguesía, de esa burguesía que era, nosotros por lo menos no lo dudábamos, prematuro enterrar (1).

Esperábamos que en el curso de su experiencia de gobernantes, llegarían los mismos bolcheviques a comprender los problemas que les salían al paso y que se verían obligados a renunciar a su empresa utópica. Pensábamos que al entablar de nuevo relaciones normales con el Occidente—relaciones políticas, económicas y comerciales—, se verían forzados nuestros gobernantes a seguir el mismo ritmo de las demás naciones y que, por el hecho mismo, la tendencia hacia un comunismo directo e inmediato, comenzaría a decrecer y acabaría por desvanecerse por completo. Estábamos persuadidos que los hombres que estaban en el poder, esos hombres que nosotros conocíamos tan de cerca y que tanto se habían distinguido por su desinterés en el curso de nuestras tareas revolucionarias comunes, por su amor al pueblo y por el deseo de sacrificarse en aras de un ideal político y económico; que a esos hombres, digo, que habían asumido sobre sí una responsabilidad tan tremenda, la misma vida les obligaría a reconocer la gravedad de su misión. Al fin de cuentas, no podían dejar de ser un Gobierno popular al servicio de las aspiraciones de las masas rusas, de su ideal, de sus ansias económicas...

Como consecuencia de estos nuevos razonamientos, Krassin y yo tomamos la resolución de ponernos al servicio de los so-

(1) Con el sólo fin de ser sistemático, debo hacer alusión a la NEP, o sea, la Nueva Política Económica. En el momento de su implantación tuvo la burguesía la ocasión de probar sus fuerzas, su espíritu de resistencia y su vitalidad. Me permito añadir que en esta nueva política proclamada por Lenin, tuvo parte muy considerable Krassin.

viets. Según nuestro plan, Krassín se pondría primero en camino para preparar el terreno y en seguida me llamaría a mí. Poco después salía hacia Berlín para ofrecer su concurso a Joffé, pero sin aceptar ningún cargo oficial. Hacia fines de junio me invitaron Krassín y Joffé a aceptar el puesto de primer secretario de Embajada. Me escribió Krassín que, a consecuencia del personal heterogéneo de la Embajada, servida por hombres sin experiencia, reinaba un gran desorden en la expedición de los negocios, la contabilidad y la gestión, y que había de tomar a mi cargo una labor de las más delicadas. Pero si los empleados carecían de experiencia, en cambio su propia seguridad y sus ambiciones no reconocían límites, y la parte propiamente diplomática no dejaba menos que desear en todo lo demás. En una palabra, Krassín me llamaba con gran insistencia, elogian-
do las grandes cualidades de Joffé, a quien yo no conocía, ase-
gurándome que me había de entender perfectamente con él...

Acepté su ofrecimiento.

PRIMERA PARTE

Mis servicios en Alemania

I

A principios de julio de 1918, avanzada ya la tarde, llegué a Berlín.

Al día siguiente por la mañana me presente en la Embajada, sita en el número 7, Unter den Linden. Allí me recibió una personita morena y fea, de unos diez y ocho años, vestida de blanco:

—¡Ah, camarada Solomón!—exclamó al verme—; ¡qué satisfacción la mía al conoceros!... Os esperábamos con impaciencia... El camarada Krassín nos había hablado mucho de usted...

—Buenos días, camarada, ¿a quién tengo el gusto de hablar?

—Soy la secretaria particular del camarada Embajador, María Mikhailovna Hirschfeld—respondió ella, recalcando con toda intención el carácter de sus funciones—: precisamente soy yo a quien el camarada Joffé encargó escribir para proponeros el puesto de primer secretario.

—Muy agradecido... ¿Podría ver al camarada Joffé?

—Vamos al comedor. Precisamente allí está el camarada Joffé..., íbamos a tomar el café.

Y me hizo subir al primer piso.

Joffé era un hombre de altura y edad medias y de rostro extremadamente inteligente y expresivo, un tipo marcadamente semita. Una barba repeinada, bastante larga, encuadraba su rostro de grandes y hermosos ojos, en los que brillaba su inteligencia, su bondad y su malicia. Me acogió con verdadera cordialidad y añadió al punto:

—Sentiréis, sin duda, prisa de ver a Leónidas Borissovitche Krassín... Os está esperando con gran impaciencia y le voy a

llamar en seguida...—y volviéndose hacia su secretaria—: María Mikhalovna, tenga usted la bondad de rogar a Leónidas Borissovitch que venga. Le dice usted que Georguy Alejandrovitch está aquí.

Estaba a punto de levantarse, cuando, pensándolo mejor, apretó el botón de un timbre eléctrico:

—Voy a mandar llamarle por medio de Tania...

Entró en el comedor otra muchacha joven. Y María Mikhailovna me la señaló:

—Permítame que se la presente... Es la doncella del camarada Embajador, la camarada Tania.

Estreché la mano a la camarada Tania, y María Mikhailovna la rogó que fuese en busca de Krassín, quien, acababa yo de saberlo, se hospedaba en la Embajada.

Apareció, por fin, Krassín y nos enredamos en la conversación sobre los asuntos corrientes. Krassín y Joffé me dijeron que contaban conmigo para reorganizar la Cancillería, que se encontraba en un estado caótico; y me lo probaron con ejemplos. María Mikhailovna, que permanecía con nosotros, no cesaba de mezclarse en la conversación, interrumpiendo a todo el mundo con el mayor desenfado y haciendo reflexiones, con frecuencia extremadamente candidas, que Joffé aceptaba con una especie de indulgencia paternal. También fué invitado a asistir a nuestra conferencia mi viejo camarada Viatcheslave Roudolphovitch Menjinsky, jefe actualmente de la Guépéu. También él se hospedaba en la Embajada y ejercía las funciones de Cónsul general en Berlín.

Durante toda esta entrevista me di cuenta de lo extremadamente numeroso que era el personal de la Embajada, personal compuesto de hombres que no tenían la menor idea de su oficio.

Joffé me dijo:

—Os he de rogar que pongáis en orden todo esto y que nos expliquéis lo que hay que hacer y cómo hay que hacerlo.

—Pero ¿y no irá a chocar con... el amor propio herido?—le repliqué—. Mis innovaciones temo mucho que originen intrigas...

Tanto Joffé como Krassín y Menjinsky se esforzaron por persuadirme que no ocurriría nada de eso. Todos me prometieron su apoyo, y de una manera particular Joffé me dijo que, ignorando él mismo la estructura del aparato burocrático, me

daba carta blanca para introducir todas las innovaciones que juzgase oportunas.

—Sí, carta blanca, carta blanca—confirmó María Mikhailovna con toda desenvoltura.

Después nos fuimos los tres a la Cancillería, donde Joffé, seguido de la indispensable María Mikhailovna, me presentó todo el personal y sobre todo al segundo y tercer secretario, los camaradas Jakoubovitch y Lorentz, actualmente Embajador de los Soviets en Riga.

La visita más larga la dedicamos a la Caja, donde nos entrevistamos con el cajero, el camarada Lextón Sairio. Algunas preguntas que le hice sobre el manejo de la Caja, me probaron que aquel hombre no tenía la menor idea de lo que deben ser las funciones de un cajero de una institución pública o social. Es verdad que se trataba de un hombre de una honradez cabal (lo puedo afirmar apoyándome en mis ulteriores relaciones con él), pero que no entendía nada, y cuyo espíritu obtuso jamás podía caer en la cuenta de la índole de sus deberes. Partía del supuesto de que mientras no cometiese un robo, nadie tenía derecho a pedirle cuentas.

Comenzó por declararnos que la Caja se encontraba en orden perfecto y que contenía todas las sumas que debía contener. Para terminar, contestando a una reflexión de Krassín, declaró:

—Jamás permitiré a nadie que se mezcle en los asuntos de la Caja, ni dejaré que nadie se acerque a ella para meter la mano, aunque ese tal fuese el Secretario primero... ¡Llevo siempre el revólver en el bolsillo!...

—Pero, escucha, camarada Sairio—interrumpió Joffé—, ¿te opondrás también a que yo me acerque a la Caja, si juzgase oportuno hacer una revisión?

El letón comenzó entonces a tartamudear y a titubear:

—Usted, usted..., usted es mi jefe..., eso ya es otra cosa...

—Perfectamente, ¿y si yo delegase mis poderes al camarada Solomón?

A estas palabras, lanzóme Sairio una mirada feroz, y dijo con brusquedad:

—¡Pues no lo permitiré, aquí no hay delegados!...

Sin duda ignoraba aquel hombre el alcance de la expresión *delegar los poderes*, y Joffé se puso, en tono bastante pedante, a darle explicaciones y a aportar pruebas. La tarea era des-

agradable. Estábamos todos sudando. Parecía imposible desalojar de sus posiciones al camarada Saírio, que repetía con obstinación:

—No dejaré a nadie que se acerque a la Caja.

Otra vez más tuvo que intervenir Joffé, al que siguieron Krassín y Menjinsky, esforzándose todos en sacar al letón de su craso error. Pero nada conseguían.

—Está visto—dijo Krassín—que nada podremos obtener por este medio. Dejemos este asunto a la influencia pedagógica del camarada Solomón, quien, con el tiempo, llegará a probarle la verdad y a convencerle.

Fué menester, por consiguiente, dejar por el momento al camarada Saírio; nada menos que una hora habíamos empleado en intentar convencerle, sin obtener el menor resultado. Seguimos nuestra inspección.

—¡Ahí tienes un verdadero tipo—dijo Krassín dirigiéndose a mí—y donde probar tu habilidad...

—No os inquietéis—dijo entonces Joffé con aire pacífico—; yo le hablaré y acabaré con su resistencia.

Debo añadir que la señora que ocupaba el puesto de contable tenía una idea no menos vaga de sus funciones. Me bastó cruzar unas palabras con ella para convencerme de que también tendría que ejercer con ella mi *influencia pedagógica*.

Llegamos entonces a las oficinas del Consulado general, donde Menjinsky me presentó a sus colaboradores. Entre éstos he de citar al Vicecónsul G.-A. Voronof, y al camarada Landau, secretario del Consulado.

También entonces tuve ocasión de conocer a numerosos colaboradores de la oficina de la Prensa, dirigida por el joven camarada Rozenberg; este último estaba al frente de una veintena de empleados, la mayor parte de ellos "espartaquistas" alemanes.

Esta oficina de la Prensa tenía la misión de redactar boletines que divulgaban todas las noticias de Rusia y del extranjero.

Durante esta primera visita tuve ocasión de examinar todos los departamentos de la Embajada, sin exceptuar las habitaciones privadas, ocupadas por los colaboradores, y su comedor común, donde, por una pequeña cantidad, se les servía el café de la mañana, el almuerzo y la comida.

Cambiando impresiones volvimos al comedor de Joffé, y el

embajador me propuso entonces que tomase parte en las conversaciones con los alemanes, relativas a las sumas de compensación que debía entregar Rusia, según las cláusulas del Tratado de Brest-Litovsk. En nombre de Rusia, intervenían en estos preliminares Krassín, Menjinsky, Larín y Sokolnikof. Hacía tres semanas que estaban discutiendo. Yo rogué que me dispensaran de participar en esas transacciones que desconocía por completo y cuyo estudio me había de robar mucho tiempo. Puse por pretexto la tarea difícil y urgente que se me había encomendado de poner en orden la Embajada. Este trabajo requería mucho tiempo; tanto más cuanto que Joffé me había rogado que asumiese también las funciones de gerente y de economo.

Durante esta primera inspección me señalaron la habitación que yo debía ocupar con mi mujer. Hube de contentarme con los aposentos del tercer piso, en una de las alas de la Embajada, porque los mejores departamentos habían sido ya ocupados por los camaradas que habían llegado antes que yo, y por nada del mundo quería yo ocasionar trastornos, mudanzas, etcétera

Como más tarde pude enterarme, *la ocupación* había tenido lugar en el mayor desorden y había constituido una especie de *raid*... Cada uno se apoderaba de la habitación que más le agradaba, y la amueblaba con muebles cogidos a sus colegas, mezclando épocas y estilos, desemparejando conjuntos artísticos, colgaduras... Ya se sabe que la Embajada de Rusia en Berlín es un palacio que en tiempos anteriores perteneció a un Kurfurst, que lo vendió a Rusia. Estaba la casa llena de muebles raros, dignos de un museo, tapices preciosos, Gobelins históricos, cuadros de grandes maestros... Todo ello fué llevado de un sitio a otro, según el capricho de los camaradas. Y como no tenían la menor idea del valor de tales objetos, arrastraban bárbaramente esos tesoros que formaban parte del patrimonio

Entré en funciones el mismo día de mi llegada y, algunos días más tarde, me instalé en la Embajada. Ocupé, en el piso ruso.

II

Tales fueron mis principios en la Embajada soviética en Berlín.

bajo, un gabinete de trabajo inmenso y lujoso, cuyas ventanas daban a Unter den Linden.

Como ya lo hice notar en el capítulo primero, un examen rápido del estado de los asuntos de la Embajada había producido en mí un efecto deplorable. Por todas partes reinaba la anarquía, que se hacía cada vez más palpable a medida que iba estudiando la situación general. Sin entrar en los detalles del trabajo de cancillería, he de abordar el asunto de una manera general, porque, en realidad, el fenómeno que voy a describir era, y sigue siendo todavía, característico del régimen soviético. En efecto; este fenómeno explica por qué todas las instituciones soviéticas, tanto en Rusia como en el extranjero, están sobrecargadas de un aparato burocrático demasíadamente denso y que no responde a ninguna necesidad real: demasiados empleados, que ignoran absolutamente su oficio, que se agitan sin ritmo ni razón, embarullando todos los negocios; nuevos funcionarios se designan para poner orden en este caos, y vuelven éstos a embrollar más los asuntos, y así indefinidamente.

Ante todo procuré conocer la organización de la Caja; por qué orden, o, mejor dicho, por qué desorden se regía. Al día siguiente de mi primera visita, con la sonrisa en los labios, pregunté a Joffé si podía intentar una revisión de la Caja, dar instrucciones al cajero, sin temer demasiado el revólver con el cual me había amenazado.

—¡Animo, Georguy Alejandrovitch!—me respondió Joffé riendo—: he tenido ya una conversación con el camarada Sairio, al cual le he hecho comprender que erais un antiguo camarada, y, al fin, ha reconocido que tenéis derecho a saber lo que pasa en la Caja.

En vista de esta explicación, llamé a Sairio a mi despacho. Y aunque en su rostro se reflejaba la misma terquedad obtusa e inflexible, pude comprender que la conversación con Joffé había hecho su efecto. El cajero había perdido un poco de su aplomo. Le hice sentarse, y le dirigí un discursito elemental en el que traté de hacerle comprender lo que yo esperaba de él, es decir, de un camarada que tenía a su cargo una misión tan importante.

Es necesario hacer notar de antemano que Joffé, juzgando con razón que era muy inestable la situación del Embajador soviético en Alemania, consideraba oportuno conservar todos los fondos en numerario, con el fin de disponer de ellos en cual-

quier momento. Por lo mismo no acudía a los Bancos y conservaba todos esos fondos, en un cofre fuerte de acero, en el mismo edificio de la Embajada. Parecía que estábamos en una estación, y algunos miembros de la Embajada guardaban todas sus cosas en sus maletas.

Yo había procurado apoyar mis razonamientos con Saírio sobre un terreno estable, y había tratado todas las cuestiones puesta la mira en una organización duradera y no en un espíritu de pánico y de retirada precipitada. Creo que conseguí calmar al obtuso letón, y, al fin de nuestra entrevista, pasó por sus labios una sonrisa. Pero cuando le abordé la cuestión de los ingresos y de los gastos, me di cuenta de que se trataba de un verdadero desbarajuste y conocí algunos casos que me parecieron absolutamente inadmisibles.

—Dígame usted, camarada Saírio—le pregunté—, ¿qué instrucciones recibís para efectuar tal o cual pago?

Y nos dirigimos al departamento donde se encontraba la caja fuerte. La abrió, y llamó mi atención sobre el hecho de que los billetes de Banco se conservaban perfectamente ordenados, lo cual permitía que, en caso de necesidad, se les pudiese meter instantáneamente en una maleta. La Caja contenía, en distintas monedas, alrededor de tres a cuatro millones de marcos alemanes. Después me enseñó los *documentos justificativos*, es decir las órdenes de pago. Era una colección de pedazos de papel y notas escritas apresuradamente por diferentes personas. Voy a citar de memoria algunos casos curiosos de órdenes: "Al camarada Saírio: Haced el favor de entregar tal suma al portador de este billete (sin indicación del portador, del objeto del pago, ni de la fecha). Firmado: A. Joffé." "Camarada Saírio, os ruego que enviéis tal suma a la camarada Tania (doncella del Embajador). Firmado: La Secretaria privada del Embajador, M. Hirschfeld." "Camarada Saírio, haced el favor de enviarme mil marcos, los necesito urgentemente. Firmado: Mertha Joffé (mujer del Embajador)." Encontré billetes semejantes firmados por los dos secretarios. Había un gran número de facturas de modistas y de costureras, a nombre de M. M. Hirschfeld, de la mujer de Joffé, y de otras personas, facturas que arrojaban una cantidad respetable y que llevaban la siguiente inscripción: "Ruego al camarada S. que pague. Firmado: M. Hirschfeld, A. Joffé, y B. Joffé..." Encontré también las facturas de un picadero por tantas horas de

entrenamiento o de alquiler de caballos a nombre de M. Hirschfeld (que recibía lecciones de equitación). Era evidente que esas personas consideraban los fondos de la Embajada como un depósito personal de donde podían sacar a su capricho y sin rendir cuentas a nadie...

No es necesario decir que yo nada opuse a Saírio cuando, después de haberme presentado esos documentos, volvió a afirmar de nuevo el orden perfecto en que se hallaba la Caja... Por otra parte, juzgo yo que el camarada Saírio, testarudo, de mediocre inteligencia, pero perfectamente honrado, tenía razón: él entregaba esas sumas, a veces muy elevadas, por orden de sus jefes, o de otras personas que tenían plenos poderes. Por supuesto, en ninguno de esos documentos existía ninguna señal que pudiera demostrar que hubiesen pasado por el Registro de la contabilidad de la Embajada.

Hube de persuadir a Saírio de la necesidad de hacer pasar todos esos documentos por la contabilidad, ya se tratase de ingresos, ya de gastos, antes que se efectuasen dichas operaciones; le expliqué que el contable los debe refrendar, etc. (pero no voy a entrar en detalles fastidiosos).

Luchando con una verdadera red de equívocos y gastando en desenredarlos un tiempo precioso, llevaba adelante mi reforma. Por fin, redacté un Estatuto de la Caja, de la contabilidad y de su interdependencia. Hice imprimir formularios que podían servir de órdenes, estados de ingresos y de gastos; en una palabra, implanté el régimen que en todas las instituciones públicas y sociales es obligatorio. Pero, por desgracia, esos estatutos y reglamentos suscitaron nuevos rozamientos y nuevos ataques dirigidos contra mi persona, y, esta vez, los ataques no venían de Saírio, sino de esferas mucho más elevadas. Claro es que, a propósito de mis innovaciones, conversaba yo con frecuencia con Joffé y con Krassín, cuando éste se encontraba en Berlín, indicándoles las grandes líneas de esta reforma. Krassín, como quien tenía una gran experiencia de estos asuntos, me apoyaba con gran energía. Pero Joffé, que había ejercido la profesión de médico y que había hecho sus estudios en Alemania, carecía de competencia en estas materias y confesaba que no comprendía gran cosa de ello. Pero, puesto que aquellas medidas eran necesarias, no se oponía a ellas y me dejaba obrar a mi talante. Repetía con frecuencia que me había dado carta blanca.

Sin embargō, hube de tener con él una explicación bastante azarosa a propósito de las facturas de que he hablado. No podía yo admitir en manera alguna que personas sin responsabilidad, como la mujer del Embajador y la secretaria privada, cuyas funciones no estaban previstas en ninguna parte, pudiesen dar a la Caja órdenes de pago. El lector comprenderá fácilmente cuán delicado era el asunto. Pensaba yo, con inquietud, cómo me las arreglaría para decir a Joffé que tales personas no tenían derecho ninguno de dar instrucciones a la Caja. Nunca había tenido Joffé ocasión de dirigir negocios y yo estaba en la obligación de aludir a personas que le eran muy íntimas (1). Semejantes alusiones le habían de ser muy desagradables y corría el riesgo de crear complicaciones inútiles en nuestras relaciones oficiales. Por lo mismo, antes de tocar el asunto, me dirigí a Krassín, que conocía íntimamente al Embajador. Le rogué que me aconsejara sobre el camino que debía seguir, porque, lo mismo que yo, Krassín se vió desagradablemente sorprendido con el descubrimiento de aquellos documentos. Y como estos documentos no dejaban de tener su nota cómica, nos reímos y nos chanceamos con esta ocasión... Krassín se ofreció a acompañarme a ver a Joffé y a ayudarme a exponerle el asunto de la manera más discreta posible, con el fin de no herir el amor propio del Embajador. Una vez en presencia de Joffé, insinué mis observaciones y, lo más discretamente posible, llamé su atención sobre los inconvenientes de la situación. A pesar de todos los miramientos, mis palabras desagradaron a Joffé; pero, como era hombre inteligente, se apresuró a decirme que también él consideraba como incorrectos tales procedimientos. Y como no sabía justamente el camino que debía seguir, y siendo inminente mi llegada a la Embajada, se había dicho: "Esperemos al camarada Solomón, que él desenredará este embrollo y establecerá los reglamentos indispensables. Y así, se mostró dispuesto a seguir fielmente mis directivas. Añadió que todas las cantidades que se encontraban en la Caja se habían entregado personalmente y se habían puesto a su disposición. Llamamos su atención sobre el hecho de que la Embajada había ya recibido peticiones de información del Comisario de Negocios Extranjeros, quien exigía un estado

(1) Poco tiempo después, Joffé se divorció para casarse con María Mikhalovna; ésta, por candidez y falta de experiencia, pregonaba sus relaciones con el Embajador.

de cuentas de las cantidades gastadas durante el último trimestre. Le hicimos también notar que la contable había redactado ya ese estado de cuentas en forma totalmente irregular, y que, en todo caso, era inadmisibile llevar a ese registro los gastos personales: facturas de sombreros para su mujer o para su secretaria particular, notas de equitación, etc. Asintió una vez más y declaró que tomaba a su cargo todos esos gastos. En seguida puse en sus manos todos esos documentos (que representaban una suma bastante importante). Firmó un recibo de una suma equivalente (diversos gastos), de la que no daba cuenta detallada.

Pero, lo repito, a pesar de todos estos miramientos, quedó en su ánimo un pequeño rescoldo de esta entrevista y lo mismo me pasó a mí por mi parte. Siempre será cierto que como resultado de esta conversación, y por la iniciativa de Joffé, se decidió, para en adelante, que la Caja no efectuaría ningún pago si no era con una orden que llevase su firma o la mía. Confieso que yo no ambicionaba semejante privilegio, pero se imponían consideraciones ineludibles y no tenía yo motivos suficientes para rehusar.

Una vez redactado el reglamento de la Caja y de la contabilidad, y después de haber llegado a un acuerdo sobre todos estos puntos con Joffé a través de una serie de informes y entrevistas, sometí el reglamento a la ratificación del Embajador.

Pasaron dos, tres días, y Joffé no me devolvía mis estatutos.

No juzgué oportuno recordárselo, tanto más, cuanto que desde el momento en que yo se los había entregado, noté que bruscamente se había cambiado la actitud de la secretaria particular para conmigo. María Mikhailovna ostensiblemente prescindía de mí y no trataba más que con Jakoubovitch y Lorentz. Cuchicheaban por los rincones, y yo adivinaba algo pesado y desagradable que flotaba en la atmósfera. Hacía como que no me daba cuenta de ello. Pero un día, habiendo entrado en mi despacho María Mikhailovna para traerme algunos papeles de Joffé, me disparó a quema ropa:

—Paréceme, Georguy Alexandrovitch, que juzgáis les funciones de secretaria particular como totalmente superfluas.

Quedé vivamente sorprendido, porque a nadie había manifestado mi opinión sobre ese asunto.

—Y ¿de dónde sacáis esos cuentos?

—No; es sólo una impresión—contestó ella, saliendo precipitadamente.

El mismo día, y poco después de este encuentro, vi entrar a Joffé, que me traía mis estatutos. Parecía confuso y como cohibido.

—Georguy Alejandrovitch—comenzó con voz vacilante—, he examinado atentamente vuestros estatutos. Y, francamente, he encontrado algunas omisiones, que he tenido que completar... Espero que nada tendréis que oponer.

—Naturalmente, Adolfo Abramovitch—me apresuré a contestar—: Usted es el jefe de la Misión, a usted toca ratificar estos estatutos...

—Sí, sí—contestó él, tartamudeando y manifiestamente molesto—. Pero no se trata de eso solamente...

Y de repente, dejando sobre la mesa mi proyecto de reglamento, se puso a hablarme en tono de gran sinceridad:

—Dígame, francamente, ¿qué tiene usted contra María Mikhailovna?

—¿Yo? Absolutamente nada.

—Es que, le diré a usted, tanto ella como yo, tenemos la impresión de que tratáis de anularla, y la prueba está en vuestro proyecto...

—¿Mi proyecto?—repliqué cada vez más perplejo—. ¡Pero si es un documento puramente oficial! ¿Y qué relación puede existir entre ese estatuto y María Mikhailovna?

—Pues, precisamente, prescindís totalmente de mi secretaria particular en ese proyecto. Y también ella debe tener el derecho de firmar órdenes de pago...

En una palabra, mi proyecto había sido completado con cláusulas suplementarias redactadas por Joffé. De ellas resultaba que María Mikhailovna gozaría de los mismos derechos que Joffé y yo mismo. Así, en todos los sitios en los que mi estatuto contenía la frase: "Por firma del Embajador o del primer secretario", Joffé había añadido: "o de la secretaria particular del Embajador".

Una vez que me hubo devuelto mi proyecto, corregido por su mano, Joffé se apresuró a retirarse. No tenía más remedio que inclinarme ante su voluntad.

Al mismo tiempo que de la organización de la Caja y de la contabilidad, hube de ocuparme de la modificación del sistema de clasificación y de registro de documentos; esta tarea pro-

dujo nuevo descontento y contribuyó también a acrecentar la hostilidad contra mí.

Había un gran desorden en la expedición de los asuntos. A veces se necesitaban varios días para encontrar un documento. Todos se ponían a buscarle, se agitaban, preguntándose los unos a los otros.

Me decidí a poner fin a este desorden; y mandando suspender por algunos días el despacho de los negocios corrientes, exigí que todos mis colaboradores se dedicasen a clasificar sus papeles. Creé al mismo tiempo un sistema de registro por fichas.

Al cabo de dos o tres días, la reforma de papeles había terminado y los documentos estaban clasificados; no había más que continuar aplicando el sistema. Pero ello dió lugar a que comenzara un nuevo *sabotaje*.

En fin, vino la suerte a sonreírme. La mujer de Menjinsky, María Nicolaievna, persona inteligente y culta, se avino a trabajar en la Cancillería y se encargó del registro. Se acomodó rigurosamente a las normas que yo había establecido y pude, por fin, al menos en este punto, respirar con descanso.

III

He de hacer notar la tendencia manifiesta en todos los miembros de la Asamblea de dejarse dominar continuamente por el pánico, y ello al menor pretexto. Sin embargo, bien pronto se presentaron motivos verdaderos de inquietud. El Conde de Mirbach, Embajador de Alemania, cayó asesinado en Moscú. Y, como de costumbre, dió ocasión el suceso a rumores y conjeturas de todas clases, que trajeron consigo su secuela inevitable: el pánico.

Comenzaron los cuchicheos, en los que se afirmaba que este atentado había de servir al Gobierno alemán de pretexto para romper las relaciones diplomáticas con nosotros, y que pronto nuestra Embajada tendría que salir de Berlín. Gentes que se decían bien informadas, pero que en realidad no veían más allá de sus narices, aseguraban que era ya un hecho consumado que el Gobierno alemán había resuelto romper con nosotros, y que nuestro retorno podía tener lugar de un momento a otro... y que ello daría lugar a una nueva guerra. Algunos de nuestros empleados comenzaron a discutir con calor este asun-

to y no faltaron quienes—no exagero nada—subieron a sus habitaciones para preparar su equipaje.

Al día siguiente se recibió en la Embajada la protesta oficial de Alemania. Era una nota redactada en términos muy ásperos, y que la Wilhelmstrasse no se había permitido nunca emplear con ningún otro Gobierno que no fuera el nuestro: además, la protesta estaba llena de exigencias y de amenazas... Joffé, en persona, fué al Ministerio de Negocios Extranjeros. Volvió de allí preocupadísimo. Me comunicó que había sido recibido en forma dura, por no decir grosera, y que le habían tratado en términos en absoluto inadmisibles. Por otra parte, el Comisario de Negocios Extranjeros llamaba continuamente a Joffé, que no se apartaba del aparato telegráfico. Todas estas conversaciones contribuían a esparcir los rumores más absurdos. Era también evidente que allí—es decir, en el seno del Gobierno soviético—dominaba también el pánico, como lo probaban las órdenes y contraórdenes que recibíamos de Moscú.

El Gobierno soviético respondió a las groseras protestas del Gobierno alemán en un tono de los más conciliantes, prometiendo instruir, con la mayor diligencia, un expediente y aplicar a los culpables un castigo ejemplar. Pero la investigación avanzaba lentamente. No se daba con la pista de los culpables. Así es que, para ganar la clemencia de los alemanes, determinó el Gobierno soviético ofrecer algunas víctimas a Moloch... Quiero repetir aquí las palabras del difunto Krassín, quien llegó a Berlín poco tiempo después y que me confesó con indignación (repetiendo a su vez palabras de Lenin) que, a fin de dar satisfacción a las exigencias alemanas, había resuelto el Gobierno soviético dirigir sus rayos por el lado de la menor resistencia. Y, haciendo una selección entre los socialistas revolucionarios de la izquierda que habían sido detenidos, varias docenas de individuos que se decían comprometidos en el asesinato de Mirbach los mandó ejecutar.

—Conozco perfectamente a Lenin—me decía Krassín con profundo disgusto—, pero jamás hubiera sospechado de él un cinismo y una crueldad tan despiadada...—Y, hablándome de la solución que se había encontrado para salir de aquellas dificultades, añadió con leve sonrisa: —En una palabra; te digo que hemos hecho, entre los camaradas socialistas revolucionarios, un

pequeño *empréstito interior*, y conservamos así nuestra inocencia, al mismo tiempo que formamos un capital (1).

Mientras Krassín permaneció entre nosotros, varias veces se refirió a este asunto y me repetía las palabras de Lenin; como si no tuviera fuerza para salir de las garras de esa pesadilla.

Lenin, mucho antes de su muerte, sufría ya de parálisis progresiva y me he solido preguntar si los hechos que acabo de describir no eran ya una manifestación esporádica de los síntomas de su enfermedad...

Si el asesinato de Mirbach produjo tanto pánico entre los miembros de la Embajada, vino a dar el golpe de gracia otro suceso que estalló poco después. Llenos de un temor que no trataban de disimular, todos se pusieron a temblar temiendo por su vida y viendo levantarse ya ante ellos el espectro de un castigo implacable.

Hablo del atentado contra Lenin.

Muy entrada ya la tarde, recibimos la noticia por telégrafo. Recuerdo perfectamente los detalles de la escena. Había salido yo de mis habitaciones para ir al hilo directo. Allí encontré a muchos colaboradores completamente alocados.

—Georguy Alexandrovitch—me dijo uno de ellos—, Lenin muerto o gravemente herido.

Quedé consternado por esta noticia inesperada. El secretario del Consulado, Landau, se acercó a mí. En su rostro se reflejaba el miedo, el miedo bestial; temblaban sus labios y sus manos, y todo su cuerpo se estremecía sacudido por golpes nerviosos.

—¡Sí, Georguy Alexandrovitch—dijo, no pudiendo apenas articular las palabras—; llegó el fin, nos van a degollar a todos!...

Se trataba del primer telegrama, muy lacónico, que anunciaba que Lenin había sido herido por una mujer (Dora Kaplan). Apenas recibimos ese mensaje, todos parecían presa de la más viva agitación, y no sólo de agitación, sino también de una especie de terror insensato. Muchos colaboradores sufrieron crisis histéricas. Desfigurando el mensaje, no se hablaba ya de heridas, sino de un asesinato consumado. Eran inútiles todos mis esfuerzos para calmar y hacer entrar en razón a los ca-

(1) Proverbio ruso.

maradas. Se arremolinaban en grupos desordenados, cruzaban entre sí palabras bruscas llenas de nerviosidad, gesticulaban, huían, volvían de nuevo, y, habiendo perdido el dominio de sus nervios, no hacían sino repetir:

—¿Qué será de nosotros?... ¡Nos van a degollar a todos!... ¡Llegó el fin!...

Con gran sorpresa pude observar que nuestros rojos soldados letones, que estaban en la Embajada en calidad de guardias, eran los que más se dejaron dominar de la impresión y parecían los más desesperados. Uno de ellos me dijo:

—Nosotros, los letones, no podemos escaparnos. A nosotros nos tocará los primeros...

Mientras los telegramas siguientes iban trayendo detalles del atentado y se fueron todos convenciendo del carácter benigno de la herida, desapareció el pánico, que fué sustituido por una exaltación puramente animal, de gentes que se habían convenciido de que ya no corría peligro su pelleja.

IV

Según el orden establecido, el Ministerio de Negocios Extranjeros servía siempre de intermediario en las relaciones que la Embajada sostenía con el Gobierno alemán. He de hacer justicia al Ministerio: bajo el punto de vista exterior, esta institución se portaba con la más perfecta corrección con nosotros.

Cuando yo llegué a Berlín, rogué a Joffé que me designase los funcionarios del Ministerio de Negocios Extranjeros a quienes yo debía visitar o al menos presentarme; pero el Embajador, y aun Krassin, se echaron a reír, diciendo que no era necesario crear precedentes que pudieran acarrear consecuencias desagradables; ningún miembro de la Embajada, hasta entonces, había visitado a sus colegas alemanes. Los que llegaban de nuevo desconocían también esa costumbre, y mis actos de cortesía no hacían más que poner de resalto la abstención de los demás.

Mis funciones de primer secretario me obligaban, naturalmente, a asumir una función diplomática en nuestras distintas relaciones con el Ministerio de Negocios Extranjeros.

He tenido ya ocasión de hablar de la nerviosidad y del temor que reinaba en el seno del Gobierno soviético y que se de-

jaba sentir en el carácter mismo de las funciones de que estábamos encargados. Esta nerviosidad se acentuó más con la designación de Tchitcherín como Comisario de Negocios Extranjeros, en sustitución de Trotzky. He aquí un ejemplo:

Se trataba de un incidente de frontera: A pesar de la paz que habíamos firmado con los alemanes, ocurrían con frecuencia en la frontera, en la zona llamada neutra, ataques y encuentros armados. Precisamente se trataba de uno de estos incidentes, al que los hechos habían dado mayores proporciones que las ordinarias. Un oficial alemán, que mandaba un destacamento bastante numeroso de hombres y artillería, franqueó la zona neutra, atacó varios pueblos y lugares de la región, requirió bestias y víveres, y exigió la entrega de una cantidad suplementaria de forraje y de provisiones. Y, en respuesta a las protestas de nuestras autoridades militares encargadas de la vigilancia en la zona, y que exigían la retirada de las tropas alemanas y el abandono del botín, el oficial envió un ultimatum; concedía un plazo de veinticuatro horas para que se cumplieran sus órdenes; en caso de negativa, amenazaba con un ataque. Consolidó las posiciones que había ocupado y tomó rehenes entre la población local.

Nuestro destacamento fronterizo, relativamente débil, apenas podía ofrecer a los alemanes ninguna resistencia, y, con toda urgencia, avisó a nuestro Gobierno. Mientras tanto, este destacamento tomó las medidas necesarias y pidió auxilio a los jefes de otros destacamentos vecinos. Como es natural, este incidente requería una protesta rápida y enérgica. Pero al dar cuenta de los sucesos, el Comisariado de Negocios Extranjeros matizó su telegrama con expresiones que delataban su aturdimiento y su nerviosidad. Repetidas veces nos mandaba "que diéramos fin al conflicto, que protestáramos enérgicamente contra esta nueva infracción de las reglas más elementales del Derecho internacional, que llamáramos la atención del Gobierno alemán", etc..., acompañando estas frases con vanas lamentaciones.

Cuando llegó este telegrama, Joffé no se hallaba en la Embajada, ni debía volver a ella sino dos o tres horas más tarde. Para no perder tiempo, me presenté inmediatamente en Wilhelmstrasse para formular una protesta. Una vez en el Ministerio, entregué una carta a un ujier, rogándole la pusiera en manos del Consejero privado, Nadolny, encargado de los asun-

tos rusos. Al cabo de un instante, volvió para decirme que "el señor Consejero privado rogaba al señor primer Secretario que tuviese la bondad de entrar"... Cambiamos las trivialidades de costumbre.

Al ver a Nadolny, comprendí que estaba ya al corriente de lo que había ocurrido (recuerdo aquí que todos nuestros telegramas estaban descifrados). Cuando yo hube terminado, procuró defenderse por medio de protestas amables, asegurándome que tomaría las medidas oportunas, que todo se arreglaría, etcétera.

Pero yo, considerada la urgencia del caso, insistí exigiendo que comunicase la protesta en mi presencia a las autoridades alemanas competentes, para que éstas ordenasen al oficial indisciplinado que se retirase de nuestra frontera, después de darle un castigo ejemplar.

Nadolny, después de larga resistencia, cedió, por fin, y ejecutó mi orden en mi presencia. El incidente había terminado y se impuso un castigo al oficial.

Más adelante, tuve varias ocasiones de encontrarme con Nadolny, y hasta llegamos a tener relaciones muy correctas, sin que nunca rebasasen los límites oficiales (1).

Sin embargo, Joffé había decidido hacer una pequeña concesión a las antiguas tradiciones dando una comida diplomática; si bien el pretexto de la comida me pareció inoportuno—se trataba nada menos de festejar la conclusión de los tratos en los que se determinó la cantidad que habíamos de entregar, conforme a las cláusulas del Tratado de Brest-Litovsk. Dicha cláusula me causaba viva indignación y por este motivo había rehusado yo participar en aquellos tratos...

Esta comida dió lugar a una gran agitación y, hasta cierto punto, me vi obligado a hacer de mayordomo. Aconsejé a Joffé que se mandara hacer un *smoking* para esta ocasión; le indiqué la corbata que debía llevar, etc. El Embajador había invitado al Ministro, a los altos funcionarios del Ministerio, a Stresemann, al banquero Mendelsohn, etc. Ignoro las circunstancias en las cuales se tomó esta decisión, puesto que en mi ausencia se arregló el asunto; pero se había resuelto que no asistiese al banquete la Secretaría particular. La comida fué servida en el magnífico Salón blanco, con el mayor lujo, y los in-

(1) Esto no impidió el que Nadolny diera la orden de mi arresto y mi encarcelamiento.

vitados hicieron honor al convite. Todo se deslizó en medio de la mayor cordialidad.

Pero la tormenta rugía entre bastidores. Los pequeños empleados que no habían sido admitidos al convite, dieron muestras de gran descontento. Amontonados en un departamento vecino al Salón blanco, manifestaron su irritación con sordos rumores y disputas... Mientras, los soldados rojos, al acecho de los platos que se llevaban, echaban mano de los residuos, con gran escándalo de los criados alemanes alquilados para el caso.

Poco tiempo después de este banquete, se me acercó Joffé, con sonrisa lastimosa, para preguntarme si creía oportuno invitar de nuevo a los funcionarios alemanes, aunque esta vez solamente a un té.

Se celebró la fiesta, esta vez con la participación de María Mikhailovna.

Vuelvo a repetir que se mezclaba en todo. Así, por ejemplo, un día el Ministro de Negocios Extranjeros, Hintzé, vino a ver a Joffé (creo que se trataba de discutir los detalles del pago de los famosos seis mil millones al Gobierno alemán). Me había rogado Joffé que estuviese presente a esta entrevista, a la cual asistía también María Mikhailovna. Esta, en vez de contentarse con escuchar, intervenía continuamente en la conversación, dando consejos y haciendo indicaciones. Era fácil comprender cuánto desagradaban estas intervenciones a Hintzé, cuánto le sorprendían. Pero como era hombre muy educado, sólo manifestaba su descontento escuchando con sonrisa amable las propuestas de María Mikhailovna y no respondiendo siempre a sus preguntas, que la mayor parte de las veces pecaban de cándidas y no venían al caso.

Como es de suponer, no perdíamos nosotros el contacto con toda clase de agrupaciones políticas, con las que Joffé estaba en continua comunicación y cuyo representante venía con frecuencia a almorzar y a comer con él. Yo les veía muy poco; sin embargo, de entre los hombres políticos que frecuentaban la Embajada, tropecé varias veces con Carlos Kaustsky y su mujer, Luisa Kaustsky. Nuestra relaciones eran sencillas. Kaustsky había acogido al principio con simpatía el régimen soviético, y lo consideraba, como me lo hizo notar él mismo, como una amplia e interesante experiencia. Después, poco a poco, se alejó de nosotros, disminuyeron sus visitas, y, por fin, llegó

el momento en que se puso frente a frente del régimen que nosotros representábamos. Recibíamos igualmente las visitas de los miembros del "Partido Socialista Independiente": Ledebour, Haasé, Oscar Kohn, etc. Yo no tenía ocasión de verlos sino muy pocas veces, metido como estaba en mis quehaceres, que absorbían todo mi tiempo. Sin embargo, los asuntos cotidianos me proporcionaban ocasiones frecuentese de conversar con Oscar Kohn, agregado a la Embajada en calidad de jurisconsulto, prolongándose, por esta causa, nuestras relaciones cordiales. Al parecer, no conocía bien la posición de su partido, porque, en el curso de nuestras breves discusiones, se abstenía de emitir objeciones directas, contentándose con decir:

—Usted debía hablar con Haasé; él contestaría claramente a sus preguntas.

Las funciones de Kohn en la Embajada consistían en ocuparse de nuestros prisioneros de guerra que continuaban vegetando en los campos de concentración alemanes, y de los que continuamente recibíamos peticiones, quejas, etc. Por fin, logramos, con nuestras gestiones, que las autoridades alemanas dieran libertad a un cierto número, de los que algunos volvieron a Rusia y otros entraron a nuestro servicio. Había una sección especial para todas las cuestiones relativas a los prisioneros de guerra, y que estaba confiada al camarada Simkof, agregado a nuestra Embajada. Era éste un tipo bastante cómico. Un simple obrero, veterano del partido, pero poco instruido y que en el curso de nuestras relaciones con las autoridades alemanas no cesaba de cometer planchas ni de decir necesidades. Apenas le conocía yo, si bien me parecía que se trataba de un hombre honrado; pero, por su ignorancia, nunca estaba a la altura de sus funciones diplomáticas. Su brusquedad y su falta de educación eran fuente de enredos con los alemanes, que Joffé y yo teníamos que estar desenredando continuamente. Pero bien pronto fué sustituido por otro personaje.

El mismo día de nuestra primera comida diplomática, a eso de las seis, vimos llegar a un soldado alemán provisto de un registro; nos trajo un prisionero de guerra, que nos entregó bajo firma. Era Víctor Leontievitch Kopp. Mucho antes de mi llegada, el Embajador, con insistente apremio, había trabajado por su libertad y por su incorporación a nuestros cuadros diplomáticos. El negocio se eternizaba y había dado lugar ya a una copiosa correspondencia. Joffé se desesperaba, escribía

cantas perentorias y se indignaba de que Kopp vegetase en el cautiverio. Un día me explicó el Embajador por qué tenía tanto empeño en la libertad de este hombre:

—Kopp—me dijo—es uno de mis viejos camaradas y nuestra amistad data del tiempo en que yo era menchevique. Por otra parte, continúa él siendo menchevique convencido e inquebrantable; pero es hombre muy activo y posee una vastísima cultura. Por otra parte, estamos muy ligados con él, sobre todo mi mujer, a quien Kopp conoce desde su infancia. Era necesario absolutamente ponerle en libertad y traerle a nuestro servicio. Sustituirá a Simkof, que no sirve para nada.

A este mismo Kopp es a quien yo vi delante de mí el día del solemne banquete; venía fatigado, después de tan largo viaje (llegaba del campo de concentración) y vestía de uniforme de soldado ruso, grasiento y roto. Le recibí cordialmente y le comuniqué que aquella tarde iba a tener lugar una comida diplomática en la Embajada y que Joffé se estaba preparando para ella.

—No, no, camarada—me respondió Kopp—, no tengo intención de molestarle esta tarde; estoy agotado... y no deseo más que comer un poco y acostarme. ¡Hace ya tanto tiempo que no duermo en una cama verdadera! Sin duda, usted me podrá proporcionar un rinconcito donde pueda recogerme.

Al día siguiente me dijo Joffé que Kopp se encargaría de los asuntos referentes a los prisioneros y que Simkof iba a volver a Rusia. Añadió el Embajador que, para rodear al recién venido de más autoridad ante los alemanes, le iba a elevar al rango de consejero.

—Por supuesto, no vayáis a pensar que le he nombrado consejero en perjuicio vuestro—me dijo Joffé—; será consejero sólo nominalmente; todo permanece como antes. No se ocupará más que de los prisioneros de guerra.

Confieso que todo esto me era completamente indiferente y me apresuré a tranquilizarle, diciéndole que tendría muchísimo gusto en poner a Kopp al corriente de los negocios.

Algunos minutos después de esta conversación, vino a verme Kopp en persona, y me rogó que le prestase un traje cualquiera, puesto que teníamos la misma estatura y tenía verdadera ansia de entrar ya en funciones.

—Es verdaderamente molesto aparecer delante de los em-

pleados en este traje—me dijo, mostrándome su uniforme de soldado hecho un pingo.

Cumplí en seguida su encargo y le puse al corriente de los negocios. El nombramiento de Kopp, menchevique ardoroso e intransigente y al que se le confiaban los asuntos pertenecientes a los prisioneros de guerra, levantó una tempestad de indignación en Moscú. Cayó sobre Joffé una verdadera avalancha de advertencias y reproches, en forma escrita y telegráfica. Todos exigían que desautorizara a Kopp. Pero Joffé replicó enérgicamente, y un día en que Lenin le dirigió por telégrafo airadas amonestaciones, respondió con una categórica negativa de desautorizar a Kopp, y habló de dimitir.

Poco tiempo después todo había entrado en caja. Fué aceptado el nombramiento de Kopp. El, por su parte, consagró todas sus energías al asunto de los prisioneros de guerra. Además, penetró hasta los arcanos más profundos de la Embajada y nadaba como un pez en medio de las corrientes submarinas. Estaba en excelentes relaciones con Joffé, con su mujer y con María Mikhailovna, sin que ello le impidiese, de cuando en cuando, criticar a la sordina a su amigo y a la secretaria particular... En una palabra, el nombramiento de este individuo apareció como de los más acertados por su gran capacidad de trabajo y por su talento en entenderse con todo el mundo. Con sus colegas se mostraba siempre muy complaciente, con complacencia un poco servil, es verdad, pero mostrándose siempre modesto y dulce con todos. En este tiempo nadie podía sospechar su próximo y rápido encumbramiento... Más tarde he de tener ocasión de ocuparme de Kopp, cuando redacte los recuerdos de mis servicios en Reval.

Mientras tanto, vuelvo a los personajes que frecuentaban la Embajada. Además de los representantes de los partidos políticos, veíamos nosotros que se agitaban en nuestro alrededor toda clase de intermediarios que pescaban a río revuelto, aventureros de todas clases que nos ofrecían sus servicios.

Me acuerdo, entre otros, de uno de esos intermediarios, un tal L. X., que nos hacía visitas misteriosas y que tenía tratos con Joffé, en nombre de Stresemann, jefe de los populistas. No se cansaba de hablar de sus relaciones con Stresemann y de la influencia que ejercía sobre los políticos alemanes. Recuerdo muy bien que, cuando la liberación de Bakou, que había caído en manos de los turcos, este individuo se dedicó a una especie

de cortejo político, y venía sin cesar a la Embajada para asegurarnos que Stresemann ejercía una gran presión sobre el Gobierno para arreglar este asunto y que los turcos se verían obligados a evacuar la ciudad.

Pero entre estos intermediarios merece una mención especial un personaje típico y de hechura verdaderamente excepcional; quiero hablar de Parvus, el antiguo revolucionario que, durante la guerra, logró hacer una fortuna colosal.

V

La primera aparición de Parvus pasó para mí inadvertida; oí hablar de él, completamente por casualidad, al Cónsul general, Menjinsky, el cual, habiendo venido un día a hablarme, me confió hallarse en un gran apuro: se trataba de comprar cien mil toneladas de carbón para las necesidades de Petersburgo. En calidad de Cónsul, Menjinsky era el encargado de esta compra, porque aún no existía organismo especial para el comercio extranjero. Las negociaciones por carta con el Gobierno alemán se eternizaban, y el negocio se hallaba estancado. Parvus obraba como de intermediario entre el Gobierno alemán y nuestra Embajada y había exigido, en recompensa de sus servicios, no menos que el cinco por ciento sobre lo estipulado.

A lo que puedo acordarme, Parvus no se mostraba en persona por la Embajada. Tenía su comparsa entre los miembros del cuerpo diplomático: Hanetzky, que venía frecuentemente a Berlín, y Landau, secretario del Consulado. Ambos a dos jugaban el papel de intermediarios propiamente dichos entre Parvus y yo. Todo ello me pareció muy turbio. Después de haberme comunicado estos hechos y oído mis observaciones, Menjinsky me dijo:

—Realmente, Georguy Alexandrovitch, debería usted entrar en este negocio. Ni Joffé ni yo tenemos la menor idea de lo que significa. Según dice Vorovsky, es usted un hábil especulador—y añadió bromeando—: Ese sería su sitio. Nosotros no hacemos más que embrollarlo todo. El tiempo pasa. Se trata de remitir el carbón antes de que la navegación se cierre; mientras se puede entrar y salir en el puerto de Petersburgo; y estamos ya a principios de setiembre.

Menjinsky llamó a Landau y le rogó expusiera minuciosa-

mente el negocio. Este no disimuló su descontento por mi intervención, e hizo observar:

—Se trata aquí de una cuestión comercial, que en modo alguno toca a la Embajada. Es asunto del Consulado general..., y, por lo demás, está casi terminado...

Pero Menjinsky le interrumpió, no sin brusquedad, y le pidió remitiera la documentación referente a la compra de carbón. Nos enteramos de la correspondencia cambiada sobre este asunto, y yo saqué de ello una impresión muy desagradable. Era evidente que Parvus y compañía habían contado con nuestra falta de experiencia, para sacar ventajas personales de esa compra en que se habían metido sin ton ni son. A continuación de nuestra entrevista, fuimos, Menjinsky y yo, a casa de Joffé y le expusimos la situación. El Embajador me suplicó vivamente quisiera encargarme del negocio, de acuerdo con el Cónsul general. La documentación por mí compulsada no me permitía justificar la intervención de Parvus, cuya cooperación parecía del todo inoportuna; podíamos, pues, prescindir de él y llevar personalmente las negociaciones con el Ministerio de Negocios Extranjeros. Las explicaciones de Landau, que se ocupaba hacía tiempo en esto, y que sin cesar consultaba a Parvus, no eran más satisfactorias. Contentábase con repetir que la compra no podía cerrarse sin el concurso de Parvus, y que si el Gobierno alemán había venido en cambiar carbón por ciertas mercancías de la U. R. S. S. era sólo gracias a este poderoso intermediario. Propuse, pues, al Cónsul general tener una entrevista con Parvus. Fuimos a buscarle, pero esa conversación no hizo sino confirmarme en mi idea de que este individuo jugaba el papel de "quinta rueda", y que podríamos muy bien prescindir de sus servicios y guardarnos el cinco por ciento de comisión que él pedía.

Hacia mediados de setiembre, entramos directamente en tratos con el Ministerio de Negocios Extranjeros, el cual organizó una serie de consultas, a que asistían representantes del Ministerio, del Estado Mayor, de las empresas carboníferas, de los transportes marítimos y de una compañía de seguros. Menjinsky y yo representábamos nuestro Consulado general y nuestra Embajada en el curso de estas consultas. Tenían ellas lugar por la tarde y duraron alrededor de tres semanas. Presidíalas el Dr. Johannes, director de asuntos económicos en el Mi-

nisterio. Tal fué el comienzo de estas conferencias o, más bien, de este negocio en sus pormenores.

Al fin, el 8 de octubre se cerraba el contrato, y quedaba firmado nuestro primer acuerdo sobre cambio comercial. A pesar de toda la prisa que debimos desplegar y de los obstáculos que encontramos en nuestro camino, Menjinsky y yo hicimos lo posible por ceder a la parte adversa una cantidad de mercancía muy inferior a la que de Moscú habían señalado... Ahora debíamos afrontar otro grave problema: se trataba de velar porque el despacho de carbón se hiciera de modo que permitiera a los navíos descargar y dar la vuelta antes que los hielos cerrasen el puerto de Petersburgo.

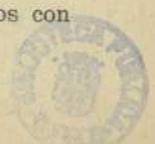
Ya antes de terminarse las negociaciones y para el caso de un feliz arreglo, habíamos tomado nuestras medidas sobre la expedición. Por iniciativa de Menjinsky, me ofreció Joffé quisiera ocuparme yo de este viaje, que debía tener por base la ciudad de Hamburgo, donde pensábamos crear una agencia consular. Joffé me propuso aceptara este puesto, que me confería a la vez funciones consulares en Stettin y en Lubeck.

En efecto, debían asimismo crearse en estas dos ciudades consulados de la U. R. S. S., pero esto se había diferido para más tarde.

Las intrigas, chismes y querellas que había sufrido en la Embajada, me habían dejado una impresión de lo más penoso. No me sentía a gusto y experimentaba viva satisfacción con el pensamiento de dejar aquel ambiente. Así, tras breves reflexiones, acepté el cargo que se me ofrecía. Mas aquí fué el punto de partida de una nueva intriga, que esta vez no nacía ya de la Embajada. No quiero detenerme en ello demasiado y sólo diré algunas palabras...

Durante las negociaciones que acabo de contar, Vorovsky y Stoutchko habían llegado a Berlín. Su visita coincidió con el momento en que fui yo nombrado Cónsul en Hamburgo. Los dos se mostraban hostiles a este proyecto, y, aprovechando la influencia que tenían en Moscú, se pusieron a combatir mi nombramiento, buscando cómo despertar la desconfianza de Joffé respecto de mí.

—Dígame usted, Georguy Alejandrovitch—me dijo un día el Embajador, no sin antes haberme advertido que la pregunta tenía carácter confidencial—: ¿Qué ha pasado entre Vorovsky, Stoutchko y usted? ¿Por qué se muestran tan vengativos con



usted? Mi impresión es que se trata de una cuestión personal, de cuentas antiguas por ajustar...

Y me describió por menudo la campaña emprendida contra mi nombramiento por los dos camaradas. Joffé no había dado oídos a sus acusaciones; mantenía su posición y había comunicado su resolución al Gobierno central. Pero Vorovsky y Stoutchko habían asimismo presentado su informe al Gobierno soviético. Tchitcherín envió un telegrama en el que adoptaba el punto de vista de mis enemigos, y declaraba formalmente, y con un tono perentorio completamente inadmisibles, que en modo alguno me consideraba designado para las funciones consulares.

Como estaba al corriente de todo, advertí de oficio a Joffé que no deseaba verme mezclado en estas intrigas y le pedía tuviera mi candidatura por nula y no presentada.

—No, no—respondió Joffé—, jamás vendré en ello... ¡No cederé en este punto, y no acepto vuestra dimisión!

En el mismo sentido insistió Menjinsky. Cuanto al Embajador, tomó este incidente como ofensa personal, y respondió a Tchitcherín en tonos duros. El Cónsul general escribió también en mi favor pidiendo se me confirmara en mis funciones. Krassín, que entonces se hallaba en Rusia, intervino a su vez, y me pidió instantemente por telégrafo no retirara mi candidatura. En fin, Lenin mismo intervino en el asunto, poniéndose de mi parte. Un nuevo telegrama de Tchitcherín me comunicó que consentía en mi nombramiento a condición de que fuera provisional.

Aquí protesté yo formalmente. Joffé telegrafió a su Gobierno que consideraba el carácter provisional de mi nombramiento como una ofensa, y que protestaba categóricamente contra la injuria no merecida que se me infería. Después de estas diligencias, recibimos una ratificación definitiva e incondicional firmada por Tchitcherín.

Esas intrigas tramadas por Vorovsky y Stoutchko me abastieron profundamente y levantaron en mí viva repugnancia; con todo, acepté el cargo a instancias de mis amigos Krassín y Menjinsky, que me demostraban la utilidad de mi misión, y de Joffé, que todo lo atribuía a cuestión de amor propio.

Ya he hablado de la camarilla que rodeaba la Embajada: representantes de diferentes partidos políticos o aventureros que se hacían a veces pasar por delegados de un partido y que, en realidad, venían a recoger entre nosotros una fácil presa.

Estos intermediarios se gloriaban de la influencia que tenían en tal o tal esfera, prometían su concurso en bien de Rusia, etcétera. Según costumbre establecida antes de mi llegada a Berlín, estos personajes heterogéneos tenían entrada a Joffé y a la secretaria privada, donde trataban directamente sus asuntos...

¡El tesoro popular se disipaba, se agotaba a vista de ojos, enriqueciendo a esos individuos!

Ya se conoce el papel de Parvus, a quien logré desarmar con la ayuda de mi amigo Menjinsky, y cuyo alejamiento de los negocios provocó vivo descontento hacia mi persona.

Todo ello pesaba fuertemente sobre mí. Al entrar al servicio de los Soviets, lo había hecho teniendo en perspectiva la lucha. Pero ésta, una vez comenzada, me absorbió por completo. ¡Ay! Era un combate mezquino contra hombres mezquinos que sacaban sus fuerzas de una concepción primitiva y del todo material de la vida...

La firma del acuerdo sobre el carbón tuvo lugar el 8 de octubre, y el 9 partí yo para Hamburgo acompañado de mis subalternos. En la estación fuí recibido por los delegados de transportes marítimos y compañías de seguros, que tenían prisa también por arreglar la expedición y que habían dejado en Berlín la víspera de firmarse el convenio. Estos habían hecho todos los preparativos en previsión de mi llegada. Fijaron un departamento en el hotel e improvisaron una oficina en una de las inmensas salas, especialmente destinadas a despacho de negocios y que estaban vacías por causa de la guerra. Ahí instalé yo mi cancillería. Pudimos, pues, comenzar el trabajo inmediatamente, basándonos en los elementos preparados de antemano por nuestros colaboradores alemanes. Este trabajo era sumamente apremiante y complicado y exigía grandes expensas nerviosas. Por otra parte, como el trabajo consular ordinario podía ser llevado por un personal restringido, y como el transporte de carbón era cosa provisoria, me había contentado con los subalternos consulares más imprescindibles: un secretario, un contador, un agregado, que debía ayudar al contador durante el transporte de carbón; un mecanógrafo, y un agente de comercio.

Nos pusimos al trabajo con ardor. Los barcos quedaron rápidamente cargados y prestos para partir; y ya hacia el 20 de octubre habían salido de diversos puertos de Alemania veinti-

cinco navíos transportando 100.000 toneladas de carbón, y algunos de ellos habían tenido tiempo de volver a los puertos de partida (1).

No describiré por menudo el último período de mi estancia en Alemania, que podría dar materia a muchos capítulos. Quizás un día vuelva sobre este tiempo de mi actividad; por ahora, me contentaré con dar un breve resumen de los acontecimientos.

En la época en que estaba yo en Hamburgo, se pronunciaron marcadamente los síntomas de crisis en Alemania: era el comienzo de la ruina prerrevolucionaria. Por el mismo tiempo la prensa se puso a reclamar insistentemente la ruptura de relaciones diplomáticas con el Gobierno soviético, y asimismo la partida de nuestra Embajada: afirmaban los periódicos que el foco de la propaganda comunista se hallaba en esta Embajada, que calificaban de "Hechsen-Kuche", "cocina de bruja". El 5 de noviembre de 1918, si no me engaño, recibí de Menjinsky un telegrama concebido en estos términos: "Mañana, 5 de noviembre, a la ocho de la mañana, la Embajada sale para Rusia. Sería de desear que pudierais juntaros con nosotros. Para cerrar las cuentas concernientes al carbón, se os da un espacio de ocho días.—*Menjinsky.*"

Mas la huelga, como una ola, se había extendido por toda Alemania, y me fué imposible dejar Hamburgo. En seguida vino el armisticio. Habiendo caído gravemente enfermo, vime obligado a detenerme mucho en Hamburgo, donde el poder había venido a manos del soviet de soldados y marineros, el cual me rogó permanecer en mi puesto como representante de la Rusia soviética. El soviet me facilitó comunicarme con Moscú por T. S. F. Envié dos o tres despachos a Tchitcherín, pero no recibí respuesta alguna. Supe más tarde que este silencio era debido a una intención hostil, y que no era más que la serie de intrigas contadas más arriba. Por consejo de mis médicos, partí para Hadersleben; se me detuvo aquí junto con mi mu-

(1) Para no volver más sobre este punto, añadiré, adelantandome un poco, que, cuando nuestra Embajada salió de Berlín, el Gobierno alemán, dió orden, por T. S. F., a nuestros barcos de entrar en los puertos, como se hizo. Sin embargo, cerca de la mitad de ellos habían tenido tiempo de llegar a Petersburgo y entregar el carbón; pero después de romperse las relaciones diplomáticas, no recibieron el cargamento de las mercancías prometidas en el tratado y tuvieron que volver vacíos.

jer y se nos envió a Berlín, donde fuimos encarcelados como rehenes por los ciudadanos alemanes presos en Rusia. Gracias a las diligencias del médico de la prisión donde nos hallábamos, después de mes y medio se nos trasladó a un sanatorio. Scheidmann, que por entonces era jefe del Gabinete, hizo se nos entregaran pasaportes con facultad de estancia ilimitada en Alemania. Pero yo estaba al servicio de mi país, y rehusé aceptar esa situación de desertor. Así, pues, aproveché la primera ocasión de volver a Rusia, llevando conmigo un sabio ruso, el profesor Dépp, el antiguo portero de mi consulado, Konovalof, y una antigua empleada de la Embajada, alemana de nación, que debía partir a Rusia por asuntos de familia.

Tuvimos que interrumpir nuestro viaje, siendo detenidos durante tres semanas en Kovno. Entonces Lituania se hallaba en guerra con Rusia, y el Ministro lituano de Hacienda, para quien tenía yo una recomendación, me rogó, en nombre de su Gobierno, hiciera a Lenin proposiciones de paz bajo el más riguroso secreto.

Salimos por fin de Kovno, viajando primero en un camión y después en carros de aldeanos, y atravesamos el frente, bajo el fuego de los soldados rojos. Y así nos hallamos en la Rusia soviética.

SEGUNDA PARTE

Mis servicios en Moscú

VI

Mi patria me recibía como a un enemigo, a balazos. Graves presentimientos se despertaron en mi corazón.

Después de pasar la noche en Novo-Alejandrovsk, llegamos, la tarde del segundo día, a Dvinsk. Nos apeamos en un hotel sucio y abandonado, cuya dueña no ocultaba su descontento, diciendo que los bolcheviques la habían arruinado. Los habitantes no temían proclamar su odio hacia los nuevos amos, así como sus esperanzas y sus aspiraciones contrarrevolucionarias. Entendiendo que veníamos de Alemania, la dueña del hotel dijo con amargura:

—¡Ah, señor!, ¿por qué no se quedó usted allá? ¡Va usted mismo a meter el cuello en la soga! ¡Aquí vivimos bajo el signo de la maldición!

Sólo a mi llegada a Dvinsk pude enviar un telegrama a Krasín, y al cabo de dos horas tuve respuesta indicándome el sitio donde debía bajar en Moscú.

Entrada ya la noche recibí la visita del comandante de la villa: hombre de andar desenvuelto, comunista y miembro del Partido. Después de presentármeme, inmediatamente llamó a la dueña del hotel y se puso a hablarla a grandes voces, tuteándola y sembrando, con gran admiración mía, su discurso de expresiones por el estilo de "youpín", "youpine", etc.

—Mucho cuidado con que el señor Cónsul tenga la menor queja de ti—la dijo—; deja tu tacañería de "youpine", ¿me has entendido?, y no olvides que el señor Cónsul y sus compañeros han venido a tu casa con billete de alojamiento; no pagarán nada, ¿estamos?

No me pude contener y, llevando a una pieza próxima a

nuestro excesivamente activo comandante, protesté contra su manera de tratar a aquella infeliz mujer, y le manifesté mi intención de pagarla y que ya habíamos convenido en el precio.

Por el desarreglo de los caminos de hierro, tuvimos que detenernos varios días en Dvinsk: no había material rodado.

Llegamos por fin a Moscú el 6 de julio de 1919, un mes después de partidos de Berlín. Hallamos mozos de cuerda, que bajaron nuestros equipajes y los llevaron en un carrito de manos. Les acompañaba yo... Resonaban en torno nuestro lloros y gemidos. Los tchekistas se arrojaban sobre los viajeros, les quitaban por fuerza mochilas, valijas y sacos de provisión y requisaban los géneros que encontraban.

Entre los rostros suplicantes y deshechos, no puedo olvidar el de una joven, vestida de harapos, pero que conservaba el aspecto de una persona perteneciente a clases elevadas. La habían quitado su saco de provisiones.

—¡No me lo quite usted, se lo suplico!—decía al tchekista que le había arrancado el saco—: le traigo para mis hijos, que tienen hambre... ¡He trabajado tanto para hallar estos géneros!, ¡he tenido que pagar una gruesa suma..., vender mi abrigo...!, ¡no me lo quitéis, no me lo quitéis!

Y seguía corriendo tras el tchekista, que se alejaba a toda prisa.

—¡Os conocemos, sucios burgueses!—gruñía rechazándola—; ¡no eres más que una maldita especuladora!; no hay duda, querías llevar tu saco al mercado. Cuanto al abrigo que vendiste..., merecerías ser llevada a la Administración de Correos...

La joven, aterrorizada por estas palabras, se calló al punto y desapareció entre las turbas.

Yo apreté los dientes, violentándome por no intervenir. ¿Qué podía hacer? ¿No estaba *con ellos*? Dejando, pues, a mi mujer y a mis compañeros en la estación, me voy en busca de un coche. No le había allí. Me detenía perplejo, no sabiendo qué partido tomar, cuando delante de la estación paró un automóvil, y veo a Krassín, a quien desde Smolensk había avisado por telégrafo, y que se precipitaba sobre mí.

VII

Separado de mis compañeros de viaje, me trasladé al hotel "Metrópoli" junto con Krássin, con quien me entretuve hablando buena parte del día. Contéle mis observaciones en Berlín y en Hamburgo, describíle mi arresto, etc. Aquí fué donde me enteré por Krassín que la Comisaría de Negocios Extranjeros había perfectamente recibido mis telegramas de Hamburgo y que Lenin mismo había aprobado mi conducta. Cuanto al silencio de Tchicherín, mi amigo me lo explicó por el hecho de que la Comisaría de Negocios Extranjeros, enemistada conmigo por influjo de Vorovsky y de Litvinof, que estaba envidioso de mi situación, había resuelto "darme la zancadilla" y dejarme desenredar solo.

Cuando el Ministerio de Negocios Extranjeros alemán previno a Krassín de nuestra detención como rehenes, mi amigo había exigido de Tchitcherín que se tomaran medidas inmediatamente para ponernos en libertad. Tchitcherín y Litvnof habían respondido que estaban dados los pasos necesarios, que se habían cambiado telegramas con el Gobierno alemán, pero que éste eternizaba el asunto. En una palabra, en el curso de este incidente, lo mismo que en los pasos anteriores, estos dos personajes no habían pensado más que en sus resentimientos personales; y me habían abandonado tranquilamente a mi suerte.

—Sí, querido—me decía Krassín—; a mi pesar, he de reconocer que los resentimientos personales forman la base de todas nuestras relaciones al presente. Así, por ejemplo, Litvinof me detesta con toda el alma. Este odio data de antiguo, de la época de nuestra colaboración revolucionaria. Hay también aquí envidia, miedo de ser postergado. Este odio le vuelve contra tí, como uno de mis amigos, y hace todo lo que puede porque tú no llegues a subir más alto que él. Litvinof es quien hizo "el embotellamiento" de los telegramas. Es uno de esos hombres que no son capaces más que de un odio mezquino y vulgar hacia aquellos que les tienden una mano caritativa. No hay que buscar entre nosotros sentimientos generosos: se devora, se recela mutuamente, se teme sin cesar el avance de un compañero. No se tiene la menor idea de un fin común que perseguir, ni de solidaridad, tan necesaria en trabajos colectivos. Supongamos que una docena de personas se consagran a la misma

tarea. Esto no quiere decir que el trabajo se acabará a expensas del común esfuerzo. No; quiere decir, simplemente, que esas doce personas van a trabajar unas contra otras, que se calzarán la rueda del carro mutuamente; no sólo quedará parada la tarea en cuestión, sino que corre gran riesgo de ir para atrás. ¡En una palabra, los empleados soviéticos destruyen mutuamente su trabajo!

—Muy bien—repuse yo—, pero ¿y qué has hecho de tu influencia con Lenin? ¿Es posible que seas incapaz de modificar este estado de cosas?

—¡Mi influencia!—me interrumpió Krassín—. ¡Mi influencia! No es más que una amarga ironía. Llego, a veces, a ejercer presión sobre él en casos aislados, como, por ejemplo, cuando tiene intención de “liquidar” un inocente. Se ha vuelto intratable. Si hay quien goce de algún ascendiente, es “el camarada Félix”, es decir, Dzerjinsky, el cual es aún más fanático que él; además es un compadre astuto, que agita ante Lenin el espectro de la contrarrevolución, dándole a entender que el día en que reviente la barrerá todo, incluso al mismo Lenin. Y éste (de ello estoy plenamente convencido) es un verdadero poltrón, tiembla por su pellejo, y Dzerjinsky hace vibrar esta cuerda... En consecuencia, la gente está oprimida y lo será más y más; teme, no solamente hablar, pero aun pensar. Una red de espionaje, que sobrepasa los sueños más atrevidos de Napoleón III, está tendida por todas partes: en las instituciones oficiales, en la calle, hasta en las familias. La delación, la represión oculta. ¡Imposible ir más lejos!...

Y prosiguió:

—He aquí el movimiento blanco que nos amenaza. ¡Estamos cogidos en un torno! Estoy convencido que nuestras tropas, andrajosas, mal armadas, mal disciplinadas, sin conocimientos y experiencia técnica, pasarán un mal cuarto de hora a vista de esos ejércitos blancos, bien equipados, bien disciplinados y bien preparados en punto a técnica. Todos tiemblan..., pero, adivina un poco, ¿quién tiene más medrana? Nuestro Mariscal de campo, Trotzky. Si no tuviera a Stalin a su lado (Stalin no inventó la pólvora, pero es valiente y desinteresado), habría abandonado el campo hace mucho tiempo. Pero Stalin le tiene bien cogido; en realidad, él es quien lleva toda la defensa soviética, sin adelantarse un paso y dejando a Trotzky los accesorios del supremo mando militar. Trotzky pronuncia

discursos incendiarios, lanza ukases dictados por Stalin y se figura ser un Napoleón.

Sobre estos hechos rodó nuestra plática; cuando, de repente, como acontece entre personas íntimamente unidas, nos asaltó la misma idea. Mirámonos y nos comprendimos sin palabras.

—Sí—dijo Krassin lentamente y con voz reconcentrada—, ambos a dos hemos cometido un *error irreparable*...

—Irreparable—repetí yo en voz baja.

Recuerdo aquí al lector que en este tiempo acumulaba Krassin las funciones de Comisario de Vías y Comunicaciones con las de Comercio e Industria. Allí mismo me ofreció el puesto de Delegado del Comisario del pueblo para el comercio e industria (Zamnarkomtorgprom) (1).

Rehusé categóricamente. Mi negativa no era motivada por falsa modestia, sino por consideraciones de orden bien diferente. Recordaba, en efecto, las persecuciones que había sufrido en calidad de primer secretario en la Embajada de Berlín como también la campaña contra mi nombramiento para el Consulado general de Hamburgo. Recordaba la actitud de Tchitcherín respecto a mí, el incidente de los telegramas y el de mi arresto. Repuso él insistiendo en su propuesta.

—¿Pero no crees tú, Leónidas—le dije yo—, que este nombramiento dará lugar a una nueva campaña?

—No—respondió él—, por este lado nada hay que temer. Tanto más, que después de recibir el telegrama en que me anunciabas tu partida de Berlín, tuve una conversación con Lenin, quien me preguntó: "Leónidas Borissovitch, ¿tiene usted algún plan respecto a Solomón?" Respondíle yo cómo, después de la muerte de Elizarof (2), que había sido mi agregado, deseaba yo que tú llevaras ese puesto, a fin de ponerte al tanto de los problemas de la vida soviética. Una vez que hubieras adquirido conocimiento suficiente en ese terreno, me habría yo retirado del todo y tú ocuparías mi puesto de Comisario. Lenin asintió diciendo: "¡Está bien!, además era amigo del difunto Elizarof".

Y Krassin añadió a todo esto que acababa de decir, argumentos de un orden amistoso. Al fin, acabé por aceptar.

—A propósito—continuó Krassin—: me recordó Lenin

(1) Funciones equivalentes a las de Ministro agregado de Comercio e Industria.

(2) Marido de la hermana de Lenin. Véase la introducción de este libro.

que conviene te hagas inscribir en el Partido comunista. Para ello tienes que ir a verte con Elena Dmitrievna Stassowa, Secretaria de la R. K. P. (1), que está ya avisada. ¿La conoces?

—No, jamás la he visto. ¿Qué clase de persona es?

—¿Elena Dmitrievna?—dijo Krassín—. En dos palabras, es una mujer songuinaria, una especie de bruja, carácter de hierro, que aprueba las ejecuciones capitales y otras atrocidades... Pero ¿y qué? No hay más remedio.

En este intermedio transmitía yo a Krassín las proposiciones del Gobierno lituano, suplicándole quisiera comunicarlas con Lenín. Krassín comenzó insistiendo porque yo mismo en persona se las propusiera.

—¿Te das cuenta de la importancia de esos ofrecimientos? Eso sería la primera brecha en el bloqueo que pesa sobre nosotros. Una vez concluída la paz con Lituania, los demás países se darían prisa a reanudar sus relaciones diplomáticas con nosotros... Debes tú mismo hablar de ello a Lenín.

Yo, sin embargo, mantuve mis posiciones, y me contenté con añadir que si Lenín expresaba deseos de hablar personalmente conmigo, vendría en visitarle.

Al día siguiente Krassín tenía una entrevista con Lenín a este propósito. De ella salió sumamente confuso, y me dijo que el asunto no había tenido éxito. Como yo le preguntara con sorpresa por qué Lenín no quería aprovechar ocasión tan ventajosa, me dijo Krassín:

—El hecho es que Lenín te tiene ojeriza. No ha podido olvidar que, cuando los dos estabais en Bruselas, en 1909, te permitiste no ser de su opinión y contradecirle.

VIII

Al día siguiente de llegar a Moscú, telefoneaba a Tchitcherín y me trasladaba a la Comisaría de Negocios Extranjeros. Era la primera vez que le veía.

Durante muchas horas seguidas le conté, en presencia de Lítvinof y Karakhan, los sucesos que el lector ha podido leer en los capítulos anteriores. Debo decir que Tchitcherín oyó mi relato con el más vivo interés, interrumpiéndome a menudo para

(1) Partido comunista.

hacerme algunas preguntas; en ciertos momentos, en que mis pasos me parecían extraordinariamente felices y oportunos, dirigía a sus compañeros miradas que parecían pedir aprobación. Pero los rostros de aquéllos, sobre todo el de Litvinof, permanecían impasibles, como el de los ídolos.

Esta primera entrevista con Tchitcherín causó en mí una impresión extraña. Descubrí en este hombre rasgos de su antigua educación, aunque comenzaban ya a borrarse bajo el influjo de la grosería de costumbres circundante, grosería que caracteriza, hasta el presente, a todos los hombres públicos soviéticos, del más pequeño al más grande. Cierto, ellos procuran disimular ese rasgo a los ojos de los extranjeros; pero en las relaciones íntimas de hombre a hombre se permiten un tono imperioso y desenvuelto. ¡Se tiene eso como indicio de "buenos modales" soviéticos! Por lo que hace a Tchitcherín, chocóme por el extraordinario desequilibrio de espíritu. En efecto, tenía delante un hombre nada normal. Comenzaba su día a las tres o cuatro de la tarde y velaba hasta las cuatro o cinco de la mañana. Los funcionarios de la Comisaría debían trabajar por la noche, y así sus subalternos estaban condenados a un régimen de lo más desordenado. Como la Comisaría debía comunicar con otras instituciones, se veían éstas, asimismo, obligadas a trabajar de noche. Tchitcherín no tenía empacho en telefonar a sus colegas a las tres o cuatro de la mañana. Estas derogaciones del orden comúnmente establecido se explicaban por el hecho de que (según rumores que corrían en las altas esferas soviéticas) Tchitcherín se entregaba cada vez más al alcoholismo y al uso de narcóticos.

Desde esa época existió entre Tchitcherín y Litvinof una lucha sorda, sí, pero encarnizada. Litvinof no era más que un miembro del Colegio, mientras que el verdadero abogado de Tchitcherín era Karakhan. Según Joffé, Karakhan había adquirido notoriedad al tiempo de las conferencias para la paz de Brest-Litovsk, durante las cuales dirigía la oficina de accesorios de cancillería y desempeñaba oficialmente las funciones de secretario de la delegación rusa. Karakhan es un personaje completamente nulo, y esto explica por qué Tchitcherín, que no sufre la presencia de hombres de alguna eminencia, por poca que sea, le guardaba las espaldas. Litvinof, veterano del Partido, con muchos méritos de servicio, no podía contentarse con el papel que le había tocado. Así que, aunque en lucha con

Tchitcherín, no cesaba de combatir a Karakhan. En fin de cuentas, cuando yo me encontraba ya en Reval, fué él nombrado primer agregado de Tchitcherín, y Karakhan, segundo. Pero tal nombramiento no pudo satisfacer las ambiciones de Litvinof, que jamás vino en admitir que Tchitcherín, ayer aún menchevique, hubiera venido a ser su jefe. Voy a añadir unas palabras sobre Karakhan. Como he dicho, es un hombre absolutamente vulgar, y se le tiene en las esferas bolchevistas principalmente como un *dandy* y catador de vinos. Se contaba en todas partes que, a pesar del hambre, Karakhan gozaba de mesa refinada, y poseía una lujosa guardarropía, renovando sin cesar sus vestidos e ignorando el número exacto de juegos completos. Pero Tchitcherín le apreciaba. Cuando Lenin, levantándose contra la presencia de este hombre vulgar en la Comisaría de Negocios Extranjeros, le quiso descartar, Tchitcherín tuvo una verdadera crisis de histerismo, y, en una carta a Lenin, le declaró que, si se alejaba a Karakhan de los negocios, se iría él o se suicidaría. Y Karakhan fué mantenido en su empleo, a pesar del vivo descontento de Litvinof.

El mismo día recibí la visita de A. A. Yazikof, uno de nuestros antiguos amigos, mío y de Krassin, a quien habíamos conocido en Irkoutsk el año 1896. Después de la muerte de Elizarov, era él el último miembro sobreviviente del Colegio de la Comisaría de Comercio e Industria, y pensaba hacerse trasladar al ejército, en calidad de Comisario político. He ahí la causa por que estaba ansioso de verme entrar en mi nuevo cargo. El me llevó a comer a la cantina del Sovnarkom, que se hallaba en el Kremlin... Esta cantina había sido especialmente creada para elevados funcionarios, y el alimento que en ella se servía, aun a precio, por lo demás, irrisorio, era excelente. Pero, lo mismo que en todas las otras instituciones soviéticas de este tiempo, reinaban en la cantina la suciedad, el desorden y grosería de costumbres. Recuerdo que durante la comida una voz femenina, penetrante, gritaba con todas sus fuerzas:

—¡Vanka, puerco, déjame, no me pellizques!

Era la cajista del establecimiento, que en tales términos rechazaba los asaltos de un joven comisario.

En seguida Yazykof me llevó a E. D. Stassova, que habitaba en Kremlin, donde ocupaba una habitación lujosa. Advertí que, al saludarla Yazykof, tenía un aire turbado, como si temiera aquella "bruja sanguinaria", según la había llamado

Krassín. Recibíónos muy amablemente, hizonos sentar, brindónos té y nos presentó a su padre y al hermano del difunto Sverdlof, que se hallaba también con ella. Por fin, me rogó quisiera contarle mis aventuras, y llenó las formalidades necesarias para mi inscripción en el Partido comunista: no me pareció a mí tuviera nada de "bruja". Y, sin embargo, todos parecían temerla; y, como he dicho, mi amigo Yazykof, emérito comunista, no posaba en su asiento durante la visita. No recuerdo muy bien por qué razones, aunque muy probablemente por su independencia de carácter, Mlle. Stassova tuvo muy pronto sus diferencias con Lenín, y se la reemplazó por un secretario más flexible, N. N. Krestinsky, actualmente embajador soviético en Berlín.

Krassín y Yazykof se apresuraron a ponerme al corriente de los negocios, y a los tres días asistía ya a la reunión del colegio de la Comisaría de Comercio e Industria. Fuí presentado a mis colegas en calidad de "zan" (agregado), e introducido rápidamente en la vida íntima de la Comisaría.

Entretanto (como escriben en las novelas policíacas), "mis enemigos velaban", y empezó una nueva campaña de intrigas, también nuevas, tramadas a mi espalda.

Conforme al procedimiento administrativo soviético, mi nombramiento debía ser primero ratificado por el Comité Central del Partido, representado por el Secretariado Político, y, en seguida, por el Sovnarkom. Considerando que, una vez obtenido el consentimiento de Lenín, tales ratificaciones tenían el carácter de pura formalidad, Krassín se contentó con llevar mi nombramiento para la orden del día en la próxima sesión del Sovnarkom. El examen de la cuestión fué suspendido porque debía antes ser sometida al Secretariado Político. Esta institución suspendió igualmente discutir el asunto, pretestando la ausencia de Krestinsky, el cual tenía objeciones que hacer a mi nombramiento, y había sido enviado con una misión al Ural. Insistió Krassín cerca de los miembros de la Oficina Política; tuvo, asimismo, entrevistas con Lenín, Mlle. Stassova, etc. Todos echaban la culpa de la tardanza al Secretariado Político; *in corpore*, todos jugaban "a diplomáticos". Al fin, llegó Krestinsky, y, después de una discusión en que tomó parte, se decidió rechazar la propuesta de Krassín. Fué éste a ver con Mlle. Stassova, para pedirle explicaciones. La secretaria se encogió de hombros y respondió que eso era secreto de la cámara de con-

sultas. A decir de Krassín, esta intriga era obra de Vorovsky y de Litvinof (no conocía yo aún personalmente a Krestinsky), que esparcían el rumor de que yo era un especulador siniestro, y que era peligroso, como dice el refrán ruso, "dejar entrar el chivo en la huerta". Sobremanera irritado por tales hechos, dirigióse mi amigo a Lenín, exigiéndole, en nombre mío y suyo, que el asunto fuera examinado por el tribunal del Partido.

—Perdóname—me dijo—por haber presentado esta demanda en nombre tuyo, sin haberte avisado de antemano.

—Has hecho bien—le respondí—, y sería muy dichoso en que tal juicio tuviese lugar. Todas esas ruines intrigas y asechanzas dirigidas contra mí, después de mi llegada de Estocolmo, me repugnan hondamente; pero ya tú verás cómo hallan un pretexto para echar a un lado este proyecto.

—¡Ah!, ¡eso no!—exclamó Krassín—. No lo podrán hacer. Tengo redactado un informe al Comité central, que voy a remitir a Lenín. Hay que obrar con rapidez; toda esa gentuza trabaja activamente en la sombra.

Y me leyó el informe en cuestión. Como camarada y amigo, reclamaba perfecta claridad sobre la actitud tomada por el Partido respecto a mí. Enumeraba los manejos hostiles de que había sido víctima después de mi llegada de Estocolmo a Petersburgo, y recordaba que, desde este instante hasta el curso de mi incidente con Ouritcky, había pedido se esclareciesen los hechos. Recordaba igualmente la actitud tomada con respecto a mí por la Comisaría de Negocios Extranjeros, mis telegramas sin respuesta, mi arresto sin causa conocida, yo mismo abandonado a la merced de los sucesos... Enumeraba mi hoja de servicios revolucionarios, y, por conclusión, declaraba que por haber sido mi amigo de la juventud y conocer mi vida casi día por día, podía hacer las afirmaciones siguientes: "Que nada, absolutamente nada, había ni en la actividad privada, ni en la actividad social y política del camarada Solomón, que pueda dar lugar a descalificarle." Pedía también Krassín que se convocase en calidad de testigos una serie de eminentes camaradas, entre ellos el mismo Lenín. Entretanto, llamaba al teléfono a Lenín, y le hacía saber cómo yo apoyaba su demanda de fallo y que él le llevaría inmediatamente su informe.

Remitióselo en efecto. Al cabo de unos días le llamó Lenín para tratar este asunto, y tuvo entre ellos lugar la siguiente

explicación (la escena me la refirió mi amigo): le dijo francamente Lenin cómo había examinado por sí mismo la cuestión, y la había asimismo sometido a ciertos miembros del Comité central (del que Krassin no formaba parte aún en esta época). Todos habían juzgado que nuestra demanda estaba perfectamente bien juzgada.

—Mas comprenderá usted, Leónidas Borissovitch—añadió—, que el examen de este asunto provocaría un gran escándalo en el interior del Partido; sería una especie de Panamá... No podría pasar por ello. Solomón no tiene más que echar toda esta historia en olvido. Por lo que toca a su nombramiento, este es el camino que habéis de seguir: Sin someter la candidatura de vuestro amigo al Secretariado Político y al Sovnarkom, os haré saber que consiento en su nombramiento; pero éste deberá emanar directamente de vosotros mismos. Publicaréis un decreto a la Comisaría de Industria y Comercio, declarando que Solomón está señalado en el orden administrativo para cumplir las funciones de agregado, y que tomará la dirección de la Comisaría. La cosa quedará, en el fondo, lo mismo...

Esto me contó Krassin en presencia de Yazykof. Yo estaba profundamente indignado por la solución propuesta por Lenin, y sentía viva repugnancia en aceptarla. Pero Krassin y Yazykof se pusieron a persuadirme y a probarme la oportunidad de esa salida. Rehusaba yo obstinadamente. Al fin, me suplicaron que cediera y reflexionara algunos días antes de dar una respuesta definitiva.

Al cabo de esos días, en los que mis dos amigos no cesaron de hacer presión sobre mí, terminé por dar mi consentimiento... Krassin hizo redactar un decreto a la Comisaría, en virtud del cual era yo designado por "zam", con todos los derechos y obligaciones inherentes al cargo. Desde ese día firmaba todos los documentos "*Zammarkomtorgprom*".

Me abstendré de toda lamentación. Si he descrito las circunstancias de mi nombramiento, es sólo para dar a mis lectores una idea de los irritantes desaguizados que tenían que sufrir los funcionarios, aun de los más altos grados de la jerarquía soviética.

Las intrigas fueron cesando poco a poco; es que el fin de mis adversarios era sólo humillarme, insultarme, y durante todo el período de mi trabajo en la Comisaría de Industria y Comercio (que tomó pronto el nombre de Comisaría de Comer-

cio exterior), los miembros del Sovnarkom, los funcionarios y el mismo Lenin me llamaban siempre en los informes oficiales "Zamnarkomvneshtorg" (1). Tales son las "añagazas" de la vida íntima del Partido y de la vida soviética en general.

IX

Tres o cuatro días, próximamente, después de llegar a Moscú, me instalé en la "Segunda Casa de los Soviets", llamada por otro nombre "Hotel Metròpoli", que había sido requisado y rebautizado por los Soviets. Este hotel, que en otro tiempo fué un establecimiento de gran lujo, había sido transformado en una especie de mesón de caravanas. Sólo con gran dificultad pude obtener un cuartito en el quinto piso. La instalación eléctrica funcionaba, pero, por medidas de economía, no podíamos servirnos de ella sino con ciertos límites. Por la misma razón, el servicio de ascensor estaba suspendido, y las escaleras, alumbradas con parsimonia. Pero no podíamos quejarnos, porque Moscú era presa de la desorganización más completa: los habitantes (a saber, los "burgueses" y los "elementos no trabajadores", que comprendían a todos los empleados subalternos de las instituciones soviéticas) estaban privados de luz eléctrica y obligados a improvisar sus sistemas de alumbrado. Seguramente, en una época de desbarajuste general, las restricciones en este punto eran necesarias, pero esas restricciones se hacían en detrimento de solos los burgueses. Los tranvías habían venido a ser muy raros; la ciudad estaba sumida en las tinieblas; los transeúntes caminaban con dificultad; las calles, hundidas e interceptadas de nieve en invierno. En cambio, los alrededores del Kremlin, y el Kremlin mismo, estaban inundados por un mar de luz eléctrica. Como los demás hoteles de primera clase, el "Metròpoli" estaba reservado a los funcionarios superiores (de miembros de Colegio para arriba), a sus familias y a los miembros calificados del Partido. Pero este derecho sólo en el papel existía, y el hotel se veía invadido por una turba de individuos que no pertenecían a ninguna institución. Los jueces omnipotentes del bolchevismo instalaban allí sus queridas, las "sodkoms", según se las llamaba (esa palabra era abre-

(1) Título equivalente al de Ministro adjunto del Comercio exterior.

viatura de la expresión "mantenidas por los comisarias"). Se instalaban allí igualmente los parientes y amigos de los altos empleados. Así, por ejemplo, el camarada Skliansky, el "célebre" sustituto de Trotzky, ocupaba en el "Metrópolis" tres suntuosos departamentos, en diferentes pisos y destinados a tres familias. Los demás imitaban su ejemplo y todos los mejores departamentos del hotel estaban acaparados por una turba de gentes que en ellos se entregaban a fiestas y orgías.

Reinaba en el interior de ese establecimiento gran suciedad. No hablo de las habitaciones ocupadas por los altos dignatarios y sus favoritas (estas piezas eran aseadas y bien amuebladas), pero el "Metrópolis" estaba poblado por gente baja, obreros y sus familias; la mayor parte era gente poco instruida y tenía escasas nociones de higiene. Me aconteció más de una vez ver a mujeres que, poco diligentes en llevar a sus niños al tocador, les tenían allí, sobre las lujosas alfombras que cubrían los corredores; cuando los niños habían cumplido sus necesidades, les limpiaban y arrojaban los papeles sobre las alfombras... Los que pasaban por esos corredores no tenían empucho en escupir y tirar al suelo el cigarro.

Los tocadores especialmente eran muy sucios. Lo mismo que en los cuartos de baño, todo estaba aquí hundido y en gran desorden (los baños se calentaban una vez por semana, el sábado, y se podían tomar mediante retribución).

La administración del "Metrópolis" se componía de un director y de numerosos tenedores de libros, empleados de oficina, etc. Este personal robaba y dilapidaba los bienes a cual mejor. Al tiempo que yo me hospedé en el hotel, acababan de despachar y, si no me engaño, de encarcelar al director Romanof, que había robado, por valor de dos millones, vajilla de plata...

La administración estaba inspeccionada por una "célula", que comprendía todos los comunistas del "Metrópolis". Esta célula estaba dirigida por una oficina que presidía cierto camarada Zlentchenko. Era éste un ser extraño, medio loco, medio charlatán, o ambas cosas a la vez, que hablaba sin cesar y muy mal sobre su integridad y su consagración al ideal comunista. Bullía sin cesar y buscaba cómo pasar a los ojos de todos y de cada uno por comunista *puro*.

Yo no sé cómo, pero merecí de este individuo atenciones del todo singulares; si bien acabé por ser verdadera víctima

de su asiduidad. Me veía constantemente asaltado por peticiones y exigencias "de partido". Acabó por obligarme a adherirme a la célula, presidir las reuniones de sus miembros, y, más tarde, las reuniones plenarias de todos los moradores del "Metrópoli". Tuve, en fin, que dirigir los debates sobre arbitraje "entre camaradas", que se organizaban continuamente. Los más de estos procesos basábanse en querellas y desavenencias personales, escaramuzas de cocina a que se entregaba la gente femenina del hotel. Además de lámparas de alcohol y otros objetos portátiles, los moradores podían disponer de grandes cocinas adonde podían entrar fuera de las horas de la comida que se servía en la cantina. Aquí era donde surgían los encuentros, acompañados de gritos histéricos; las interesadas acababan, generalmente, por ir al arbitraje "entre camaradas", que dependía de la célula. Las querellantes lloraban, se injuriaban e insultaban a los jueces, pidiendo todas una decisión favorable; se traían testigos, y como el proceso tenía lugar, ordinariamente, por la noche, el infatigable Zlentchenko les telefoneaba, sacándolas del lecho en nombre de la "disciplina de partido".

Mas entre todos aquellos procesos que oían a cocina, los había que, aun estribando en hechos mezquinos, se inspiraban en un odio de la humanidad que tenía algo de patético. Citaré brevemente uno de esos incidentes, que se me grabó en la memoria. Espero que el lector me perdonará esta digresión, por la que tendrá una idea de las costumbres de los "camaradas".

Cierto día vi venir corriendo a Zlentchenko: su rostro radiante adelantaba las felices nuevas de que estaba lleno. Sofocado por sus propias palabras, y respirando una especie de placer voluptuoso, me anunció "un gran acontecimiento, extraordinario".

—¿Conocéis al camarada Pevzner?... ¿Es posible que no?... ¡Oh!, es uno de los miembros más importantes del Partido (1). ¡Un camarada eminente en verdad! Acaba de llegar del Sur. Pues bien, me hace saber que la camarada Himmelfarb, que vive aquí con su marido (están recientemente casados), la camarada Himmelfarb, digo, es una espía, que ha trabajado a las órdenes de Nikín en Odesa. Entregó a los bolcheviques que du-

(1) Realmente, se trata de un alto empleado soviético.

rante la ocupación se ocultaban en la ciudad, y por su causa fué fusilado gran número de nuestros camaradas. De ello hay un montón de testigos... Ya veis qué clase de gentes habita la "Segunda Casa de los Soviets". Se necesita un buen escobazo...

Había yo conocido a Himmelfard (el marido) antes de la revolución, cuando trabajaba en una editorial. Era, a lo que me parece, una persona bastante honrada, aunque se adhiriera a los bolcheviques después del golpe de Estado, Desempeñaba un cargo no sin importancia en cierta institución soviética. No le conocía sino muy poco, y de su mujer nada sabía.

Al anunciarme la gran nueva, Zlentchenko, aquel hombre vulgar y perezoso, tenía ya resuelto el asunto de antemano; había rechazado la hipótesis de falsa acusación. Bastábale que ella viniera de camarada tan eminente como Pevzner, de un hombre que había llegado a Moscú para ocupar un puesto de gran importancia. (Añadiré yo que se hallaba en la imposibilidad de ponerse al trabajo, por no saber dónde hospedarse, pues la crisis de habitaciones era aguda en el "Metrópoli", lo mismo que en los restantes edificios de Moscú.) No sin sorpresa e indignación había hablado Pevzner de la presencia de la camarada Himmelfarb en la "Segunda Casa de los Soviets" y Zlentchenko había resuelto echarla en virtud de una decisión del tribunal, para poner el cuarto que ella ocupaba a disposición de Pevzner. Según su costumbre, había hecho lo posible para influir de antemano en los miembros del tribunal. Pero precisamente esas afirmaciones, su insistencia y aquel tomar partido de antemano tan a las claras, fué lo que hizo inmediatamente presentir el carácter mentiroso de aquellas inculpaciones, extremadamente graves para la acusada. Declaré yo que no éramos nosotros competentes en el asunto, y que debía someterse a un tribunal superior. Zlentchenko se puso a asegurarme que Pevzner conocía de mucho antes a la acusada, que deseaba ahorrarla toda molestia posible y que por esto había sometido el caso al "fallo de camaradas".

Todo esto me parecía sobrado absurdo y sospechoso, y deseando sinceramente ver claro en aquel asunto de delación—yo tenía muy claro presentimiento que se trataba de delación— nada repuse a mi interlocutor, y consagré toda la tarde, y casi toda la noche, a aquella historia realmente escandalosa, aunque no para la inculpada...

Después de haber abierto la sesión, me dirigí a Pevner rogándole nos expusiera sus motivos. Repitió él las acusaciones con voz firme, añadiendo numerosos detalles.

—¿Comprende usted, camarada Pevzner, lo extremadamente grave de sus acusaciones?

—Lo comprendo perfectamente, camarada presidente.

—¿Y las mantiene usted?

—Sí, las mantengo; hay gran número de testigos, entre los que se hallan ciertas personas denunciadas por la inculpada, y que sólo por una casualidad escaparon de la muerte.

Aquí doy la palabra a la mujer de Himmelfarb. Ambos a dos, marido y mujer, estaban delante de mí, pálidos y aterrados. Rechazó ella con cólera y repugnancia las acusaciones hechas contra sí, diciendo que Pevzner alimentaba antiguos rencores hacia ella, que en otro tiempo la había hecho la corte... Llamamos los testigos de cargo y descargo..., y, al fin, apareció la verdad, ¡la infame verdad! En efecto, el interrogatorio sacó en limpio que Pevzner, por no haber podido lograr habitación en el "Metrópoli", había calumniado a la camarada Himmelfarb para apoderarse de su habitación; se sacó asimismo que, durante la ocupación de Odesa, aquella mujer había tenido que esconderse y que había socorrido a gran número de sus camaradas. No podía imputársele nada sospechoso; los que la habían conocido, todos hablaban bien de ella. Pevzner, cuya feroz calumnia acababa de ser descubierta, se vió rodeado, no sólo por testigos de descargo, sino también por testigos de cargo, a los cuales había yo hecho desdecirse gracias a una serie de confrontaciones. Ahora sudaba el hombre y balbucía explicaciones confusas, y se vió obligado, al fin de cuentas, a admitir que se había entregado a la más vil de las delaciones. El tribunal se retiró a una pieza próxima para deliberar.

Zlentschenko quiso acompañarnos, pero yo le detuve con tono severo:

—¿Qué hacéis aquí, camarada Zlentschenko?

—Yo... querría deciros una palabra, camarada, antes que toméis una decisión.

—No puede ser—le interrumpí secamente—: durante el debate pudisteis tomar la palabra, mas ahora no puedo autorizar ninguna conversación con los miembros del tribunal y pido que os retiréis.

—¡Qué manías burocráticas!—dijo, y salió.

Nuestra deliberación no duró más de un cuarto de hora, y volvimos con un veredicto por el que Pevzner era reconocido culpable de calumnia maligna e intencionada; nuestra sentencia implicaba asimismo la decisión de poner en conocimiento del Partido aquel incidente por medio de nuestra célula. A pesar de ello, y a juzgar por los periódicos, el camarada Pevzner desempeña hoy todavía cargos importantes en el país de los Soviets.

El "Metrópoli" disponía asimismo de personal subalterno. Al tiempo que yo me instalé, dichos sirvientes desempeñaban su cargo mejor o peor; pero bien pronto Zlentchenko, a quien los "laureles de Milcíades" impedían dormir, publicó una declaración "en nombre de la célula", dispensando a los empleados subalternos de todo trabajo "que fuera en perjuicio de la dignidad humana". Tal era mirado, por ejemplo: la limpieza de lavabos y otros utensilios del mismo género. Al cabo de algún tiempo, los sirvientes del "Metrópoli" hallaron una interpretación más amplia a esa declaración, y rehusaron definitivamente arreglar los aposentos, donde muy pronto reinaron la mugre y hediondez... Entretanto, circulaban por la ciudad rumores en que se transpiraba odio profundo, aunque impotente, a los nuevos amos. No los contaré aquí; sobre todo, que el lector a quien interesen podrá hallar un cuadro detallado en la excelente obra de M. José Douillet (1). Este libro ofrece páginas verdaderamente desgarradoras, que describen los sufrimientos dados a los representantes de la democracia rusa:

(1) JOSÉ DOUILLET: *Así es Moscú*. Nueve años en el país de los Soviets. Editorial "Razón y Fe". Madrid.

El autor de este libro verídico, escribe con sencillez, pero de modo que cautiva. Desempeñaba el cargo de cónsul de Bélgica en Rusia. Por haber pasado allí más de treinta y cinco años, consagró a nuestro país un afecto profundo y desinteresado, y acabó por hablar el ruso mejor que su propia lengua. Después del golpe de Estado bolchevista, pasó a ser Delegado del Alto Comisario Fridtjof Nansen. Fué encarcelado, lo mismo que su hijo, por la Tcheka, y sólo con gran dificultad huyó la pena de muerte. Describe las atrocidades de que fué testigo, o de que tuvo conocimiento, gracias al puesto que ocupaba; y cuenta esas atrocidades citando documentos en apoyo, e indicando frecuentemente no sólo nombres, sino hasta las señas de las víctimas. El libro, publicado en francés, ha alcanzado una tirada de 100.000 ejemplares, y ha sido traducido a todas las lenguas europeas. Eso indica que en el extranjero no es indiferente a lo que pasa en Rusia.

aldeanos, obreros e intelectuales. Estos hechos están contados en un lenguaje excesivamente sencillo y transparente, que evoca el estilo de proceso verbal.

X

Por iniciativa del camarada Zlentchenko, prendado de la "disciplina del Partido", se me nombró continuamente para presidir las reuniones de la célula, que, como los procesos, se tenían, generalmente, ya muy entrada la noche, después de las once, o tal vez después de las doce: venían a durar hasta las dos o las tres de la mañana. A todos los asistentes se les invitaba a poner sus nombres en una "Hoja de presencia"; ésta se pasaba luego a la secretaria de la célula, que dictaba pena contra los ausentes: censuras, observaciones para la reunión siguiente, advertencias, etc.

¿Cuáles eran las ocupaciones de esta célula y cuáles las funciones que debían desempeñar?

Al recordar, después de muchos años, aquellos trabajos, puedo afirmar sin vacilación que la célula se ocupaba, sobre todo, de quejas entre los diferentes miembros sometidos a su jurisdicción. Se pronunciaban allí discursos, salpicados con frecuencia de abundantes injurias; allí se elegían representantes de comités de radio; se examinaba la cuestión de las raciones y las quejas concernientes a la gestión del hotel; allí, en fin, se elaboraban los métodos de propaganda que debían aplicarse a los habitantes no comunistas del "Metrópoli".

Todos los negocios se resolvían a pública votación. Zlentchenko y los otros miembros de la secretaria vigilaban atentamente los escrutinios y anotaban el nombre de los votantes que se habían pronunciado contra la orden del día. Estos, por lo general, eran muy pocos. Se temía a las denuncias.

Recuerdo al lector que en la Rusia soviética todas las cuestiones son resueltas por medio del voto público, y que este sistema se introdujo *con el fin de vigilar a los votantes*. Véase el método seguido durante las elecciones: el presidente y el secretario de todas las asambleas son reclutados entre los comunistas; al proclamar la lista de candidatos, el presidente dice:

—Los ciudadanos que quieran pronunciarse *contra* las candidaturas, que *levanten la mano*.

Los ciudadanos saben que son vigilados, que los nombres de los que protesten serán puestos en la lista de sospechosos, que les amenaza toda clase de disgustos y aun de represalias. Se necesita, pues, tener gran valor cívico para pronunciarse contra los candidatos oficiales, y así los que protestan son, por lo general, pocos.

Las asambleas plenarias de todos los habitantes del "Metrópoli", que debía yo también presidir (en nombre de la disciplina del Partido y por orden de la junta de la célula), ofrecían el mismo espectáculo que las reuniones que acabo de describir. Los ataques se dirigían sobre todo contra los habitantes que no eran miembros del Partido...

Pero recuerdo muy particularmente una de aquellas sesiones. Coincidió con un verdadero momento de pánico, que surgió, no sólo en el "Metrópoli", sino también en el seno mismo del Partido y del Gobierno soviético. Estábamos reunidos en el salón blanco del "Metrópoli". Uno de los comunistas delegados por la célula había dado lectura a la fórmula tradicional, que invitaba a los concurrentes a inscribirse en el Partido. Yo, con los miembros de la junta, estaba en el estrado que se alzaba donde antes la orquesta, próximo a la puerta que daba al hall.

De pronto la puerta se abre empujada por un camarada, que entra de modo teatral, como un mensajero de ópera. Parecía estar muy agitado, y rápidamente se acercó al estrado. Llevaba una blusa blanca y salpicada en la espalda de sangre fresca.

Su vista provocó viva reacción en el público, que parecía estar siempre en espera de catástrofes. El orador paró en seco. Aunque no estaba al tanto de lo que ocurría, pero temiendo el pánico, que ya se sentía en el ambiente, rogué al orador en voz alta, continuara: después, haciendo una señal a los asistentes—los cuales habían ya apuntado un movimiento para salir—para que permaneciesen quietos en sus puestos, hice al mensajero subir al estrado.

—¿Qué ocurre?—pregunté a media voz.

—Vengo de una reunión en la callejuela Leontief—dijo con voz entrecortada por el sobresalto—; los S. R. (1) han echa-

(1) Socialistas revolucionarios.

do allí una bomba... Hay gran número de muertos y heridos; yo mismo he sido herido.

Habiendo antes dado tiempo al orador para que terminase, me dirigí a los asistentes, y, después de aconsejar calma, di brevemente cuenta de la catástrofe. Luego, se suspendió la sesión.

Aquello fué una explosión de pánico en el "Metrópoli". El hotel estaba en la más completa turbación. Por el establecimiento circulaban los más espantosos rumores. Decíase que había estallado un levantamiento en Moscú, que el movimiento era dirigido por los S. R., que caminaban hacia el centro de la población a la cabeza de una masa compacta de obreros y soldados insurreccionados. Las imaginaciones trabajaban. Hasta se afirmó que en el Kremlin se había entablado la lucha, que muchos de los directores, entre ellos el mismo Lenin, habían huido.

La alarma duró dos o tres días. Los más absurdos rumores circulaban en nuestro hotel. Sus habitantes, lo mismo que había visto antes en Berlín, ataban sus equipajes para poder huir con más facilidad. Algunos ocultaban su carnet del Partido y sacaban, de no sé dónde, documentos de identidad que databan del tiempo del zarismo y Gobierno provisional. Los comunistas visitaban a "los burgueses", que comenzaban a levantar la cabeza y a alimentar secretas esperanzas. Me enteré más tarde que también en Petersburgo se desarrollaron escenas de atontamiento en los centros comunistas. Se decía que el mismo General Gobernador de Petrogrado, Gregorio Zinovief, había intentado huir, pero que se le había detenido. Por lo que toca a los altos dignatarios del Kremlin, ¡habían, también ellos, perdido la cabeza!...

Pero si la catástrofe de la calle Leontief había provocado aquel atolondramiento, éste llegó a su colmo cuando se conoció en Moscú que el ejército de Denikín iba a marchas forzadas y se encontraba en los alrededores de Tula. Verdad es que la inquietud venía de más atrás. Había nacido cuando Denikín tomó a Orel.

Desde ese día, los camaradas previsores habían cuidado de procurarse pasaportes falsos. Habían buscado pasar por "clase burguesa", entablar relaciones con los capitalistas y poner en sitio seguro las alhajas que habían reunido.

Pero cuando Likytín se encontró en Tula, a 200 verstas de Moscú, aquello fué el disloque. Comenzaron a circular las bolas más terroríficas. Se cuchicheaba que las avanzadas de Leni-

kin habían llegado a Serpoukhov, Podolsk... Nadie podía disimular su miedo; todos discutían abiertamente el medio seguro de ponerse en salvo. Debo añadir que aquellas *conversaciones espontáneas*, provocadas por el pánico, eran explotadas, luego que pasó el peligro, por camaradas hábiles para denunciarse mutuamente.

Uno de mis colaboradores me avisó cómo algunos de mis subordinados observaban esta conducta. Pero los que experimentaban la más viva inquietud eran los comunistas de categoría media y los tchekistas. Los primeros se daban cuenta de que sus directores, ante aquellos otros avisados gatos, les abandonaban a su suerte; gemían y se lamentaban de verse ellos en la imposibilidad de preparar su huida y de proveerse de falso pasaporte. En el caso de que los Blancos triunfasen, no escaparían de su poder. Aunque más serios eran aún los temores que alimentaban los tchekistas secretos u oficiales, cuyas listas se componían de una tropa heterogénea. Verdad es que estaban en comunicación constante con las esferas gubernamentales y que disponían de todos los medios técnicos para fabricarse piezas falsas de identidad, y, como se decía, "cambiar el retrato". Pero entendían también que sus jefes no se preocuparían más de ellos en el momento de peligro, y sólo pensarían en su propio pellejo. Un verdadero miedo de fiera acorralada se había apoderado de aquellos hombres, que ante todo se esforzaban por ser bien vistos por los burgueses.

Cuando el peligro y los falsos rumores llegaron a su punto culminante, los bolcheviques creían ver por todas partes a los Blancos y contrarrevolucionarios, y el terror tomó proporciones inauditas. Los comunistas no pensaban más que en disimular su estado, y aun en los pasillos del "Metrópoli" se podían ver tirados en el suelo carnets del Partido rotos.

El avance del ejército de Youdenitch, que, como es sabido, no pudo llegar a Petersburgo, provocó una agitación más viva aún. El canguelo ponía en prensa las imaginaciones y volaron por la ciudad nuevas noticias falsas a cual más pasmosas.

Krassín me preguntó con urgencia por teléfono:

—¿Estarás en casa dentro de diez o quince minutos?

—Sí, ¿qué hay?

—Ya te lo explicaré todo..., estaré ahí dentro de diez minutos—y volvió a colgar el auricular.

Entró en mi casa con una expresión de lo más preocupado.

—Dentro de una hora debo salir para Petersburgo. Se trata de un negocio serio... Lenín acaba de llamarme. El Sovnarkon me pide organice la defensa de Petersburgo en vista del avance de Youdenitch. Se asegura que Youdenitch está en Tzarskoié-Selo... Zinovief ha querido huir, pero se lo han estorbado. Por poco no se han levantado los obrerós por este incidente. Zinovief hubiera sido detenido a la fuerza...

—¿Pero, y Trotzky?, ¿no se encuentra en Petersburgo?

—Es que, precisamente, el Mariscal de campo ha perdido del todo la cabeza, pues ha dado orden a los habitantes de formar barricadas en las calles para defensa de la ciudad; en una palabra, que debo salir para Petersburgo... Una parte del ejército de Youdenitch camina sobre Moscú por Bologoie y se encuentra ya en los alrededores de esta ciudad. He preguntado a Bologoie por teléfono y sólo he podido obtener indicaciones confusas. Se me ha dicho que, si me dirijo allá, podré caer en manos de Youdenitch. Así, pues, a toda prisa quería preguntarte...

Me habló de algunas cuestiones personales, rogándome cuidara de su mujer y de sus hijas, hacia quienes yo sentía mucho afecto...

Aunque todo esto no debía figurar en mis memorias, pues cae en terreno estrictamente privado, nos despedimos el uno del otro, y él partió.

Cuando el peligro había pasado, me contó hasta qué punto los célebres Trotzky y Zinovief habían sido víctimas del miedo. Añadiré que Krassín, a quien Lenín había otorgado plenos poderes, se ocupó activamente de la defensa, adaptando el material técnico a las necesidades del momento y asegurando, con su valor y sangre fría, a la población aterrorizada. Al leer estas líneas, me preguntará el lector cuál fué mi manera personal de reaccionar en presencia de tales acontecimientos. ¿Tenía yo el miedo que los otros? Brevemente responderé a estas preguntas. Estaba plenamente convencido de que, caso de triunfar los Blancos, no escaparía yo del suplicio, y suplicio, sin duda, cruel. Los Blancos castigaban a los Rojos sin compasión. Y así hice yo mi provisión de cianuro de potasio. Aún hoy lo conservo en un tubito, por vía de recuerdo...

XI

Por las condiciones que acabo de describir, la vida en el "Metrópoli" se hacía intolerable. De una parte, la célula, dirigida por Zlentchenko, y de otra la suciedad y grosería de costumbres de los habitantes habían llevado mi paciencia hasta el extremo. La Comisaría del Comercio exterior o *Narkomvneshtorg* (con este nombre se había bautizado y así la llamaremos en adelante) estaba situada en la calle Nilioutine y ocupaba un inmenso edificio. Había aquí mucho sitio y ahí me hospedé, durmiendo por la noche sobre un sofá de mi despacho e instalando a mi mujer en una pieza contigua.

Mas muy pronto, por descuido del encargado de la calefacción, estalló un tubo (no había que preocuparse de arreglarlo) y el edificio quedó convertido en una nevera. Tuve que procurarme una estufa de hierro (de las llamadas "burguesas"); la coloqué en mi despacho; calentaba medianamente la pieza, pero en cambio la llenaba de humo horriblemente.

Estas comodidades eran, sin embargo, bastante relativas: nunca pasamos de los ocho grados, y cuando la estufa tiraba mal y la temperatura bajaba a cuatro y aun más, tenía que trabajar con pelliza, gorra de piel y botas de fieltro.

Aunque no tenía por qué quejarme, ya que en los otros departamentos y oficinas de la Comisaría la temperatura bajaba a cuatro bajo cero y la tinta se helaba en los tinteros.

He de decir algo sobre los empleados de estas oficinas, verdaderos mártires de aquella terrible época. En su mayoría eran de los "sin partido": señoritas, señoras, jóvenes o viejos, que pertenecían a la llamada clase "burguesa". Eran, en realidad, intelectuales muy cultos, pero privados, por el régimen existente, de todos sus derechos hasta tal punto, que se había acabado por llamar a esa clase "los lichentzy", es decir: *los desposeídos*.

Nuestra Comisaría no disponía de raciones alimenticias para los empleados... El aumento periódico de los salarios no correspondía al ritmo del encarecimiento de la vida.

Los hombres terminaban por no tener más que andrajos, zapatos hechos jirones y vestidos estrafalarios, que les daban un aspecto insólito. Los tranvías no funcionaban casi nunca.

Los pocos que circulaban aún, se cubrían de racimos humanos suspendidos de ellos, con peligro de sus vidas.

En las paradas, los ciudadanos, no menos andrajosos que feroces, se precipitaban al asalto de los coches. Estos combates daban lugar a verdaderas catástrofes; ¡pero en guerra, como en guerra!... Nadie daba importancia a estas cosas, en época de brutalidad y salvajismo generales. Yo mismo presencié una de estas catástrofes: cierto camión pasó rozando uno de esos tranvías atestados; nada menos que diez y siete personas se llevó consigo, las cuales cayeron debajo de las ruedas, quedando muertas o gravemente heridas. Tan horripilante escena no produjo la menor impresión en los transeúntes...

Consiguientemente a esta desorganización de comunicaciones públicas, los "burgueses" no tenían otro recurso que las propias piernas. Pero durante el invierno las calles y las aceras estaban obstruidas por montones de nieve y profundas zanjas. La circulación por ellas era muy difícil. El hambre y privaciones de todo género tenían extenuada y sin fuerzas a la población. Iban sacando los pies penosamente de la profunda nieve en que se hundían, tambaleándose, tropezando de fatiga y de hambre, cayendo y levantando. Llegaban a las heladas oficinas con los pies mojados en sus agujereados zapatos rotos, los vestidos húmedos y helados.

Cumplían medianamente con su tarea (nada de extraño tiene que su capacidad de trabajo fuera inferior a la normal) y se marchaban a las cinco, por calles sin alumbrado, lo que complicaba aún más su vuelta. Al fin, entraban en sus casas, heladas y sumidas en las tinieblas. (Los "burgueses" no tenían derecho a la electricidad.) El petróleo y las bujías no se encontraban. La leña había alcanzado un precio exorbitante y sólo los privilegiados podían procurarse combustible, que no se empleaba más que para preparar la comida sobre las "burguesas". Aquellos desgraciados encontraban a su familia, niños y viejos, sufriendo los horrores del hambre, del frío y de la obscuridad, que provocaban el terror y la desesperación. No había que pensar en descanso. Además del servicio en la oficina, quedaba todavía el "trabajo obligatorio", cuyo peso recaía todo igualmente sobre los "burgueses", pues los demás, "los camaradas", encontraban siempre alguna escapatoria.

Los habitantes de Moscú, y muy particularmente los "burgueses" (aun los que estaban al servicio de los Soviets), experi-

mentaban cruelmente el hambre. La provincia la sufría también, pero en menor proporción.

Nuestros empleados formaban también, a las veces, "cuerpos expedicionarios de abastecimiento", que, con la autorización de sus jefes, salían por la provincia en busca de artículos alimenticios. Una de las expediciones tuvo lugar en la época en que yo me encontraba al frente de la Comisaría. El hambre era espantosa. Las raciones estaban casi suprimidas. El director de la oficina de estadísticas, M. J. Kaufman, que era presidente del comité de empleados de la Comisaría, vino a buscarme a fin de obtener autorización para una "expedición de abastos". Otorguésele y di orden de facilitar todos los documentos de identidad y los "pases" necesarios.

Los empleados hicieron una suscripción, y tres personas elegidas por ellos—dos mujeres y un hombre—se pusieron en camino. Esta expedición tuvo un epílogo trágico. Los empleados volvieron con muy pocas provisiones, y, en cambio, por haber viajado en vagones sin calefacción e infestados de tíficas, contraieron el tifus exantemático; dos de ellos murieron a los pocos días y el tercero se repuso, aunque siguió débil.

Paso a tratar del "trabajo obligatorio". Cuando los "burgueses" volvían a sus casas, obligábaseles a toda suerte de trabajos públicos. Ya no había "dvorniks" (1) en los edificios requisados, y se obligaba a los "burgueses" a limpiar los patios y calles, barrer la nieve, el lodo y las inmundicias; además se les agrupaba en equipos, forzándoseles a ejecutar otra serie de trabajos: cuidado de las plazas y edificios públicos, cargue y descargue de vagones en la estación de ferrocarril, limpieza de la vía férrea, tala de leña en los alrededores, etcétera.

Por otra parte, la arbitrariedad más absoluta y una intención cruel de ridiculizar a esos infortunados inspiraba a los organizadores de tales trabajos. He aquí un ejemplo de esos abusos de que continuamente era testigo.

Una de mis amigas, mujer anciana y enferma, pero que había conservado una rectitud y delicadeza de alma, como de niña, se esforzaba por cumplir a la letra su tarea, de que podía muy bien ser dispensada por su edad, sus enfermedades, y por su calidad de comunista. Un domingo se decretó un tra-

(1) Empleados que cuidaban de los edificios.

bajo excepcional y urgente: tratábase de trasportar las basuras y guijarros que interceptaban la vía de una estación de mercancías. Cuando los ciudadanos convocados para esa tarea estuvieron reunidos, un comunista, especialmente delegado para ello, pronunció un largo discurso de circunstancias, a propósito del "trabajo obligatorio" prescrito por el Estado socialista. El discurso, como lo exigía el "buen tono comunista", estaba sembrado de frases hostiles a los "burgueses explotadores del proletariado".

Aquellos infelices trabajadores eran en su mayoría burgueses, empleados en las estaciones soviéticas; casi todos estaban enfermos, minados por las privaciones y por la costosa faena de la semana. El punto donde se habían de reunir era muy distante, en el centro de la ciudad, y para llegar allá tenían que recorrer un largo trayecto. Era pleno invierno. Helados por el frío, mal vestidos y mal alimentados, tuvieron que esperar largo rato el comienzo del discurso estereotipado y hueco del agitador. El discurso fué aún más largo. Tenían por fuerza que oírle. Al cabo, aquellos hombres no habituados al ejercicio, formaron a duras penas "la columna de trabajadores", cuyas "apretadas filas", tropezando en el pavimento, lleno de baches y obstruido por la nieve, se pusieron en movimiento camino de la estación de la línea de Riazán, situada a cinco verstas (1) del punto donde se habían reunido. Llegaron por fin a la estación, donde les fué declarado que no había trabajo que darles. El "agitador", que era al mismo tiempo el comandante de la "columna", telefoneó a diversas instituciones; vino a entender que no era en la estación de Riazán, sino en la estación de Brest, donde había de efectuarse el trabajo.

El "agitador" pronunció otro nuevo discurso a propósito de este "suplemento gratuito" y la columna volvió a emprender el camino del calvario, y se dirigió hacia la estación de Brest, situada a ocho verstas. Cuando se hubo llegado, fué preciso esperar también a que los empleados fueran a buscar palas a los almacenes. Se dirigieron a la vía interceptada. Allí no había vagones para llevar la basura; había que traerlos: pusieron, por fin, manos a la obra. No quiero ocuparme en describir aquella faena; suplico al lector se figure sencillamente lo que debían experimentar aquellos hombres mientras la lle-

(1) La versta equivale a 1,067 metros.

vaban a cabo. Había que coger fuertes paladas de aquella tierra helada, levantarlas y descargarlas en la alta plataforma del vagón, y aquellos "explotadores" no sabían amañárselas, sobre que estaban rendidos de fatiga; así que los resultados de aquel trabajoso domingo fueron, en verdad, ínfimos. Este verdadero tormento se prolongó hasta muy entrada la noche. Cuando los infelices, agotados de fuerzas, se sentaban para cobrar aliento, el infatigable "agitador", poniendo todo su celo al servicio de la "Gran Idea", alentaba a sus subordinados con nuevos discursos. Me contento con indicar este episodio, y diré, para concluir, que aquellos "trabajos obligatorios" daban lugar a escenas de ferocidad y humillación verdaderamente atroces. Más de una vez me contaron las espantosas condiciones en que debía trabajar la gente enviada al comenzar la primavera a los bosques cercanos a Moscú para cortar leña: mal vestidos, exhaustos de hambre, pasaban allí semanas enteras, viviendo a la intemperie, en el barro y en la nieve, mientras los periódicos soviéticos describían aquellas faenas con un ficticio entusiasmo. Los periodistas mercenarios hablaban con hipócrita admiración de los "idilios forestales" de aquel nuevo Dorado: "El estado de los trabajadores es excelente, todos están llenos de energía, todos penetrados del sentimiento de colaborar a la grande obra, la creación del Estado socialista." Así escribían a porfía aquellos verdaderos "piratas de la pluma".

XII

Como tengo dicho en la Introducción, no habíamos, ni Krassín ni yo, abrazado el "neobolchevismo" (o *leninismo*, si prefiere el lector definir así la posición actual de los bolcheviques). Yo era un bolchevique clásico, que no aceptaba todas las modificaciones aportadas por Lenin al programa de este grupo del partido socialdemocrático ruso. De igual modo que el difunto Krassín, no intentaba disimular que había entrado al servicio del sovietismo por cierto espíritu de compromiso, y, si así puedo expresarme, con el fin de "coalicón". El Partido estaba al corriente de todo esto, y ello explica la razón por qué mis colegas no me consideraban como un verdadero bolchevique. Su actitud me causó muchos disgustos y complicó singular-

mente mi labor. Debo añadir que los bolcheviques observaban la misma actitud respecto de Krassín, a pesar de la diferencia jerárquica que entre nosotros existía. En vista de estas consideraciones, procuré, en la medida que me fué posible, sustraerme a funciones que pudieran ponerme demasiado a la vista; rehusé, por ejemplo, formar parte del Comité de Moscú como representante de la célula, etc., etc.

En esta época los cuadros del Partido no eran muy vastos. La inscripción en él iba de ordinario acompañada de un procedimiento bastante complicado. Pero el Comité Central resolvió aceptar un número ilimitado de nuevos miembros. Se organizó una "semana de Lenin", durante la cual todos aquellos que desearan adherirse al Partido podrían inscribirse en él, sin más formalidad. Luego se emprendió una propaganda especial en gran escala. El Comité Central envió una circular a todas las organizaciones del Partido, intimándoles tener mítines y reuniones durante la famosa semana, y encargando de la propaganda a los agitadores políticos, a los camaradas y oradores más experimentados. Los diarios publicaban artículos, alabando, en estilo ditirámico, los méritos del Partido, la sabiduría y generosidad del Comité Central. Este dictó una orden rigurosa que invitaba a todas las fuerzas del Partido a colaborar en aquel ataque en el frente político; y, en efecto, todas las fuerzas fueron movilizadas.

Fué mi mayor trabajo rehusar el papel de orador que se me ofrecía (me repugnaba demasiado); se me obligó, en nombre de la sacrosanta disciplina, a presidir muchas reuniones. Describiré una de ellas, organizada en la inmensa sala de la "Primera Casa de los Soviets" (el antiguo hotel "Nacional"). Preciso es reconocer que todo estaba maravillosamente organizado, los oradores inscritos, la oficina designada con el mayor cuidado.

A la hora determinada, la "Primera Casa de los Soviets" se vió invadida por una multitud heterogénea. Había en ella gran número de representantes del proletariado, y relativamente eran pocas las personas intelectuales que tomaban parte. Entre los oradores figuraba la "centinela" Kollontaï, el viejo Félix Kohn y algunas otras personas más conocidas, cuyos nombres he olvidado. Había yo conocido a Kohn el año 1896 en Irkoutsk. Fué deportado a Siberia por el asunto del "Proletariado", que tuvo gran resonancia en su época. Consagrado por completo a

la causa revolucionaria, asentó en las filas comunistas; mucho tiempo, sin embargo, dudó si aceptaría un puesto de empleado, queriendo dedicar todo su tiempo y todas sus fuerzas al Partido, sin pensar en hacer carrera o procurarse ventajas personales. Más tarde aceptó y fué comisionado al extranjero como inspector de organizaciones e instituciones soviéticas.

Por lo que se refiere a A. M. Kollontái, me encontré con ella por primera vez el 1916 en Cristianía; pero conocíala sobre todo por relación de la Srta. Krassin, muy íntima amiga suya. Las dos cambiaban entre sí animada correspondencia, y cuando yo partía para Suecia y Noruega, la Srta. Krassin me rogó fuera a ver a Kollontái de su parte. Mujer de dotes extraordinarias, con una cultura más brillante que sólida, era excelente oradora, a quien gustaban, tal vez demasiado, los efectos fáciles; tenía un físico atrayente, mímica expresiva y gestos muy estudiados, siempre propios. No sin razón—aunque un poco maliciosamente—cierta escritora célebre la había llamado “la Trilby de Lenin”. Al pasar entre las filas de “clientes” reunidos en la sala, o al sentarme entre ellos antes de que se comenzase la sesión, pude sorprender, sin pretenderlo, algunas de sus conversaciones.

—Nada, que hay que inscribirse—decía un obrero de edad al oído de su vecino—, no hay más remedio. Aunque maldita cosa la que yo entiendo de todo ello.

—Así es—respondió el vecino, obrero también de edad madura—; los tiempos son tan malos, que querría uno cerrar los ojos, hacer la señal de la cruz y echarse al agua. No hay medio de vivir. Cuando viene el día de paga y te comienzan a cobrar toda clase de censos, te quedas con tan poco, que es para llorar. Voy a mi mujer con el salario: “¡Cochino, borracho, comienza a decirme, que gastas el dinero en beber!” Aquello es un infierno de juramentos, llantos y gemidos... Mal se puede pensar en beber!... ¿Y para qué me han cobrado aquella cantidad?: eso es lo que yo no entiendo bien: ¿cómo explicárselo a mi mujer? ¡Y el pan, que cuesta, como quien dice 175 rublos la libra, en el mercado de Soukhavevka!; ¡bien se ve que se ha ofendido a Dios y el fin del mundo viene!

—Sí, sí, el fin del mundo viene—confirmó el otro—; sin duda que has oído decir que una señal ha aparecido sobre la cruz de San Nicolás, en los extremos de ella. Día y noche se ve allí brillar una luz, como quien dice, una lámpara de iglesia. El

pueblo se junta, mira...; las mujeres lloran. Y los milicianos las espantan de allí, porque las manifestaciones están prohibidas, y si alguno protesta se le mete en la Tcheka.

—Nada, nada; hay que inscribirse en el Partido. Por lo que hace al resplandor de la cruz, eso son cosas de espíritus: hay que entenderlas...

Cambié de sitio y oí hablar otros discursos del mismo género: aquí era el hambre; había que inscribirse en el Partido.

—Es indispensable—decía una mujer—: el Partido da todo lo que se necesita: azúcar, cuando se quiere; harina, y no de la ordinaria, sino verdadera flor de harina; calzado, indiana, todo, todo...

Después, fueron otra vez conversaciones sobre el “resplandor de la cruz”.

Abrí la sesión y dije algunas palabras sobre lo que significaba la semana de Lenin. Los oradores se sucedían. Todos repetían lo mismo. En fin, los discursos se terminaron, hice yo un breve resumen e invité a todos a adherirse al Partido, a inscribirse en el secretariado. Los “clientes” se acercaron para preguntarme:

—¿Es verdad, camarada, que los que se apuntan recibirán harina extra, azúcar?

—¿Y por qué?—pregunté yo, fingiendo no entender y con la intención de conocer la mentalidad de aquella persona.

—¿Qué por qué?—repitió la mujer sin vacilar—. Pues es claro, ¡vaya!: porque al inscribirse en el Partido, os damos nuestro apoyo. Por nada no se nos va a dar todo eso, ya se entiende.

Y los demás que la rodeaban, la animaban y apoyaban su respuesta.

Las inscripciones (en vista de las raciones de harina y azúcar) se estuvieron haciendo hasta bien entrada la noche. Las listas del Partido aumentaron rápidamente.

—Ved, camarada Solomón—me dijo el secretario, radiante de gozo, al tenderme la hoja donde acababa de inscribir el último socio—. Hemos registrado 297 adhesiones...

Por fin, la agitación de la “semana de Lenin” se terminó. Los diarios venían llenos de informes oficiales de las sesiones habidas en las diversas regiones de Rusia. Hablaban de la profunda impresión producida en la masa por el “gesto paternal” del Comité central, y de la manera seria y circunspecta

con que los "clientes" habían reaccionado. En una palabra, el cuadro estaba cuidadosamente coloreado. Finalmente, se publicó un balance, que proclamaba un número asombroso de nuevos miembros. No me acuerdo bien de las cifras. Por si el lector tiene interés, le remito a los periódicos de la época.

Transcurrió un poco de tiempo: quejas y denuncias comenzaron a circular en el seno del Partido sobre los nuevos miembros, que habían entrado "por las puertas de par en par abiertas" durante la "semana de Lenín". Pronto se vino a entender que aquellas adhesiones, recién fraguadas, no estaban a la altura de su empleo. Esta fué la ocasión de la primera "limpia". "La escoba implacable y amenazadora barrió todos los miembros indignos"—así se expresaban todos los corresponsales titulados de la "prensa libre".

XIII

Un día recibí la visita de cierto individuo: yo no sé quién me lo envió, pero aquel sujeto había, sin duda, conocido que se me podía hablar con franqueza. Me hizo proposiciones que, al principio, me dejaron pasmado: comenzó diciéndome que él disponía de una importante cantidad de billetes de 500 rublos zaristas (1) y que tenía relaciones en el extranjero, como también algún crédito, sobre todo en Alemania. Me propuso enviar a sus agentes al extranjero para comprar o importar a Rusia, por vía de contrabando, toda clase de mercancías, y sobre todo medicamentos, termómetros, aceros, hachas, etc.

Sabido es que numerosas epidemias hacían estragos en Rusia y que escaseaban las medicinas. Del mismo modo carecía-

(1) El Gobierno soviético había declarado que todas las reservas monetarias venían a ser propiedad del Estado, no autorizando más que 10.000 rublos por persona, si no me engaño. El resto era requisado. Si las autoridades encontraban en alguna persona una suma que pasase el límite autorizado, se le quitaba, al mismo tiempo que el culpable era encarcelado en la Tcheka. Esta medida se aplicaba sobre todo al dinero "tzarista", pues los billetes Kerensky, y con más razón los soviéticos, impresos por medio de máquinas rotativas y cuya alza tenía algo de cómico, estaban enteramente desvalorizados. En cuanto al dinero "tzarista", estaba cotizado por las bolsas extranjeras, es verdad, en un valor mínimo.

mos de herramientas. Por lo que hace a los medicamentos, nos faltaban sobre todo aspirina (y otros remedios a base de salicilato), quinina, purgantes, yodos, jabón, desinfectantes y termómetros médicos. Necesitábamos también hachas y aceros para preparar leña de calefacción, y esas herramientas se compraban a peso de oro. No cito más que aquellas mercancías cuya necesidad nos era absoluta a causa de las epidemias y la crisis de combustible. En una palabra, la proposición del visitante merecía la pena de ser examinada.

—Puede usted informarse en casa de Krassín, por ejemplo, que me conoce muy bien. Cuando Leónidas Borissovitch era director de "Siemens y Schukkert", yo era su abastecedor.

El mismo día aseguraba Krassín que conocía muy bien a aquel hombre, que no ofrecía peligro alguno, y que podría aceptar su propuesta.

Me puse, pues, a organizar este negocio, y Krassín, bromeando, me nombró "ministro del contrabando del Estado". Muchas fueron las dificultades que me salieron al paso por la oposición de los camaradas. Pero diré, ante todo, cómo organicé la expedición de mis agentes (realmente animosos) en la zona del frente. Tan pronto como comencé a ocuparme de esta cuestión, diariamente recibía las visitas de los voluntarios que pedían ser enviados a esa zona. Venían recomendados por altos empleados (no aceptaba ofertas de servicio sino por recomendación). Por ciertos rumores, y algunas alusiones bastante claras de los mismos aspirantes, entendí cómo los empleados que habían ofrecido garantías estaban con frecuencia *personalmente interesados* en el asunto, y habían adelantado el dinero preciso. Pero a mí no me tocaba inquirirlo y con tal que se cumpliesen las formalidades precisas, aceptaba aquellas ofertas de servicio. Entre otras formalidades, el candidato debía dejar algo en prenda, sobre lo cual la Vetcheka se encargaba de tomar informaciones. No recuerdo que por esta parte surgiera dificultad alguna.

La norma que tuve fué cerrar, en nombre de la Comisaría, un contrato con los individuos en cuestión, por el cual se obligaban éstos a adquirir a costa suya todas las mercancías (enumeradas en el contrato) y a entregarlas a la Comisaría a precio de factura con un aumento del 15 por 100 a su favor. Entregaba luego a dichos agentes certificados de la Comisaría confiriéndoles plenos poderes (a causa de un viaje a

tal o tal región, con tal o tal fin) y autorizándoles para llevar determinadas cantidades de dinero. A las instituciones soviéticas se les rogaba concediesen todas las facilidades necesarias: sus equipajes y personas estaban dispensadas de las revisiones de rigor. Pero la pieza esencial del expediente la constituía un documento firmado por mí, por el Comisario de Negocios Extranjeros y por el Presidente de la Tcheka, es decir, por Dzerjinsky. Con éste me solía entender por teléfono, y aprobaba o desaprobaba mi candidato inmediatamente.

Las entregas hechas a la Comisaría que dirigía yo debían distribuirse entre diferentes instituciones: los medicamentos eran enviados a la Comisaría de Higiene, los géneros alimenticios a la Comisaría de Abastos, las hachas y sierras al servicio general de bosques, etc. Pero apenas hicimos la primera entrega de medicinas a la Comisaría de Higiene, cuando vimos aparecer en el mercado de Soukharevka gran cantidad de termómetros (*de la misma marca* que los que mi agente se había procurado), de aspirina, de piramidón, de salicilatos, etc., artículos que hasta entonces no se habían podido encontrar y que entonces se vendían a precios *muy inferiores* a los pagados por nosotros.

El misterio se explicaba, porque las mercancías que importábamos, y que eran puestas en el depósito central, no llegaban directamente a los destinatarios, filtrándose parte en el mercado de Soukharevka. El mismo caso ocurrió con las sierras y las hachas.

En una palabra, que yo, en calidad de "comerciante de todas las Rusias" (*monopolio de comercio!*), compraba las mercancías necesarias a Rusia, mientras que otros las robaban y vendían a los especuladores. *Trabajaba en provecho de los ladrones del tesoro público.*

Al organizar el "contrabando del Estado", recurrí también al concurso de nuestras cooperativas. En este tiempo las cooperativas no adheridas aún al Partido, eran no solamente muy desfavorecidas, sino muy sospechosas a los ojos del Gobierno. Nadie quería tratos con ellas. Y, sin embargo, eran instituciones bien organizadas, sociedades de negocios, que tenían larga y sólida experiencia comercial. Por otra parte, y precisamente por no haberse adherido al Partido, las cooperativas eran bien vistas y aun alentadas por los Gobiernos extranjeros, que boy-

coteaban las instituciones soviéticas del Estado (1). Así los agentes de las cooperativas tenían derecho a dirigirse al extranjero aun en pleno bloqueo.

Como "ministro del contrabando", no pude, naturalmente, abandonar esas organizaciones, que, por su "situación sospechosa", se veían reducidas a la impotencia; además, su actividad era dificultada por hallarse, o despojadas de su dinero, o sin poder servirse de él y obligadas a esconderle. Cuando delante de Krassín aludía a las cooperativas, me respondió éste que en principio tenía razón; pero que tales asociaciones eran mal vistas y que su concurso podía comprometerme.

—Pues bien; puedes, en todo caso, ensayar—dijo Krassín—; ellas son, por otra parte, las únicas organizaciones comerciales fundadas sobre una clase social...

Añadió que las cooperativas formaban dos grupos: la "Centrosekzia" y el "Centrosyouze", y que el primer grupo estaba dirigido por un tal Lejawa. Este se presentó en mi casa el mismo día. Entró lleno de júbilo.

—Por fin puedo estrecharle la mano, señor Georguy Alexandrovitch—comenzó diciendo—; no podría usted figurarse cuánto me alegré al enterarme por Krassín que tenía usted la intención de colaborar con la "Centrosekzia" y confiarle la realización de un negocio económico. Nos han arrinconado y obligado a vegetar. Se nos boycotea, y, sin embargo, en las circunstancias actuales, hubiéramos podido ser útiles al Gobierno soviético y a Rusia en general. Pero, ¿qué quiere usted? ¡Se nos hace sospechosos de actividad contrarrevolucionaria!...

A partir de aquí, Lejawa se presentaba en mi casa constantemente y, en ocasiones, varias veces al día. Me aguardaba

(1) Y véase cómo, al tiempo de restablecerse las relaciones comerciales, los Gobiernos extranjeros, mientras rehusaban reconocer al Gobierno soviético y a sus agentes, diéronse a representar una especie de comedia indigna. Exigían que los agentes comerciales soviéticos, enviados al extranjero, fuesen designados en sus pasaports como colaboradores de la unión central de cooperativas no adheridas al Partido (o Centrosyouze); así los Gobiernos extranjeros legitimaron ellos mismos esta indigna farsa. De aquí que las primeras agencias comerciales soviéticas en el extranjero eran consideradas como secciones de la Centrosyouze, y nosotros (es decir, Krassín, Gonkovsky, Litvinof, yo mismo, etc.) éramos designados en nuestros pasaportes diplomáticos, como "miembros de la delegación de cooperativas". Esta formalidad se observó bastante tiempo después. Los jefes de las delegaciones recibían estos pasaportes diplomáticos, que los distinguían de los demás colaboradores.



pacientemente, me acosaba, me telefoneaba. Gustaba de hacerme sus confidencias, diciéndome que él no era comunista, que no quería adherirse a los vencedores y que prefería quedarse con los oprimidos; estaba decidido a morir "sin partido", pues su alma y su espíritu iban contra el comunismo, esa tiranía moderna...

Acabé por cerrar un acuerdo, por el cual encargaba a la Centrosekzia la adquisición de mercancías en el extranjero. Le abrí un crédito de diez millones en billetes del antiguo régimen. Señalé los agentes de la cooperativa que debían partir para el extranjero, cuidando de proveerlos de los documentos y rescriptos indispensables. Entre estos agentes se encontraba un conocido *bundista*, Mikhail Markovitch Rozen, que había sido miembro del Comité central del *Bund*, y que era actualmente director de la sucursal de la Centrosekzia en Petersburgo. Era un gran amigo de Lejawa, y tomó parte muy activa en nuestra negociación; habiendo venido a Moscú para este efecto. Me produjo excelente impresión por su sinceridad y buen ojo. Bien pronto tuve ocasión de convencerme que él era el alma de la Centrosekzia, de la que Lejawa era no más presidente honorario.

Entretanto, los agentes nombrados por nosotros debían partir el día prefijado para Petersburgo y de allí para Finlandia. Todo estaba a punto para la partida; se había prevenido a las autoridades finlandesas en la zona del frente y habían consentido en dejar pasar a los viajeros, cuando, repentinamente, vino Lejawa a avisarme de que Rozen había sido encarcelado por la Tcheka en Petersburgo, al mismo tiempo que dos o tres empleados de las cooperativas.

Lejawa estaba muy afectado y me pidió interviniera cerca de Dzerjinsky. Me aseguró que se trataba de una sinrazón, que Rozen era una persona honrada, y, aunque no comunista, del todo leal al Gobierno. Telefoneé a Dzerjinsky, comunicándole el arresto de Rozen, arresto "absurdo", según Lejawa. Hícele notar que los hechos en cuestión habían impedido verificar un gran pedido que había yo confiado a la "Centrosekzia".

—Lo siento mucho, pero sus informes no son del todo exactos—respondió Dzerjinsky—. Ya estaba yo al corriente de esta detención, y temo sea cosa bastante seria. Rozen está muy comprometido; parece se trata, según los primeros datos recibidos, de un robo importante.

—Lejawa responde absolutamente de Rozen, antiguo *bundista*, fiel y experimentado—respondí yo.

—¡Dios mío!—exclamó aquí Lejawa, y una expresión de terror se pintó en su rostro, mientras echaba mano al receptor—. ¿Por qué me ha mentado usted en ese tal negocio?...

—Lejawa se engaña—repuso Dzerjinsky—; yo también conozco a Rozen, he colaborado con él durante mi pasantía revolucionaria y tengo alta opinión de él; eso no impide el que hombres, aun siendo como él, puedan ser tentados. Esperemos el fin de la investigación.

—Pero precisamente de eso es de lo que vengo a hablar, que quiera usted acelerar el proceso...

—Sí, ya entiendo—me interrumpió Dezerjinsky—; para darle gusto pediré el traslado de Rozen y de sus colegas a Moscú y yo mismo velaré por la instrucción del proceso.

Lejawa, muy impresionado de que se hubiera metido su nombre en el asunto, paseaba de un lado al otro de la sala, con todas las señales de viva agitación.

—¿Para qué, para qué haberme mentado?—exclamó mientras yo colgaba el receptor—. ¡Qué desgracia la que se echa encima!

El pleito Rozen se siguió durante muchos meses y paró en condenarle a ser deportado. A medida que la situación se hacía más grave para el reo, Lejawa alzaba cabeza y tomaba osadía. Vino a ser insolente, aparentaba desconocer a su antiguo amigo, lo mismo que a su desgraciada esposa. Había perdido los modales dulces que al principio usaba conmigo. Caído en la cuenta de que yo era mal visto en el Kremlin, empezó a manifestarme desprecio... En una palabra, Lejawa comenzaba a darse importancia. Bajo la presión que Krassín y yo habíamos ejercido sobre Lenín, había éste modificado su concepto respecto a las cooperativas; en este tiempo llevábamos adelante las negociaciones de paz con Estonia, y el importante papel que las cooperativas presentaban, comenzaba a dibujarse con claridad. Lejawa fué llamado por Ilytch en persona y encargado de concentrar todas las asociaciones cooperativas en una vasta organización. Poco tiempo después de habersele conferido esta alta distinción, le vi hablar con desenvoltura, empleando sin cesar la expresión "Lenín y yo". Como le pidiera noticias sobre Rozen, me respondió, encogiéndose de hombros:

—¿Rozen? ¡Ah, sí..., aquello... fué un negocio sucio..., un

robo de calidad! Por lo demás, no me interesa nada, no he conocido a Rozen más que como empleado.

Desembarazado, con esta pirueta moral, del recuerdo de su amigo, se puso a hablar de la organización de las cooperativas. Sus esfuerzos se vieron coronados por el éxito; todas las cooperativas formaron una concentración bajo el nombre de "Centrosouze". Gracias al apoyo de Lenin, Lejawa vino a ocupar la presidencia del consejo de administración, en cuyos cuadros formaban gran número de comunistas. El mismo Lejawa se hizo comunista, apresurándose a separarse de los "oprimidos" y sin sentir ninguna dificultad en pasarse al lado de los "vencedores". Siguió su amigo Khintchouk. Olvidando las horas que había pasado en mi modesta sala de espera, donde había estado de plantón las horas muertas, el presidente del "Centrosouze" pasaba ahora días enteros en la antecámara de Lenin. Este manifestaba mucho aprecio por las personas que buscaban sus favores. Así, por ejemplo, el acólito de Parvous, Gnetzky (alias Fürstenberg), que había caído en desgracia, pasó muchos días en la antecámara de Lenin. Su celo le obtuvo el perdón y el nombramiento para un elevado empleo. En cuanto a Lejawa, llegó a ser un personaje de verdadera importancia.

XIV

Como ya he dicho, la guardia de fronteras, las aduanas y la Cámara de pesas y medidas formaban parte de la Comisaría del Comercio exterior. Los dos primeros servicios estaban de sobra por razón del bloqueo. Los cuadros se habían reducido notablemente antes de mi nombramiento para la Comisaría y no pasaban de una docena de empleados respectivamente: los que los componían eran capitalistas muy acreditados, que podían servir de base para el caso de un eventual ensanchamiento de cuadros.

La Dirección general de Aduanas llevaba a la cabeza al Comisario Georguy Ivanovitch Kharkof, antiguo funcionario subalterno. Era del todo incompetente, aunque, por tener reputación de comunista puro, gozaba de mucha influencia en el seno del Partido. Según una vieja tradición mantenida por el régimen soviético, se creía obligado a hacer la guerra a la

“Dirección general de la guarda de fronteras”, que no contaba con más de una treintena de oficiales.

Este servicio era igualmente dirigido por un empleadillo, que, como su rival, era comunista puro. Se llamaba Wladimiro Alejandrovitch Stepanof. Aunque licenciado, su inteligencia era muy limitada y su manía por los embrollos en todo igual a la de Karkhof, a quien él, en virtud de la misma tradición, hacía guerra implacable.

Stepanof era extremadamente ambicioso. No estaba contento con su suerte: creyéndose herido por la vida, rebosaba amargura, no habiendo para él mayor placer que el causar un mal a su vecino. En calidad de Comisario y jefe de los “guardafronteras”, tenía bajo su jurisdicción oficiales impotentes para defenderse, pero que le eran superiores en cualquier otro punto de vista. No contento con darles un trato despótico, buscaba sin cesar el modo de contrariarlos personalmente. Era grosero, quisquilloso, mezquino, falto de tacto. Les fatigaba con sus observaciones y sus amenazas, que respiraban odio impotente; impotente he dicho, puesto que, habiéndome dado cuenta de su perversa naturaleza, no le dejaba iniciativa alguna y le trataba con mucho rigor. Con todo, no eran raras, entre él y sus oficiales, escenas violentas, teniendo yo que intervenir sin cesar.

La ruina de la vida económica rusa influyó directamente en la Cámara de pesas y medidas. El asiento de esta institución se encontraba en Petersburgo, pero formaba parte de mi jurisdicción. Regíala un eminente sabio, el profesor Blumbach, que con frecuencia venía a Moscú a informarme. Este hombre de edad, de integridad llevada hasta el puritanismo y de una energía inquebrantable, era el tipo más perfecto del que se entrega por entero a la ciencia y a la causa de la humanidad. Aun en esta época de calamidades generales, mantenía enhiesto el estandarte de la ciencia.

El Comité ejecutivo de Petersburgo ignoraba absolutamente la existencia de la Cámara de pesas y medidas y su actividad científica. Así la Cámara estaba desprovista de calefacción, y los sabios que en ella trabajaban, considerados como seres inútiles, no tenían derecho a la ración de comida. Esto no impedía que Blumbach prosiguiese su trabajo, animando a sus colaboradores, infundiéndoles ánimo, socorriéndoles según los medios de que disponía y pidiendo mi ayuda en su favor.

Yo procuraba satisfacer sus demandas cuanto estaba de mi parte, pero las fuerzas de que disponía eran bien débiles. Durante toda mi actuación soviética no fui nunca bien visto en las altas esferas, y los camaradas que me querían mal, comunicaban su malquerencia a todos mis subordinados. Los colaboradores de la Cámara de pesas y medidas sufrían un martirio en sus miserables habitaciones y se helaban en sus laboratorios al manipular, con sus dedos paralizados y entumecidos por el frío, aparatos e instrumentos materialmente helados. La falta de alimento, y muy particularmente de carnes (1), agotaba aquellos mártires de la ciencia y cubría su cuerpo de úlceras.

La Comisaría a mí confiada fué encargada de introducir en la U. R. S. S. el sistema métrico al modo que había sido en Francia en tiempo de la revolución. Esta medida fué dictada por un decreto, que (si no me engaño) prescribía implantar dicha reforma dentro de cuatro días. Yo estaba encargado, *ex officio*, de presidir el Consejo que debía elaborar aquella reforma. Desde mi primera entrevista con Blumbach, le pedí me pusiera al corriente de la cuestión. Entendí, por lo que me dijo, que, a pesar de todas las exhortaciones del Sovnarkon, este Consejo no se había reunido más que una sola vez el año pasado, y que después los trabajos habían llevado una vida lánguida. Encargué a Blumbach reunir el Consejo, mostrándose muy complacido de ello, y pusimos manos a la obra. Pero después de una serie de reuniones infructuosas, este asunto quedó parado. Habíamos llegado a la conclusión de que era preciso pedir cierta cantidad de patrones (2) con el fin de proveer de ellos a las Cámaras de provincias. Los patrones de origen fueron hechos por los colaboradores científicos de la

(1) Citaré un hecho curioso, que no he visto descrito en ninguna obra contemporánea. El organismo de los ciudadanos soviéticos, de tal modo estaba falto de grasa y con tanta avidez la absorbía, cuanto se le presentaba la ocasión, que el aceite ricino introducido en el estómago no producía su efecto purgante y era enteramente asimilado. Únicamente después de repetidas dosis y cuando el organismo estaba saturado, se producía el efecto natural. Del mismo modo, en las mujeres la falta de grasa retardaba muchos meses la menstruación, la cual no se verificaba hasta que el organismo hubiera rehecho sus reservas de grasa.

(2) Se llaman así los modelos de pesas y medidas de mucha exactitud que sirven en el comercio e industria para verificar las medidas en ellos empleadas. Estos patrones se conservan con el mayor cuidado, en las condiciones que las leyes determinan, según las exigencias científicas. Los patrones de origen, de los que no existen más que raros ejemplares, son depositados en la Cámara de pesas y medidas.

Cámara, a pesar de las dificultades materiales que acabo de describir. Blumbach negoció con diferentes fábricas la fabricación de instrumentos destinados a las Cámaras de provincias. Me acuerdo que todas las fábricas estaban nacionalizadas. Debido a su completa desorganización y a la falta de material, ni una sola se pudo encargar de esto. Finalmente, se encontró una pequeña fábrica que podía ser adaptada para este trabajo y cuya administración admitió el desempeño de este encargo a condición de que nosotros le procurásemos los metales. Larga y enojosa fué la correspondencia sostenida con diversas instituciones: hubo roces y, ni que decir tiene, intrigas. No llegué yo a concluir este negocio y, habiendo sido llevado por el mes de marzo de 1920 a otro puesto, dejé el Comisariado del Comercio exterior sin haber llevado a término la reforma de pesas y medidas.

Tengo todavía que decir unas palabras sobre Blumbach. Cierta día vino a Moscú para obtener autorización de poder ir al Gobierno de Saratof; trataba de procurar víveres para sus colaboradores. La Cámara poseía un vagón—laboratorio especial—que podía utilizarse para el transporte de provisiones.

—Señor Comisario—me dijo Blumbach muy conmovido—; nos morimos todos de hambre y frío; durante el año hemos perdido muchos de los colaboradores, sabios eminentes (citó varios nombres). Hace ya un mes que no tenemos un átomo de grasa. ¡Mire usted mis manos, véalas usted cubiertas de úlceras! Usted sabe que el organismo...

Y continuó explicándome su situación: aquel noble y fiel apóstol de la ciencia tenía las lágrimas en los ojos al tenderme sus manos roídas por las úlceras. Era un hombre de gran estatura, flaco y entrecano. Temblaba de debilidad y fatiga.

—Sí, cierto, querido profesor. Váyase inmediatamente—le dije intentando calmarle—. Haré todo lo que pueda.

—¡Gracias, señor Comisario, gracias, en nombre mío y de mis camaradas! No nos tenemos ya sobre las piernas; sin embargo, continuaremos sirviendo a Rusia y a la ciencia...

Hice todo lo que me fué posible, le di los permisos y otros documentos necesarios y el profesor pudo partir el mismo día. Volvió al cabo de una quincena y entró en mi gabinete de trabajo con paso firme.

—¡Vea usted, señor Comisario, cómo me he puesto! He

comprado toda clase de provisiones; una veintena de sellos (1) de aceite de tornasol; con esto tenemos para bastante tiempo. Gracias a estas grasas he podido revivir durante el viaje. Las úlceras han desaparecido... Mi asistente y el empleado del vagón han rehecho igualmente sus fuerzas. Permítame usted le haga el regalo de un sello de aceite, pues veo que también usted tiene necesidad de alimentos de grasa. No, no lo rehuse; no le costará a usted más que...—y me nombró rápidamente una cifra, la del precio de coste.

Lo acepté, pues, efectivamente, mi alimentación era mala, muy mala..., pero repartí el aceite de tornasol con otros.

Entretanto, "mi contrabando" se desenvolvía rápidamente. Me vi obligado a crear en la zona del frente una red de agencias permanentes. Estas organizaciones fueron a su vez sometidas a un servicio especial llamado "servicio de agencias", que vino a ser una de las secciones más importantes de la Comisaría. Pero, según se iba marcando el progreso de mi empresa, la envidia y la oposición crecían también. Acabó por tener la forma de una verdadera denuncia. Se "murmuró" en Moscú... Yo ignoraba el carácter exacto de aquellas calumnias, pero pronto me di cuenta que Dzerjinsky se mostraba cada vez más exigente con mis candidatos y retrasaba lo más posible la firma de mis encargos. Un día terminé por preguntarle la razón de estos retrasos: me respondió:

—Tenemos que redoblar la vigilancia; "personas que me quieren bien" no dejan de comunicarme por teléfono ciertas informaciones, demasiado absurdas si se quiere... Personalmente, no las doy ninguna importancia; aunque he de decirlos que ponen en ello mucho fuego. Es una pura y simple denuncia. Precisamente sobre ello quería proponeros una combinación a fin de poner término a esos chismes: ya sabéis que se os acusa de colaborar con contrabandistas y trampistas...

—¡Pero, Félix Stanislavovitch, mal podría llevar una empresa de contrabando sin auxilio de contrabandistas!

—Ya lo sé; pero es preciso dar fin a esta campaña. He aquí, pues, la combinación que yo he imaginado. Mi propósito es introducir entre vuestros colaboradores, y con vuestra aprobación, ya se entiende, un experto agente de la Vetcheka, al cual

(1) 12,29 litros.

podría usted confiar muy especialmente la vigilancia de los contrabandistas. ¿Qué piensa usted de ello?

—¿Y quién es esa persona?—pregunté yo.

—Alejandro Wladimirovitch Eiduk—respondió Dzerjinsky.

La noticia era tan inesperada, que no pude menos de lanzar una exclamación de sorpresa.

—Sí, sí—dijo Dzerjinsky riéndose burlonamente—; de él es de quien se trata. Os prestará servicios inestimables. Creedlo, no lo dudéis, mientras sea él quien escoja y apruebe a vuestros contrabandistas, todas las bocas estarán cerradas.

No me quedaba más remedio que aceptar la proposición. El lector comprenderá por qué lancé aquella exclamación al oír "Eiduk". Este nombre inspiraba terror, y el que lo llevaba era el primero en gloriarse de ello. Eiduk, que era miembro del colegio de la Vetcheka, se distinguió, como su colega el célebre Laytis (los dos eran letones), por una ferocidad realmente sádica. Citaré un episodio de su carrera.

Había sido designado para recibir la entrega de un destacamento blanco que se había rendido. Habiendo alineado a los prisioneros, dió a los oficiales la orden de salir de las filas y formar grupo aparte. Dirigió a los soldados palabras de bienvenida; después, volviéndose a los oficiales, les dijo:

—¡Malditos blancos! ¿Me conocéis? ¿No? Pues bien, ya me conoceréis. Soy yo, Eiduk. Ah, ¿habéis oído este nombre? Aquí le tenéis: yo soy Eiduk, miradme. Miradme *bien*, cochinos (y siguió una ola de injurias que no puedo transcribir aquí). Y acordaos que, si alguno de vosotros hace un gesto..., yo no tengo más que una manera de responder. ¿Veis este máuser?—y les amenazó con su arma, de respetable calibre—: De él me he servido para hacer reventar a centenares de tipos como vosotros. ¿Qué digo centenares?, millares... Tened cuidado y acordaos de este máuser... (nueva ola de injurias)...

Y precipitándose sobre uno de los oficiales, a quien traspasó con el mirar furioso de sus ojos inyectados en sangre, le agarró por el brazo, le arrancó las charreteras y se puso a pisotearlas con rabia.

—¡Cochinos, cochinos, abajo vuestras charreteras, que no las vuelva yo a ver más, arrancadlas y más aprisa que ésta, si no, ¡ah, he aquí mi máuser!

Y al fin de aterrorizar a aquellos desarmados prisioneros,

aplicó el arma a las sienes de uno de los oficiales, aullando como un loco:

—¡Una palabra, una sola palabra, y esto se ha acabado! ¿Qué? ¿No os agrada? ¡Pues metedlo bien en la cabeza, yo no tengo piedad con vosotros!

Los hombres más endurecidos hablaban con repugnancia de las horripilantes hazañas de Eiduk. Al cabo de algunos días se me presentó en casa, y me vi obligado a estrecharle la mano. Venía junto con su acólito, el camarada Sokolousky, que él me presentó.

—Félix Stanislavovitch me ha enviado a casa de usted, camarada Solomón—comenzó diciendo—y me ha ordenado ponerme a sus órdenes. Usted le ha hablado ya y sabe de qué se trata. Estoy a su disposición de usted. He aquí al camarada Sokolousky; aunque no sea del Partido, yo respondo de él, y quisiera tomarle como adjunto. ¿Qué funciones piensa usted confiarme?

—He quedado con Félix Stanislavovitch en ponerlos al frente de la oficina de agencias—respondí a aquel hombre—. Si usted acepta el puesto, haré inmediatamente redactar la orden de su nombramiento. Por lo tocante al camarada Sokolousky... estoy precisamente en vías de organizar dicha oficina, de la cual podrá ser secretario.

Quedó, pues, mi comercio de contrabando bajo la vigilancia de Eiduk.

Para acabar la pintura de dicho individuo, citaré este último episodio: Una tarde permaneció en mi despacho hasta eso de las once o doce de la noche, por tener un trabajo urgente que terminar. Estábamos los dos solos sentados en mi escritorio: de repente, el viento trajo del lado de la prisión de la Lubianka (1) ruido de voces que daban una orden breve: "Pon la máquina en marcha". Y en seguida oímos la trepidación de un motor de camión. Eiduk se paró a mitad de palabra: cerró los ojos, como quien experimenta un placer voluptuoso, y murmuró dulcemente, levantando los ojos hacia mí:

—Es nuestra gente que trabaja.

Por este tiempo ignoraba yo todavía la significación de ese ruido de motor.

(1) Una de las prisiones de Moscú, donde están los que sufren condena por causas políticas.

—¿Quién trabaja? ¿Qué hace esa gente?—pregunté.

—Es nuestra gente que trabaja en la Lubianka—respondió él, haciendo ademán de apretar el gatillo de un revólver—. ¿No lo sabía usted?—añadió con sorpresa—. Esto sucede todas las noches a esta hora. Se “liquida” a tipos que...

Un terror glacial me invadió; comprendí, en fin, la significación de aquel siniestro ruido sordo. Veía desarrollarse ante mis ojos el cuadro de aquellas ejecuciones. Aquí, pegando, a dos pasos de mi cuarto... No pude comprimir un:

—¡Qué horror!

—No, si eso es bueno—respondió Eiduk, en una especie de enajenamiento, de éxtasis sensual—: esto aviva la sangre...

Mientras tanto, yo sentía como si se alzase a mi espalda un monstruo velludo: me parecía percibir sobre mí su soplo, el soplo helado de la muerte... Aquel monstruo refunfuñaba debajo de las ventanas del aposento donde yo vivía, donde yo trabajaba, donde yo dormía... Era la muerte que rezongaba (1).

XVI

Al principio de la revolución, el Gobierno soviético había nacionalizado los enseres personales de los ciudadanos, como vestidos, pieles, joyas (piedras preciosas y joyerías). Hablaré primero de los vestidos y pieles, con los cuales juntamente se constituyó una especie de fondo público. Bien pronto este fondo común fué presa del caos: la conservación de los objetos, y, sobre todo, el sistema de repartirlos se basaba en un régimen de favoritismo y de prevaricación.

Cuando yo asumí la dirección de la Comisaría, me di cuenta de que los objetos que formaban parte del fondo común representaban un capital de cambio que podía ser utilizado para el comercio exterior el día en que se levantara el bloqueo. También probé reorganizar la administración de esos depósitos de mercancías. Me entendí con otras instituciones interesadas, para establecer un valor límite, arriba del cual los efectos debían ir al “fondo de cambio”. Este valor era de diez mil rublos. Los objetos que representaran un valor inferior, podían ser rescatados por los depósitos sin autorización mía.

(1) Durante las ejecuciones en las prisiones soviéticas se acostumbraba poner en marcha los motores de los camiones, para ahogar los gritos de las víctimas.

Por lo tocante a los efectos (sobretodos, pellizas y otras clases de abrigos), evaluados en más de diez mil rublos, no podían adquirirse más que con autorización del Narkomveshtorg. Yo no la daba para rescatar los efectos valuados sino cuando estaba seguro que las peticiones venían de personas que realmente necesitaban vestidos de abrigo para el ejercicio de sus funciones: médicos que partían en expedición a zonas atacadas de epidemia, colegas encargados de inspeccionar bosques, etc.

Pues he aquí que un día veo venir a mi secretario con la expresión de viva inquietud pintada en el rostro: pertenecía al mundo eclesiástico y temblaba sin cesar. Me dijo que un agente de la Tcheka deseaba verme para un negocio urgente y que no podía esperar turno, pues traía una comisión de Dzerjinsky.

—¿Hay mucha gente en la antecámara?

Veinte personas—respondió el secretario, mirando la lista—; dispense usted, Georguy Alexandrovitch, pero insiste mucho, diciendo que no puede esperar... Permítame usted introducirle.

—¡Bien, que pase!

El tchekista entró en mi escritorio con desenvoltura.

Era un joven de veinte años, vestido con la chupa de cuero reglamentaria, pantalón de montar, botas altas abotonadas y pistola al cinto. Sin esperar mi invitación, se dejó caer en una butaca.

—Vengo a verme con usted para un negocio sumamente urgente. Mi mujer ha ido a los ex comercios de Paulof: necesita una pelliza y ha escogido abrigo de zorro azul, pero no se lo quieren dar sin autorización de usted. La prenda cuesta cuarenta mil rublos. Yo vengo a pedirle esa autorización..., para dar gusto a mi mujer...

Fijé la vista en mi interlocutor, y mi penetrante mirada pareció molestarle.

—¿Y este es el negocio urgente que usted pretextó al pedir ser recibido fuera de turno?—pregunté yo con franca irritación—. ¿No dijo usted a mi secretario que se trataba de una comisión de Dzerjinsky?

—Usted dispense, lo dije para entrar antes. Suplico a usted, camarada, otorgue esta autorización a mi mujer.

—¿Qué título tiene usted para hacer esta petición? ¿Es

su mujer médico, enfermera o tiene que partir a zona infestada de epidemia?

—No, pero se trata de *mi mujer*—exclamó el tchekista recobrando su aplomo y redoblando repentinamente su insolencia—; no he venido el primero, pero soy colaborador de la Tcheka, y ese es todo mi derecho...

—Sin duda—prorrumpí sin poderme contener más—, sin duda, ese es vuestro derecho... Pues bien, yo no puedo otorgaros esa autorización.

—¿Cómo? ¿Me la niega usted?—murmuró el joven, con más sorpresa que indignación, irguiéndose en la butaca—. ¿Me niega usted la autorización a mí, a un colaborador de la Tcheka?—Después, inclinándose hacia mí, murmuró en tono siniestro—: ¿Se da usted cuenta de que puedo hacerle arrestar?

La escena que se desarrolló entonces entre los dos fué terrible, pues aquellas palabras me habían, al fin, sacado fuera de mí, y así grité:

—¡Crápula! ¡Voy inmediatamente a telefonar a Dzerjinsky! ¡Dispongo de poderes suficientes para arrestaros y para entregaros a la Vetcheka!

Y cogiendo con una mano el receptor, oprimí con la otra el botón del timbre que me ponía en comunicación con la sala de correos.

Comprendiendo que había pasado la raya, comenzó a suplicarme que le perdonara, cogiéndome las manos y conjurándome no dijera nada a Dzerjinsky. Añadió que su mujer le había obligado a esta estratagema, pues quería aquella prenda a toda costa.

No es por mera casualidad por lo que me he detenido en esta escena, no; he querido dar al lector una idea de la Tcheka y de sus servidores. Por razón de mi empleo, no podía ser detenido más que por orden del Sovnarkon, ¡y este miserable tchekistilla me amenazaba!

He hablado más arriba de las joyas y objetos preciosos constituidos en "fondos del Estado", que representaban, lo mismo que las prendas de vestir, un capital de cambio por demás interesante. Después de tomados informes por todas partes, acabé por descubrir que este depósito dependía de la Narkomfin (Comisaría de Hacienda), y que se conservaba en la calle de Anas-tassief, en el edificio donde se hallaba en otro tiempo la Caja de préstamos y anticipos.

De ello me enteré por Krestinsky, que en esta época era Comisario de Hacienda, pero que, por desempeñar al mismo tiempo el cargo de secretario del Comité Central del Partido Comunista Panruso (este oficio lo desempeña actualmente Stalin), se cuidaba muy poco de los negocios de su Comisaría, y me envió a su adjunto, cuyo apellido no recuerdo, pero que se llamaba Serguey Egorovitch.

El día convenido nos dirigimos a la calle Anastassief y penetramos en una casa de cinco pisos. Tan pronto como pasé el umbral, la realidad pareció evaporarse y me encontré en un mundo de cuentos de hadas. Al instante se me puso delante la época de mi infancia, cuando mi niñera me contaba historias de bandidos, que ocultaban sus tesoros en subterráneos: tal era la leyenda que cobraba vida delante de mí. Iba a través de vastas piezas atestadas de baúles, cestas, cajas, y de simples paquetes envueltos en viejos manteles... Todo estaba lleno de objetos preciosos; los tesoros yacían amontonados sobre el piso y en los huecos de las ventanas.

El negocio de que me iba a ocupar era de tanta importancia, que me vi obligado a llamar en mi auxilio a Krassin. Este me acompañó al depósito de los tesoros, y, como yo, se sintió muy impresionado por el mundo fantástico que se descubría a sus ojos. Después de un largo conciliábulo, decidióse crear una oficina especial que se ocupara de esto: oficina a la cual llamamos "Servicio de la Conservación del Estado" o "Goskrane". Hicimos un reglamento especial y ensayamos crear una organización del tesoro y protegerlo contra el pillaje.

¿Qué más precauciones se podían aún imaginar? Y, sin embargo... Voy a describir, aunque sea adelantando la narración, un incidente que tuvo lugar en Londres, donde residí, como es sabido, en calidad de Director del Arkos. Entre las colaboradoras de esta institución, había una señora de alguna edad, excelente pianista, que venía con bastante frecuencia a verme, lo mismo que la familia de Krassin. Un día recibió esa señora la visita de su hija, recién llegada de Moscú; se había casado con un tchekista y divorciándose en seguida, y a la sazón vivía con un poeta soviético muy conocido.

La señora en cuestión nos trajo a su hija. Esta venía muy peripuesta, y traía una magnífica zorra negra: su madre vestía con su traje ordinario, pero yo advertí un imperdible prendido en su corpiño... Sería menester la pluma de un poeta para

describir aquella joya, verdadero objeto de arte, digno de adornar a Semíramis. El imperdible representaba tres margaritas de tamaño natural, o casi natural, cuyo tallo adornaban algunas hojas. Los pétalos de las margaritas estaban hechos de soberbios cabujones de turquesa azul oscuro, sembrados de finos diamantes que figuraban la rosa. Las flores y las hojas, montadas en resortes de platino, el más ligero movimiento las hacía temblar sobre sus tallos. Sin contar el coste de las piedras, el imperdible representaba un valor considerable por razón de su engaste artístico. Yo no soy muy entendido en joyas, pero estaba embelesado de la magnificencia y de la belleza del imperdible y no pude reprimir una exclamación de admiración. La señora, echando una acariciadora mirada a su empolvada hija, me dice llena de satisfacción:

—Es un regalo que me ha traído de Moscú. ¿Verdad que es lindo?

Y desprendiendo la joya, me la tendió:

—Mire usted—repuso—: son diamantes y turquesas verdaderas, y el engaste es todo de platino. Se pueden destornillar las flores, si se quiere reducir el imperdible. ¡Mire cómo el temblor de estos pétalos imita fielmente el natural y qué bien hecha está la rosa!

—Fortuna—la dije yo—que no ha sido recibida usted en la corte de Inglaterra; de otra manera, hubiera corrido gran peligro de hallarse un día cara a cara con la dueña de ese imperdible. Es una joya real... ¿Cómo os habéis hecho con ella?—pregunté volviéndome hacia la joven.

—Es mi marido quien me la ha dado—respondió ella sin la menor turbación.

XVII

En enero de 1920 (si la memoria no me engaña) se entablaron negociaciones de paz entre la U. R. S. S. y Estonia. Krasín, encargado de comenzarlas, confió luego la presidencia de la delegación soviética a Joffé. Además de este último, componían la delegación Gukovsky y Berzín. En seguida de firmarse la paz, Isidoro Emmanouilovitch Gukovsky fué señalado por agente comercial. Es un personaje en cierto modo histórico, sobre quien quiero detenerme algo. Antiguo miembro del Parti-

do, en la época de conspiraciones había prestado señalados servicios a la causa revolucionaria. Era el amigo íntimo del actual dictador, Stalin, quien le dirigía y defendía lo mejor que podía. Es sabido que Stalin, en su vida privada, y en lo que toca a dinero, es un hombre perfectamente honrado. Gracias a la protección que dispensó a Gukovsky, éste ocupó durante algún tiempo el puesto de Comisario de Hacienda. Pero su absoluta incompetencia en ese terreno púsose bien pronto de manifiesto y se le obligó a retirarse. Nombráronle entonces miembro del colegio de Inspección obrera y campesina (por otro nombre, Control del Estado), a cuyo frente se hallaba Stalin.

Como he dicho más arriba, el representante del *Narkomvneshktorg* se dirigió a Estonia "bajo la máscara" de agente de las cooperativas (Centrosoyuze).

Poco después de su llegada a Estonia comenzaron a circular rumores en Moscú sobre el carácter y actividad de nuestro delegado en Reval. La Comisaría fué informada de ciertas compras extrañas, para decirlo con moderación; compras cuyas cláusulas todas, respecto al abastecedor y a nuestra responsabilidad con él, venían claramente formuladas; mientras nuestros intereses estaban expuestos de una manera suficientemente confusa para dar lugar a malas inteligencias de toda clase. Escribimos a Gukovsky exponiéndole nuestros reparos y críticas, pero él dió a nuestras cartas la callada por respuesta. Por fin, llegaron las primeras mercancías y nos dimos cuenta de que se trataba de mercancías sin clasificar, expedidas al azar y cuyo embalaje no había sido efectuado en las fábricas de origen... Pero Gukovsky era invulnerable y ninguna medida tomada contra él parecía tocarle. Llegamos, entretanto, a saber que nuestro agente pasaba el tiempo en festejos, en beber, en organizar orgías, y que su personal hacía otro tanto. Sé decía igualmente que "todos aceptaban sus gajes o adehalas". Pero, lo repito, Gukovsky era invulnerable: todos los altos jefes recibían de él *presentes* en forma de víveres, de perfumería, de tejidos, etc... El escándalo había llegado a ser notorio; los periodistas de la emigración rusa, la prensa estoniana, la del mundo entero, lo proclamaba y lo publicaba a los cuatro vientos.

Pero me veo obligado a volver un poco atrás. Cuando mi detención en Berlín, me enteré por los periódicos que Karl Radeck había llegado a Alemania. Pronto fué identificado, de-

tenido y encarcelado en Moabit. Mucho tiempo permaneció en prisión; fué luego internado en Berlín, y hasta el año 1919 no volvió a Moscú, donde fué aclamado como un héroe y nombrado para un alto puesto en el Comintern (1).

Como se ve, gozaba en esta época de gran favor. Durante las reuniones especialmente organizadas para este efecto, él leía los informes, estropeando graciosamente la lengua rusa; el público le aplaudía con frenesí. Yo presencié la primera de estas reuniones, organizada en su honor en el salón del "Metrópoli", abarrotado de gente. A pesar de su defectuosa pronunciación, Radeck era un excelente orador y, sobre todo, un orador muy listo. Pero su discurso dejaba ya adivinar algún retroceso, cierta tendencia a abandonar las posiciones del bolchevismo ortodoxo, del que había sido en otro tiempo apolo-gista, llevando lo fantástico hasta lo absurdo. En la discusión que siguió, el menchevique Abramovitch pronunció un discurso. Sabido es que los mencheviques eran cruelmente perseguidos en la Rusia soviética. Los que no habían dejado la patria, procuraban esconderse y se abstendían de hablar de su programa en público. Jamás participé del modo de ver de este partido. Pero me mostraba tolerante con su posición, lo mismo que con las demás convicciones. Y, cierto, no era partidario de las represiones a que les condenaban los leninistas.

Y así, tanto más me sorprendí e inquieté cuando Abramovitch pidió la palabra. Su discurso estuvo lleno de vida. Atacó una de las proposiciones prácticas enunciadas por Radeck, proposición que, junto con las otras, daba la impresión del retroceso que decíamos más arriba.

—Me siento muy feliz—así comenzó su discurso—de que el destino haya lanzado a Radeck al terreno de las cuestiones prácticas y de que, abordándolas, no haya podido menos de decidirse, como hombre resuelto que es, en determinado sentido. Esas conclusiones le han llevado a renunciar a la absurda posición que no ha mucho defendía aún con impetuosidad.

Añadió que este abandono de la doctrina ultrabolchevista probaba que Radeck tenía una comprensión muy exacta de los problemas actuales y que se había dado cuenta de la necesidad

(1) Si no me engaño acaba de recibir un puesto en esta misma Comisaría, después de haber renegado solemnemente de la herejía Trotzkiista.

de renunciar a la política de destrucción en nombre de un trabajo constructivo.

Entre la concurrencia se encontraba Trotzky, quien no hacía aún mucho había tenido la misma opinión de Abramovitch y de los otros mencheviques. Hubiera podido no responder a su antiguo camarada. Pero no tuvo el buen gusto de callarse. Saltó, apresuróse a pedir la palabra y se puso a protestar calurosamente. No se olvide que Abramovitch pertenecía al campo de los vencidos y perseguidos y que tenía pies y manos atados. No podía, por tanto, tocar cuestiones directamente enlazadas con su programa político. Pero Trotzky ignoraba la corrección y el "fair play" más elementales.

Necesitaba hacer valer su elocuencia mezquina. Atacó a Abramovitch, presentándole cuestiones a las que aquél no podía responder sin exponerse a peligro de ser detenido. Ante un adversario literalmente encadenado, aprovechó la ocasión para lanzar sobre él su hueca elocuencia, concluyendo con mucho énfasis:

— ¡En vano buscáis, tú y tus semejantes, quebrantar a la clase obrera en su marcha resuelta y firme hacia la libertad! En vano la tenderéis un lazo. Nada, nada conseguiréis, a pesar de todos vuestros esfuerzos. Velaremos y lucharemos por todos los medios posibles contra vuestra corruptora propaganda. No conseguiréis nada. ¡Los que triunfarán seremos nosotros!

Y con bruscos ademanes bajó del estrado entre el fragor de los aplausos.

He citado este episodio para quitar el valor y osadía del "Mariscal de campo" soviético.

Habiéndome encontrado durante esta reunión, Radeck, que me conocía relativamente poco, me preguntó si no consentiría en volver a Alemania para llevar adelante las negociaciones relativas a la reanudación de relaciones comerciales; afirmó Radeck que el Gobierno alemán deseaba una reconciliación y que después de su apartamiento del "Moabit" había tenido tiempo de preparar el ferreno.

Habían transcurrido dos o tres meses, y Radeck vino a verme a este propósito. Fumando su espantosa pipa a mis propias narices, se puso a exponerme la situación. Díjome que desde su estancia en Berlín, había hablado con personajes influyentes sobre el restablecimiento de relaciones comerciales; que, en principio, el Gobierno alemán deseaba una reconcilia-

ción y que los alemanes habían expresado el deseo de verme nombrado por el Gobierno soviético representante de una legación de paz. Me dijo entonces que Vorousky y Sokolnikof entrarían a formar parte de ella. La combinación no me halagaba nada, y respondí a Radeck que, vista la actitud de Vorousky respecto de mí y su espíritu de intriga, no podía menos de dudar del éxito de la empresa.

Objetó él que Vorousky, por estar en desgracia, se daría por muy satisfecho en obtener tal nombramiento y que sin duda se habría de moderar mucho.

A comienzos del mes de marzo el Secretariado político me designó para dirigir las negociaciones con Alemania, y Scheinman fué nombrado en lugar mío adjunto del Comisario de comercio exterior. Yo debía transmitirle lo antes posible los negocios de la Comisaría, con objeto de partir inmediatamente para Alemania.

En esta época las nubes se habían disipado del horizonte político y el Gobierno de Lloyd George había también consentido entrar en negociaciones para reanudar las relaciones comerciales. El Secretariado político nombró una comisión que debía dirigirse a Londres; Krassín fué puesto al frente de aquella delegación compuesta de miembros expertos y especialistas, y que partió el 25 de marzo de 1920 a Finlandia para de allí embarcarse con rumbo a Inglaterra por vía de Suecia.

Yo transferí los negocios del "Narkomvneshtorg" a Scheinman, y en espera de mi partida, continué alojado en la Comisaría. En este momento estalló en Alemania el "Putsch" de Kaap, y mi viaje hubo de retardarse. Al partir él para Inglaterra, Krassín me ofreció su habitación en el "Metrópoli" y allí me acomodé poco después.

Esperé viento propicio. El "Putsch" de Kaap fué sofocado, pero la situación política cambió francamente en sentido desfavorable a la reanudación de negociaciones. La partida de nuestra legación se aplazó *sine die*. Después de dejar la Comisaría quedé yo sin ocupación fija o poco menos. Sólo desempeñaba mi cargo de consejero en la Comisaría de Vías y Comunicaciones y de presidente de la comisión interministerial de sueldos, que me llevaba muy poco tiempo.

Había roto todos los lazos oficiales con la Comisaría: aunque antiguos colaboradores, que continuaban visitándome, me ponían al corriente de la actividad de mi sucesor.

Scheinman tenía un ingenio grosero y obtuso. Se le metió en la cabeza que yo había introducido en la Comisaría el abandono y que era necesario poner allí orden. Como tenía relaciones con la *Vetcheka*, usaba largamente del derecho de meter en prisiones a los colaboradores de que estaba descontento.

Hay un rasgo realmente cómico en la política de Scheinman. Era su persecución a los judíos. Una vez que uno de sus jefes de oficina, que era precisamente judío y necesitaba un nuevo empleado, le presentó uno de sus candidatos, Scheinman rehusó confirmarle en el cargo, porque temía fuera israelita.

Y mirando fijamente al suelo, según su costumbre, razonó así su negativa:

—¡No quiero judíos a mi servicio!

¡Y esto lo decía Ilia Aaronovitch Scheinmân a su jefe de oficina, Natán Isakievitch!...

Sin embargo, yo seguía llevando una vida ociosa. La salida para Alemania se dilataba de día en día. Entretanto, Scheinman se vió obligado a dejar la Comisaría del comercio exterior y en su lugar fué nombrado Lejawna, después de haber tenido que esperar muchas veces en el recibidor de Ilytch. Por este camino llegó él a los más altos puestos de la jerarquía soviética. Cada vez se fué dando más importancia: sus discursos estaban llenos de intolerable suficiencia: a propósito de cualquier cosa echaba frases como éstas:

—Hemos decidido con Ilytch...

O bien:

—Eso es precisamente lo que yo he aconsejado a Ilytch...

Las cosas permanecieron estancadas hasta el mes de julio, época en que Krassín volvió con urgencia a Moscú a fin de aclarar algunos puntos del acuerdo comercial entre la U. R. S. S. e Inglaterra.

Lloyd George, que tenía gran interés en facilitar aquel viaje, había puesto a disposición de Krassín un torpedero inglés, que le trajo hasta Reval. Añadido por mi cuenta que las más cordiales relaciones personales se habían establecido entre Krassín y el primer Ministro inglés.

No voy a tratar aquí de las negociaciones anglosoviéticas, ampliamente comentadas por la prensa. Añadiré, sin embargo, algunos detalles, que los periódicos no supieron. Nuestros principales jefes estaban descontentos de la actividad de Krassín

en Inglaterra. Se le echaba en cara no haberse ocupado lo bastante de la propaganda comunista y no haberse procurado relaciones que le pudieran servir a este fin.

Los apóstoles de la lucha de clases jugaban sobre esta cuerda para despertar la hostilidad de Lenin con Krassin. Los enemigos de éste no parecían darse cuenta de que la conducta y discursos del mismo Lenin dejaban entrever ciertas ideas que habían de tomar definitivamente cuerpo, al fin de su vida, en un sistema de convenio que tomó el nombre de N. E. P. (Nueva Política Económica). Sin embargo, en el Kremlin se murmuraba que era preciso llamar a Krassin por no haber estado a la altura de su cargo.

Lenin luchaba contra esta hostilidad creciente, insistiendo en la necesidad de mantener a Krassin al frente de la delegación. Pero los *dii minores* proseguían su campaña, y Krassin acabó por ser destituido de su cargo de presidente de la delegación, aunque continuó formando parte de ella; la presidencia se dió a Kamenev, de triste y siniestra memoria.

Krassin tuvo que bajar la cabeza, y Kamenev partió para Inglaterra. Diré, para concluir este episodio, que el nuevo presidente de la delegación realizó a la letra las esperanzas de sus partidarios, y con tanto celo se dió a la propaganda comunista en el seno del proletariado inglés, que, al fin de dos meses, Lloyd George le "rogó" abandonara el territorio inglés...

A pesar de su trabajo en Inglaterra, Krassin continuaba desempeñando el cargo de Comisario del Comercio exterior. De vuelta de Londres, se detuvo algo en Reval, y bastaron estos pocos días para hacerse cargo de la escandalosa conducta de Gukovsky. Y así me propuso al punto fuera a sustituir a Gukovsky en Reval.

Tentóme fuertemente la perspectiva de trabajo tan importante y además independiente. Pero..., tenía muchos "peros"... Pensaba para mí, lo primero, que las relaciones que Gukovsky poseía en el Comité Central y en el Secretariado político (relaciones que había cimentado sólidamente con presentes tomados del Tesoro) bastarían para excitar la oposición contra mí. El Secretariado político (que gozaba de poderes dictatoriales) rehusaría pura y simplemente ratificar mi nombramiento. Y aun en el caso de que le ratificara, habría, sin duda alguna, otra clase de roces, intrigas y burlas, que son la especialidad de

nuestros "honrados camaradas". Exponiendo todas estas objeciones, dije a Krassín:

—No creo sea yo el candidato más a propósito y oportuno, y así te aconsejo busques otro cualquiera.

—¿Y quién es él?—preguntó.

—Pues bien, querido Krassín, me parece que candidatos no faltan... Lejawa, por ejemplo...

—¡Ah, no, ese número sí que no pasará!—respondió rápidamente—; basta que se me haya impuesto ese personaje en calidad de "Zam". No hay más que dos cartas en su juego: simpleza e insolencia. Por lo que hace al talento, *es un hombre de Estado... menos cinco minutos.*

Krassín continuó insistiendo y persuadiéndome. Aseguróme que, habiendo el Secretariado político hecho una triste experiencia en la persona de Gukovsky, estaba avergonzado de esta coladura y no tendría nada que objetar a mi nombramiento.

Acabé por dar mi consentimiento, oprimido el corazón, y sabiendo de antemano que Reval sería un avispero para mí.

Y, en verdad, no me engañaba... Krassín telefoneó en mi presencia a Tchitcherín; se hallaba éste ausente y en su lugar respondió Karakhan:

—¿Es usted, Lev Mikhailovitch?—preguntó Krassín—. ¿No está Tchitcherín?... Pues bien, quería decirle que no puedo sufrir más a Gukovsky y me veo forzado a sustituirle. ¿Cómo?...; mas, con todo, sé perfectamente que tengo derecho a ello y hoy mismo informaré del asunto al Secretariado político.

Karakhan le interrumpió con una pregunta, que yo adiviné gracias a la respuesta de Krassín.

—Gracias, pero tengo ya pensado un candidato: se trata de Georguy Alexandrovitch Solomón. Haga usted el favor de transmitir esta comunicación a Tchitcherín. Adiós...

Con gran sorpresa mía, Krassín me telefoneó por la noche (sería alrededor de las doce) y me hizo saber que el Secretariado político había ratificado mi candidatura sin la menor dificultad.

—¿Cómo—exclamé yo—, sin la menor dificultad?

—Sin ninguna dificultad; escucha, te voy a leer su resolución: "Por petición del camarada Krassín, se ha resuelto destituir al camarada Gukovsky de sus funciones de represen-

tante del *Narkomvneshtorg* en Reval, y nombrar para este efecto al camarada Solomón."

XVIII

Así, que acepté el puesto que me había sido ofrecido. Pero dándome cuenta de que mi predecesor había embrollado los negocios y yo tendría que arrostrar con su personal, el cual tenía reputación bien adquirida de banda de rateros, vi, como se lo había dicho a Krassín, que me exponía mucho a verme en un verdadero avispero. Así, que puse a mi nombramiento la condición expresa de no suceder a Gukovsky sino después de una revisión de sus negocios y muy particularmente de su contabilidad; y esa revisión debía ser hecha por la Inspección campesina-obrera. Krassín, que tenía el mismo modo de ver, dirigió una demanda a aquella institución.

Stalín desempeñaba el cargo de Comisario de Inspección. Pero, según ya dije, estaba ocupado, como Comisario del Gobierno, en infundir alientos a Trotzky, y había remitido el cuidado de aquella Institución a Avanessof, miembro de la Vetcheka. Gukovsky, pues, que de tiempo atrás formaba parte del Colegio de Inspección, estaba ligado con Avanessof lo mismo que con Stalín, a quien llamaba con su diminutivo Kouba (Jacob).

Yo no conocía personalmente a Stalín, pero sabía, por personas de confianza, que era perfectamente honrado y desinteresado, y que no tenía que temer de parte suya una intriga para proteger a Gukovsky. Mi confianza fué plenamente justificada, como diré más tarde.

Avanessof, cumpliendo nuestra demanda, señaló para inspector a un tal Nikitín, joven obrero, que vino a presentármeme. Por haber un tiempo servido en el Control del Estado, tenía yo una idea bastante completa de lo que debía ser un inspector. Me bastó proponer unas cuantas preguntas a Nikitín para cerciorarme que aquel muchacho no tenía la menor noción de la parte técnica de su misión. Era evidente que Gukovsky, estafador experimentado, conocedor perfecto de las trampas de su oficio, se las arreglaría para comprar al joven inspector o envolverle sencillamente, y la revisión no tendría su resultado.

Cierto, yo no pude expresar mis sospechas en mis cartas, y me contenté con telefonar a Avnessof, llamando su atención sobre la poca edad y falta de experiencia de su inspector. Avnessof me aseguró que él respondía enteramente de Niki-tín, pero, en atención a mi insistencia y reiteradas demandas, vino en darme un socio más experimentado en la persona de P. P. Noguín, el cual debía acompañarme a Reval como jefe de contaduría.

Como era de esperar, mi nombramiento provocó en las altas esferas soviéticas, favorables a Gukovsky, la más viva agitación. Gukovsky cambió animada correspondencia con sus influyentes amigos, la cual tuvo el descaro de mostrarme por sí mismo, como el lector verá en lo que sigue.

Entretanto, activaba yo mi partida, alistando el personal y estudiando los negocios de Gukovsky por medio de su correspondencia y de sus compras, hechas a toda clase de proveedores. Estos documentos se encontraban en la Comisaría del Comercio exterior, donde reinaba Lejawa, "el hombre de Estado, menos cinco minutos", como le había llamado Krassín. Pero en una cosa hay que hacerle justicia, y es que dudando continuamente entre dos orillas y no sabiendo qué favores solicitar, hizo lo que pudo para complicar mi tarea. Puso obstáculos al reclutamiento de mi personal, dando razones absurdas para descontar los candidatos de mi elección y me entregó de muy mala gana la correspondencia de Gukovsky.

La formación de mis cuadros de servicio presentaba grandes dificultades. Tan pronto como mi nombramiento fué conocido, recibí la visita de una oleada de gente, que buscaba salir de Rusia para respirar libremente lejos del régimen socialista, o que simplemente deseaba alistarse. Fué preciso rechazar muchos ofrecimientos de servicio. Además, mis candidatos debían ser filtrados por la sección especial de la Vetcheka.

Al fin, estos puntos quedaron más o menos resueltos. Krasín, que como se dice en Rusia, había trocado "su papel de sacerdote por el de diablo", volvió a tomar el camino de Londres el 27 de julio. Prometió ir a ver a Gukovsky a Reval, ponerle en razón como mejor pudiera, y apaciguar su herido orgullo.

Todavía mis preparativos no estaban terminados. Tchitcherín hacía lo posible por retardar mi partida y no expedir mi pasaporte diplomático, mis letras credenciales (selladas ya por

las demás autoridades soviéticas) y lo mismo los pasaportes de mis subordinados. Lejawa, cuya insolencia había crecido después de la desgracia de Krassín, se esforzaba por agrandar a Tchitcherín, causándome toda clase de disgustos. No obstante, yo fijé mi partida para el 29 de julio. La Comisaría de Vías y comunicaciones puso a mi disposición un coche de primera clase, de la antigua Compañía internacional de Cochescamas. Llevamos allá nuestros equipajes, y, por fin, llegado el día de mi partida, fuí a despedir de Tchitcherín y Krestinsky. Aquellas elevadas autoridades me recibieron con manifiesta frialdad; los dos parecían haberse conveenido en rogarme tratara a Gukovsky con dulzura:

—Tenga usted cuidado de no tratar con demasiado rigor sus gestiones—decía Krestinsky.

—Procure usted comprender la triste situación en que se encuentra—añadía Tchitcherín.

Bien se dejaba ver que se trataba de un hombre perteneciente a su pandilla, de un amigo.

Salí de Moscú, ya entrada la noche, acompañado de mis colaboradores. Después de las fatigas de los últimos días, consagrados a los preparativos de mi viaje, me sentía deliciosamente solo en mi departamento. Llegamos al otro día a Petersburgo, donde debía pasar veinticuatro horas, por tener algunos negocios que arreglar. Al día siguiente, a las nueve de la mañana, tomaba el camino de Reval.

¡La frontera! Yanburgo. Mis subalternos temen las formalidades que deberán acompañar al examen de nuestros pasaportes. Me vienen a preguntar con inquietud: ¿Se les enviará de nuevo a la Rusia soviética? Yo hice lo que pude por tranquilizarlos. Varios tchekistas suben a nuestro coche. Les presento nuestros pasaportes. El examen está terminado: todos respiran con desahogo, y atravesamos la frontera, erizada de alambres dentados. Continuamos el viaje y heos ya en Narva.

Fuí recibido en la estación por I. N. Makovetzky (fallecido ya), que había sido enviado a Narva por Gukovsky para inspeccionar las mercancías en franquía para Rusia. Yo le conocía un poco por haber, en otro tiempo, venido a la Comisaría a ofrecerme sus servicios. Sabiendo que nuestras provisiones estaban muy menguadas, había hecho preparar una comida en la fonda de la estación. Mis colaboradores, entusiasmados por ha-

ber pasado la frontera sin estorbo, y regocijados con la vista de los apetitosos platos, se pusieron a la mesa con buen humor... Comían..., comían abundante y largamente, pues todo aquello era suculento, de excelente calidad..., y además, podían servirse a su gusto... Sí, comían con avidez, como hombres que desde hacía mucho tiempo ignoraban aquellos regalos.

El tren se estremeció. Me despedí de Makovetzky, dirigiéndole por última vez una palabra de ánimo. Y, encerrándome en mi departamento, sentí el alivio de no verme obligado a reír y prodigar palabras amables y optimistas y el de recobrar por fin mi verdadera fisonomía, según el profundo dicho de Knut Hamsun.

Por lo que hace a mis colaboradores, habían comido bien y dormían en paz.

Pasámos aquella noche en el tren y llegamos a las cinco de la mañana a Reval.

Iba a abrirse una nueva página de mi vida. ¿Una nueva página? ¡Ay, no!; encontré la misma página emborronada por dedos sangrientos, manchada por intrigas, embrollos, fango y sufrimiento. Una vez más, tenía ante los ojos el cuadro de la Gran Infamia, que penetra todo el sistema soviético, ese sistema que se dedica a cultivar "el hombre viejo".

TERCERA PARTE

Mis servicios en Estonia

XIX

Nuestro tren llegó a la estación de Reval el 2 de agosto de 1920 a las cinco de la mañana. Dos personas me esperaban en la estación: una era el ingeniero Antchitz, a quien yo había conocido en Petersburgo, donde estaba empleado antes de la revolución, en la fábrica "Siemens Schukkert". Al segundo individuo no le conocía. Era éste un hombre de pequeña estatura, de edad avanzada, de aspecto y modales de viajante. Sus vivos ojillos que no permanecían un punto quietos, al par que toda su persona, parecían solicitar de continuo al cliente. Me saludó con una deferencia exagerada y me hizo su propia presentación:

—Yo me llamo V... (1). Tengo una carta para usted de parte de Leónidas Borissovitch Krassín.

V... me tendió un pliego.

"Mi querido Jorge—escribía—, te envío esta carta por medio del camarada V..., que te recomiendo muy singularmente y con quien te aconsejo tengas una entrevista, antes de avistarte con Gukovsky. Está muy al corriente de los negocios comerciales de Gukovsky, y su dictamen te permitirá ver claro y orientarte. Debo añadir, que V... ha sido señalado por Schein-

(1) No designo a este personaje más que por una inicial, pues me vi obligado a destituirle poco después de mi llegada, al descubrir que V. estaba enredado en negocios sumamente turbios. Por circunstancias muy serias y excepcionales, no puedo en este momento descorrer el velo de su historia, si bien la he descrito en sus más menudos detalles: yo depositaré mi relato en sitio seguro, para que sea publicado veinte años después de mi muerte, cuando dicha memoria haya perdido su actualidad y no pueda perjudicar a nadie, no teniendo más interés que el puramente histórico.

man, contra el deseo de Gukovsky, que le trata con hostilidad.

"V... ha causado en mí la impresión de ser hombre *serio y honrado*; es además excelente comerciante, y te aconsejo instantemente que le nombres jefe del servicio comercial; estoy persuadido de que te será muy útil en este oficio. Con todo, de ninguna manera es mi ánimo imponértelo. De esto tú decidirás a tu gusto, después de haberle conocido y haberte entrevistado con él.

"Por lo demás, mi buen amigo, yo te deseo de todo corazón el éxito más completo en tu empresa. Creo que encontrarás muchas dificultades en Reval. Armate de una buena escoba, y resiste todo lo posible, que, a juzgar por mi última entrevista con Gukovsky, éste te volverá a buscar a bayonetazos. Prepárate para el asalto. Como decimos nosotros, "Dios no te faltará, el cerdo no te tragará". Dame cuenta de todas tus dificultades y tenme al corriente en lo posible de tus gestiones" (1).

Con el corazón oprimido me dirigí al Hotel Petersburg hacia las nueve de la mañana.

En el descansillo de la escalera del primer piso me esperaba un correo, un soberbio mozo, llamado Spiridonof, soldado del ejército rojo, con el cual entablé amistad más tarde. Era un muchacho abrutado y de pocos alcances, pero leal y honrado; de expresión taciturna y aun brusca, pero cuando sonreía (sólo cuando hablaba a los niños), su rostro se iluminaba con un interior fulgor, que le daba un aspecto simpático.

—Usted quiere ver al camarada Gukovsky, ¿no?—me preguntó Spiridonof con brusquedad—. Sígame usted.

Pasamos el corredor; el soldado llamó a una puerta, y yo pasé.

Dedicaré algunas líneas a describir el aspecto exterior de Gukovsky. Era pequeño de estatura, pero de anchas espaldas. El mismo, sin la menor preocupación, contaba cómo estaba sífilítico, y añadía con cínica desvergüenza:

—No tenga usted miedo, ¡je, je, je!... En estos tiempos eso no es contagioso.

Uno de los síntomas de esta enfermedad advertíase en las piernas, que con dificultad podía levantar. Era colorado, y su cara, de espesas cejas, estaba adornada con una roja barba ligeramente entrecana.

(1) Esta carta la cito fiándome de la memoria.

Por debajo de las cejas apuntaba la mirada de sus ojillos de purulentos párpados, siempre rojos y encendidos. Aquellos ojos estaban cargados de malicia: no presagiaba nada bueno la llamarada que de vez en cuando se encendía en ellos. Su voz era lánguida, un poco ronca, una voz tenor, que él bajaba con el intento de darle un tono de sinceridad; pero en que se adivinaba el fingimiento. Nunca le vi reírse con franqueza. Su risilla era maliciosa, irónica: aquel su “¡je, je, je!” dejaba helado a cualquiera.

Las habitaciones de Gukovsky estaban formadas por dos piezas: una sala grande de trabajo y un cuartito para dormir. No se preocupó mucho de disimular su hostilidad para conmigo, ni aun procuró encubriarla con una sonrisa de circunstancias. Esto me gustó, pues podíamos así jugar a carta abierta.

—¡Ah! ¿Usted por aquí?—exclamó con un tono que parecía decir—: ¿Qué maldito viento te trae?

—Sí, aquí estoy—respondí.

—¿Y por qué ha parado usted en el hotel del “León de Oro”? Eso me ha disgustado. Yo hubiera querido que usted se hospedase aquí, con nosotros...

Estos primeros saludos de cortesía me parecieron tan cómicos, que no pude menos de sonreírme diciendo:

—Ya hablaremos de eso en otra ocasión: ahora vamos a hablar de negocios...

—¿De qué negocios?—preguntó mi interlocutor con voz agria y clavando en mí su mirada chispeante, en la que yo veía relumbrar la falsía y la crueldad, la insolencia...

Este juego se me hacía ya repugnante, y, para ponerle fin, saqué de mi bolsillo la orden de mi nombramiento, que alargué a Gukovsky, preguntándole cuándo podría tomar posesión. El echó un vistazo al papel con pretendida negligencia y me dijo al devolvérmelo:

—Usted está provisto de este papel, pero yo tengo algo más interesante... cartas de Tchitcherín, de Krestinsky, de Avanessof. Quiero que las vea...

Y, sacando del cajón de su escritorio las cartas en cuestión, se puso a leérmelas. Yo no tuve esas cartas entre mis manos, y no citaré de ellas sino los pasajes que recuerdo. Tchitcherín y Krestinsky le escribían en tono de gran familiaridad, llamándole “mi querido Isidoro Emmanuilovitch”. Tchitcherín le decía: “Me apresuro a hacerte saber que, a pesar de toda mi opo-

sición, Krassín ha obtenido del Secretario Político tu destitución y el nombramiento de Solomón en tu lugar. Pero yo he hablado con Krestinsky sobre este asunto, y él me ha dicho que ese nombramiento no tiene, ni mucho menos, carácter definitivo, y que tú debes entenderte personalmente con Solomón, para que él consienta en adscribirse a vuestra delegación en calidad de simple jefe del servicio comercial. Más aún: si llega el caso, podrías proponerle que él asumiese el papel de adjunto tuyo en los negocios comerciales...

En otra carta Tchitcherín hacía saber a Gukovsky que, no obstante mi nombramiento de representante del Narkomvnesstatorg en Estonia, él (es decir, Tchitcherín) había logrado arreglárselas de manera que Gukovsky quedase en Estonia en calidad de representante diplomático (en otros términos, de ministro); y que por consiguiente, éste último no tenía ninguna razón para dejar Reval, puesto que nada había sido cambiado.

“Tú veras por ti mismo, querido Isidoro Emmanuilovitch—añadía Tchitcherín—, sobre qué base podrías entenderte con Solomón; haz todas las concesiones posibles, con objeto de no comprometer tus relaciones con él y con Krassín. Krestinsky participa completamente de mi modo de sentir.”

Krestinsky le escribía en el mismo sentido, diciéndole que él había tenido una entrevista conmigo y me había impuesto “la obligación formal de obrar con suavidad”. En cuanto a Avnessof, éste se excusaba de haber sido obligado por Krassín a designar un inspector; él había, sin embargo, recabado el nombramiento de un colaborador muy joven en la persona de un tal Nikiti; este individuo no había olvidado que había servido bajo las órdenes de Gukovsky; Avnessof, por otra parte, le había advertido, al invitarle a que obrara con el mayor tacto y prudencia respecto de Gukovsky, que le “pidiera consejo” y que no se excediese... Por razón de las enérgicas medidas de Solomón, se había visto obligado a encomendar el cargo de inspector a P. P. Noguín, administrador jefe del nuevo representante, etcétera, etc.

En una palabra, los amigos de Gukovsky le daban toda clase de seguridades, afirmando que *no tenía que temer absolutamente nada* y que ellos harían *todo lo posible para cortarme las alas*. Uno de ellos decía que “Solomón era un hombre muy decidido y duro, que tenía la costumbre de dar todas sus instrucciones

por escrito bajo un número de orden, instrucciones que debían ser refrendadas por sus empleados”.

Gukovsky me leyó una parte de estas misivas, y sometió algunos de sus pasajes a mi examen personal, con objeto de que pudiese yo mismo asegurarme de su autenticidad: me las mostraba con el cinismo y la falta de pudor de un mendigo que muestra sus vergonzosas llagas. En fin, me dirigió una especie de discurso.

Ya ha podido usted cerciorarse de que su nombramiento no es definitivo, ni mucho menos, y que debemos entendernos entre nosotros en lo que concierne a las funciones que yo le podré confiar a usted. Ahora comprenderá usted que no se trata, ni remotamente, de poner los negocios en sus manos de usted, y que yo puedo oponerme pura y simplemente al control de sus inspectores.

“Yo le propongo a usted el permanecer como uno de mis empleados en calidad de jefe del servicio comercial. Será usted bien retribuido, y será dueño absoluto en el terreno comercial. Por lo demás—se interrumpió Gukovsky—, a mí no me gusta mucho el comerciar...

(Aquí apuntó una sonrisa fingida y tomó el tono de un hombre de gran corazón que nada puede rehusar a sus camaradas. Sin duda, se había dado cuenta de que yo escuchaba sus ofertas con un enojo y un disgusto mal comprimidos.) —Sí, a mí no me gusta comerciar; yo no le ofreceré a usted una plaza de jefe del servicio, sino la de adjunto encargado de los servicios comerciales. Veamos, ¿le conviene a usted esto?—concluyó Gukovsky con el tono de un traficante que ofrece una compra.

—¿Ha terminado usted?—pregunté yo con voz glacial, pudiéndome con dificultad dominar.

—Sí, he terminado, y espero su respuesta—silbó Gukovsky.

—Mi respuesta será breve. Yo he sido nombrado representante plenipotenciario del Narkomvnesktorg en Estonia, y según las instrucciones del Secretariado Político, yo me he dirigido a Reval con objeto de tomar la dirección de los negocios, que usted está obligado a transmitirme. Usted me aduce cartas privadas de Tchitcherín, de Krestinsky, de Avanesoff. Yo no tengo que declararme acerca de la forma de dichas cartas; bástame decir que representan un crimen calificado y que los corresponsales de usted son unos criminales. No tengo inten-

ción de entenderme ni con usted, ni con los amigos criminales de usted; sólo obedeceré a las directivas de mi Gobierno.

—¡Je, je, je! ¿Según usted, yo soy tal vez igualmente un criminal, de la misma clase de ¡je, je, je!..., mis amigos?

—Todo lo que tenía que decir lo he dicho, y no tengo que añadir nada; usted podrá sacar de esta conversación las conclusiones que quiera—respondí yo, levantándome.

—¿De veras?—silbó mi adversario, al mismo tiempo que me dirigía su mirada de ratón—. ¿De veras que usted me declara la guerra? Pues bien, lucharemos, está entendido. Pero fíjese usted—añadió golpeando la mesa con un significativo gesto—: yo atacaré, y no solamente será llamado, sino que sabrá lo que es una institución de la que mi amigo Avanesoff forma parte, quiero decir, de la *Vetcheca*. Ni su amigo de usted, Krassin, ni Menjinsky, ese don Quijote de la *Tcheka*, podrán sacarle a usted de las cárceles de esta institución; y día vendrá en que entre los ruidos de un motor de camión, se embarcará usted para otro mundo mejor...

Y soltó una carcajada feroz. Yo me dirigí hacia la puerta.

—Aguarde, ¿dónde va usted?—gritó Gukovsky con inquietud—. Es preciso que lleguemos a entendernos: no hemos terminado todavía...

—¿Para qué prolongar esta conversación?—le respondí yo—. Ya está dicho todo; hoy mismo me vuelvo a Moscú...

—¿A Moscú?—preguntó con más sorpresa que aprensión—. ¿Para qué ir a Moscú?

—Ya me explicaré allá abajo.

El entonces cambió de tono, que llegó a ser de una bajeza repugnante.

—Escucha Georguy Alexandrovitch, tú y yo somos un par de viejos camaradas. No puedes irte, piensa en la impresión que causarías a los que nos rodean... Eso no sería correcto—murmuró Gukovsky, que por las trazas no esperaba de mí aquella salida—. Sin duda llegaremos a entendernos. Me han dicho que usted es hombre que toma decisiones prontas...; al menos, es imposible...

Yo esperaba sin decir una palabra, con el sombrero en la mano. Dijo al fin:

—Bueno, me avengo. Usted quiere una revisión, vamos a la revisión. ¡Coja usted por el cuello a Gukovsky, a este estafa-

dor, a este perdido! Yo bien sé todo lo que se dice de mí, márchese usted.

Y terminamos por entendernos. Wikitín debía comenzar su revisión al día siguiente: se le encargó revisar los registros, las cantidades que había en las cajas, las que estaban depositadas en la banca, etc. Por supuesto, tuve la precaución de sustraerme a la mercachiflería que mi adversario me había propuesto, y declaré a Gukovsky que me reservaba las funciones que el Secretariado Político me había confiado y que yo me basaría en las credenciales que el Estado me había remitido.

—La última pregunta—dijo mi interlocutor—. ¿Qué suerte cabrá a mis colaboradores? ¿Los mantendrá usted en sus funciones?

—No los conozco, comenzaré por estudiarlos de cerca y según eso me decidiré.

—Y mi secretario Erlanger, encargado de la sección comercial, ¿piensa usted conservarlo?

—¿Erlanger?—repetí yo con sorpresa—. Usted se bromea. De ninguna manera; no lo necesito.

—¿Qué lástima! ¡je, je, je...! ¡La verdad que es una lástima!

Abordé en seguida con Gukovsky la cuestión sumamente compleja de nuestras atribuciones respectivas. El tratado de paz que habíamos firmado con Estonia no prevenía un cambio de diplomáticos entre los dos países, y este punto necesitaba nuevas negociaciones. Esta reserva, hecha con el fin de urgir las negociaciones y la firma del tratado comercial, había sido aprovechada por Tchitcherín en la segunda carta a Gukovsky que he citado más arriba. Para proteger el prestigio de mi Gobierno, me veía obligado a ocultar mis diferencias y a ahogar el escándalo. También acepté sus indicaciones sobre la distribución de cargos. Se decidió que Gukovsky conservaría sus prerrogativas diplomáticas y que tomaría por mi cuenta los negocios comerciales. El conservaba además el derecho nominal (que se comprometía a no usar) de firmar las órdenes de la banca: las sumas serían en adelante sometidas a mi administración. El haría además saber a los establecimientos bancarios que los cheques y la correspondencia serían firmados por mí. El arreglo hubiera estado perfectamente hecho, si se tratara con un hombre honrado: el lector verá por lo que sigue que

Gukovsky no sentía escrúpulos en infringir los puntos de nuestro acuerdo.

Vuelvo a su casa el mismo día después de comer. Nuestra primera entrevista parecía haberle producido alguna impresión, y así comenzamos la conversación en un tono relativamente pacífico. Yo di algunos pasos para la instalación de mi sala de trabajo y de los despachos de mis colaboradores. El insistió en imponerme sus empleados, pero yo rehusé categóricamente dar una respuesta definitiva, repitiendo que deseaba conocerlos más de cerca. Otra vez volvió a la cuestión de su secretario Erlanger, y me aconsejó instantemente que lo retuviera.

—Es un joven muy competente—me dijo, sabiendo efectivamente que yo conocía a su secretario muy bien—: él solo lleva todo el servicio comercial.

—Vamos, Isidoro Emmanuilovitch, usted no ignora la opinión que yo tengo de este individuo. ¡Dejémonos de comedias, y no perdamos un tiempo precioso!

—¡No!—insistió Gukovsky—, mis consejos no son en manera alguna vanos; si insisto es porque se trata realmente de un comerciante genial, que le hará a usted los mayores servicios. por otra parte, él está muy al corriente de mis métodos de trabajo...

—Presisamente por eso no lo quiero. No le oculto a usted que me es imposible admitir sus métodos, y que no quiero en absoluto perpetuar una tradición que condeno...

—Es una lástima—repetía Gukovsky—, mi sistema es el único eficaz.

Queriendo despertar mis simpatías, se puso a referirme que este hombre "abnegado y fiel" había sido víctima de las más infames denuncias y que la *Vetchea* había exigido su retiro; después de haber mostrado a este propósito su correspondencia con Dzerjinsky, añadió en el mismo tono de un "padre noble" de comedia:

—Pero yo no soy de los que traicionan a sus colaboradores, sobre todo, cuando se trata de hombres leales y honrados.

Volvió luego a continuar la lectura de su correspondencia, suficiente por sí sola para levantar un acta de acusación.

—No, yo no le he traicionado—concluyó—. El ha guardado su puesto y yo le aconsejo a usted que le conserve en sus funciones.

A pesar de todos los obstáculos amontonados por Gukovsky y por sus colaboradores (obstáculos que más tarde describiré), logré que el "Hotel Petersburg" tuviera un aspecto más decente. A fin de dar una idea del desorden que reinaba en este hotel antes de mi llegada, aduciré el testimonio de I. N. Makovetzky (del cual he hablado al describir mi llegada a Narva y a quien nombré director de mis servicios). Este era un hombre muy aprovechable. Si no poseía vasta inteligencia, era excelente trabajador, y además muy honrado; él contribuyó activamente a la limpia de estas "cuadras de Augías".

Los colaboradores de Gukovsky estaban alojados en el hotel donde tenía sus oficinas. Vivían en la inmundicia, pues se trataba de hombres absolutamente primitivos. Sus cuartos de dormir les servían de escritorios; en ellos recibían a los visitantes con las camas sin hacer, a la vista las mudas sucias, los vestidos amontonados, los expedientes y facturas sobre las mesas y sillas. Sus abastecedores pertenecían en su mayor parte a la "pandilla"; traían jarros de vino y regalos, y hacían toda clase de servicios más o menos limpios... Estos equívocos personajes invadían desde la mañana los corredores del hotel. Formaban grupos; discutían sus negocios; los nuevos encargos entraban atropelladamente en las habitaciones, donde, entre el humo del cigarro, las anécdotas y las carcajadas, bebían brutalmente, cubriendo el suelo de botellas y restos de comida, sin preocuparse lo más mínimo por pisar los papeles que desordenadamente estaban tirados por todas partes. En esta atmósfera los oficiales efectuaban sus encargos, los clasificaban, comunicaban a los visitantes las últimas nuevas comerciales, a veces los secretos...

La sala de trabajo de Gukovsky presentaba las mismas escenas, invadida de igual modo por los hombres de negocios.

Además el patrono había instalado allí su despacho de cambio, operación que se efectuaba de la manera más sencilla. Los cajones de su mesa estaban atestados de billetes de toda procedencia; libras, dólares, marcos, coronas, billetes soviéticos... Se hacía el cambio según una cotización del todo arbitraria, sin registro alguno, y sin la menor idea de la suma total de que disponía.

Así se pasaba el día, y cuando venía la noche, Gukovsky y sus colaboradores se daban a la búsqueda del placer. Recorrían

los restaurantes, los cafés cantantes, en grupos compactos y amigables. Esta era la hora de las libaciones, del libertinaje; surgían mujeres... la fiesta se transformaba en orgía. Esta llegaba al sùmmum en los establecimientos en que aparecía la querida de Gukovsky, cortejada por su amante, por sus comparsas y por los proveedores, que la ofrecían flores y regalos. El champán corría a oleadas, el tesoro público se disipaba a ojos vistas.

La fiesta duraba hasta las cuatro y cinco de la mañana; después los alegres comensales volvían a sus respectivos domicilios, entre violencias, gritos y alborotos. Los empleados de nuestra delegación tenían que esperar el regreso de Gukovsky, que volvía hecho una lástima.

Era preciso que le bajasen del coche, y el empleado de guardia le tenía que coger y llevar, mientras que él reía con su risita maliciosa. Le acostaban...

Algunos días después de mi llegada, tuve que detenerme por negocios urgentes, y seguía trabajando durante la noche. Tuve entonces ocasión de asistir a la cena de la vuelta y al acto de acostar a Gukovsky. Habiendo oído ruido de pasos precipitados, salí al corredor y pude burlar la vigilancia del empleado Spiridonof, que se preparaba a conducir al señor a su cuarto. Aunque Gukovsky estaba completamente borracho, me reconoció; hizo un movimiento en dirección a mí y comenzó a agitarse entre los vigorosos brazos de Spiridonof, que le sostenía como a un niño.

—¡Hola!—gritó Gukovsky con voz aguardentosa—. ¡Solomón trabaja de noche, ¡ji, ji, ji! ¡El salva el tesoro público, y nosotros... nosotros lo gastamos para be... ber. Nosotros somos los... los... señores... ahora...

Y de repente añadió con rabja:

—¡Vete de ahí, trabaja, trabaja, vas a oír...! (aquí una oleada de injurias incomprensibles). Pero ¡oh! dejaría yo de ser Gukovsky, si tú no acabas en la Tcheka. ¡A la Tcheka!, ¿lo oyes?, ¡a la muerte... a la muerte!...

—¡Vamcs, hay que saber tenerse en pie cuando uno está calamocano—dijo Spiridonof—, al mismo tiempo que le levantaba del suelo y, no recatándose de tutearle, añadió—: ¡Deja a los demás tranquilos; no son como tú!

Así le llevó a su habitación, mientras Gukovsky me insultaba y me amenazaba.

XX

Luego que nos hubimos entendido con Gukovsky, Nikitín comenzó la inspección. Pero ya la víspera, nuestro joven había tenido una entrevista con Gukovsky. En el discurso de las numerosas conferencias con Noguín y conmigo, Nikitín criticaba enérgicamente las maquinaciones de Gukovsky, y sin tener escrúpulo de aplicarle el apelativo de malversador.

Pero después de haberse presentado en su casa, Nikitín vino a buscarme; parecía estar muy confuso y comenzaba a "tirar para atrás". El infortunado "inspector"—que, después de todo, no era mal muchacho—temía a Avanesof y a Gukovsky de una parte y a mí de otra; se hallaba cogido entre dos fuegos. Además tenía que desenredar negocios tan embrollados y era tanta su inexperiencia, que el pobre se veía perdido.

La contabilidad, por decirlo así, no existía. Se acababan de inaugurar los registros... previendo mi llegada. Pero Gukovsky y su tropa esperaban desde mucho tiempo atrás ver mi nombramiento anulado; y habiendo comenzado los registros bajo la presión del pánico, habían asentado en ellos de cualquier modo los presupuestos y los gastos, embrollando cifras y negocios. Nikitín se ponía nervioso, no llegaba a ver claro; iba a Gukovsky, pero éste le respondía con los acentos de Pitia. En fin, que el pobre joven perdía definitivamente la cabeza. Los acólitos de Gukovsky se reían de sus apuros, se amañaban para ocultarle la verdad y le trataban con insolencia. Al fin del primer día de inspección Nikitín se fué a mi casa más agotado que el corredor de Maratón, me dió cuenta de sus experiencias desastrosas, me pidió consejo, y acabó literalmente por echarse a llorar.

No entraré en los fastidiosos detalles de esta revisión... Sólo diré que aconsejé a Nikitín suspendiera inmediatamente las operaciones de la caja, reclamase la ayuda de un empleado de la delegación para revisarla, redactara su acta de inspección en tres ejemplares, los firmara e hiciese firmar por los empleados que hubiesen colaborado a la revisión, y, finalmente, enviara uno de estos ejemplares a Gukovsky y otro a mí. Pero cuando, al día siguiente, Nikitín hizo saber a Gukovsky que tenía la intención de revisar la caja, y que se veía obligado a suspender las operaciones y a dictar igualmente aquella prohi-

bición sobre los caudales que se encontraban en casa de Gukovsky (1), *éste le prohibió neta y simplemente continuar la inspección.*

Confieso que yo no esperaba tal golpe ni aun de parte de Gukovsky. El mismo día mi adversario vino a buscarme y me dijo con una risa cínica:

—Bueno... ¡je, je, je...!, ¿está terminada la inspección? ¿Usted cree que yo tengo miedo? Métase usted bien en la cabeza que Gukovsky no teme a nada ni a nadie. Para quien comenzarán las cosas a ir mal, es para usted... ¡Ya se lo digo! Yo le acorralaré a usted en una prisión, en la prisión de la Lubyanka... He leído el parte telegráfico de su conferencia con Lejawa... y... no tengo miedo, no... Lo que haré será escribir a Krestinsky, remitiéndole adjuntas copias destinadas a Avanesof y a Tchitcherín... Veremos quién tiene el máximum de jugadas en su juego... ¡je, je, je!; vaya si lo veremos... escribiré igualmente Tejawa.

¿Qué podía yo responder a tales argumentos? Nada más que encogerme de hombros, persuadido de antemano de que este "hato de criminales" lo haría casi todo por sostener a mi adversario.

Sin embargo, los negocios en curso no dejaban de solicitar-me. A Noguín encomendé se encargara de la continuación de los negocios y clasificara, en cuanto fuese posible, las cuentas, los documentos, etc. Noguín, a quien muy pronto Gukovsky cogió ojeriza, dió fin a su tarea. Sin ninguna ceremonia pidió ver la contabilidad: Gukovsky llamó para este efecto a su brazo derecho, el contable Fridolín, comunista, miembro del partido, extremadamente insolente y hábil para ocultar los crímenes de su patrono. Fridolín absolutamente para nada se ocupaba de la contabilidad; hacía operaciones de cambio y sucias especulaciones, de las que su jefe nada ignoraba. Yo no le había incorporado al cuadro de mis auxiliares, y seguía al lado de Gukovsky llevando las funciones de contable. Recibió la orden de poner en manos de Noguín los registros y los documentos comerciales.

(1) Mi antiguo amigo, el camarada Sairio era cajero de la Delegación en Reval. Añadiré que habiendo sido más tarde ordenada una nueva inspección y habiendo sido efectuada ésta por el camarada Yacambol de integridad a toda prueba, comprobé que la caja estaba completamente en orden.

Siguióse un verdadero juego al escondite. Noguín perseguía a Fridolín, le pedía los legajos de papeles. Estos no parecían. Fridolín se escapaba y procuraba ocultarlos. Pero Noguín, hombre decidido y enérgico, se puso a recorrer las habitaciones de los empleados, y a la caza de los documentos; los hallaba en todas partes: debajo de las camas, en las cestas, en las maletas, en los montones de ropa sucia, entre las botellas, en los retretes...

Muchas fueron las escaramuzas que tuvo con Gukovsky; y cuando éste esgrimía como amenaza los nombres de sus influyentes amigos de Moscú, Noguín replicaba apelando a su hermano Víctor Noguín, comunista veterano, que también gozaba de mucha influencia en el seno del partido, y que se encontraba en esta época en Londres con Krassín. A pesar de su vigor de juventud y energía, mi fiel colaborador no era bastante fuerte para parar los golpes de su adversario y de otros de su comparsa. Terminé por enviarle a Moscú, con objeto de que allí diera su informe y pidiera una nueva inspección. Como el lector verá por lo que sigue, pude lograr mi intento de una nueva inspección; y es de saber, que uno de los inspectores designados, persona muy honrada y seria (era un gran amigo de Stalin), se vió tan profundamente trastornado en el decurso de la revisión, que vino a perder el juicio a su vuelta a Moscú.

Entre tanto, yo me puse a reorganizar el servicio comercial. Krassín me había recomendado el camarada V., para que se ocupase de éste servicio. No tardé en averiguar que este individuo me descubría los delitos de Gukovsky y de Erlanger, con el fin de ganar mi confianza (del mismo modo que había ganado la de Krassín), para poder luego obrar a su antojo. Pero, desgraciadamente, yo no disponía de un solo colaborador realmente competente, y, quieras que no, acabé por designar a V. (sin descuidar un momento el vigilarle de cerca) para dirigir el servicio comercial. Comencé por poner orden en sus negocios, sin cesar un punto de ponerme al corriente de sus descubrimientos. Durante esta parte, por decirlo así, negativa de su labor (que consistía en descubrir las malversaciones), me prestó, sin duda alguna, grandes servicios, puesto que V. sabía de memoria las artimañas de Gukovsky.

A mi departamento correspondía un servicio de los más importantes: el de los transportes. Este terreno era igualmente víctima de la desorganización, o, si se quiere, en él reinaba una

“organización muy singular”. Todas las cuestiones de transportes estaban administradas por un expedidor, de nombre Lindman. Este personaje, que gozaba de la plena y entera confianza de Gukovsky, era en realidad hechura suya, y cuando yo quise desentenderme de este “expedidor”, su jefe le defendió con calor.

En el número de los colaboradores de Gukovsky había un ingeniero de origen húngaro, I. I. Fenykevi. Habiendo servido durante la guerra como oficial austriaco, había sido hecho prisionero y enviado a Siberia, donde encontró a G. Krgijanovski, el antiguo camarada de Lenin. Si no me engaño, Fenykevi era socialista, y no se adhirió al partido comunista. Yo le incorporé a mis listas y le nombré director de transportes. Me hizo grandes servicios y organizó perfectamente su servicio.

Así, pues, cuatro fueron las personas de mi confianza desde que tomé la dirección de los negocios: Noguín, contable; Makovetzky, director de servicios; Fenykevi, jefe de transportes; y V., encargado de la sección comercial. Los tres primeros eran personas de mucha integridad, de cuya actividad y desinterés conservo todavía un grato recuerdo. Pronto se establecieron entre nosotros las más cordiales relaciones, debiéndoles a ellos la fuerza con que pude sobrellevar todo el peso de mi situación. Más tarde di también con excelentes auxiliares, pero los tres que he dicho, más que colaboradores, eran amigos íntimos, que conocían a fondo los fines y problemas que yo perseguía... Por desgracia, Makovetzky ya no está en este mundo, pero evoco con agradecimiento sus servicios.

Dos días después de mi llegada a Reval, me puse a trabajar a pesar de los muchos obstáculos que me salían al paso. Lo mismo que mis colaboradores, no escatimaba las horas de trabajo. Generalmente comenzábamos nuestra tarea a las siete (a veces antes) de la mañana, durando hasta las dos o las tres de la tarde. Un día vino a visitarme Erlanger. Su actitud era muy humilde.

—Le suplico que firme usted las prórrogas del contrato para cuatro proveedores—me dijo alargándome los pliegos—. Todo está indicado...; se trata de una prórroga de un mes...

Examiné atentamente los documentos, y me convencí al instante de que sólo uno de los proveedores merecía la prórroga del contrato; los demás habían tardado por culpa propia y esta-

ban obligados a pagar los daños y perjuicios previstos en el acta. Llamé a Erlanger, y le comuniqué mi decisión de otorgar una prórroga al proveedor que justificaba su tardanza con una avería imprevista.

—Por lo que hace a los otros, no tiene ningún derecho.

Erlanger salió respetuosamente. A los pocos momentos veo entrar a Gukovsky, que comenzó a urgir la prolongación de los contratos. Rehusé categóricamente.

—En fin—replicó Gukovsky—, que yo soy del parecer de Erlanger; estos proveedores no son responsables de la tardanza; esto es cosa de pura fórmula...

—Por desgracia, usted se ha puesto a pensar en esta "formalidad" quince días después de expirado el contrato. Yo no pondré mi firma.

—En ese caso, la pondré yo.

Yo reiteré mi negativa. Gukovsky renovó sus amenazas y sus alusiones a los omnipotentes amigos. Durante una media hora tuve que aguantar sus desplantes, y terminó al fin por irse, cerrando la puerta con rabia. Al cabo de dos días se presentó en mi casa para leerme una carta de denuncia dirigida a Krestinski (con sendas copias para los otros colegas), que acababa de expedir por correo.

—Piénselo usted bien; se está usted creando dificultades; ya se lo digo...: le van a coger a usted por el cuello... y no podrá usted escapar.

El mismo día volvió otra vez a mi casa, acompañado de un "gentleman" que me presentó en estos términos.

—Nuestro mejor proveedor, el señor Billing, en quien usted puede confiar enteramente.

Yo le conocía muy bien de nombre; era hermano de la señora de Erlanger, y Gukovsky le había consagrado "proveedor universal". Su nombre se había hecho célebre. Todos los demás abastecedores debían pasar por él entregándole una "comisión establecida por la ley"; de lo contrario, no obtenían el pedido.

—Muy honrado de presentarme a usted—dijo el personaje, saludándome con una profunda inclinación—. Espero que usted no me negará su benevolencia y que todo seguirá lo mismo que hasta el presente.

Con repugnancia murmuré algunas palabras de bienvenida, apresurándome a dar fin a aquella visita. Se retiró acompaña-

do de Gukovsky, a quien no dejé de decir en la próxima ocasión:

—Es inútil intente usted introducir en mi casa al cuñado de Erlanger. Ya sé yo muy bien a qué atenerme respecto de él. No pienso darle el menor encargo.

Gukovsky me objetó que se trataba de una persona honradísima y que era además muy útil. Le escuché con sorpresa tales mentiras. Gukovsky no ignoraba que yo estaba al corriente de todos los enredos de Billing, y que podía con una palabra desenmascarar a su defensor. Pero Gukovsky continuó en el mismo tono.

Poco después Gukovsky me llamó al teléfono interior.

—Georguy Alexandrovitch, le estoy telefoneando en presencia del señor Sakovitch (creo haberle entendido este nombre); es el primer banquero de Reval y desearía conocer a usted. ¿Puede usted recibirle? Sube a verle a usted.

Poco después el primer banquero de Reval estaba en mi presencia. Era el tipo más acabado de corredor de Bolsa sospechoso; púsose a probarme en seguida su gran importancia, su influencia en el mundo de las finanzas, de la Bolsa y de la Banca... Yo le escuchaba mirándole fijamente a los ojos, al rostro, y recordaba la admirable frase de Saltykof: "Lleva en una de sus mejillas la huella de la bofetada que acababa de recibir, y mañana la llevará sobre la otra mejilla."

—¿Y cómo se titula su Banco de usted?

Esta pregunta tan natural le turbó. Se agitó nerviosamente en la butaca. Su aplomo desapareció y con voz entrecortada me respondió:

—Como usted puede comprender... Georguy Alexandrovitch... yo no tengo Banca propiamente dicha... Soy director de "Shell et Co." y de algunos otros Bancos... Yo me ocupo de todas las operaciones..., cambió a la cotización..., adelantos..., operaciones de crédito... No tiene usted más que dirigirse a mí... y todo está arreglado en cinco minutos...

—¿Podría yo, pues, encontrarle a usted en el banco "Shell et Co."?

—Mejor será que usted se dirija directamente a mi domicilio. Es el mismo del señor Gukovsky... éste me telefona... y en cinco minutos todo está arreglado, y en las más ventajosas condiciones.

Más tarde, cuando tuve que dirigirme al banco "Shell et

Co.", entendí que Sokovitch se hacía pasar por director de esta importante casa, no siendo, en realidad, más que un simple intermediario, que procuraba como comisionado clientes al Banco. Es evidente que nuestra institución representaba un cliente de suficiente importancia, para poder prescindir de los servicios de un intermediario, cuya intervención no valdría sino para traer gastos suplementarios. ¿Por qué Gukovsky se dirigía a Sakovitch? La respuesta es bien sencilla: Gukovsky participaba con Erlanger en la comisión.

En la misma ocasión tuve que conocer al expedidor Lindman, que me hizo la impresión de un tipo averiado, dispuesto a cualquier cosa y "a todo lo demás".

Fuí visitado de otros proveedores, los cuales, todos, sin excepción, reclamaban mis favores y me aseguraban *estar dispuestos a prestarme sus servicios en cualquiera ocasión.*

Gukovsky continuaba acosándome, persiguiéndome con "sus buenos consejos", sin dejar de amenazarme con sus denuncias. Continuaba instándome a que mantuviese a Erlanger, y trabase amistad con Billing. Yo respondía riéndome, tratando de desentenderme de él con bromas.

—No se ría usted, Georguy Alejandrovitch—dijo por fin—, no se ría. El pajarito canta demasiado pronto y el gatito se lo comerá... El gatito soy yo, ¡je, je, je...!

—Escuche—le dije yo, poniéndome serio—. ¿Cuándo dejará usted de tocarme todas esas cuestiones? ¿No ve usted que sus amenazas no me hacen efecto ninguno, y que yo no le tengo a usted ningún miedo?

—¿Usted no tiene miedo?—repitió con ojos a medio cerrar—. Pues le aconsejo a usted que tenga miedo, ¡je, je, je! Verá cómo termino por hundirle a usted. Por lo tocante a Erlanger, no insistiré más. Yo le he salvado de las garras de la Vetcheka; su pasaporte está listo, ¿entiende usted? Ya he arreglado esto; el pájaro está libre. Pasado mañana se embarcará para Estocolmo...

Efectivamente, el día determinado, toda la honorable compañía—es decir, la pareja Erlanger y Billing—se embarcó en el paquebote *Kalevipoeg* para Estocolmo, y evacuó para siempre el departamento que Gukovsky había alquilado y amueblado para ella a costa del Estado.

Bien o mal, este diente podrido estaba arrancado. Por la noche Gukovsky cogió una mona... Vino al hotel a las cinco

de la madrugada, injuriándome y amenazándome a espaldas mías, y vociferando en presencia de los empleados.

—Yo estoy borracho, porque estoy triste. Pero Solomón se va a acordar de mí...

XXI

Después de algunos días vimos desembarcar en Reval a V. L. Kopp, que se disponía a volver a Moscú. He dejado ya descritos los comienzos de su carrera en Berlín, donde, por decirlo así, fui su padrino en el bautismo soviético. Cuando nuestra embajada se vió arrojada de Berlín, Kopp, como antiguo menchevique, fué fríamente recibido en Moscú. Se apresuró a dar pruebas de un bolchevique ardiente, pero no llegó a captarse la benevolencia de sus colegas; al contrario, provocó su antipatía, y sobre todo la de Tchicherín, también ex menchevique. Entendiendo que la partida estaba mal jugada, Kopp se dirigió a Krassín, quien, como ya he dicho, era de buen corazón, y en su confianza excesiva había abrigado en su seno más de una serpiente; así, por ejemplo, cuando él trabajaba en la "Siemens Schukkert" antes de la revolución, facilitó la carrera a Vorovsky, a Litvinof, etc., quienes se apresuraron a atestiguarle su reconocimiento al día siguiente de la victoria bolchevista, declarándole una enemistad implacable.

Kopp sabía con quién tenía que habérselas, y no tuvo dificultad en ganar la confianza de Krassín, que le había puesto a su servicio, nombrándole director de una sección sin importancia. Kopp entendía muy bien que este puesto no podía asegurarle una carrera brillante y que para conseguir un nuevo avance había que olvidar el paso político y tentar una hazaña extraordinaria.

Kopp hablaba perfectamente el alemán, y se puso a disposición de Krassín para entrar de incógnito en Alemania y allí aprovecharse de ciertas influencias con objeto de reanudar las relaciones comerciales clandestinas con aquel país. Krassín aprobó este proyecto. Arreglóse la cosa de manera que Kopp fué incorporado en un grupo de prisioneros alemanes que iban a ser repatriados (Kopp debía, por consiguiente, pasar por un soldado alemán). El Gobierno soviético le había

provisto de diamantes requisados, que Kopp escondió en sus vestidos.

Durante el tiempo que yo estuve en Moscú recibimos muchas cartas de Kopp, pero sus negocios no llevaban camino de arreglarse. Sin embargo, la aventura le hizo dar un paso adelante. Cuando llegamos a entrar en relaciones con los países europeos, Kopp, que no fué acreditado oficialmente en Alemania, consiguió en ella, no obstante, el cargo de representante comercial, y se entregó a estas operaciones en gran escala. Pasando por Copenhague, se encontró allí con Litvinof, quien debía formar parte de la delegación de Krassin, a la que Inglaterra rehusó dar acogida en su territorio, no obstante la actitud extraordinariamente amigable de Lloyd George para con los Soviets. Litvinof y Kopp se unieron íntimamente, pues "los compadres se adivinan".

Al domingo siguiente de su llegada a Reval, hacia las cinco de la mañana, oí llamar a mi puerta con golpes repetidos y nerviosos. Habiendo trabajado hasta las tres de la mañana, me hallaba yo profundamente dormido. Me desperté bruscamente, y me precipité a la puerta, pues pensé que se trataba de un incendio o de alguna otra catástrofe. Pregunté: "¿Quién va?"; y oí en seguida una respuesta jadeante:

—Soy yo... Sedelnikof... Traigo un mensaje urgente de parte de Tchitcherín y de Lejawa...

Yo había conocido a Sedelnikof, cuando salí de Moscú para Reval; desempeñaba en la Comisaría del comercio extranjero funciones fantásticas, imaginadas por "el genio" de Lejawa, que le había nombrado *organizador del Narkomvneshtorg*.

Habiendo tenido ocasión de presentarme más de una vez en el Narkomvneshtorg, antes de mi partida, pude ver a Sedelnikof en el "trabajo"; gritaba, se agitaba, perseguía a sus colegas, se equivocaba y hacía que se equivocasen los demás... Pero era un hombre absolutamente honrado y aun rigorista en este punto.

Se metió en mi casa completamente sofocado, como si hubiera venido corriendo desde Moscú a Reval; me traía una carta de Tchitcherín y Lejawa. Estos me decían que, según informaciones muy seguras, el general Balakhovitch había reformado y reforzado las huestes de sus partidarios, e iba a avanzar con objeto de cortar la línea del ferrocarril Moscú-Reval. Así, pues, que los altos jefes bolchevistas exigían que nuestra de-

legación en Estonia hiciese inmediatamente los preparativos para partir; y que yo debía además mandar a Rusia las reservas de oro que se encontraban en el Banco del Estado en Reval. Sedelnikof había sido designado para secundarme en esta operación. El tono de la orden era severo, sin apelación, y como sucedía a Tchticherín con frecuencia, la nota estaba redactada en un lenguaje de histérica. Con todo, sabiendo hasta qué punto mis colegas se dejaban con la mayor facilidad llevar del pánico, y dándome cuenta de que la carta estaba escrita en un momento de completa perturbación, llegué a poner en duda la oportunidad de las medidas tomadas.

Esto sucedía un domingo, el Banco estaba cerrado, pero Sedelnikof, presa de una especie de desesperación nerviosa, afirmaba que era preciso deshacer el Banco, realizar las reservas de oro, y enviarlas en seguida a Moscú. Estas reservas ascendían a unos veinte millones de rublos. Llamé a Kopp, que había igualmente descendido al "León de Oro", y le propuse la cuestión. Kopp fué de mi manera de ver y los dos nos dirigimos a casa de Gukovsky con el fin de hacerle sabedor de los acontecimientos y de tomar una decisión en común.

Sin duda yo me había puesto categóricamente en contra de las medidas prescritas por el centro que podían provocar inquietudes y habladurías superfluas. Intenté comunicar a Gukovsky mi opinión. Pregunté a Lejawa y enseguida, por telegrama, a Tchticherín. Los dos altos dignatarios estaban literalmente trastornados; yo conocía muy bien a aquellos espíritus inquietos, y sólo tras muchísimo trabajo pude asegurarles de que Balakhovitch se engañaba en ocultarse, que estaba enteramente desamparado, que no habíamos recibido la menor noticia.

El "Hotel de Petersburgo" era teatro de una de aquellas olas de pánico a que en otro tiempo había asistido yo en Berlín. Hice todo cuanto pude para tranquilizar a toda aquella gente, mas para colmo de infortunios Sedelnikof obtuvo por telegrama autorización de seguir en Reval indefinidamente; por su temperamento imprudente se mezcló en los negocios de la delegación, y complicaba todavía más mis relaciones con Gukovsky. Pero de ello hablaré más adelante.

Poco después de estos acontecimientos, y como consecuencia de mis reiteradas reclamaciones, Lindman presentó la cuenta de las remesas que había hecho. Pedía cerca de cuatro mi-

lones y medio de marcos estonianos. Encargué a Noguín la comprobación de dichas facturas.

Debo observar que no és mi intención poner aquí la lista de todas las hazañas de Gukovsky, contentándome con describir algunos hechos característicos. La factura definitiva presentado por Lindman tenía por objeto principal la remesa de arenques comprados por nuestro representante comercial. Trátase de una mercancía vieja y averiada: el pescado estaba en parte podrido y en parte comido por el moho (sería preciso ser especialista para llamar con términos propios estas averías); su embalaje se había hecho en toneles igualmente podridos o rotos; la salmuera se había escurrido y evaporado; los arenques, en fin, para hablar en lenguaje pesquero, "tenían necesidad de ser trabajados", es decir, sometidos a falsificación, antes de lanzarlos al mercado. La operación corrió a cargo de Lindman, que servía además de intermediario; las manipulaciones se habían efectuado en Narva. Makovetsky había sido enviado por Gukovsky a inspeccionar el trabajo, pero como era un hombre digno, había rechazado las ofertas de Lindman de "interesarle" en aquel negocio; y sacó que, en vez de los cuatro millones y medio exigidos por Lindman, el importe total de la factura no ascendía a más de 800.000 marcos estonianos.

La verificación de tales cuentas llevó más de una semana, y Lindman no cesaba de asediarnos con sus demandas de pago; Gukovsky le animaba, pero yo no podía autorizarlas antes de ser terminada la revisión. Lindman me pidió le entregara una partida; alrededor de 700.000 marcos estonianos, que necesitaba—decía él—para concertar obreros, etc... Rehusé una vez más y Gukovsky vino a acosarme sobre ello.

—La revisión no ha terminado—le dije—, pero puedo asegurarle desde ahora que Lindman ha aumentado considerablemente la factura y que le debemos una suma abiertamente muy inferior a la que reclama de nosotros.

—Lindman es una persona plenamente honrada—exclamó Gukovsky con calor—, y os aseguro que no pide ni un perro chico de más. Usted está absolutamente obligado a pagar toda esta factura en su totalidad; él elevará querrela contra usted y será un escándalo... En fin, reclamo se le pague el total de la suma, y usted seguirá colaborando con él.

A pesar de esta escena, mantuve mi negativa.

Lindman se presentó en mi casa la tarde del mismo día. En tono insolente me pidió la entrega inmediata de 700.000 marcos. Como reiteré mis objeciones, él repitió las amenazas proferidas por Gukovsky y se retiró.

Recuerdo al lector que, en razón de mi convenio con Gukovsky y con el fin de conservar su prestigio a los ojos del Gobierno estoniano, le había dejado el *derecho nominal* de firmar las órdenes de Banca. El se había comprometido *bajo juramento* a no usar de tal prerrogativa.

Al día siguiente recibo una comunicación del Banco, notificándome el pago de un cheque expedido por Gukovsky a nombre de Lindman y cuya suma era de 700.000 marcos estonianos. Pregunté a Gukovsky sobre ello y me respondió que, como hombre honrado que era, él no podía dejar pasar aquel incidente: y puesto que yo había rehusado satisfacer las reclamaciones de Lindman, se había visto precisado a intervenir. Después de esta respuesta me leyó una nueva carta de denuncia a un "alto puesto", en la que decía que, habiendo extendido mi odio a todos sus colaboradores, no había yo dudado en cometer "una falta de delicadeza" rehusando pagar la cuenta de su expedidor.

Aseguraba mi adversario: "Lindman, sujeto plenamente honrado y honradamente indignado ante la conducta de Solomón, tiene ánimo de poner una querrela contra él." En tales circunstancias y para evitar un escandalazo, Gukovsky se había visto obligado... a firmar el cheque en cuestión.

Entre tanto había Makovetsky dado cima a la revisión de cuentas y, como he dicho más arriba, evaluó nuestra deuda en 800.000 marcos.

Descontando, pues, la suma recibida por cheque, satisfice lo demás. Lindman continuaba exigiendo y amenazando verbalmente y por carta. Gukovsky le sostenía cuanto podía, pero no osó firmar otro cheque, y así terminó el incidente.

Apenas llegado a Reval, recibí la visita del representante de la fábrica de accesorios eléctricos "Erikson", de Estocolmo. Era un ingeniero sueco que había muchas veces visitado Rusia antes de la Revolución, y hablaba nuestra lengua bastante bien. Me ofreció 800 aparatos "Mors".

He aquí los reverses de este negocio.

Polonia, con quien estábamos en guerra, quería comprar estos aparatos. No teniendo instrucciones determinadas sobre

este género de mercancías, me dirigí en seguida a Trotzky, quien me hizo saber que la intendencia militar tenía necesidad urgente de aparatos "Mors", que había obtenido un crédito para su adquisición y me pedía estuviese a la mira para que el lote en cuestión no cayese en manos de los polacos.

La compañía "Erikson" pedía 960 coronas por cada aparato, comprometiéndose a enviarlos libres de porte al depósito de aduanas de Reval. Un lote de 400 aparatos del mismo género había sido vendido al mismo precio a Gukovsky. Como no era especialista, confié las negociaciones a Fenykevi, ingeniero electricista, rogándole hiciera lo posible para obtener rebaja. Al cabo de algunos días de negociaciones, el representante vino en rebajar el 5 por 100; pero no juzgando bastante esa concesión, invité a Fenykevi quisiera pasar a mi domicilio junto con el representante de la casa "Erikson". Vino éste a verme y aquí tuvo lugar una escena que no puedo pasar en silencio.

Me puse a regatear, probándole que el precio fijado era exagerado y que me veía en la presión de renunciar al pedido. Insistía el otro, observando que el lote precedente se había vendido en nuestra delegación en las mismas condiciones, que ya había hecho una rebaja de 5 por 100 y que no podía ceder más, pues había que contar numerosos gastos suplementarios, con lo cual la Compañía perdería todas sus ventajas.

Recordéle los precios de antes de la guerra; pero traía muchas veces a cuento "los gastos suplementarios" repitiendo: "Imposible hacer nuevas rebajas". Tuve de repente la intuición de que "aquellos gastos suplementarios" encerraban un misterio, y me puse a examinar el problema.

—Bien—dije al proveedor—, combinando nuestros esfuerzos, vamos a fijar esos gastos suplementarios; contemos: embalaje, transporte de los aparatos desde la fábrica al barco, flete, carga y descarga... Esto es todo... ¿no?

Meneó la cabeza con aire de duda.

—¿Dice usted que esos son *todos* los gastos suplementarios que usted ve, y que no tendremos más gastos?—preguntó sin convencimiento y recalcando lo de *todos los gastos*.

—Seguramente que no—aseguró Fenykevi.

A estas palabras, el representante dijo brucamente:

—Si es así, podría daros los aparatos en 600 coronas.

Fenykevi y yo le miramos con extrañeza. El sostuvo nuestra mirada sin vacilar.

Teníamos en nuestras manos el proyecto de contrato, bastaba poner el precio y algunos otros detalles. Lo hicimos allí mismo; aunque no acertábamos a salir de nuestra sorpresa. Sin embargo, estaba viendo claramente la cifra 600 puesta en el contrato. No era posible engañarse. Al fin, acabé por preguntar a nuestro abastecedor:

—Ahora que el negocio está terminado, permítame usted le pida esta última explicación: la casa que usted representa es universalmente reconocida, es una firma seria y sólida. Usted mismo me hace la impresión de un comerciante avisado y serio. Pero le confieso que no lo entiendo... Pide 960 coronas, y en seguida 600. Se trata de una rebaja de cerca de un 40 por 100. ¿Cómo una firma tan importante como la de ustedes puede hacer ofertas tan exorbitantes?...

—Le diré toda la verdad, señor Solomón—declaró el representante con voz conmovida—. Usted tiene razón, son ofertas exorbitantes. Las casas serias que se dirigen a clientes serios no tienen costumbre de ir al azar. Pero en tiempo de Gukovsky había que pagar las... ¿cómo dicen ustedes en ruso?, las *vsiatky...*, las gratificaciones, un 40 por 100. Perdone usted, no tenía el honor de conocerle (1).

En el momento de constituir mis cuadros de servicios en Moscú, no podía fijar de antemano los salarios de mis colaboradores; habíaseles prometido hacerlo sobre el terreno. Una vez orientado, y habiendo definitivamente resuelto la cuestión de los cuadros, establecí el total que montaban los salarios. Para esto me basé en el principio de que en un establecimiento tan lucrativo como el nuestro, donde los empleados estaban continuamente en la tentación de aceptar gratificaciones de los suministradores, había que cuidar de retribuirlos lo más largamente posible para asegurarles contra toda tentación. Aun hoy sostengo tal manera de ver. Cuando Gukovsky se enteró de los sueldos que yo había establecido, se mostró indignadísimo. (Dejo al lector juzgar de lo sincero de tal indignación.) Sobre ello me armó un espectáculo:

—Fijar tales sueldos equivale a dilapidar el dinero, que el pueblo ha reunido con el sudor de su frente (*sic*). Equivale a corromper a vuestros colaboradores, habituarlos al lujo, a los

(1) I. I. Fenykevi vive aún; y como conozco su integridad absoluta, estoy seguro que no negará la precedente relación.

abusos... ¡Qué sueldos! ¡Qué sueldos!—repetía moviendo la cabeza, dándose perfecta cuenta de que yo veía claramente su juego—. Vea usted: yo, por ejemplo, me hospedo con mi familia en el "Hotel Petersburgo": allí comemos...; y no percibo de sueldo más que 7.500 marcos al mes... Somos cinco personas y confieso que no me privo, gracias a Dios, de cierto confort, comemos bien... y (aquí me miró fijamente a los ojos sin pestañear) *no acepto gajes, no...*

¿A qué proferir tales mentiras? ¿No sabía que estaba perfectamente al corriente de su vida privada?

—Veamos, Isidoro Emmanuilovitch—le interrumpí yo—; ¿a qué viene el contar eso? Yo sé muy bien que, si vosotros sois cinco personas alojadas en el hotel, sólo el desayuno os sale por 100 marcos cada día, y la comida y cena por 200 para cada uno. Gastáis, pues, 500 cada día; es decir, 15.000 marcos al mes, y esto sin contar las mudas, cigarros, chucherías para vuestros niños, etc., etc. Y es claro que no podéis vivir con 7.500 marcos al mes...

—Pues eso es lo que yo hago, y no admito gajes—repite obstinadamente.

—Pues, señor, hay milagros que yo no sé explicarme—repuse.

Naturalmente, a la vuelta de dos o tres días hubo nuevas denuncias, de cuya lectura no quiso privarme mi adversario, y en las que sobre todo se quejaba de que yo "dilandaba los bienes públicos", que "corrompía" a sus empleados, que, en fin, yo percibía el doble de sus sueldos...

Así, a pesar de los obstáculos que mi adversario procuraba ponerme a cada paso, pude fijar poco a poco la marcha de mi existencia. Habiendo resuelto, mal o bien, el problema de la organización general, y habiendo deslindado nuestros respectivos cargos (lo cual no fué impedimento para que Gukovsky continuase su lucha de guerrillas), me puse a examinar los negocios corrientes, cuya marcha había ya tomado. Estos negocios estaban basados generalmente en las malversaciones, y aun en trampas a veces. No me es posible citar, siquiera sea un breve resumen, de estas operaciones, pues el resumen necesitaría muchos volúmenes.

Por otra parte, el lector podrá pasar muy bien sin ello. Bastará citar algunos ejemplos: Tratábase de compras en cuyo importe se comprendía la correspondencia empleada. Como ya

he dicho, los contratos que estaban hechos a la ligera, con negligencia, presentaban, sin embargo, un rasgo común muy curioso: *los intereses de los proveedores venían allí netamente formulados*, mientras que los nuestros, es decir, los de Rusia, no estaban resguardados. He aquí uno de esos documentos, que cito de memoria y que se refiere a un pedido de 40.000 toneladas de cemento. Esto no era un contrato, sino una simple carta firmada por Gukovsky, dirigida al proveedor y confirmada por éste:

“Señor:

En conformidad con lo estipulado entre nosotros, le hago por la presente carta el pedido de 40.000 toneladas de cemento (al precio de...) y según las condiciones establecidas. Deposito a nombre vuestro (en el Banco) la mitad del precio de las toneladas de cemento que le encargamos. Sírvese usted confirmar la ejecución del pedido.

Reciba, señor, mis más rendidos obsequios.

*El representante del Centrosiouz
GUKOVSKY.”*

y en el respaldo encontré la respuesta del proveedor:

“Al Sr. Representante del Centrosiouz en Estonia, I. E. Gukovsky

Mi muy distinguido Isidoro Emmanuilovitch:

En respuesta a la de usted del... corriente, tengo el honor de confirmarle por la presente, que hemos tomado nota de su pedido, y se ha oportunamente recibido la suma de... que usted transfirió a nombre nuestro.

Reciba, señor, mis más rendidos obsequios.

(Firma del proveedor).”

Habiéndome apoderado de aquella correspondencia, fui tomando informes y no tardé en descubrir que no se había satisfecho el pedido. No era necesario ser hombre de negocios o jurista para comprender que un “pedido” de este género no ofrecía garantía alguna para nosotros: la carta no daba indicación alguna del fin, ni plazo de ejecución, ni calidad de cemento ni las otras condiciones técnicas requeridas... (1), has-

(1) La técnica del cemento, sus diversas cualidades, las condiciones complejas de entrega, forman el objeto de una ciencia especial; es, pues, costumbre indicar en los pedidos y contratos todos los puntos

ta el punto de que el contratista pudiese entregar cualquier mercancía en lugar de cemento, y esto al cabo de diez años, si así le parecía. Además, que después de recibir la mitad de la suma acordada, no tenía el contratista por qué apresurarse. El negocio estaba todavía pendiente cuando yo llegué a Reval. Resolví poner en claro el asunto y así escribí largamente al proveedor. Acabé por descubrir que no tenía cemento a disposición, y estaba viendo cómo lo podía encontrar. Fuíme a un abogado, y obligué al contratista, después de largos litigios, a entregarnos la mercancía pedida; así lo ejecutó, pero nos entregó cemento Portland que había estado largos años en la humedad y que apenas valía nada. Por la forma en que estaba nuestro contrato, no pudimos hacer reclamación ninguna, y el negocio terminó muy desventajosamente para nosotros. No volvimos a recobrar nuestro dinero y el contratista quedó invulnerable.

Véase otro ejemplo: En virtud de ajuste tan irregular como el que acabo de describir, un tal P. se había obligado a entregarnos en plazo fijo un importante surtido de clavos. Al efecto había cobrado por adelantado una suma considerable. Cuando expiró el plazo, no tuvo a punto la mercancía. Pidió prórroga del contrato, y la petición fué apoyada por Erlanger. Esta prórroga no podía ser motivada más que por el deseo de complacer al contratista. Conoce ya el lector cuál fué siempre mi sistema de resolver tales asuntos... Sobre eso, como Reval es una ciudad pequeña, pude pronto darme cuenta de su vida comercial y descubrir que el pedido en cuestión se basaba en una mentira. El contratista, después de escribir en el contrato que el pedido era de "géneros existentes en su almacén", los había buscado por todo el mercado. Acabó por encontrarlos, pero en pequeña cantidad, y esto es lo que nos envió en toda clase de cajas: cajas de macarrones, de conservas; de caramelos...; hasta había una guitarra. Los clavos mismos estaban mohosos, y venían mezclados en unas mismas cajas los de las diversas clases y dimensiones. En una palabra, aquello no era una mercancía, sino un baratillo.

concernientes a la calidad y a las formas de la entrega. Los estudiantes de las escuelas técnicas, dedican dos años a la ciencia del cemento, que tiene su curso especial. Existe una inmensa bibliografía sobre esta materia.

Rechacé el pedido, y habiendo anulado el contrato, exigí los daños y perjuicios a P.

Intervino Gukovský, según costumbre...; pero luego tendré ocasión de volver sobre este asunto, pues dió lugar a un incidente, por el cual fui acusado de contrarrevolucionario y de relaciones con los emigrados. Estos dos casos permitirán al lector formarse una idea de la manera de llevar Gukovsky los negocios, y esto con la aprobación y estímulo de sus "criminales amigos", que eran a la sazón, no lo olvidemos, los hombres de Estado: como Tchitcherín, que gozaba de reputación de hombradez, y que había recibido, ciertamente, una excelente educación; como Krestinsky, abogado, miembro del Comité Central, antiguo emigrado político y amigo de Lenín; como Lejawa, de quien ya he hablado largamente; como Avanessof, quien, según se dice, fué en otro tiempo reportero, y ahora tiene un importante puesto en la Vetcheka, etc., etc.

De todo esto volveré a hablar en el capítulo siguiente. Sólo pido entre tanto al lector que se figure cuál sería la situación de un hombre como yo (y he tenido la osadía de afirmarlo así en toda clase de escritos), *absolutamente honrado y sin compromiso alguno*, al encontrarse completamente aislado en este avispero o, para hablar más exactamente, en este nido de víboras...

Sí, yo estaba solo y sin defensa, incapaz, por carácter y educación familiar y social, de luchar contra mis enemigos con las armas que ellos empleaban contra mí. Me herían con sus dardos, me cubrían con su venenosa saliva, me manchaban con su baba...

Estaba solo frente a ellos... Verdad es que a mi lado había un puñado de fieles colaboradores, pero eran gentes de pocos vuelos que confundían la lucha personal con la lucha social: al verme en las riñas de Gukovsky, no comprendían que no eran precisamente contra el individuo (éste me importaba poco), sino contra aquel elemento espantoso y nauseabundo que se llamaba "Gukovschina", es decir *la gran infamia humana*.

Cuando me reconocí definitivamente vencido por aquella infamia que penetraba todos los poros de la existencia, cuando me vi obligado a confesar que estaba a punto de caer sin fuerzas; aquellos fieles colaboradores huyeron a la desbandada y me abandonaron. Estoy persuadido de que algunos temieron a Moloch y aun "que vendieron su espada"... Pero, con todo, ami-

go lector, continúo creyendo que aquellos colaboradores han conservado suficiente conciencia para ponerse rojos al leer estas líneas (de poder ellos enrojecer, será sólo en su fuero interior, cuando están a solas consigo mismos en la obscuridad de la noche), y para decir: —Sí, Georguy Alejandrovitch, usted tiene razón—. Porque, en verdad, mi mayor y único deseo sería ver, aunque sólo fuera en uno de ellos—por ejemplo, en Fenykevi, con quien estaba íntimamente ligado—un poco de valentía para levantar su voz en favor mío, cuando se arrojen sobre mí las olas de inmundicias que me lanzarán mis enemigos al leer este libro. Ojalá algunos de mis antiguos amigos puedan encontrar palabras inspiradas por el sentimiento de la verdad y del honor!

Ruego al lector me perdone esta digresión lírica; si me he permitido abrir este paréntesis, es porque juzgo que la presente obra, escrita “desde la otra ribera”, no habrá conseguido su fin mientras no se realice el aforismo de mi escritor favorito, el gran Saltykof: “El escritor emborriona el papel, el lector lee para distraerse”. No, mis ambiciones son mayores. Yo espero que entre mis numerosos colaboradores de otro tiempo habrá algunos que sigan mi ejemplo, que junten su voz a la mía para cantar “este salmo de penitencia” que es también “mi canto del cisne”...

Si esto sucediese, yo sería dichoso, dichoso por el hombre y por la verdad.

Pues yo temo por el hombre y por la verdad que él pisea.

Yo, que he caído en el campo de batalla, querría gritar como gritan los guerreros legendarios de mi país después de un rudo día de combate:

—¡Ea, si hay un hombre vivo sobre el campo de batalla, que responda!

Responde leal y francamente: ¿Cómo has guardado tu puesto en el campo de batalla?

El espanto se apodera de mí, pues estoy viendo cómo camina la ola de fango. ¡Un momento más y romperá sobre el mundo entero!

—¡Responde! Sin perder un minuto, ¡responde!

Que no soy yo quien llama ahora: es la gran causa, la causa común, que repite insistente: ¡Responde!

XXII

Después de haber examinado los contratos hechos por Gukovsky, decidí pedir al centro me diese por adjunto un juriscónsulto que se encargase de redactar mis contratos en forma regular y que me ayudara a desenredar los negocios dejados por Gukovsky; al cabo de tres semanas uno de los mejores abogados de Moscú, el honorable Alberto Sigismundovitch Levashkevitch, desembarcaba en Reval.

Pude, por fin, respirar. ¡Con qué caluroso reconocimiento recuerdo el desinteresado trabajo con que este noble jurista se afaná a mi lado en nombre del pueblo ruso! (1).

Por más que estemos muy alejados el uno del otro por nuestros caracteres y opiniones, el fin común que perseguíamos terminó por acercarnos. Yo creo que, dándose cuenta Gukovsky de lo bien que nos entendíamos, cobró por ello animadversión a Levashkevitch.

Comencé por confiar a Levashkevitch el cuidado de redactar un modelo de contrato, es decir, una fórmula establecida de una vez para siempre. No había, pues, en adelante más que llenar los espacios en blanco prevenidos para la cuestión de detalles y cláusulas suplementarias.

Al elaborar este modelo de contrato, habría que dictar las cláusulas generales concernientes a todos los pedidos sin excepción; mi abogado estudiaba paralelamente los contratos existentes concluidos por Gukovsky; como es sabido, estas compras eran irregulares, hasta el punto de poner en perplejidad a un jurista tan experimentado como Levashkevitch.

Hay que añadir además que nos encontrábamos en Estonia, cuya organización jurídica estaba todavía muy confusa.

En esta época el célebre abogado ruso Kalmanovitch residía en Reval como emigrado, y el Gobierno estoniano le había confiado la codificación de las leyes fundamentales de Estonia.

Viendo las dificultades con que luchaba mi abogado, le au-

(1) Levashkevitch no pertenecía al partido Comunista, y era, por consiguiente, sospechoso a los ojos de "estos triste señores, que se encontraban en el recto camino". Era, por consiguiente, también él muy vulnerable. A pesar de esto defendía mis posiciones con la mayor valentía, sin intimidarse por las amenazas y denuncias de Gukovsky.

toricé para que se dirigiese a su ilustre colega. A pesar de su situación, el honorable anciano estaba siempre dispuesto a servir con ardor los intereses de su país, sin mirar a las condiciones políticas en que se encontraba; puedo afirmar desde ahora que rindió en este asunto los mayores servicios a su patria. Habiendo conocido los "contratos" de Gukovsky, este gran jurista quedó espantado y su ojo experimentado no tardó en descubrir el carácter a todas luces estafador que sunonian tales documentos. Puedo afirmar que Kalmanovitch, Levashkevitch y yo mismo experimentábamos un verdadero sufrimiento al compulsar aquellos legajos de papeles.

Ruego al lector pase unas páginas y vuelva a leer el pasaje donde he hablado de un tal P., el cual, habiendo dejado expirar el plazo de su contrato (tratábase de una remesa de clavos), exigió una prórroga, y nos entregó la mercancía incompleta, averiada y mal embalada. Recuerde, además, que pedía encima dinero, me amenazaba con un proceso, y que, en una palabra, todo aquel negocio estaba embrollado por nuestros enemigos con intento de envolvernos.

Habiendo entendido que yo intentaba anular aquel contrato, el contratista recurrió a la ayuda de Gukovsky; conocía yo muy bien todos los enredos de este negocio; sabía que para obtener esta petición, P. había propinado a Gukovsky un enorme garrafón de vino, como también a Erlanger y a su cuñado. Habiendo recibido mi carta, donde le hacía saber que daba por anulado el pedido y que reclamaba los daños y perjuicios, P. corrió a casa de Gukovsky, quien quiso obligarme a respetar el contrato y a conceder ciertos privilegios al contratista.

Como examinase la documentación de este negocio, Kalmanovitch reparó, entre otras cláusulas, en una que estipulaba que el objeto del contrato era una mercancía "efectiva", es decir, que se hallaba en el almacén; sin embargo, había transcurrido un considerable lapso de tiempo antes que P. entregase, bajo la amenaza de un proceso y con gran retraso, una parte de la mercancía, que además estaba en el estado que más arriba he descrito, y que rehusé aceptar, pues no estaba, en manera alguna, conforme al contrato.

Para satisfacer a Gukovsky, le invité a que viniera a mi casa; llegó precisamente cuando se encontraban reunidos en mi gabinete de trabajo Kalmanovitch y Lavashkevitch. Levashke-

vitch le llamó la atención sobre el hecho de que el contrato estipulaba claramente la compra de una *mercancía efectiva*; a lo que Gukovsky contestó con tono decisivo:

—Sí, ya lo sé. Pero al firmar el contrato, yo entendía y sabía que P. no tenía la mercancía a mano, y que debía darse a buscarla, lo cual exigía mucho tiempo. Declaro que, en caso de proceso (yo diría sin dudar que eso sería un proceso de *chantage*), consideraré como deber mío presentarme como testigo. Probaré ante el tribunal que estas persecuciones son del todo infundadas, que son engañosas. Sí, sí—prosiguió, golpeándose el pecho—, yo diré en ese proceso la verdad desnuda, por más que le escueza a Georguy Alejandrovitch.

Después, volviéndose hacia mí, añadió Gukovsky:

—Le aconsejo a usted, por su propio interés, que renuncie a ese proceso difamatorio, y que cumpla honradamente las condiciones estipuladas en este contrato. ¡No vaya usted al encuentro del oprobio, no comprometa usted las altas funciones de representante del Vneshtorg!...

—Permítame usted, Isidoro Emmanuilovitch—interrumpió Kalmanovitch, encanecido en la carrera de la jurisprudencia—: la verdad, *la verdadera verdad*, de la que usted habla, está de parte de la delegación, cuyos intereses defiende Georguy Alejandrovitch, y no de parte del contratista.

—Sí, pero esto es una infamia. Yo no soy ni seré nunca un maestro en el arte del *chantage*; no quiero llevar a la ruina a una persona honrada. Yo defenderé la verdad...

—Isidoro Emmanuilovitch—repliqué yo—, dejemos a un lado la palabra *chantage*, en que nada me va ni me viene; no se trata de nada de eso; se trata de Rusia, de los intereses de Rusia.

—¿Qué intereses de Rusia?—gritó Gukovsky con voz patética—. No, la verdad está por encima de todos los intereses, aun de los del Estado. Estoy destinado para hacer la historia, yo soy un personaje histórico, y la historia imparcial me defenderá: ella es la que dirá la última palabra.

—Veamos, Isidoro Emmanuilovitch—repuso Kalmanovitch—. ¿A qué viene hablar ahora de la historia? La historia trata de hechos lejanos. Yo le puedo asegurar que la gestión que usted considera, no es una gestión histórica, sino un negocio sencillamente escandaloso, en el cual usted será el héroe.

—Estoy dispuesto a todo por defender la verdad.

—Pues bien, en esa lid, usted recogerá grandes honores—respondió el respetable jurista—. Y ahora, Georguy Alexandrovitch—añadió volviéndose hacia mí—, a usted le toca decidir si ha de anular el contrato con P., a pesar de las intenciones de Isidoro Emmanuilovitch; esta anulación no se hará sin proceso, y provocará, por lo tanto, la intervención de nuestro colega, quien procurará defender la verdad tal como él la concibe. Tenga por seguro que el testimonio de Isidoro Emmanuilovitch, que ha cerrado este contrato, producirá sobre el juez una impresión desfavorable a usted; pero soy del parecer que usted ganará el proceso, aun cuando, expirados todos los plazos, está excluida la fuerza mayor...

—Mi decisión permanece inconvencible—repliqué yo.

—Y la mía también—dijo Gukovsky—. El tribunal juzgará quién de los dos tiene razón, quién de los dos juega el papel de nuestro cantor, quién intenta arruinar al desgraciado P.

Yo no daba importancia a este último absurdo puramente inspirado por el miedo. Sabía en efecto que P. había amenazado a Gukovsky, en caso de que éste no se opusiera a la anulación del contrato, con probar, documentos a la vista, que, a fin de obtener el pedido en cuestión, él había untado la mano a Gukovsky, lo mismo que a Erlanger, a la mujer y al criado de éste y a varios empleados.

Hacia medianoche recibí de nuevo la visita de Gukovsky, quien con aire de júbilo me leyó una nueva acta de acusación que acababa de mandar a Moscú por correo especial. Como siempre, la carta iba dirigida a Krestinsky, con copias destinadas a Avanesoff y a Tchitcherín; esta vez hacía alusión a la "falta de tacto" de que yo había dado prueba respecto de los "más íntegros comerciantes". En sustancia decía así: "En su rabia infinita, Solomón no se para ante nada, ni ante una interpretación charlatanesca de las cláusulas de un contrato, ni ante una persecución encarnizada a abastecedores enteramente correctos y honrados; anula un contrato después de otro, sin reparar en el inevitable escándalo, y en la ruina del prestigio de la U. R. S. S., provocando una legítima irritación, que tomará la forma de verdadero *boycot*, del cual, contratistas sumamente serios han hablado ya. Pero todo esto no basta a Solomón, y ahora comienza a dar pasos *claramente contrarrevolucionarios*. No satisfecho con haber hecho venir de Moscú al embrollador abogado Levashkevitch, cuyo espíritu antisovié-

tico es del todo conocido, se ha dirigido a Kalmanovitch, que reside en Réval, y cuyas tendencias son abiertamente contrarrevolucionarias...”

He descrito este hecho tan por menudo, para que el lector se dé cuenta una vez más de las malversaciones que yo me veía obligado a desembrollar. El respetable Kalmanovitch y mi colaborador Levashkevitch viven los dos todavía y podrán, por consiguiente, ser testigos. Negocios de este género hubo muchos. Pero en la denuncia que acabo de citar, Gukovsky hacía insinuaciones contra Levashkevitch, y contra mi costumbre, previne inmediatamente a Krassín, rogándole tomase la defensa del jurista, como efectivamente lo hizo en seguida.

XXIII

Al principio de mis recuerdos de Reval hice mención de cierto V., que Krassín me había recomendado y cuyo nombre callé por los motivos indicados más arriba. Ya dije que a pesar de la impresión desagradabilísima que este individuo me había producido, quise hacer un ensayo, haciéndole jefe del servicio comercial. Se conoce también que V. estaba al corriente de todos los “juegos” de Gukovsky y que me había hecho confidencias a fin de poder más tarde envolmerme a su gusto. Habiéndole confiado cargos sumamente importantes, le vigilaba muy de cerca. Era hombre astuto, pero al mismo tiempo de muy cortos alcances. Todo el tiempo que trabajó a mi lado, no sólo no pude borrar de mí esta impresión desagradable, sino que se fué aumentando cada vez más, y terminé por concebir las más graves sospechas respecto de él.

Muy pronto sobrevino un incidente que me sirvió de pretexto para dirigir a V. una severa amonestación. Estaba encargado de elaborar un proyecto de pedido referente a proveedores militares. La cuestión era muy seria, pues el abastecimiento del ejército iba muy mal en esta época, y la situación estaba muy grave por razón de la guerra en Polonia.

Habiendo recibido instrucciones de Trotzky, me había apresurado a recoger una serie de ofertas concernientes a la mercancía en cuestión, y se lo comuniqué a Trotzky por telégrafo. Este me respondió, rogándome fijara yo mismo el precio de las provisiones; contentándose él con darme un límite y rogándo-

me la mayor rapidez. Recibí este telegrama ya entrada la noche. V. me comunicó por teléfono interior que había recibido la visita de un comerciante (el mismo que me había ya recomendado), y me rogó le recibiera.

—Vengo a tratar del pedido de intendencia militar—dijo el comerciante según entraba—, y me he presentado a usted para entendernos definitivamente.

—Y ¿por qué ha venido usted precisamente hoy?—le pregunté yo con sorpresa.

—Porque usted recibió ayer un telegrama de Trotzky, y yo estoy dispuesto a procuraros la mercancía al precio que él indica.

—¿Por quién sabe usted que he recibido yo ese telegrama?

—Pues si lo acabo de leer!...

—¿Y quién le ha permitido leerlo?

—Es que yo... me han...—balbució el comerciante confuso—: en fin, que yo lo he visto sobre la mesa del señor V., y por ahí lo he sabido.

Rogué al individuo esperar un poco en mi cuarto y llamé inmediatamente a V. Cuando se presentó, no le dejé hablar ni una sola palabra con el comerciante, y rogué a éste saliera unos instantes. Después, volviéndome hacia V., le dije:

—¿Para qué ha venido ese señor a mi casa? Responda y diga la verdad, pues la conozco...

—Pues Georguy Alexandrovitch, ya dije a usted que ese es el comerciante que más nos conviene. Después de recibir el telegrama de Trotzky, que usted me transmitió, le llamé en seguida, y le dije que Trotzky confirmaba el pedido a tal precio... El aceptó estas condiciones, y le envié a usted.

—Y ¿por qué no llama también a los otros concursantes que yo le había indicado?

—Los otros... pues... porque tenía prisa.. se trataba de un pedido urgente... la intendencia militar...

—Bien—le dije yo, adivinando que iba a embrollarse en su respuesta—, ¿y quién le ha dado a usted derecho de enseñar el telegrama de Trotzky? ¿No sabía que ese telegrama está cifrado, y que toda esa correspondencia es estrictamente confidencial? En fin, ¿no le tengo dicho a usted más de una vez que hay que guardarse el pico delante de los comerciantes?

—Sí... pero como usted ve, el negocio era urgente... a fin de no retrasarme—dijo balbuciendo—. ¡Dios mío, Dios mío!

¡Yo me tomé estos trabajos!... y ¡mire qué recompensa la mía!—concluyó con un tono trágico.

—Pues bien—le dije, convencido de que fingía—, le advierto que esto no se ha de repetir otra vez. ¿Sabe usted lo que significa descubrir un secreto del cargo? ¡Que no se repita esa indiscreción!...

...El negocio se terminó en un cuarto de hora, acepté las condiciones más ventajosas—las de otro comerciante—, y encargué a V. extender la escritura.

Se creería que después de esta lección, V. abriría los ojos. Pues se puso a obrar más y más descaradamente, con lo que él mismo se fué minando el terreno. Hizo una serie de cosillas sospechosas, con lo que perdí toda confianza en él, y pronto vino el suceso definitivo. La intendencia militar nos pidió sobre dos mil toneladas de clorato potásico. Encargué a V. convocar los representantes de las casas, que podían, en las condiciones apuntadas (tratábase de ciertos requisitos técnicos), entregarnos aquel producto químico. Acababámos de hacer compra también de clorato potásico a un precio relativamente bajo. Tenía razones para creer que las nuevas ofertas que nos hicieran serían aún más ventajosas, pues el mercado estaba inundado de aquel producto. Sin embargo, V. me declaró que ahora los precios de esa sustancia serían considerablemente más elevados, y en efecto, los que se presentaron eran un 15 por 100 sobre los precedentes. Preocupábame sobremanera estas dificultades. Entre los concurrentes había un comerciante, inglés de origen, aunque educado en Rusia: se llamaba T-en. V. alababa su candidatura con ardor, pero T-en pedía también un aumento de 10 por 100. Yo sabía que este individuo era un sujeto provechoso, y con todo, me sentía cogido en una especie de círculo vicioso, formado por el proceder tortuoso de V. Me resolví, pues, a abrir una brecha en aquel muro invisible. Entretanto, el centro me apretaba a concluir aquello lo más pronto posible. V. estaba al corriente de estas órdenes, y de ello se aprovechaba para llevar adelante, con insistencia cada vez más sospechosa, la candidatura de T-en. Acabé por declararle perentoriamente que no la aceptaría a precio tan elevado, y que le rogaba ejerciera sobre su candidato una presión enérgica a fin de que éste cediera en sus exigencias.

Al día siguiente por la mañana temprano telefoné a V. preguntándole en qué estado se hallaba la cosa.

—Pues bien, Georguy Alejandrovitch, tres horas seguidas he estado conferenciando con T-en. No hay remedio.

—Es cosa rara—le dije yo—; T-en me parece un hombre del todo conveniente, y no me explico por qué insiste en ese precio, que es, sencillamente, de especulador. ¿Es posible que no se le pueda convencer?

—Ya os he dicho, Georguy Alejandrovitch, que T-en es el proveedor que más nos conviene; es el de más conciencia entre todos. Hay que darnos prisa. Ayer tarde recibí de nuevo un telegram urgente. En fin, que T-en ofrece un precio completamente justo, y las condiciones de usted no las aceptará ningún otro. Todo el mundo se ríe cuando yo les hago alusión a los precios del contrato precedente. En una palabra, que usted no podrá encontrar otro mejor.

Repentinamente sentí la firme convicción de que V. estaba decidiendo todo aquello *en presencia* de su protegido para probarle cuánto ardor ponía en la empresa... Cortando los ditirambos de mi interlocutor, le pregunté de sopetón:

—¿Se encuentra ahora T-en ahí con usted ?

—Sí, está—dijo imprudentemente, dejándose arrastrar por la ola de sus propios elogios.

—¿Cómo osa usted decir todo eso en su presencia?

—Yo..., yo...—balbuceó V.

—Diga a T-en que venga inmediatamente a mi casa.

—¿Me permite acompañarle?

—No venga usted hasta que yo le llame.

No tenía ya la menor duda. Cogí una hoja de papel y escribí en ella: "Orden n.º... El Jefe de la Sección comercial, camarada V., es destituido de su cargo hoy, tantos... del corriente...; se le envía a Moscú y se le pone a disposición del Nar-komveneshorg."

T-en entró.

—¿Me ha llamado usted, Georguy Alejandrovitch?

—Sí, quería comunicarle este documento. Le ruego se sirva enterarse de su contenido.

Y le alargué la orden que acababa de redactar... Cuadro vivo...

—¿Y esto, por causa mía?—preguntó el proveedor.

—Sí, entre otras. Ahora comprenderá usted que su negocio se ha aguado y no le han salido bien sus trampas. Con todo, puede usted contar aún con nuevos pedidos, si se aviene a decirme

con franqueza todo lo que usted sabe de las artimañas de V.

Me hizo el recuento de aquellas malversaciones, y no sin haberme antes pedido no le denunciara a V. Cuando yo encargué a éste tomara informes sobre el clorato potásico, llamó a T-en y le propuso que le aseguraría el pedido a condición de que le reservara el 10 por 100 de los beneficios, lo que representaba una cantidad de cerca de 150.000 marcos alemanes. Y T-en concluyó así:

—Por más que me fuese muy desagradable ir tras una proposición tan sucia, no había más remedio. Consentí, pues. Exigió de mí un compromiso por escrito, en virtud del cual, en el momento de la conclusión del contrato, yo entregaría 150.000 marcos alemanes al Crédito Lionés de París, a nombre de la señora Sch.; era esta mujer una francesa: se había divorciado ficticiamente en Rusia, para poder recobrar su nacionalidad francesa y salir de Rusia con sus hijos. Yo firmé el compromiso. Entonces se puso a trabajar por mí. En conversaciones con otros concurrentes, les obligué a presentar precios superiores a los que yo iba a proponer. El dirigía todas mis funciones, me dictaba las cartas que escribía a usted y me tenía al corriente de las instrucciones que usted recibía de Moscú.

Como yo preguntara a T-en si había tenido otros negocios del mismo género, me dijo que V. no había tenido suerte conmigo.

—Sin duda recuerda usted, Georguy Alejandrovitch—continuó diciendo—, la visita del francés G., representante de la casa P., que recibió al tiempo que tenía el encargo de enviar a Moscú millón y medio de metros de películas cinematográficas. A mí me ofreció cierto interés en aquel negocio. Vino a verme, pero usted no le concedió el precio que él quería, es decir, el que había fijado el representante de acuerdo con V. Entonces G. hizo por escrito un compromiso, según el cual, se comprometía a dar al Crédito Lionés (también a nombre de la señora Sch.), 10 céntimos por metro, es decir, un total de 150.000 francos, caso de que V. se arreglara para obtener aquel pedido de millón y medio de metros de película.

Así siguió confiándome algunos otros hechos de malversación de V.

—Está bien—dije yo para concluir—, volvamos ahora a la cuestión que nos interesa. Puesto que está ya declarado que usted se comprometía a dar 150.000 marcos (y aun más) por

vía de comisión a V., ¿dígame a qué precio puede usted darme en un plazo de quince días las 2.000 toneladas dichas?

—Podría hacer una rebaja de 10 por 100.

—No, eso no me satisface.

Nos pusimos a regatear y consintió por fin en una rebaja suplementaria de 5 o 7 por 100. Formalizamos el contrato al atardecer del mismo día, con ayuda de Levashkevitch, a quien rogué redactara el acta.

Cuando el negocio estuvo terminado, llamé a Makovetzky, y después de notificarle la destitución de V., le dije la pusiera inmediatamente en ejecución. El me preguntó:

—¿Quién va a suceder en los negocios a V.?

—Esa es precisamente la cuestión. ¿Querría usted encargarse de ello?

—¡Yo!—exclamó Makovetzky casi con terror—; ¡por amor de Dios! Georguy Alexandrovitch, dispéñseme usted de tal ocupación... Yo no tengo fuerzas... Deme usted por excusado.

—No quiero forzarle a usted, pero deme entonces un consejo.

—¿Porqué no llama usted a Yuzbachel? Actualmente está sin opupación; llámele usted para tapar el agujero; tanto más cuanto que no le confiará jamás ocupaciones independientes.

Voy a decir algunas palabras sobre este individuo, nombrado más tarde representante comercial en Riga. Pavel Artemievitch Yuzbachel era un ingeniero de Vías y Comunicaciones, de unos cuarenta años de edad, bolchevique de antiguo temple. Háblale conocido un poco en Moscú, donde era adjunto de Rykof, en la presidencia de la Comisión extraordinaria para el aprovisionamiento del Ejército. Pero creo que no llenaba más que nominalmente el puesto. En una ocasión se presentó en mi casa con unos encargos de Rykof. Era sujeto poco inteligente, astuto, lleno de aplomo y jactancia. El carácter mismo de las comisiones que le habían sido confiadas, y que no tenían absolutamente ninguna importancia, me probaba a las claras que Rykof no le tenía en gran estima. Un día desapareció, sin que volvierá a saber más de él, hasta el día en que la mala suerte nos juntó de nuevo.

Cuando en mi viaje para Reval tuve que detenerme unos días en Petersburgo, rogué al jefe de estación colocara mi vagón no lejos de la estación: rehusólo, diciendo que no podía hacerlo sin autorización del Comisario político de la línea, que

vivía a unos pasos de allí. Si no me dirigía a esa autoridad, corría peligro de ver llevar mi coche a unos kilómetros de la estación. El tal Comisario político no era otro que Yuzbachel. Desde luego me recibió con aire de gran suficiencia, pero cuando supo iba destinado a Reval, al punto cambió de tono, tornándole sumamente servil. Me hizo prometer que iría a tomar té a su casa, cuando hubiera terminado mis negocios. Aunque de mala gana, acabé por aceptar. Recibíome como a un antiguo compañero y aun con exagerada familiaridad; hasta me presentó su mujer y me hizo quedar a cenar, insinuando haberse preparado especialmente por mí. De grado o por fuerza, hube de quedarme, y a la verdad, que no pude asegurarme de si el tal festín había sido realmente dispuesto en honor mío. Aprovechó la ocasión para rogarme que le tomara a mi servicio, diciendo que no ascendía nada, que se veía obligado a continuos traspasos, etc., etc. Esta petición, hecha en las circunstancias que acabo de describir, me produjo una impresión de las más desagradables.

—No le puedo dar ninguna seguridad—le dije—; yo me ocupo de servicios puramente comerciales, y usted no está al corriente de esas cuestiones.

Me rogó no se lo negase definitivamente, añadiendo que no aspiraba a una brillante carrera y que estaba dispuesto a aceptar cualquier situación con tal de tener la posibilidad de marcharse al extranjero y ponerse al tanto de los negocios. En fin, sólo por deshacerme de él, le dije que en llegando a Reval pensaría en él, y si encontraba un puesto que le pudiese convenir, le avisaría de ello. Lo que sigue mostrará al lector cómo los ciudadanos soviéticos, por tener cierta elasticidad, o, hablando más claro, una buena dosis de insolencia, saben desenvolverse en la vida.

Cerca de un mes había pasado. Absorbido por los negocios, no había vuelto a pensar más en Yuzbachel, cuando de pronto recibo de Lejawa demanda del siguiente informe:

“He recibido la visita de Yuzbachel, quien me ha asegurado que usted le ha prometido el puesto de adjunto, y me pide le envíe a Reval. Dígame si es exacto, y si gusta de tal nombramiento.”

Al cabo de tres o cuatro días, contesté a Lejawa diciéndole que yo no había prometido nada a Yuzbachel, sino sólo que examinaría su petición, y que conociéndole, verdad es que bas-

tante vagamente, no sólo yo no le deseaba por adjunto, pero que ni veía puesto alguno que le pudiese convenir. No consideraba el negocio urgente, y envié mi respuesta por correo en forma de carta. Pero apenas habían pasado tres días, cuando veo llegar a Yuzbachel, que me caía literalmente del cielo, con su mujer. Me presentó un documento que certificaba haber sido nombrado "a petición mía" adjunto de Reval. No le oculté mi indignación, y le dije que tenía intención de hacerle volver inmediatamente a Moscú. Púsoseme a implorar le dejase allí, diciendo que estaba dispuesto a quedar de simple subalterno, que aprendería el oficio, que, si me pedía este favor, era por su mujer, etcétera, etc.

La situación creada entre los dos era de lo más absurdo. Enviarle de nuevo, equivalía a descubrir su impostura. Pero si era un tonto, un hombre para nada... no podía darle empleo. Por otra parte, tenía la carrera de ingeniero de Vías y Comunicaciones, y no obstante su vulgaridad, me parecía que un día u otro me podía ser útil. No queriendo, pues, despedirle, me vi obligado a retenerle, sin acertar a descubrir a quién se debería el secreto de su "nombramiento". Con todo, me guardé bien de darle un puesto fijo; buscaba su ayuda, cuando se trataba de entregas técnicas, sin considerarle, en modo alguno, como adjunto. Rehusé categóricamente...

Pues a este holgazán indicó Makovetzky para candidato que sustituyera a V. Ciertamente, el cargo de jefe del servicio comercial de ningún modo era para él; mas en este punto había resuelto encargarme personalmente de esa tarea; el papel que sería reservado al jefe nominal del servicio no tendría, pues, responsabilidad ninguna. Su oficio sería el de simple secretario, capaz de redactar, según mis instrucciones, cartas sin importancia y respuestas corrientes. Restaba, en suma, tener a mano uno cualquiera que ejecutara mis encargos y "tapara el agujero". Yuzbachel venía perfectamente para ese papel, y se lo confié. Makovetzky, que conocía mi actitud respecto de él, le llamaba "el director extraordinario".

Tales fueron los comienzos de la carrera de este individuo. Más tarde, habiendo intimado con Litvinof, que me sustituyó en Reval, fué nombrado representante comercial en Riga. Después lo he perdido de vista.

XXIV

He contado más arriba cómo fracasó nuestra inspección, y cómo envié a mi contador mayor P. P. Noguín a Moscú, para dar informes personales y exigir una revisión seria de las cuentas de Gukovsky. Noguín volvió a Reval, y me hizo saber que mis medidas habían tenido feliz éxito, y que inspectores profesionales, presididos por un miembro del centro de Inspección Agrícola obrera (1), iba a otra línea a ponerse pronto en camino. Efectivamente, pasados dos o tres días, la comisión de Revisión llegaba a Reval bajo la presidencia de un miembro del Colegio de Inspección, el camarada Yakubof, persona independiente y de absoluta integridad. En seguida fué a ver a Gukovsky, y después de haber tenido con él una larga conferencia, se presentó en mi casa indignadísimo: había tenido tiempo para convencerse que todo lo que Noguín había contado podía ser ampliamente confirmado. Había visto claramente que Gukovsky procuraba ocultarle algo, y pudo comprobar por sus propios ojos, que los cajones de Gukovsky estaban repletos de billetes de diversas procedencias, y que Gukovsky efectuaba operaciones de cambio con una cotización de él solo conocida, y sin tomarse la molestia de registrarlas. En fin, había podido ver que Gukovsky no llevaba ninguna contabilidad, y que por consiguiente le había sido imposible darme los balances por los que habría yo podido fijar mis propias escrituras. Me había visto obligado a comenzar, por decirlo así, por cero.

—Le digo a usted, Georguy Alexandrovitch—exclamó Yakubof, con marcado acento oriental—, le digo a usted que Gukovsky es sencillamente un timador y un estafador. No he dejado de manifestarle mi indignación por ver que seguía haciendo operaciones de cambio cuando ya no podía después de vuestra llegada. Además, él las hacía a precios caprichosos y sin el menor rastro de contabilidad. Pues bien: ¿a que no adivina lo que me respondió? “No gusto de papelerías—me dijo—, y esa es la razón de no tener ningún registro...” ¡Osar decir eso el antiguo y experto tenedor de libros!

Cuando le declaré que ponía interdicción a todas las sumas existentes en su poder, y que debía remitirlas a usted, me dijo

(1) O sea Control de Estado.

que no tenía derecho a darle a él órdenes... Por último—concluyó Yacubof—, se me subió la sangre a la cabeza y le dije:

—Me voy, así como estoy, a casa del camarada Solomón, y tú le enviarás inmediatamente todo, hasta el último kopeck. ¿Has entendido?

En efecto, el día mismo de la llegada de Yakubof, los inspectores vieron los cajones del escritorio de Gukovsky, y habiendo contado los billetes en él apilados, me los transmitieron. Si no me engaño, eran sobre ocho millones de rublos. Después abrieron el arca de caudales que estaba en el despacho de Yochel, secretario de Gukovsky, y allí encontraron alhajas, que asimismo pusieron en mis manos.

A fin de dar una idea del modo con que los altos empleados soviéticos manipulaban las joyas, traeré la relación de Gukovsky concerniente a un paquete de objetos preciosos que le habían enviado. Estos objetos venían envueltos en papel, sin lista alguna que acompañara el envío. Y Gukovsky, jactándose:

—Vea usted hasta qué punto se confía en mí; ni me piden siquiera recibo, contentándose con enviarme todo esto en un paquete sellado. Me puse a escoger las piedras y los objetos, echando el papel en el cesto... Dos o tres días más tarde, tuve necesidad de coger un pedazo de papel de la papelería; meto la mano, y siento de pronto un objeto duro debajo de mis dedos; lo saco... ¿Sabe usted lo que era? ¡je, je, je!: la diadema de la Emperatriz Alejandra Fedorovna, ¡je, je, je! ¡La había echado en la papelería por descuido! ¡Je, je, je!

Pero volvamos a la inspección.

Envié a Yakubof todos los contratos que juzgaba debían y podían ser anulados, y él confirmó mi propuesta poniéndoles una contraseña.

Estaba yo satisfecho; pues, habiendo examinado todas mis gestiones, los inspectores juzgaron mi conducta plenamente justificada. En medio de todas mis dificultades, fué aquello un gran aliento. No voy a citar aquí todos los negocios que fueron sometidos a la inspección de Yakubof; algunos quedan descriptos ya, los cuales me parecen suficientes para que el lector se forme una idea exacta de la actividad de mi predecesor. Aquí adentro esta inspección duró mucho tiempo, y los encargados de ella extendían escrituras más y más abrumadoras para Gukovsky; éste las firmaba a sangre fría, persiguiendo su idea fija sobre mí y Yakubof. Bien pronto escogió su tercera vic-

tima: Sedelnikof, el cual, enviado a Reval para evacuar nuestro oro después del avance de Balakhovitch, pidió al centro autorización de quedar en la delegación. Este neurasténico se había interesado por los negocios de Gukovsky con el sincero deseo, aunque inoportuno, de ser útil, y así, cuando Yakubof llegó a Reval, púsose a darle informes amplios en este punto. Gukovsky no tardó en cobrarle tierra y en mencionarle en sus denuncias; sus intrigas se vieron coronadas del éxito. Mas antes de abordar este tema, diré que la inspección propiamente dicha, concluyó en un sentido desastroso para Gukovsky (1). Sin embargo, Yakubof fué el primero en sufrir las consecuencias: habiendo pasado tres o cuatro semanas en Reval, y vivido allí en una atmósfera continua de estafa y de negocios delictivos, experimentó una profunda alteración, que repercutió en su estado psíquico. Contaron que a poco de volver a Moscú le cogió una manía muy singular: comenzó a ver en todos los hombres ladrones y timadores. Este rasgo bastará para hacer sentir lo que era aquella *Gukovstchina* que había conquistado posiciones sólidas en la práctica soviética y en ella se había fortificado.

Se comprenderá a qué punto de tirantez habían llegado sus relaciones con Gukovsky; esta tensión se había comunicado a nuestros empleados respectivos. Formábamos ya dos campos enemigos. Cierta, en una ciudad y "provincia" tan pequeña como Reval (por más que llevase el título de capital), todo lo que pasaba en el Hotel Petersburgo venía a ser fábula de todo el mundo. Yo había hecho lo que pude para localizar aquel incendio permanente e impedir que la llama se extendiese fuera. Mas no conseguí nada, pues la comparsa de Gukovsky hallaba extraña satisfacción en dar viento a la llama. Al igual que las otras instituciones soviéticas, teníamos también nosotros una célula comunista, de la cual formaban parte todos los colaboradores (comunistas), lo mismo los de Gukovsky que los míos. Pronto la guerra soviética pasó también a este terreno. Hubo sesiones borrascosas, durante las cuales las pasiones llegaron al paroxismo. Se cambiaban discursos de extrema violencia, y hasta casi se llegaba a vías de hecho. Yo hacía lo que estaba en mí por apaciguar aquellas tempestades, mas mi influencia

(1) Añadiré que Yakubof examinó igualmente mi contabilidad, y una vez terminada la inspección, me dirigió un documento especial certificando que mis negocios se encontraban en orden perfecto.

era insuficiente, tanto más cuanto que Gukovsky, que tomaba parte activa en estas reuniones, buscaba en interés propio excitar las pasiones y provocar los insultos...; de ello sacaba materia para sus denuncias. Gracias a su carácter intempestivo, Sedelnikof se prestaba fácilmente a la provocación, estrellándose todos mis esfuerzos contra los obstáculos puestos por esos dos individuos. Verdad es que yo nunca igualaría uno al otro: mientras Gukovsky barajaba hábilmente sus cartas para asegurar su salvación, Sedelnikof defendía con la torpeza, histeria, y necedad, pero con un fin del todo laudable, nuestra causa intrínseca. Y por aquí hacía el juego a Gukovsky.

Entre tanto, desarrollaba éste gran actividad "literaria"; sus denuncias resultaban cada vez más voluminosas, consagradas por igual a Sedelnikof y a Yakubof, que, según el autor de tales epístolas, se dejaban excitar por el camarada Solomón. Gukovsky trabajaba y sus "criminales amigos" maniobraban con no menor celo. En fin, que recibí un aviso del Comité Central del partido, doliéndose de los incidentes acaecidos en Reval; y después de haber consagrado a aquel negocio muchas sesiones, había resuelto enviar por delegado cerca de nosotros al ex embajador soviético en Berlín, A. A. Joffé, acreditado por su talento en llevar a término los tratados de paz. Esta noticia se extendió rápidamente en Reval, provocando animadas discusiones lo mismo en el hotel que en la ciudad. Gukovsky triunfaba.

Yo me alegré sinceramente de volver a encontrar a Joffé, a quien había visto por última vez en Berlín, poco tiempo antes de quitar la Embajada de Alemania.

Llegó a Reval en tren especial. Nos encontramos en el despacho de Gukovsky, y después de haber cambiado muy cordialmente los cumplimientos, añadí yo otro por el gran número de tratados de paz que había terminado.

—En efecto—respondió Joffé—, no he perdido mis viajes; he firmado diez y ocho tratados de paz; y espero firmar aquí nueve. Dijo esta última frase con muy amable sonrisa, alargándome una carta autógrafa de Lenín dirigida a Gukovsky y a mí. Véase la carta, que cito de memoria:

"Queridos Gukovsky, Alejandrovitch e Isidoro Emmanuilovitch: Con profunda pena he sabido vuestra desavenencia, de que estoy sobremanera sorprendido; los dos sois antiguos colaboradores del Partido y los dos servís a la misma causa. Yo,

vuestro antiguo camarada, os invito, en nombre de nuestra causa, a un trabajo común. El Comité Central del Partido ha encargo a Joffé apaciguar vuestros desacuerdos, que, como espero, no tienen serio fundamento. Os envío mi cordial saludo de camarada.

V. LENÍN."

Tales fueron los comienzos de aquellas negociaciones de paz, o más exactamente, de la "gran intriga". Gukovsky se quejaba de mi a Joffé, y a medida que éste le escuchaba iba quedando más y más perplejo. Así, por ejemplo, Gukovsky le describió los negocios de Lindman y de P., lo mismo que el del cemento, acusándome violentamente. Hablé yo por mi parte a Joffé, y le propuse la cuestión de una manera categórica.

—Ahora que se lo he explicado todo, como antiguo camarada le pregunto a usted: ¿cómo hubiera obrado estando en mi lugar? ¿No habría usted anulado, como hice yo, el contrato de los clavos? ¿No habría usted restado los tres millones setecientos mil marcos de las cuentas de Lindman? ¿No habría usted exigido al suministrador de cemento la ejecución de la entrega, y no hubiera usted rechazado la inútil mercancía que vino a entregarme? Le he mostrado a usted toda la documentación, todos los contratos; usted es nuestro árbitro, y puedo comprobar cada una de las palabras que he pronunciado para explicar y defender mi conducta.

Una extrema gravedad se pintó en el rostro de Joffé. Dudó un momento; Gukovsky quiso aprovecharle para decir una palabra; pero, con gran sorpresa mía, Joffé, que hasta allí había observado el papel de pacificador y adoptado una actitud del todo diplomática, echa a un lado bruscamente a Gukovsky con un gesto que expresaba repugnancia, y volviéndose a mí, dijo:

—Georguy Alexandrovitch, os conozco íntimamente y desde hace mucho tiempo. Somos antiguos camaradas, y si en Berlín hubo malas inteligencias entre nosotros, fué por culpa mía, o más bien fué por culpa de acaecimientos de los que yo mismo no era responsable. ¿Y qué he de decir ahora? Escúcheme bien, Isidoro Emmanuilovitch: todo lo que Georguy Alexandrovitch acaba de decir con pruebas al canto, todo eso, digo, habla enteramente a favor suyo, y muestra haber obrado en interés de los negocios que tenía a su cargo... En una palabra,

permítame, Georguy Alexandrovitch, estrechar su mano calorosamente...

Por último, preparamos un "tratado de paz", según el cual a Gukovsky competían los negocios diplomáticos, mientras que yo me reservaba los negocios comerciales, no debiendo ninguno de nosotros invadir el campo del otro. Firmamos este acuerdo, al cual hice se añadiera una cláusula que declaraba que la presente alianza no era más que confirmación escrita de la que habíamos hecho verbalmente luego de llegar yo a Reval.

Aquellas negociaciones duraron dos días, y llegamos a conclusiones definitivas en el vagón de Joffé, que le servía de habitación el tiempo de su estancia en Reval.

Debo hacer mención de un episodio, tan curioso como característico, que tuvo lugar durante nuestras "negociaciones de paz" en el vagón de Joffé. La puerta se abrió bruscamente, y vimcs entrar a un hombre obeso, de gran vientre, de aspecto desagradable, nadando en grasa.

— Ah! ¿Usted por aquí?—dijo dirigiéndose a Gukovsky—. ¿Cómo? ¿No ha sido usted fusilado todavía? Me habían dicho que por vuestras fantasías os habían mandado hace ya mucho tiempo a la pared de ejecuciones y... ¡héteos aquí sano y salvo!...

—Sano y salvo, efectivamente, ¡je, je, je,!--respondió Gukovsky, saludando al señor grueso.

Era el profesor Youry Wladimirovitch Lomonosof, a quien hasta entonces no había tenido ocasión de conocer. Se presentó a mí, y me dijo que venía de Estocolmo, y necesitaba hablar conmigo. Hablamos, y nos dejó para volver a tomar el tren de lujo que sólo para él había llegado de Moscú. Poco tiempo después de idó Lamonosof, concluimos nuestro acuerdo, y todos se retiraron, menos yo que me quedé unos instantes más con Joffé. Evocamos nuestros recuerdos de Berlín, y abordamos en seguida el presente. Joffé me dijo:

—Está bien, querido Georguy Alexandrovitch; ya ha tenido usted que pasar lo suyo. ¡Nunca hubiera creído que Gukovsky fuese un monstruo semejante! ¡Y decir que he sido yo quien apoyó su nombramiento para Reval!

Nos separamos muy cordialmente. Joffé no es ya de este mundo. Fué muy perseguido, no obstante ocupar puestos elevados. Aquellas persecuciones acabaron por volverle neurasténico, provocando en él trastornos psíquicos. Por esta época se

encontraba en Moscú, y suplicó al Gobierno le autorizara salir al extranjero para poder cuidarse. Pero sus súplicas fueron en vano.

Profundamente lesionado, física y moralmente, torturado por las contradicciones que le desgarraban, y viéndose encerrado en un círculo vicioso, y resistiéndose a entregarse (era demasiado noble para eso), Joffé puso fin a sus días con una bala de revólver. Era hombre indudablemente abnegado, y que gozaba, no sólo en los medios soviéticos, sino también en el extranjero, reputación de hábil diplomático.

XXV

El lector que ha seguido la historia del Gobierno soviético desde su aparición en la arena de la Historia, recordará que los Gobiernos de todos los países, incluso los de América, pusieron embargo al oro ruso, que, en consecuencia, no se cotizó oficialmente ya más en el mercado europeo. Sin embargo, fuera de algunas reservas muy limitadas de oro extranjero que los Soviets habían heredado del antiguo régimen, no tenían otros recursos para sus compras, que las riquezas imperiales. Gukovsky, que, como ya he dicho, hacía operaciones de cambio en su despacho, según un tipo del todo arbitrario, y que, para operaciones más importantes, se le había asociado un "banquero" por el estilo de Sakovitch, perdía continuamente en tales operaciones. La baja de nuestro valor oro, no era por otra parte debido únicamente al boicotaje. Intervenían en ello otras causas: al firmar los contratos con diversos suministradores, Gukovsky les abría créditos en razón de anticipos, haciendo en nombre suyo depósitos de oro ruso, que los proveedores debían cambiar a propia cuenta por moneda corriente (sueca, alemana y a veces inglesa). Los comerciantes se aprovechaban de la baja de nuestro oro en las plazas extranjeras, y contrayendo además "convenios amistosos" con Gukovsky, convertían ese oro en moneda extranjera a una tasa sumamente baja. Nuestros directores de Moscú, que no entendían mucho en materia de cambios y exageraban la baja proveniente del boicotaje al oro ruso, aprobaban las tasas, que Gukovsky les prestaba en sus informes, y que éste describía como verdaderos triunfos en el terreno de las operaciones financieras. El Gobierno sovié-

tico, al destinarme a Reval, me había encargado, entre otras funciones, la de proveer de fondos en moneda corriente a todas nuestras instituciones en el extranjero, presididas por Krassin en Londres, por Kopp en Berlín, por Litvinof en Copenhague, por otros personajes delegados en el extranjero (por ejemplo, Bronstlin, hermano de Trotzky), a fin de que pudieran hacerse allí algunas compras. Debía igualmente proveer de dinero a los servicios secretos del Comintern (Internacional Comunista), que devoraban inmensas sumas. La misión a mí confiada ofrecía grandes dificultades, atenta la situación en que nos encontrábamos. Yo no podía vender nuestro oro más que en Estocolmo. Cierto que la bolsa de Estocolmo no era más que una etapa intermediaria; ella revendía nuestro oro (muchas veces, para que no le conocieran le fundían en lingotes) en las grandes plazas europeas y sobre todo en Berlín. En estas operaciones perdíamos sumas considerables, pero en aquel tiempo no había otro remedio. Cuando yo llegué a Reval, Gukovsky vendía nuestro oro en la Bolsa de Estocolmo al precio de 1,83 coronas suecas por rublo, es decir, a bajo precio.

Comencé por descartar al "banquero" Sakovitch, y entré en relaciones directas con el Banco "Shell et Co.", que se encargó de mis operaciones de cambio: lo que daba estabilidad y serias garantías, y nos dispensaba de pagar la comisión de un intermediario inútil. La destitución de Sakovitch no pasó sin su escena por parte de Gukovsky. También así mismo, por medio del Banco Shell, verifiqué mis operaciones de crédito, fijando en mis contratos precios firmes según los cuales entregaba el oro a los suministradores. Pero la Bolsa de Estocolmo es pequeña, y no podía poner en ella sumas importantes sin exponerme a peligro de hacer bajar el precio del oro. Había que obrar con prudencia, tanto más, cuanto que al principio Shell estaba solo y no había concurrentes.

Y precisamente en aquellos días recibí carta del banquero Aschberg de Estocolmo, a quien he mencionado en mi introducción. Me ofreció sus servicios, diciéndome que iría a Reval tan pronto como se lo pidiera. Le hice inmediatamente venir, y arreglé de este modo una concurrencia para Shell. Aschberg, según pude apreciar en el curso de nuestra colaboración, era banquero muy listo, experimentado y aun talentado, que me prestó servicios considerables.

En el progresivo desenvolvimiento de mis operaciones de

cambio, trabajé asiduamente por elevar el valor del rublo, llegando a fijarle en 2,19 coronas suecas en el mercado de Estocolmo. Debo hacer justicia a Shell y a Aschberg, quienes, enfrando ellos mismos a la ganancia en estas operaciones, no cesaron de prodigarme consejos y me ayudaron considerablemente a establecer la tasa que acabo de indicar.

Con todo, mi trabajo en este terreno era continuamente parado por los grandes cobros presentados por particulares, cuyas cajas estaba a mi cuidado alimentar: estas personas me asediaban de continuo con peticiones, sin dejarme el partido de esperar el tiempo necesario para las operaciones regulares de cambio. Del mismo modo, Gukovsky me molestaba en mis movimientos: tenía de adjunto a un tal Dívelovsky (no garantizo la exactitud de ese nombre), quien había asumido el cargo de apoderado del Comintern. Era un personaje incoloro, que tenía la misión de transmitirme los pedidos del Comintern. Esta institución gozaba de crédito *ilimitado* y exigía sin cesar la entrega de tal o tal suma en tal o tal moneda para gastos del Comintern; y las cantidades debían ser enviadas con direcciones falsas de simples testaferros. Las órdenes eran ratificadas por la firma de Gukovsky. Yo no tenía relación directa en el Comintern, y mi papel se reducía al de "banquero" de esta institución, inscribiendo en mis registros las cantidades acreditadas. Lo único que puedo decir es que eran cantidades considerables. Si los registros no han sido destruidos, el futuro historiador podrá fijar el total de ahorros nacionales dilapidados para la causa de la "revolución mundial", ahorros que yo había convertido a costa de tanto esfuerzo en moneda corriente.

He dicho para la causa de la revolución mundial. Citaré un ejemplo que permita al lector darse cuenta de la manera con que era interpretado este principio.

Recibí un día cierto telegrama cifrado con la firma de Zinovief en persona. He aquí la substancia de él:

"Os ruego entreguéis para gastos del Comintern al que va a Reval, camarada Slivkine, 200.000 marcos alemanes oro; que le prestéis vuestro apoyo en la misión que lleva: la compra en Berlín de mercancías destinadas a las necesidades del Comintern.—Zinovief."

Poco después el comisionado del Comintern se presentaba en persona, y entra en mi habitación sin llamar. Es un mucha-

cho lleno de desenvoltura, el tipo del oficialillo joven, viajante y arrogante, muy pagado de sí. Sin saludarme, sentóse en una butaca, y queriendo imitar las actitudes de su patrón Zinovief, me endilgó este lenguaje:

—¿Es usted el camarada Solomón?... Tanto gusto... Yo me llamo Slivkine, soy el correo del Comintern, o, más exactamente, el correo de confianza del mismo Zinovief. *Traigo una comisión personal del camarada Zinovief*—añadió él recalcando la última frase.

Confieso que tengo horror a la familiaridad; y cierto, la entrada en escena del camarada Slivkine me molestó mucho. Callé obstinadamente, y me puse a mirarle fijamente, o más exactamente, a escudriñarle atentamente con la mirada. Las personas que me conocen bien, me han dicho repetidas veces que esta manera de callarme y mirar fijamente a mi interlocutor causa una impresión por extremo penosa. Sin duda, a Slivkine también le impresionó. Se diría que se marchitaba bajo mi mirada escudriñadora. Tomó un tono vacilante y aun algo temblón, como si la garganta se le anudara por un espasmo. Aquel aplomo desaparecía, mientras yo continuaba callado y mirándole fijamente a la cara.

—Eso es, de una comisión personal del camarada Zinovief, una comisión muy importante—añadió como quien trata de inspirarse a sí mismo confianza, mientras tartamudeaba—: Eso es, somos grandes amigos el camarada Zinovief y yo; nosotros, es... es... decir, él y yo..., en una palabra: esta misión personal me la ha confiado a mí; no quería otra persona... Enviemos, como él dice, al camarada Slivkine...; es el hombre más a propósito para misiones delicadas; porque dice que... que... que todo el mundo me conoce, aun los empleados de su cancillería de usted. Preguntadles qué les parece de Slivkive; ellos os responderán que... que... que es la crema de la humanidad.

Estaba derrotado por completo... Fui cruel: seguí callando y haciendo pesar sobre él mi mirada.

—Pero ¿qué desea usted? En sustancia, ¿de qué se trata?—le pregunté al fin.

—Dispenseme usted, camarada Solomón...; verdad es... que... que... he venido sin anunciarme—dijo mi visitante, rojo como una amapola y sudando a mares

Explicóme entonces que se había presentado para cobrar 200.000 marcos, que debían ir a su crédito, y que por tener esa

“misión personal”, se había permitido entrar sin permiso de nadie en mi habitación. Me presentó un certificado por el que vine a entender que debía dirigirse a Berlín para efectuar diversas compras, según una lista que el Comintern le había entregado, que en esas compras procedería de una manera independiente, y que, por fin, debía acompañar personalmente las mercancías... Se me invitaba a mí a prestarle concurso, poniendo a disposición suya los empleados de que tuviera necesidad, etcétera. Por lo tocante a los gastos, Slivkine daría de ello cuenta por sí mismo al Comintern.

—Está bien—le dije, después de haber examinado el documento—; vaya usted a verse con el contador mayor; él tiene ya todas las instrucciones referentes al caso.

Se retiró: todavía tuvo algunos encuentros en la escribanía: gritaba, me acosaba con sus quejas, hablaba a todo el mundo de su amigo Zinovief y de su importante misión...

—¿Quién es ese Slivkine?—pregunté a Makovetzky, que, como director de negocios, debía estar al tanto de todo.

—Sencillamente un borracho, me respondió Makovetzky, pero todas las mujeres de Gukovsky están locas por él. El se las arregla siempre para hacerlas algún servicio; la una le dice: “Camarada Slivkine, tráigame jabón de Coty”; la otra le pide “perfumes de Atkinson”. El promete, y siempre cumple con estas comisiones... Verá usted, le traerá un regalo; ¡imposible deshacerse de él! Pero lo cierto es que ha llegado a ser un íntimo de Zinovief, probablemente desempeñando comisiones de toda clase...

Y mi interlocutor, hombre honesto, que no gustaba de asuntos escabrosos, se calló... Al cabo de tres semanas me telegrafiaba Slivkine desde Berlín para hacerme saber que llegaría tal día con mercancías de “gran importancia”. Pedía que estuvieran a punto los vagones en el muelle para cargar el cargamento inmediatamente y expedirlo a Petersburgo. Estábamos por entonces muy atareados: efectivamente teníamos que hacer una gran remesa, y urgente además, para la que se necesitaban cerca de dos trenes por día (1). Así, pues, el director de trasportes, el ingeniero Fenykevi, se veía en la imposibilidad de tener libres para la llegada de Slivkine los vagones pedidos. La línea estaba ocupada por vagones dirigidos a otro barco y

(1) Es decir 80 vagones.

destinados a un cargamento rápido de mercancías. En una palabra, las condiciones técnicas eran tales, que era del todo imposible satisfacer el deseo del comisionado. Así que, apenas Slivkine llegó, el desacuerdo estalló entre él y Fenykevi. Era éste hombre serio, que no consentía a nadie meter el pie en su campo. Slivkine armó un espectáculo gritando que se trataba de una mercancía con destino especial adquirida por él en nombre el Comintern, que Fenykevi hacía el sabotaje, etc. El ingeniero le respondió con argumentos serios y definitivos. Slivkine se me presentó para quejarse de Fenykevi. Llamé yo a éste, y le pedí detalles sobre la cuestión.

—Primeramente—dijo el ingeniero—, los raíles están ocupados por un tren de mercancías (40 vagones); no tenemos más que una sola línea y no podríamos echar atrás los vagones sin retardar dos días ese cargamento, que unge (tratábase de maquinaria agrícola). Además, no tenemos locomotoras.

—Me hago cargo—le dije—. ¿Y cuándo podría usted poner los dos vagones a disposición de Slivkine?

—Mañana a las seis de la mañana. Terminaremos nuestro cargamento esta tarde, echaremos atrás los vagones durante la noche, y los mandaremos inmediatamente con destino a Petersburgo. Llevaremos al muelle otro nuevo tren de cuarenta vagones y los dos vagones de la cola pararán frente al barco del camarada Slivkine...

—No; tengo que cargar en seguida, ¡vaya al diablo vuestra maquinaria agrícola!, ésa puede esperar: mi cargamento es un encargo personal del camarada Zinovief—gritaba Slivkine—; me quejaré en seguida, enviaré un telegrama...

—Bien—dije yo—, haga lo que le plazca; por lo que a mí toca, no puedo diferir nuestra expedición, pues es urgente...

Slivkine envió despachos, reclamó por hilo directo al Instituto Smolny (residencia de Zinovief), quien nos pidió informes e hizo graves observaciones. Yo nada respondí. Aún hubo otro encuentro. Slivkine exigió que sus dos vagones de mercancías fuesen enganchados a un tren de viajeros. La administración de ferrocarriles lo rehusó en absoluto. Makovetzky y Fenykevi dieron sus pasos. La administración mantuvo sus posiciones. Sólo el ministro podía dar autorización. Al fin, pude conseguirla.

Todo el mundo estaba reventado por causa de aquella expedición "para usos del Comintern". Se corría, se trabajaba sin



reposo, se despachaban avisos y partes sin fin, y toda una serie de empleados gastaban un tiempo precioso para dar gusto a Zinovief... y a su vientre. Fenykevi dirigía personalmente los trabajos de cargamento. Cuando todo estuvo terminado, se me presentó para dar su informe. Parecía sombrío e irritado...

—¿Qué mercancía es ésa?—pregunté yo de paso.

—Perdone usted, Georguy Alejandrovitch, no puedo hablar sin irritarme, ¡Qué de historias, qué de quejas e intrigas!; y todo, ¿por qué?... ¡Es un asco!... se trata de productos destinados a la mesa y cuerpo del camarada Zinovief (pronunció este nombre con rabia). ¡Mercancías importantes..., muy importantes! Se han puesto en movimiento todos nuestros servicios, la administración de ferrocarriles, el ministro...; se ha tenido que dejar a un lado todo lo demás... ¡El cocinero del zar, que sirve en casa de Zinovief (efectivamente, era voz que Zinovief había tomado a su servicio al antiguo cocinero del zar), en casa de ese cochino de Zinovief, como digo, necesitaba delicadezas para la mesa de su señor: trufas, ananas, mandarinas, plátanos, confitados, sardinas, y qué sé yo más!... El pueblo revienta de hambre, el ejército está comido por los piojos, vestido de esteras... y nosotros cuidando el vientre de Zinovief, cebado con el dinero soviético... Esto es un asco. ¡Pérdoneme usted, pero no puedo reprimirme! Y luego él tiene ropa fina para la Lilina y otras "sodkoms"...; perfumes... jabón... instrumentos de manicura... encajes... "Comisiones de la mayor importancia"—exclamaba Fenykevi, remedando la voz de Slivkine y escupiendo—; las riquezas nacionales, ¡a dónde van a parar!... Os confieso que me da vergüenza descargar estos bultos; estaba dispuesto a morir allí mismo... No sé cómo, pero todo el mundo estaba al corriente de su contenido... El público reía y se mofaba maliciosamente. Los patanes decían sin rebozo: "Mirad en lo que los Soviets emplean el dinero de los labradores y de los obreros hambrientos; ahí está Griskka Zinovief, quien lo engulle y que lo arroja a sus chicas."

Por fin, todo estuvo preparado. Slivkine partió con sus preciosas mercancías. Volvió una o dos veces, siempre con comisiones del Comintern, claro está que menos importantes. Y no tardando mucho, vimos llegar al mismo Zinovief en persona. Me costó reconocerle: me había encontrado con él antes de la revolución bolchevique en la redacción de la *Pravda*; era en aquella época un joven flaco y ágil.

El día que llegó a Reval tuve que ir a recibirle (con repugnancia evoco aquel vil deber de Estado). Zinovief se dirigía a Berlín acompañado de numeroso séquito. Era a la sazón muy grueso, de cara abotargada, antipática, encuadrada en una espesa y crespa cabellera. Estaba sentado en un sillón, mirándonos desde las alturas de su grandeza, echando hacia adelante su enorme vientre; toda su silueta evocaba una especie de monigote chino. Gukovsky le había preparado una suntuosa recepción en su despacho, y tuve que asistir a la ceremonia. Por otra parte, aquel buen hombre, engordado a expensas públicas, no hablaba, profetizaba. Me dió claramente a entender lo mucho que le había sorprendido que no le hubiera visitado en mis permanencias en Petersburgo para hacerle la corte...

Yo me retiré en seguida. Zinovief volvió a marchar, sin que yo fuera a saludarle, y Gukovsky me dirigió a este propósito "amigables" amonestaciones.

—El camarada Zinovief se ha sorprendido desagradablemente de no haberos visto en el barco...; preguntó por vos...; deseaba hablaros...

En su viaje de regreso, Zinovief se detuvo en Reval. Traía consigo una enorme cantidad de mercancías para las necesidades del Comintern. A lo que puedo acordarme, el cargamento comprendía 75 cajas grandes llenas de mandarinas, naranjas, plátanos, conservas, jabón, perfumes..., aunque yo no soy ni un especiero, ni perfumista, para poder acordarme detalladamente de aquellas "compras" pagadas con dinero del labrador ruso. Mis colaboradores, una vez más tuvieron que ocuparse del cargamento y envió de aquellos bultos, desinados al vientre de Zinovief y las "sodkoms" (1). Aquel dinero era, por decirlo así, gastado ante mis ojos, pero ignoro cómo eran dilapidadas las fabulosas cantidades que yo estaba encargado de transmitir sin cesar a diversas direcciones. Baste sólo decir que un día se sabrá cómo Zinovief no se contentaba con "engullirse" las riquezas del pueblo, sino que además había enrojecido sus manos en la sangre del pueblo. Uno de mis colaboradores, Breslav (2), me contó una escena que pasó delante de él, y que hasta aquel día no había podido olvidar: encontrábase él en el Ins-

(1) Queridas de los Comisarios.

(2) Breslaves, un antiguo obrero curtidor, hombre poco instruido, quien, según los periódicos, ha sido nombrado adjunto del representante comercial soviético en París.

tituto Smolny, cuando se presenta a Zinovief una comisión de tres marineros. Les recibió. Después, casi inmediatamente, volvió a salir de su despacho, llamó a los guardias y les dijo:

—Llévame a esos puercos, alineadlos junto a la pared y fusiladlos. Son contrarrevolucionarios...

La orden fué inmediatamente ejecutada, sin intrucción y sin proceso.

XXVI

Al describir la estancia de Joffé entre nosotros, hice mención de Yury Wladimirovitch Lomonossov. Este hombre, creación del difunto Krassín, es una de las figuras más curiosas entre los funcionarios soviéticos, y así no creo inútil decir de él algunas palabras. Antes de mi llegada a Reval, no había tenido ocasión de conocerle personalmente, pero mi difunta hermana, Vera Alejandrovna, que tenía la carrera de Medicina, y su marido el profesor M. Tikhvinsky (fusilado por los bolcheviques en 1922), me habían dado muchos detalles acerca de este individuo. Los dos hablaban de él como de un hombre ligero, de un pseudo sabio; pero era al mismo tiempo un tipo muy desenvuelto, una especie de equilibrista moral, que gracias a sus "talentos" había hecho brillante carrera. Por este camino pudo llevar una existencia de vividor, para la cual, por otra parte, tenía vocación especial. Esta vocación se dibujó claramente después del golpe de Estado bolchevique, en que se hizo comunista "furibundo". Krassín le sacó de la oscuridad nombrándole miembro del colegio de la Comisaría de Vías y Comunicaciones; fué luego enviado a Suecia a inspeccionar la construcción de locomotoras encargadas por los Soviets a las fábricas de los saltos de agua de Trolehetan. Este hombre, ciertamente de poco talento, pero, por otra parte, muy hábil, supo ganarse la confianza de Lenín, lo que consolidó sus posiciones y le permitió "engullir" a dos carrillos. En las esferas soviéticas adquirió la reputación de un Lúculo. Además de ese talento, poseía otros dos: la indolencia y el amor al embrollo. Formó un "tren especial Lomonossov", poniendo al servicio de aquella obra todos los recursos existentes. Esto sucedía en un tiempo en que la reparación de nuestro material móvil era casi imposible por la falta de instrumentos y de máquinas, y en el

que nuestras vías férreas estaban jalonadas de "cementerios" de vagones y locomotoras.

El tren Lomonossov deslumbraba por su lujo verdaderamente real. Tuve ocasión de ir a verle (cuando estaba en Reval). Constaba de muchos y suntuosos coches-camas, de un coche-cocina, donde oficiaba un gran sacerdote, un jefe tenido por maestro en el oficio, pagado por la Comisaría de Vías y Comunicaciones. Cuando Lomonossov se hallaba en el extranjero, el tren se estacionaba en una vía muerta, y se le conducía al sitio en que el patrón debía montar para volver a Moscú.

Se marchó poco después y volvió a los quince días, de camino para Suecia. Antes de desembarcar, me telegrafió desde Moscú, haciéndome saber que el Sovnarkom le había abierto un crédito *de sesenta millones de rublos oro*, que debían ser transferidos a Reval a nombre mío. En efecto, no mucho después recibí este dinero, que deposité en el Banco estoniano del Estado. Algunos días más tarde llegaba también Lomonossov.

Entretanto, asediado como estaba por los pedidos de dinero, procuraba, cuanto me era posible, mantener el tipo de cambio que yo había establecido. Ignoraba en qué condiciones había dado el centro a Lomonossov la suma de sesenta millones; esto me traía preocupado, pues temía no fuese, sin haberse antes entendido conmigo, a poner aquel oro en el insignificante mercado de Estocolmo, arruinando así la cotización que a costa de tantos esfuerzos había yo mantenido. Decidí consultar a mis banqueros sobre la política que debía seguir; procuraba satisfacer las crecientes demandas de dinero, aumentando mi comercio de oro, sin aumentar el descuento. El problema no era de los más fáciles, pues como he dicho, no disponía más que de una plaza permanente. El día mismo en que hice esta consulta, desembarca Lomonossov en Reval, y le invité a asistir a ella con nosotros. Vino, pero muy tarde. En su ausencia habíamos establecido ciertas medidas, y resuelto, entre otras cosas, procurar mantener la serenidad y abstenernos de dar al mercado de Estocolmo cantidades de oro demasiado importantes. Tratábase de encontrar otras plazas en el mercado mundial.

Cuando Lomonossov vino a juntársenos, le expuse las decisiones que habíamos tomado, y le pregunté si quería obrar de acuerdo conmigo y no dar salida al oro sin consultarme. Uno de los banqueros presentes, Nicolás P. Shell, hombre inteligente y correcto, pidió a Lomonossov no vendiera su oro, si no

era por mi medio. Lomonosof contestó que lo sentía mucho, pero que había ya fletado tres barcos de Estocolmo para transportar dicho oro; que, no obstante eso, prometía no vender un solo gramo de él sin autorización mía. Después pidió la palabra, y echó a los banqueros un discurso bastante singular con el cual pretendió moverlos a compasión, mientras yo adoptaba una actitud autoritaria, con el fin de no darle vuelos. Terminó con una peroración patética, cogiendo su sombrero con simbólico gesto.

—Sí, señores banqueros—exclamó—, al dirigirme a vosotros, y exponeros las dificultades de nuestra situación, me voy a permitir pedirlos (aquí tendió a los banqueros su sombrero como un mendigo, y saludó profundamente casi hasta el suelo) que no nos abandonéis, a nosotros desgraciados, que nos deis vuestro óbolo, no a mí personalmente, sino a nuestro gran pueblo, a nuestro pueblo ruso, tan profundamente probado....

Su discurso había producido en mí el efecto de un mazazo, pues iba en oposición con toda mi política. En el momento de hacer su peroración, imitando la actitud de un pobre e inclinándose hasta el suelo, recobré mi antiguo espíritu. Me eché a reír, y cuando terminó, solté la carcajada. Los banqueros que escuchaban con sorpresa las palabras de Lomonosof y que no sabían a qué venía aquella escena, se echaron también a reír.

—¡Bien, Yuny Wladimirovitch—exclamé yo—, bien! Sí, señores, el profesor Lomonosof, el renombrado orador cómico, ha traído un poco de animación a nuestra reunión fastidiosa, pero indispensable, y ha encontrado una forma humorística para expresar a su vez la súplica que yo os había dirigido en demanda de ayuda y consejo...

Pronto "la pequeña capital" estoniana experimentó gran animación, efecto de la gran nueva; así como un tiempo las naves de los griegos partieron a la Cólquida en busca del vello-cino de oro, así tres barcos de Estocolmo iban a ganar alta mar para transportar oro ruso. Se puede fácilmente imaginar la impresión que este rumor produjo en los habitantes. Y el rumor creció, se fué extendiendo, inspirándome las más vivas inquietudes a propósito de mi cambio. Por otra parte, el primer rumor se levantó en Estocolmo en el momento de fletar Lomonosof dichos barcos. Mi banquero Aschberg, que alcanzaba todo el daño de aquellos rumores concernientes a los nuevos "argonautas", me escribió una carta llena de inquietud, rogán-

dome suspender aquella expedición "del vellocino de oro"... ¡En resumidas cuentas, era ya tarde, nada podía yo hacer! Gukovsky triunfaba una vez más.

— Ay! ¡ay! ¡ay!, he aquí vuestro cambio en agua.

Yo quedé como diablo en acetre. Cambié telegramas con Aschberg, consultaba a Krassín y Lejawa... y esperaba temblando la venida de los "argonautas"...

Llegaron por fin... y Reval se vió presa de la fiebre del oro. Lomonossov organizó una serie de banquetes a bordo de los barcos que habían ido a buscar el vellocino. Aquello fué, durante tres días, pura crápula y orgía. Los oficiales borrachos como uvas; la tripulación no menos que ellos... Según informes recogidos a este propósito, se bebió por razón de 600.000 marcos estonianos, a costa de Lomonossov...

Krassín me envió por despacho la copia del telegrama que había expedido a Lomonossov, por el que le prohibía vender oro sin contar conmigo, explicándole el peligro que amenazaba a mis operaciones.

Lomonossov le respondió, en un tono insolente, que yo había provocado una inquietud tan vana como histérica; que él no vendería un gramo de oro sin mi autorización, que, en fin, él obraría según las instrucciones precisas del Sovnarkon.

Después de la partida de los "argonautas", no tardaron en dejarse sentir las consecuencias de esta expedición. Pronto me enteraron mis corresponsales de Estocolmo que Lomonossov, obrando, según decía él, de acuerdo conmigo, se presentó acompañado de su secretario en los Bancos de Estocolmo, ofreciéndoles oro... Los dos alargaron efectivamente el sombrero... Yo creo que el lector, por incompetente que sea en cuestiones de cambio, comprenderá la influencia ejercida por estas transacciones sobre el mercado de oro, sobre todo en plaza tan pequeña como Estocolmo. La cotización del oro bajó con catastrófica rapidez... Todo mi trabajo perdido. Las cantidades de oro que después de este incidente vendí (y esto tenía que estarlo haciendo continuamente a causa de las numerosas peticiones de que me veía asaltado) fueron cambiando el tipo de 2,12 coronas suecas por rublo oro; con una baja de 7 puntos (el tipo anterior era de 2,19). ¡Pronto el rublo volvió a bajar a 2,04! Mis banqueros Shell y Aschberg, que seguían sirviéndome con honradez, y me habían ayudado a levantar el cambio, estaban desesperados. Aschberg vino expresamente de Estocolmo para con-

ferenciar conmigo, y me rogó ejerciera presión sobre el Gobierno a fin de que prohibiera a Lomonosof la venta de oro. Pero ¿qué podía hacer yo frente a la mala fe de los unos y la criminal política de los otros? Escribí, telegrafíé. Pero los altos jefes se cuidaban poco de los fondos amontonados a costa de la sangre y sudor del pueblo, contentándose con reírse a mis barbas.

Entre tanto, los que tenían créditos me ahogaban literalmente, se quejaban de mí al centro. Estaba atado de pies y manos. Krassin, a quien bombardeaba a telegramas, era tan impotente como yo, y Lomonosof engullía el oro, apilándolo en su vientre. De Estocolmo escribían pintándome las orgías que allí se desarrollaban.

¡Qué duro era trabajar en medio de aquella atmósfera de inmoralidad y desvergüenza generales! Las cantidades de que yo disponía, escurríanse a ojos vistas, pues estaba a mi cargo alimentar a Zinovief y a todos los representantes del Comintern.

Para dar al lector una idea más clara de la situación en que me encontraba, contaré, por vía de ejemplo, los manejos de mis acreditados, los agentes oficiales del Comintern, *de aquella organización libre que no depende del Gobierno Soviético*, como osaban proclamar los malhechores que estaban a la cabeza de ese Gobierno. Contaré la manera como se las arreglaban para arrancarme de las manos los fondos públicos. Por lo demás, creo yo que el ejemplo del omnipotente Zinovief, que gastaba los fondos públicos para las necesidades del Comintern, flagrantemente muestra como eran utilizadas las sumas destinadas a "la revolución mundial". Dejo al lector el cuidado de determinar cuáles son los medios de existencia de todas esas "organizaciones íntegras y fieles", que trabajan en todos los países del mundo. Todo eso es ya conocido, la prensa internacional lo publica a los cuatro vientos; y así no insistiré más, prefiriendo abordar el tema referente a mis acreditados. He aquí, por ejemplo, el hermano de nuestro glorioso y atrevido "Mariscal de campo", Trotzky, el camarada Bronstein. Enviósele a Copenhague para ciertas compras conocidas de solo él y de los que le enviaron, hechas con destino a la intendencia militar. Tiene abierto un crédito ilimitado, que él ha dado en llamar "el quantum de los que vendimian"; me telegrafía le envíe con urgencia, supongamos, cinco mil coronas. Tengo a mano gran cantidad de oro

ruso, es decir, de oro boycoteado, y nada de moneda en curso en el extranjero. Debo operar en seguida el cambio de este oro, y telegrafío a Bronstein rogándole que espere. El me responde con amenazas, quejándose a su ilustre hermano. Este, a su vez, reclama, exige y amenaza. Hago todo lo que me es posible, y termino por enviarle la suma exigida... y esto me ha pasado más de una vez. Pero debo decir que los hermanos de Bronstein, Trotzky y compañía, eran todavía digeribles. ¡Al menos, se les podía hablar, hacer objeciones!

Pero véase otro personaje, una silueta soviética muy característica. Es mi antiguo "amigo y ahijado", a quien en otro tiempo tuve sobre la pila bautismal, el alto dignatario Kopp. Se encuentra en Berlín, como representante comercial oficioso de los Soviets, que le encargan de procurar toda clase de mercancías. Kopp las compra en Alemania y las remite a Rusia por vía Reval. Es, por la mayor parte, material agrícola. Espero que algún día mi colaborador, el ingeniero Fenykevi, aportará su testimonio franco y sincero a propósito de estas mercancías, en las que se gastaron miles de millones. Que me contradiga, si así le parece, que indique mis errores. Como director de transportes, él era quien remitía las mercancías, quien inspeccionaba su cargamento. ¡Cuántas veces vino a encontrarme, casi llorando, rogándome le acompañase al barco, y examinara el cargamento que acababa de llegar! ¿Es posible que se calle? No, no lo creo, no podría creerlo...

He aquí que llega un gran barco exclusivamente cargado de dalles... Fenykevi examinaba la mercancía con la ayuda de un celador agrónomo letón, que se llama, si no me engaño, Skulpe. Después corre a mi casa, y lleva a manera de muestra cinco de aquellos dalles, destinados a nuestros labradores. Entra precipitadamente en mi despacho; hierva de indignación. Aquello no es un ruso, es un húngaro que respira la más ardiente cólera. El honrado Skulpe está también lleno de indignación.

—Mire, Georguy Alejandrovitch—dice el ingeniero, en un ruso singular, estropeado, con los acentos puestos a la buena de Dios—, mire, por favor, con qué tiene que segar el labriego ruso. ¡Esto son los dalles, todo un barco de dalles que Kopp nos envía!...

Fenykevi y su ayudante cogen, uno después de otro, aquellos cinco dalles y los doblan sin dificultad; las hojas no se vuelven a enderezar; no son de acero. Claro está que no se

podrían utilizar; me niego a hacerme cargo de ellos y a cubrir los gastos de transporte. Telegrafío a Kopp. Para vergüenza mía, lo mismo que para vergüenza de Kopp, éste me responde con insolencia y me intima acepte la mercancía y la expida para Rusia. Lo rehuso categóricamente.

Pero Kopp ha tenido ya tiempo de elevar una queja a Moscú; ha deformado la verdad, y Lejawa me envía un telegrama preguntándome la causa de mi rehusar aquel pedido. Respondo que aquello no son dalles, sino pura quincalla, y que no vale la pena gastar dinero en facturar objetos completamente inútiles, que después de todo habrá que tirar. Nuevo cambio de telegramas y nuevas tentativas de intimidación. Yo mantengo mis posiciones, y el barco se volvió, al fin, llevando la preciosa mercancía.

Kopp nos envía otro barco. Este trae arados. Fenykevi y Skulpe vienen de nuevo a mí y me piden les acompañe. Nos dirigimos al muelle. La inmensa embarcación viene literalmente atestada de arados; los hay hasta en la cala y en el puente. No han sido embalados, y están llenos de herrumbre. Dimos con la trampa de la bodega; echo una ojeada, y tengo que retroceder asustado. En vez de las filas regulares de arados que yo esperaba ver, me encuentro con un cuadro fantástico... Tirados de cualquier modo en el fondo de la bodega, vienen aquellos aperos apilados en informe montón: las rejas, los dientes, las alas y las ruedas se han quebrado al chocar unos contra otros. Alrededor de un 50 por 100 de la mercancía, si no más, viene averiada por completo. El resto podrá ser utilizado después de grandes y costosas reparaciones.

De nuevo me veo obligado a rechazar la mercancía, pero Lejawa está inquieto, pues la época de las labores del campo se acerca; me ruega envíe al menos aquellos que pudieran ser reparados. Pero el capitán se niega a darme una parte del cargamento; o todo o nada; después de todo, tiene razón.

Inútilmente indico a Kopp la manera como se habían de cargar los arados: hacer una fila de arados en el fondo de la bodega, recubrirla con tablas; hacer una segunda fila, etcétera, etcétera... El me responde con amenazas, y luego con denuncias...

Estoy escribiendo estas líneas delante de una taza de té, que colocado en una modesta bandeja de plata tengo aquí cerca. Es el regalo que mis cinco colaboradores ("los cinco leales", como ellos se llaman a sí mismos) me ofrecieron en el momento

de partir de Reval. Entre las firmas grabadas en este objeto, leo la de Fenykevi, quien tuvo la iniciativa de hacer grabar en él, igualmente, una divisa en latín. Es una excelente divisa: *Veritas vincit*. Yo me sirvo continuamente de este objeto, entre todos precioso para mí, que evoca el recuerdo de cinco fieles compañeros unidos en torno mío bajo aquella divisa. También al acordarme de las maquinaciones de Kopp, que en cuanto caían en la jurisdicción de transportes se desarrollaban ante los ojos de Fenykevi, me vienen deseos de decir a este último, en el tono amigable que solía usar con él: "En nombre del *Veritas vincit*, le ruego manifieste si miento o si digo la pura verdad. No vacile usted, diga la verdad; pues es del todo necesario que la verdad triunfe, se levante, aunque no sea más que una vez."

Los manejos de Kopp costaron bien caros a Rusia. La remesa de mercancías motivaba grandes retrasos que acarreaban inmensos perjuicios a los labriegos, los cuales en esta época tenían urgente necesidad de aperos y herramientas; además había consiguientemente que recargar el precio de venta, sin contar que los precios en que el Gobierno revendía a la población eran muy elevados. Puedo afirmar que ni una sola entrega de Kopp fué satisfactoria. Cuando las averías de los instrumentos y de las máquinas agrícolas no pasaban del 10 por 100 del lote entero, estaba yo obligado a aceptar la mercancía, entresacando las máquinas y los instrumentos rotos; de ellos desechaba una parte, y los restantes los hacía reparar en Reval, pues recuerdo al lector que las posibilidades de reparación en Rusia eran muy limitadas, y si enviara allá los instrumentos rotos, hubiesen sido inservibles. He de mencionar algunos otros hechos que lo mismo a mí que a mis camaradas inspiraban el más profundo desaliento: me refiero al destino ulterior de aquellas mercancías a tanta costa obtenidas. Posteriormente tuve ocasión de leer en uno de los periódicos rusos de la emigración (*Ultimas Noticias* o *Renacimiento*) una correspondencia de Rusia, donde se decía que la red ferroviaria de Moscú está obstruída por una inmensa "cadena" de vagones sin descargar, llenos de mercancías, estacionados allí desde hace cinco años... Los cargamentos que yo expedí para Rusia tuvieron el mismo destino. Los enviábamos con mucha dificultad, y no volvíamos a saber más de ellos.

Lo que aquí describo era un fenómeno constante y no hechos aislados.

He aquí, por ejemplo, una remesa de urgencia. En el momento de salir las mercancías, cuyo envío se hizo bajo la inspección de Fenykevi, seguí una regla por él establecida: telegrafiamos a Moscú la noticia con todos los informes necesarios (género de contrato, cantidad de mercancías, número de tren, día y fecha de envío; en una palabra, los datos todos indispensables). Pasa determinado tiempo, y recibo un telegrama urgente en que la Comisaría del Comercio Exterior pide explicaciones de por qué no ha sido expedido tal lote de mercancías, que ella pidió con urgencia en tal fecha. A veces, estas reclamaciones iban acompañadas de avisos, a los cuales yo no prestaba atención alguna. Periódicamente recibía paquetes enteros de tales reclamaciones, que yo remitía a Fenykevi. Este se veía obligado a perder un tiempo precioso en hacer averiguaciones, para sacar en fin de cuentas que el cargamento se había enviado hacía ya mucho tiempo y que nosotros poseíamos documentos que probaban cómo aquellos lotes habían llegado a su destino a su debido tiempo, etcétera, etc. Todo esto no hacía más que demostrar que en el centro reinaba el más completo caos. Otra circunstancia desalentadora: el robo de las mercancías durante el camino hacía estragos en gran escala. Vagones enteros eran saqueados; los ladrones se metían allá serrando el piso, de suerte que los vagones llegaban con los plomos intactos y por dentro limpios. Tuve que mandar con los trenes inspectores especiales; pero con ello nada se lograba. Con ésto, los géneros se escurrían a lo largo de la vía.

Los objetos de uso corriente desaparecían por lotes. Así, por ejemplo, expedimos 40 vagones de calzado americano de excelente calidad. Al cabo de quince días, este calzado reaparecía en Reval, y era vendido en el mercado, en los almacenes, a precios inferiores al que nosotros habíamos pagado...

¡Ay! Por desgracia, aquello era un fenómeno corriente...; nada podía proteger esas mercancías contra el robo.

XXVII

En el mes de setiembre se creó una nueva sección en la delegación; tomó el nombre de "Sección especial de pedidos extraordinarios", en abreviatura "Spoteksak". Este servicio, sometido a mi jurisdicción desde el punto de vista formal y disciplinar, era en definitiva un órgano de compras de la intendencia militar. La guerra civil, las guerras con los países limítrofes, y sobre todo con Polonia, exigían del Gobierno un gran esfuerzo económico para asegurar el equipo del ejército: los soldados estaban mal vestidos, mal armados; tenían literalmente necesidad de todo: paño, calzado, ropa blanca, medicinas, armamentos.

Sedelnikof, que había ido a Rusia, volvió bruscamente a Reval; nos trajo dos colaboradores: el ingeniero Khitrik y el obrero curtidor Breslav.

Desde el punto de vista jurídico, esta organización del "Spoteksak" estaba dotada de una reglamentación absurda. Quedaba sometida a una doble dependencia; por una parte, dependía de mí, y por otra, de la sección central del "Spoteksak", que formaba parte de la Comisaría del Comercio exterior, y todo a su vez estaba sometido a la administración militar.

La colaboración de Sedelnikof como empleado del "Spoteksak" era fuente de complicaciones, debido al carácter nervioso y desequilibrado de aquel funcionario. Tengo tanto más escrúpulo de hacerle agravio, cuanto que Sedelnikof se mostraba conmigo extremadamente cordial, lo que no impedía me armara las más absurdas escenas. Sin entender de asuntos comerciales, y mucho menos del aspecto jurídico de esas cuestiones, pretendía con frecuencia hacer presión sobre mí para que firmara tal o cual contrato admitido en principio, pero que no había aún cerrado definitivamente con el proveedor, por el cuidado que me tomaba de defender nuestros intereses. Citaré un caso concreto. Una firma me ofreció dos mil juegos de uniformes para soldados; cada juego comprendía una blusa de tela fuerte, pantalón y capote. La firma me entregó muestras que yo envié al "Spoteksak"; el servicio examinó y controló largamente aquellas muestras, y no osando cargar sobre sí la decisión definitiva, me pidió enviase a uno de mis colaboradores a Moscú. Mi elección recayó en el ingeniero Khitrik. A su vuel-

ta de Moscú, me hizo saber que las muestras habían sido aprobadas por el centro, y que éste me rogaba regatease cuanto pudiera para obtener un precio menos elevado, y lo antes posible pedir aquellos uniformes. Personalmente entré en negociaciones con la casa; ésta se me mostró muy obstinada, rehusando hacer una serie de concesiones que garantizaran los intereses del Estado. La discusión se prolongó muchos días. Sedelnikof, que con toda su buena voluntad miraba por los intereses de Rusia, y no sabía cómo arreglárselas para ello, se consumía con el inevitable retraso, criticaba las maniobras de Levashkevitch, a quien acusaba de hacer el tonto y de perder un tiempo precioso. Yo no podía apresurar las transacciones por dar gusto a Sedelnikof; tomé parecer de mi abogado, y continué siguiendo la línea de conducta que me había fijado... Esto no era fácil... Sedelnikof no cesaba de hacer irrupciones en mi casa y de asediarme a preguntas.

—¿Cuánto tiempo va usted todavía a dilatarlo?— así comenzaba sus "lamentaciones", que, según costumbre, pronunciaba en voz baja y como ahogado—. Nuestro ejército, falto de vestido y calzado, muere en los campos de batalla, cumpliendo su sagrado deber... En lugar de pantalones, los soldados van vestidos de estereras... ¡Los pobres hombres están helados!... ¡Pero esto os importa poco!... En vez de volar en su auxilio, usted se goza en las sutilezas de la jurisprudencia, su amigo Levashkevitch y usted... Ese elaborar cláusula tras cláusula no es más que pura cavilación... Y el ejército—continuaba con voz ronca—, el ejército se muere de frío y de privaciones; ¡usted no es más que un cínico!...

Y Sedelnikof, después de pronunciar esta diatriba, se retiraba airadamente. Nos impedía trabajar, no dejaba de tener consultas con el representante del abastecedor, criticaba violentamente mi conducta, haciendo de este modo el juego al contratista, quien buscaba precisamente aludir a ciertas cláusulas del contrato que le eran perjudiciales; también procuraba con todo interés excitar el descontento de Sedelnikof y de sus colegas. Sedelnikof enviaba quejas a Moscú; a mí se me bombardeaba a telegramas, se me llamaba por teléfono para amenazarme y urgirme... Añado que a pesar de todas las precauciones que tomé en el curso de este negocio, el pedido fué entregado en condiciones fraudulentas; se nos proporcionaban uniformes viejos, no solamente usados, sino que, como se echa-

ba de ver a primera vista, eran despojos de soldados muertos en el campo de batalla, ya que muchos vestidos estaban manchados de sangre. Este aprovisionamiento dió lugar a un proceso estrepitoso... ¡Difícil trabajar en tal atmósfera! Los abastecedores eran, en su mayor parte, hombres de negocios, con los cuales había que estar continuamente sobre aviso. Nuestras fuerzas eran limitadas, no teníamos bastante personal; y sin embargo, nuestra labor tomaba cada vez más extensión. Numerosos rusos que se encontraban en Reval nos ofrecieron sus servicios; habíalos con apreciable hoja de servicios, pero eran emigrados, y no podía darles empleo, pues como es sabido, el Gobierno me trataba recelosamente, no considerándome como verdadero bolchevique, por lo que me hallaba atado de pies y manos. Estaba, en efecto, rodeado de tchekistas que me vigilaban de cerca y ponían veto a la mayor parte de mis candidatos. Me dirigí a Moscú solicitando diversos funcionarios y especialistas; pero la Vetcheka creaba también toda clase de dificultades, poniendo igualmente su veto al nombramiento de mis colaboradores.

La situación se iba haciendo del todo intolerable.

Pero he aquí que un día veo llegar a un tal Nitko, acompañado de su mujer. Me veo obligado a detenerme un poco más largamente sobre este personaje, pues a pesar de su extrema vulgaridad, jugó, y juega tal vez todavía hoy, papel importante en el mundo de los empleados soviéticos. Me trajo un certificado con firma de Lejawa, el cual me informaba de que el camarada Nitko era "miembro eminente del Partido", antiguo miembro del Consejo militar revolucionario de Rostov de Don, que había prestado importantes servicios.

El Narkomvneshtorg me lo recomendaba calurosamente como colaborador que podía ser útilmente empleado en cualquier empleo. Entregó igualmente Nitko una carta personal de Lejawa, que decía: "Querido Georguy Alejandrovitch: Esta carta os será entregada por el camarada Nitko, cuya lista de servicios oficiales va en el certificado. Añadiré que estoy seguro de que pronto vendrá a ser vuestro brazo derecho en todos vuestros negocios"...

Leída la carta, recibí a Nitko y a su mujer de la manera más cordial, y les hice algunos cumplimientos, no obstante que la impresión recibida fué sumamente desagradable, y puedo decir que aun repugnante.

Pero las recomendaciones que traían eran de primer orden, y me dije a mí mismo que no tenía derecho a dejarme llevar de impresiones personales en una cuestión de servicio.

—Pues bien, camarada Nitko—le dije—, ¿qué sabe usted hacer o qué puesto podría yo confiarle?

—¿Yo?—dijo Nitko riéndose—, ¿que qué se yo hacer?, pues todo, absolutamente todo...

Examiné su cara, que expresaba una nulidad y recordaba el hocico de un animalejo de mirada escrutadora. Algunos miserables pelos adornaban aquel rostro, cuyo aspecto me daba ganas de gritar: “¡Reptil, lejos de mí!” Entretanto él continuaba en el mismo tono burlón:

—Pues, sí, absolutamente todo, confíadme cualquier negocio; siempre estaré en mi puesto. Antes de la revolución, fui comisionado a la región del Volga, trabajaba en los almacenes de trigo; también conozco el comercio a fondo...

Me hizo un relato tan interminable como absurdo, ahogado por su propio entusiasmo. Yo sentía que subía en mí la ola del desprecio y del disgusto.

—Y después, camarada Solomón—añadió bajando la voz—, si usted tiene necesidad de despistar a cualquiera, de tomar informaciones... (aquí, se hirió el pecho con patético gesto), Nitko está a vuestro servicio... No tiene usted más que decir una palabra, y será todo hecho con la mayor diligencia y de una manera delicada... Soy inapreciable para la admisión... de cualquier mercancía.

Me quebré la cabeza para hallarle un empleo. Desgraciadamente, me era imposible despedirle, por tratarse de un “camarada eminente”. En fin, acordándome que tenía a mi servicio otro “holgazán jubilado”, al camarada Yuzbachef, decidí darle por adjunto este Nitko para la recepción de las entregas técnicas. Llamé a Yuzbachef, le presenté al nuevo camarada y le comuniqué mi decisión. Cuanto a la mujer de Nitko, era una costurera judía, que casi no sabía leer; la confié el cuidado de plegar los papeles y de escribir las direcciones de los sobres en la cancillería.

Pasaron días, y veo entrar a Nitko. Me pareció, como siempre repugnante, pero entonces, su rostro tenía una expresión más particularmente vil, pues triunfaba, y además había cuidado darse aire de mucho misterio. Me informó que las cosas iban mal en la Cancillería y que la contrarrevolución iba a in-

cubar en ella... No teniendo tiempo de ocuparme personalmente de este negocio, hice venir a Makovetzky, y le encargué recogiera informes a este propósito. Desempeñada su misión, vino mi excelente colega a darme su informe. Apenas podía dominar la risa que le bullía.

—¡Qué gracia! La contrarrevolución, Georguy Alejandrovitch, ¡ja, ja, ja!

Después, cesando de burlarse, continuó su relato con el más profundo disgusto: —En realidad, esa historia es irritante—dijo—. Habiendo oído lo dicho por Nitko, hice venir a su mujer, esa costurera inculta, pues era ella la que había descubierto el “complot”. En realidad, como es incapaz de nada, no hace cosa en la Cancillería, y gasta el tiempo en oír las conversaciones de los demás. El caso es que sorprendió a una de nuestras empleadas que iba a decir a su camarada que en París se llevaban los vestidos terriblemente cortos. Y las dos jóvenes se entretuvieron algunos instantes a propósito de la moda: “Usted comprende, camarada Makovetzky—dijo aquella mujer—, hasta qué punto yo estaría indignada. Aquel charlar en horas de trabajo, y a propósito de un tema tan burgués!... “Ya he dicho a Isaac (su marido) que diese parte de ello al camarada Solomon...” Procuré traerla a razón; pero ella comenzó a gritar: “Mi marido y yo no dejaremos pasar este incidente. Si usted no toma en cuenta nuestras quejas, escribiremos a Moscú...” ¿Qué hacer, Georguy Alejandrovitch?; ellos cumplirán sus amenazas.

—¿Qué hacer?—repetí yo—: lo primero, no preocuparos de ello. No tienen más que escribir a Moscú, ¡mal diablo los lleve!

Otro día, debíamos recibir la entrega de dos mil toneles de cloro de potasa. Según las condiciones técnicas estipuladas en el contrato, estos dos mil toneles debían contener 98 por 100 de clorato de potasa puro, es decir, no más del 2 por 100 de otras sustancias químicas. Encargué a Yuzbachev recibir la mercancía, y él me pidió permiso para que le ayudara Nitko. Yo transmití a Yuzbachev todas las órdenes necesarias. La tarea era muy sencilla, y una vez terminada, Yuzbachev vino a darme su informe. Presentándose en el depósito donde se esperaba el pedido, hizo constar que el clorato de potasa se había entregado en cierto número de toneles cada uno de los cuales contenía determinado peso. Hizo abrir muchos (como el

5 por 100 de toda la entrega), y volvió a cerrar, después de tomar en cada tonel determinado número de muestras. Y bien selladas las envió al laboratorio del Estado, que las analizara. Yuzbachev juntaba a su informe un certificado del laboratorio que hiciese constar cómo el clorato de potasa sometido a análisis no contenía más de 0,3 por 100 de sustancias extrañas. Y Yuzbachev consideraba oportuno aceptar la mercancía en cuestión y pasarla al servicio de transportes, para su expedición. Yo firmé acta de recepción y di orden de transmitirla a Fenykevi, y de enviar copia de ella a la contabilidad.

Poco después recibí la visita de Nitko. Respiraba triunfo y alegría, y a la vez, profundísimo misterio, y me dió a entender que tenía que hablarme de un negocio de Estado...

—¡He aquí—me dijo con maligna alegría—, he aquí cómo se portan nuestros camaradas comunistas!

—¿De qué habla usted?

—Tómese como ejemplo el camarada Yuzbachev...; hemos colaborado para el control de ese surtido de clorato de potasa. El sacaba muestras, y yo hacía otro tanto por mi parte, sacando de los mismos toneles que él. También hice analizar mis muestras en un laboratorio, ¡ji, ji, ji! (aquí comenzó a reírse maliciosamente); permítame le dé copia del análisis. El original, junto con la copia del acta de recepción de las mercancías que usted firmó, lo he enviado todo junto a Moscú por correo especial...

Me enteró de la copia de aquel análisis, y los pelos se me pusieron de punta. El laboratorio (cierto, se trataba de un laboratorio privado, mas, al fin, era un establecimiento serio) certificaba que el modelo entregado (éste era, como se recordará, una de las muestras tomadas de los diversos toneles) no contenía más que 76,25 por 100 de clorato de potasa puro; lo restante presentaba una mezcla de diversos cuerpos extraños. El análisis dicho no había sido hecho, pero a simple vista ofrecían varios elementos, como polvo y agua verde. Yo eché a Nitko una mirada horrorizada. El se regocijaba modestamente, aunque con una evidente malignidad.

—Pues ahí lo tiene—concluyó él, con fingida tristeza—; y usted ha firmado esa acta. Sin duda, en Moscú quedarán sorprendidos.

Inmediatamente, por teléfono, di orden de suspender el envío y ajuste de cuenta con el contratista, y llamé a Yuzbachev...

Le encargué sacara más muestras con la ayuda de uno de nuestros empleados y en presencia del contratista. Guardadas todas las formalidades del caso, debía dividir aquellos modelos en dos partes igualés, y llevar una al laboratorio del Estado y otra al particular privado. Mientras duraron los análisis, estuve como alma en pena. Entre tanto, las denuncias de Nitko habían surtido efecto; de Moscú llegaron demandas de informes y avisos... Tuve que responder. El ruido de esta "fraudulenta entrega" llegó a la intendencia militar. Hubo roces, altercados sin cuento; en una palabra, aquello fué el acabóse. Recibimos, por fin, los resultados de los dos análisis; eran casi idénticos; uno de los laboratorios sacó que las muestras contenían 99,70 por 100 de clorato puro, el otro 99,75 por 100... El lector comprenderá fácilmente la angustia que yo sufrí durante algunos días, angustia que se comunicó a mis colaboradores. Empleados de la cancillería, mecanógrafos, telegrafistas, encargados de las cifras secretas, trabajaron sin descanso. Tan pronto recibí los nuevos análisis comuniqué con Moscú por teléfono y transmití los resultados. Se me rogó hacer una pesquisa rigurosa para descubrir al culpable. Hice llamar a Nitko, y le dirigí una severa amonestación.

—Yo no sé nada; Dios me es testigo—repetía con acento lastimero, olvidando en su emoción el nuevo dogma antirreligioso.

Pero, sometiéndole a un severo interrogatorio, acabé por arrancarle todo el bajo fondo del negocio. Descubrí que Nitko había tomado a escondidas las muestras de los toneles controlados por Yuzbachev; no las había tomado en los toneles mismos, sino que se había contentado con amontonar el clorato de potasa esparcido por el suelo en el momento de ser destapados los toneles. Las mercancías se encontraban en la factoría de aduanas; el piso estaba cubierto de polvo, barro, nieve deshecha, todo lo cual se había mezclado con el clorato de potasa. No necesito concluir... Comunicué el resultado de mi investigación a Moscú, pidiendo quitasen de mi lado la presencia de aquel borracho. Nitko, fué, con todo, mantenido en su puesto, y aunque se viese obligado a bajar el tono, no cesó de molestarme y provocar la cólera de todos. Concluí por deshacerme de él, despidiendo a su mujer (cuyos servicios eran ya superfluos), y él marchó tras ella. Los incidentes que había provocado en Reval, no causaron perjuicio alguno a su ca-

rrera, y he oído decir que se le ha conferido un puesto importante en Moscú.

No tuve mejor suerte con los otros funcionarios que me enviaron.

Por fin, aparece en escena un tal Nicolaief. Este me fué dado como adjunto en calidad de tchekista; no hacía ningún secreto del carácter de su misión, al menos en lo que a mí concernía. Era de su cargo vigilar a los emigrados y—ya se entiende—a los empleados de nuestra institución. Estaba muy bien recomendado, y daba la impresión de un obrero comunista sincero, que no recurría a provocación. Tenía derecho a un crédito que debía yo abrirle. Pero pronto se le juntó un tal Kolakutzky, que Boris Cederholm ha hecho célebre en su libro (1). Kolakutzky era un antiguo oficial de Marina, que había servido en la flota zarista; pero ya en aquella época, se consagraba menos al oficio de marino que al de espía. Sin duda, la Tcheka no hacía de él plena confianza, pues no recibió otro puesto que el de ayudante del oscuro Nikolaief. Los dos juntos se pusieron "al trabajo". Yo no me ocupaba mucho de ellos; por precaución, tuve cuidado de rogar al demasiado hablador Kolakutzky no me hiciera confidencias.

Por el intermedio de Nikolaief, su ayudante, me pedía sin cesar fondos destinados, decía él, a cubrir gastos y a otros establecimientos que estaba obligado a frecuentar, porque los guardias blancos y los contrarrevolucionarios tenían costumbre de reunirse allí. Además, los dos colaboradores gastaban mucho dinero por causa de "su trabajo". Kolakutzky hizo tentativas para trabar amistad conmigo, aconsejándome no permaneciese clavado a mi mesa de escribir; por interés mismo de mi oficio, debía, según él, frecuentar el mundo de los negocios, invitar y aceptar invitaciones a los "restaurants" de buen tono de los alrededores, etc.

—Os aseguro, Georguy Alexandrovitch, que es por el bien mismo de la causa que servís—repetía Kolakutzky, olvidando que trataba con un empleado de antiguo cuño, y procurando arrastrarme—. Acompañeme usted esta noche a tal establecimiento... Allí hay mujeres encantadoras; cuanto a la fruta que allí se sirve, usted me lo dirá después...

Interrumpíle bruscamente, rogándole no continuase, y aña-

(1) *En el país de Nep y de la Tcheka*, por B. Cederholm.

díle que yo no tenía tiempo para frecuentar casas de noche. Pero volvió frecuentemente sobre ese tema, pretendiendo tentarme y comprometerme después. Leía claramente sus intenciones de inhábil provocador. Al fin, acabó por cansarme.

—¿Pero no ve usted—le dije un día que pierde el tiempo? Su provocación no conseguiría comprometer mi nombre mezclándole en alguna escena de pugilato o negocio de faldas.

Se echó a reír con cínica franqueza, y relató algunos episodios curiosos sacados de su carrera de "tentador", explicando cómo había logrado picar a diversas personas. "Creía, concluyó diciendo, que mi papel de tentador produciría igualmente su efecto sobre usted, y que usted acabaría por tragar el anzuelo; pero no hay remedio, el golpe no dió chispa."

Un día ese individuo se presentó en mi casa en compañía de Nikolaief. Los dos habían tomado un aire muy grave de severidad y preocupación. Juzgo deber adelantarme un poco a mi narración. En el momento de recibir aquella visita, tenía yo en depósito en mi caja de caudales una porción de diamantes valuados en un millón de libras esterlinas.

Había recibido por entonces una carta amenazadora, que me dirigía una "asociación libre de revolucionarios socialistas"; recibía yo tal número de misivas, que ya no les prestaba ninguna atención; pero la carta a que ahora me refiero hacía alusión a aquellos diamantes, intimándome entregarlos a la asociación, y amenazándome de muerte en caso contrario. Me contenté con fiar el secreto del caso a mi amigo, el correo Spiridonof, sinceramente adicto a mí, y le rogué se acostara bien armado sobre el sofá de mi despacho.

—Georguy Alexandrovitch—comenzó diciendo Kolakutzky, en tono solemne...—; nos reprocha usted que derrochamos dinero y hacemos excesos en los restaurantes; pero precisamente gracias a esa estratagema, hemos podido recoger ciertos datos... Parece que los socialistas revolucionarios preparan un atentado contra usted, y quieren despojarde de algunas joyas que obran en su poder...; y aun sin eso, han decidido acabar con usted.

Levantóse y se dirigió a la ventana de mi despacho, donde se encontraba el escritorio. Enfrente de aquella ventana, del otro lado de una estrecha callejuela, se elevaba una casa particular, cuyas ventanas dominaban la de mi gabinete de trabajo.

—No—añadió Kolakutzky con tono de hombre experto—, eso me disgusta francamente...: os pueden mandar al otro mundo con una simple bala de revólver, y sobre todo de noche, cuando se alarga en su escritorio, ofrece usted verdadero blanco...; debe, en absoluto, bajar la cortinilla de la ventana; al menos, tendrán más dificultad para apuntar...

Sabiendo que tenía costumbre de pasearme durante el día y durante la noche por las calles de Reval sin armas (mi domicilio, según costumbre de los habitantes de Reval, se hallaba bastante lejos de las oficinas), me obligaron a llevar brownning en el bolsillo de mi chaleco, y querían a todo trance que llevase conmigo un guardia de corps. Rehusé seguir su consejo, y esto nó por "mi loca audacia", sino atento a ciertas consideraciones personales. Me apresuré a deshacerme de mis importunas visitas, y llamé inmediatamente a mis fieles Makovetzky, Fenýkévi y Spiridonof. Procurámonos armarnos, y salimos los cuatro juntamente, transportando once regulares paquetes cuidadosamente ocultos. En ellos iban los famosos diamantes, que depositamos en la caja de caudales de un Banco.

Kolakutzky corrompió ante mis ojos a su jefe Nikolaief, que tenía al principio aficiones moderadas. Los pedidos de dinero eran cada vez más frecuentes e importantes. El placer "para bien de Rusia" tomaba proporciones catastróficas. No quiero hablar de Kolakutzky, pero recuerdo haber visto a Nikolaief mismo con los ojos turbados e inflamados por la embriaguez... Aquella fiesta tuvo un triste fin. Kolakutzky y Nikolaief se alojaban en "Lion d'Or", que yo había abandonado para ponerme en una vivienda particular. Cierta noche, estalló en el "Lion d'Or" un enorme escándalo, del que Kolakutzky fué héroe principal. Estaba borracho y sin sentido; tomó parte en una contienda, no recuerdo ya con quién y a propósito de qué. Lo cierto es que soltó unos tiros de revólver e hirió a una persona, y hubo de dejar a Reval a toda prisa...

XXVIII

En el mes de noviembre de 1920 el centro me confió otra misión muy desagradable: la venta de diamantes. Yo no entendía nada, absolutamente nada, de piedras preciosas, y comencé por cambiar una larga correspondencia con Krassín; rehusé

durante mucho tiempo encargarme de este negocio, pero mi amigo insistió, lo mismo que Lejawa, y acabé por aceptar. Es sabido que, antes de mi llegada, Gukovsky se había ocupado en la venta de joyas, pero de una manera absolutamente arbitraria.

Krassín me envió un individuo de Londres, que se me presentó con una carta de mi amigo; llamábase, si no me engaño, el "capitán" Kohn. Era un judío ruso, naturalizado en Inglaterra; traía encargo de entenderse conmigo sobre la venta de los diamantes. Había yo recibido de Moscú un paquete de pequeños diamantes, de medio a cinco quilates. Mostré esas piedras a Kohn. Pero él me dijo que no le interesaban más que lotes importantes. Convinimos en que yo los haría traer otros más considerables, y que le llamaría oportunamente. En sus conversaciones, este individuo se daba mucha importancia hablándome de Lloyd George, aunque más tarde averigüé que no era más que un simple intermediario. Puesto al habla con Moscú sobre el nuevo envío de diamantes, avisé a Kohn que me enviase de París a su representante, el tan conocido lapidario Abrahán.

A petición mía, el transporte de las piedras se hizo bajo el cuidado de un especialista, gran joyero ruso (quien más tarde fué fusilado a consecuencia de una inculpación de la Tchecha). Además, los preciosos bultos iban escoltados por un comisario del Goskhran y varios guardias.

Prescribí reglas rigurosas y una serie de formalidades para recibir aquella mercancía. Los diamantes fueron entregados bajo la responsabilidad combinada del comisario del Goskhran y del perito, y sometidos al control de cuatro colaboradores especialmente designados por mí para esto, y de una honradez a toda prueba. Abrahán, como comprador eventual, asistía igualmente a esta operación. Cuando todas las formalidades estuvieron cumplidas, los diamantes, convenientemente acomodados, fueron puestos en grandes cajas, que, a su vez, fueron envueltas en papel grueso, atadas con cuerdas y selladas con tres sellos: el mío, el del Goskhran y el de Abrahán. Todas las piedras estaban registradas, lo mismo por el personal que había efectuado la entrega, que por el que la había recibido, y por Abrahán. Las cajas eran once por junto. En el lote (que no comprendía, realmente, diamantes, sino turquesas, esmeraldas, rubíes etc) había muchas piedras estropeadas, y por

consiguiente depreciadas, efecto de las manipulaciones a que gente inexperta las había sometido (se las había desmontado, para así desfigurarlas). Las seis primeras cajas contenían pedrería de gran valor y sin defecto (1), mientras que las otras contenían las piedras rotas, hendidas, empañadas, etc. En fin, hecha la entrega, fué preciso ocuparse de la venta. Yo no tenía ningún conocimiento en materia de joyería; así que tuve que dirigirme a un especialista, quien las evaluó, basándose en listas detalladas que tenía hechas. Según él, debía yo pedir por el lote un millón de libras esterlinas. Yo elegí ese precio, poniendo como condición, que el comprador debía llevar todas las piedras, lo mismo las buenas que las malas. Abrahán dió sus pasos para hacerse con las piedras de mejor calidad contenidas en las seis primeras cajas. Yo rehusé. Entonces comenzó a lamentarse como un revendedor de bazar, quejándose del precio que yo le propuse, y no ofreciéndome más que la mitad. Se marchaba, no aparecía más por muchos días; enviaba testaferrros, que yo dejaba a la puerta, y otra vez a quejarse; me mostraba telegramas de Londres en los que el "capitán" Kohn, amigo íntimo de Lloyd George, decía también que los precios por mí puestos eran exorbitantes, etc. Tan pronto quería romper las negociaciones "a causa de mi carácter intratable", como volvía al asalto, ofreciéndome cinco a diez mil libras más. En una palabra, aquello era un regateo en toda regla. No llegamos a entendernos. Abrahán se presentó en mi casa, para despedirse, y me dijo que podía retirar sus sellos de las cajas, puesto que aquella mercancía no le interesaba ya. Pero, cuando yo, sin protestar, me puse a efectuarlo, e iba a tomar los cofres de la caja de caudales, me detuvo gritando:

—;Pero, hombre, por Dios! ¿Qué va usted a hacer? Espere, se lo suplico...

Me ofreció cinco mil libras más, y se retiró, diciendo que pensaba dirigirse a París y consultar a algunas personas conocidas; me rogó no retirase los sellos antes que él diera un no definitivo.

(1) Había algunos ejemplares sumamente raros, célebres en la historia lapidaria y que llevaban nombres históricos. Abrahán decía frecuentemente durante la recepción de las mercancías: Conozco muy bien esta piedra, data de tal año, yo la compré a un tal para vendérsela al gran duque... o a la gran duquesa..., o al conde..., o a la condesa...: Seguía una larga serie de nombres.

Entre tanto, vine a entender que los representantes de “esferas diamantinas” sostenían un rudo combate en torno de nuestros diamantes. En Londres el “capitán” Kohn procuraba hacer presión a Krassín para que influyese conmigo. Recibí la visita de algunos testafierros venidos de Londres, que estaban perfectamente al corriente del negocio (conocían la existencia de las once cajas, su contenido y los sellos que traían puestos), y entablaron negociaciones conmigo. Vi llegar, entre otros, al representante de una fábrica de lienzo (si no me engaño, tratábase de la casa Polikof), un tal Bredford, acompañado de la intérprete, señora Kall, y se puso a negociar, ofreciéndome 600.000 libras esterlinas. Krassín me telegrafió, recomendándome bajar mis precios y no pedir más de 750.000 libras. Pero yo mantuve mis posiciones, y Polikof subió a 675.000 libras. Lejawa me escribió a su vez, aconsejándome hacer concesiones, pero yo no cedí un punto.

El negocio permaneció en suspenso. A fin de no tener que volver sobre él, diré que, cuando me encontraba en Londres en calidad de director de la “Arkos” (en Reval me había reemplazado Livinof), recibí la visita de Bredford, acompañado también de su intérprete, la señora Kall. Me participó, como si fuera su mayor amigo, que se habían casado, y que su patrono Polikof había terminado por adquirir las seis cajas, que contenían las piedras de mejor calidad:

—¡Pedía usted un precio tan elevado, señor Solomon!...— me dijo la señora Kall con aire de triunfo—; nosotros le habíamos ofrecido a usted 675.000 libras, y usted no las aceptó. Pero en ausencia de usted nos entendimos con Livinof, y compramos las cajas por 365.000 libras...

—¿Cómo?—exclamé sorprendido, saltando de mi sillón—, ¿por 365.000 libras? ¡Imposible!

—Como usted lo oye. Las hemos comprado, sin escoger las piedras depreciadas contenidas en las otras cajas—dijo la señora con aire regocijado, mientras su esposo, que no entendía el ruso, sonreía con la fría sonrisa del anglosajón—: créame, nosotros mismos nos sorprendimos cuando el señor Livinof aceptó esas condiciones. Seguramente no debería haber hecho así. Debí, como usted lo tenía prescrito, vender el lote todo entero... Pero el señor Livinof aceptó, regateó un poco, y terminó por darnos las seis cajas...

—¡Es imposible!—repetí, literalmente aturdido por lo que acababa de oír.

—Pues no; no es imposible. Perdona usted, pero las piedras las he comprado para Polikof...; él hizo un buen negocio, y nosotros, por otra parte, también. Recibimos tres mil libras de comisión, y las piedras depreciadas quedaron en poder de Livinof; nadie las querrá ya, entán partidas, los colores son débiles, lo más que podrán valer es de 30 a 40.000 libras...

Y me hizo un largo relato, sin ahorrar pormenores, de aquel crimen, que todavía hoy, después de pasados diez años, recuerdo con impotente despecho. Desgraciadamente, no poseo ningún documento, pero los autores y los testigos de aquellas transacciones viven todavía, y me sentiría dichoso si los *criminales* mismos me invitasen a responder delante de un tribunal, pues una investigación imparcial pondría pronto de manifiesto los bajos fondos de esta ignominia. Pero no, no me citarán, pues esos hombres que han saqueado al pueblo ruso, se ocultarán tras la máscara de la hipocresía, diciendo: "Nosotros no confiamos en tribunales burgueses de tiburones capitalistas". ¡Que sus honrados y nobles nombres *revolucionarios* queden clavados en la picota!

.....

El puesto de agente militar encargado de recoger las informaciones, estaba confiado a un tal Stenninger, a las órdenes de Gukovsky. Era él persona honrada e íntegra, y Gukovsky acabó por descartarle, haciéndole la vida intolerable. El agente reprochaba, en efecto, la política de su jefe, a quien trataba con marcada repugnancia. Este hecho nos acercó a ambos, y Stenninger, falto de experiencia, venía con frecuencia a consultarme. Tenía que habérselas con toda clase de espías y gente perdida, que trabajaba en los dos frentes. Uno de sus más preciosos informadores era el ingeniero R-n. Yo no sé si era realmente ingeniero o si se había apropiado ese título. Stenninger llegó a dudar muchas veces de la veracidad de las informaciones suministradas por aquel individuo, y venía a pedirme consejo a este propósito. Al fin, me pidió permiso para presentármelo para que por mí mismo pudiese darme cuenta del carácter de aquel informador. Consentí en recibirlo. Era un hombre bajo y desmañado, que hablaba con acento vulgar. No disimuló que trabajaba igualmente en el *Intelli-*

gence Service inglés. Era un espíritu muy limitado, y sus maneras de expresarse recordaban el tipo de un contraamaestre.

En esta ocasión, ambos a dos de acuerdo, me presentaron una petición: R-n quería disimular su inactividad y necesitaba un pretexto oficial para frecuentar el "Hotel Petersburgo" donde constantemente se reunía una multitud de contratistas. A fin de no ser descubierto por nuestros empleados y por el *Intelligence Service*, deseaba hacer el papel de uno de aquellos contratistas y poder efectuar algunas ventas con que suplir la remuneración directa de sus servicios; sin dichas precauciones, corría peligro de ser descubierto. Respondí que nada tenía contra aquel sistema de remuneración, con tal que el precio de las mercancías que él suministrase fuese examinado desde el punto de vista general de la concurrencia. Él se comprometió a conformarse, pidiendo solamente que, en iguales condiciones, se le diese la preferencia. Se concertó el asunto y él ofreció en segunda un lote bastante considerable de calzado. Transmití sus proposiciones al Spoteksak, por tratarse de un modelo de calzado militar. Como las muestras eran de primera calidad, y los precios asequibles, se cerró el contrato, y la entrega fué del todo satisfactoria. Nos entregó además otras mercancías, todas de primera. Me veo obligado a detenerme sobre una de estas mercancías de R-n, quien mucho tiempo después, cuando yo me encontraba ya en Londres, jugó un papel importante tocante a mi destino. A fin de no interrumpir mi relato, tengo que dejar el epílogo de este incidente para los capítulos consagrados a mis servicios en Inglaterra.

R-n me ofreció una porción de mercancías de Salvarsán. Nuestro ejército tenía necesidad de ellas, y el Spoteksak había insistido sobre esa compra. Convenimos en el precio; R-n se encargó del pedido, y cuando las mercancías fueron entregadas, confié a Yuzbachef el cuidado de recibirlas. Yuzbachef ejecutó mis órdenes, redactó una acta de recibo, y el Salvarsán fué expedido a Moscú. Si mis recuerdos son exactos, el lote no había costado más de trescientas libras esterlinas. Esto ocurría en diciembre de 1920. Absorbido por mis negocios, no volví a ocuparme más de tales mercancías. R-n nos entregó otras, y sus entregas fueron efectuadas todas de la manera más regular, a precios que hacían desaparecer toda competencia.

Un día se me entregó una tarjeta de visita que llevaba en francés el nombre de la señora Luisa Federmesser, y la inscripción siguiente, hecha a mano: "Ofrece calzado militar y otras mercancías. Os ruega instantemente la recibáis". La hice entrar, y vi a una joven modestamente ataviada, pero con el sello de aquella sencillez que cuesta cara y distingue a los verdaderos aristócratas.

—¿Usted ofrece calzado para el ejército?—pregunté yo dirigiendo una mirada a aquella elegante joven.

—De ninguna manera, señor Solomón—respondió con una lánguida sonrisa—. Tomé pretexto para ser recibida por usted y disimular el verdadero motivo de mi visita.

—En tal caso, ¿a qué debo yo el honor de vuestra presencia, señora?

—Antes de explicar el objeto de mi visita—añadió ella—, le diré que es usted todo un caballero, aunque se halle al servicio de los bolcheviques. Además, no responderé a sus preguntas, sino cuando usted me haya dado su palabra de honor de guardar bajo el sello del más riguroso secreto toda esta conversación, al menos durante dos o tres días.

—Usted perdone...; sólo puedo darle esta seguridad si su visita no tiene por objeto cuestiones tocante al Estado.

—¡Oh, no! ¡nada de eso! Estoy alejada de toda política—respondió ella—. La cosa no se refiere más que a usted personalmente. Quiero hacerle una propuesta...; ¿podría contar con su absoluta reserva?

Yo estaba cada vez más intrigado, y le di esa seguridad.

—Pues bien, he aquí de qué se trata—dijo la visitante—: yo soy la señora del secretario del consulado de un país que no he de nombrar; sólo digo que ese consulado no se encuentra aquí. Estamos al corriente de los roces que existen entre el señor Gukovsky y usted; choques capaces de causarle graves disgustos. Por otra parte, esto no es ya un secreto, todo el mundo habla de ellos. Dejo a un lado el fondo de este negocio; solamente quiero prevenirle que su colega le ha denunciado, y que está usted amenazado de graves disgustos. Dicho sea entre nosotros, Gukovsky mismo no escapará del desastre... Pues bien: poseyendo, gracias a mi marido, las relaciones y medios necesarios, os vengo a ofrecer, en caso de *necesidad*, un *excelente* pasaporte, y recalcó la palabra excelente.

—Gracias—respondí profundamente sorprendido por sus

palabras, y por lo bien informada—; no tengo intención de huir.

—No quería decir esto; suponía sencillamente que os sería, tal vez, grato tener en el bolsillo un pasaporte con visado listo para cualquier país...; le habría también para su mujer. Por ser para usted, porque sabemos que es usted una persona honrada, y esa es la causa por la que Gukovsky busca perderos; los dos pasaportes no os costarán sino solos cien mil marcos estonianos.

—Gracias por vuestra solicitud para conmigo—respondí yo—, pero, lo repito, no tengo intención de huir.

—Reflexione, señor Solomón, reflexione usted bien: el precio es muy razonable...; cuando en el verano Gukovsky obtuvo también por mi medio el pasaporte de Erlanger y de su mujer, nos entregó un millón de marcos estonianos... Pero Erlanger era un timador, que ha malversado inmensas sumas...; arrambió por lo menos dos millones de coronas suecas... y nosotros no experimentamos ningún escrúpulo en esquilmarle... El otro día, Gukovsky nos pidió un pasaporte para sí, pero no hemos querido comprometernos, y lo rehusamos. Hemos procurado un pasaporte para N., al que usted destituyó de su empleo, y nos ha dado también un millón de marcos.

Yo me negué categóricamente. Cierto que hubiera podido, más aún, debiera haber arrestado inmediatamente a aquella señora, pero la dejé partir. ¿No se había fiado de mi palabra, en la palabra de un caballero bolchevique?

Yo no sé si habría secreto enlace entre esta visita y los sucesos que sobrevinieron poco después, o si se trata de simple coincidencia; pero al día siguiente—estábamos a mediados de diciembre—llegaba de Moscú un correo diplomático. Gukovsky entró precipitadamente en mi casa con aire de triunfo.

¡Hola! ¡hola!—exclamó—. He recibido hoy buenas noticias; y tú, ¿no has recibido nada?

—Yo he recibido los encargos y las demandas de informes acostumbrados.

—Pues yo, yo poseo informes que te harán botar. Aunque te comuniqué cartas que dirigí a ciertas personas que tú llamas "mis amigos criminales" ¡je, je, je!, no te lo leí todo, claro está...: así, por ejemplo, habiendo entendido que el centro, ante la insistencia de Lenin, había vuelto a llamarme, escribí a Tchitcherín que, para mantener el prestigio de la U. R. S. S.

sería oportuno que te llamaran al mismo tiempo que a mí, ¡je, je, je! ¿No hallas el pensamiento ingenioso?

Yo me callaba con aire sombrío. Sentía hondo disgusto al oírle proferir aquellas palabras, y al ver delante de mí su odiosa silueta, sus ojos, donde brillaba un triunfo lleno de malignidad.

—¡Je, je, je!, acabo de recibir respuesta de Tchitcherín, y he venido a darte parte de esta nueva.

Se puso a leerme la carta de Tchitcherín, que cito de memoria:

“Con gran sentimiento mío—escribía—, me he enterado de que Stalin hace fuerte presión sobre Lenín y que le ha presentado el informe detallado de Yakubof, como también las conclusiones desfavorables del “pacificador” Joffé. En consecuencia de estos hechos, y de la insistencia de Lenín, se ha resuelto llamarnos de Reval. He intentado oponerme a vuestra vuelta, y discutido largamente sobre ello, pero me he estrellado contra una decisión irrevocable, contra la que se han quebrado todos mis argumentos. Vuestra venida es cosa resuelta. Soy enteramente de vuestra opinión, y juzgo que, si se busca conservar el prestigio de nuestra institución, es posible de que os saque solamente a vos y se deje a Solomón celebrar su victoria: tal solución podría, en efecto, ejercer una influencia deplorable sobre la opinión pública en el extranjero.

“Y así, he hecho todo lo posible por evitarlo, y sólo merced a un enorme esfuerzo, he logrado convencer a Lenín de la necesidad de llamar también a Solomón. Hice valer el argumento de que no teníamos necesidad más que de un solo representante en Estonia, el cual podría reunir las funciones diplomáticas y comerciales; que de otro modo no podrías cortar los roces personales. Me vi precisado a presentar varias veces la cuestión de confianza para hacer a mis colegas adoptar mi opinión en este punto; así seréis los dos a la vez llamados no tardando mucho y seréis reemplazados—en esto he insistido mucho—por un solo representante. Los cargos pasarán a Litvinof. Al presente, estoy haciendo las diligencias para obteneros mes y medio de licencia, que os permita tratar vuestra enfermedad y seguir un régimen de rejuvenecimiento por el método de Stinach, del que habéis hablado”...

Terminó su lectura, y me lanzó una mirada victoriosa.

—¿Qué piensas del proyecto, Georguy Alejandrovitch?—

preguntó riéndose burlescamente—. ¿No te parece que Tchitcherín lo ha hecho de la manera más hábil?

Por primera vez, después de numerosas conversaciones con Gukovsky, di rienda suelta a mi indignación; me levanté sin decir palabra, y dominando con dificultad las ganas que tenía de apalearle, le cogí por la mano, le levanté a viva fuerza de su sillón y murmuré con dificultad, por el furor que me ahogaba:

—Salga, salga inmediatamente, canalla...—y le empujé hacia la puerta.

El se llenó de miedo, palideció, se puso a temblar y se dirigió dócilmente hacia la puerta renqueando...

Litvinof, que estaba señalado para sustituirme, llegó poco después, y Gukovsky salió el mismo día para Alemania, con el fin de empezar su cura de rejuvenecimiento. Cuanto a mí, el centro se callaba. Las letras credenciales de Litvinof declaraban que venía nombrado representante diplomático y comercial, pero yo no recibí ningún informe oficial sobre mi destitución. Escribí a Moscú, y al mismo tiempo hacía una pregunta a Krassín. Moscú continuaba callando. Pero Krassín me envió el despacho siguiente: "Profundamente sorprendido por esa modificación de cuadros incomprensible, comunico con Moscú a fin de dilucidar cuestión. Te suplico tengas sangre fría. Pienso ir pronto a Reval de camino para Moscú. Te abraza, *Krassín.*"

Pregunté a Litvinof si deseaba tomar inmediatamente posesión de mis negocios. El me respondió rogándome ("como antiguo y cordialísimo camarada") no hacer cambio alguno en mi empleo y continuar la labor como antes. Permanecí, pues, en mi puesto, encontrándome, por decirlo así, a merced de Litvinof, que invitó a los jefes de servicio a informarle con el mismo título que a mí. Esta absurda situación hería profundamente mi amor propio. Pero aquello no bastaba a Litvinof; habiendo cogido el rastro, mostró sus uñas y se dió a perseguir a mis colaboradores, Noguín, Makovetzky, Fenykevi, etcétera. Yo sufrí mucho por ellos, mas, por desgracia, en nada podía ayudarles. El método de Litvinof consistía en tratar al personal desde las alturas de su grandeza, interpeándoles en un tono brusco y mostrándose con ellos muy bonitamente grosero (cosa a que no estaban acostumbrados); en una palabra, les hacía la vida intolerable... En cuanto a mí, como no recibía

respuesta de Moscú, envié otra nueva demanda de información, que se quedó igualmente sin respuesta.

Aschberg arribó a Estocolmo con objeto de ayudarme en mis operaciones de cambio, definitivamente arruinadas por Lomonossov. Sin ponerle al tanto del fondo del negocio, le dije sencillamente que Litvinof había sido nombrado en lugar de Gukovsky, y que, lo más probable, sería muy luego designado para otro puesto. Entonces me hizo las siguientes proposiciones:

—Sé—me dijo—que el Gobierno soviético tiene confianza en usted; por otra parte, he pensado que la U. R. S. S. debería tener su propio Banco en el extranjero, lo que daría mucha más libertad a vuestro país y haría bajar el tipo de vuestras operaciones financieras. Hace ya mucho tiempo que deseaba hablar con usted acerca del asunto, y someterle, lo mismo que a su Gobierno, esta combinación. Actualmente me encuentro al frente del Banco *Ekonomiakziembulahet*, fundado por mí, uno de cuyos grandes accionistas es mi amigo Branting; el Banco nos pertenece, puede decirse, por entero.

La U. R. S. S. podría encargarse de las operaciones de este establecimiento que nominalmente seguiría siendo una sociedad sueca privada. Supongamos que la U. R. S. S. nos aporta cinco millones de rublos oro, que usted entrega a su nombre como persona privada. Poseyendo alrededor del 70 por 100 de acciones en esta empresa, viene usted a ser de hecho el único director del Banco. Por otra parte, el modo de administración es cosa secundaria, y si vuestro Gobierno aprueba esa combinación, podría usted encargarse de la organización del negocio. Lo esencial es dar a la U. R. S. S. posibilidad de tener su Banco en el extranjero. Usted tendría el derecho absoluto de firma, y los otros miembros del Consejo de administración tendrían derechos limitados, que fijaría usted a su gusto. Pero, repito, lo importante es la cuestión de principio.

Precisamente había yo recibido despachos de Krassín anunciándome su llegada y le esperaba de un día para otro. Declaré a Aschberg que, antes de darle respuesta definitiva, quería consultar a Krassín, y el banquero consintió en permanecer unos días en Reval. Le presenté a Litvinof, a quien sometí el negocio en cuestión, que acogió con el más vivo interés.

Krassín, que debía llevar a Moscú el proyecto definitivo del tratado de comercio con Inglaterra, desembarcó en Reval.

Litvinof me acompañó al muelle donde debía estar amarrado el barco de Krassín. Experimenté profundo disgusto cuando Litvinof, que odiaba a Krassín con toda el alma, se puso a abrazarle estrechamente. Mi amigo debía bajar conmigo, y como mi domicilio se encontraba muy cerca del muelle, fuimos a pie mientras que un maletero se encargaba de los bultos.

Caso característico: tan pronto como Leónidas y yo nos despedimos de Litvinof y quedamos solos, se volvió hacia mí para preguntarme:

—¿Qué piensas, Jorge? ¿Me arrestarán en Moscú?...

El mismo día Krassín me acompañó a mis oficinas; discurríamos con Litvinof sobre la combinación de Aschberg. Invitamos a éste a la reunión en presencia nuestra, y defendió todos los puntos de su proyecto. Cuando se retiró, examinamos de nuevo todos los pormenores, y llegamos a tomar un acuerdo, que Krassín se encargó de someter a la apreciación del centro. Nuestro plan, ratificado más tarde por Moscú, era el siguiente: La U. R. S. S. aprobaba la proposición de Aschberg. Yo me encargaba de realizar el proyecto, y el Gobierno Soviético me asignaba, o más exactamente, me entregaba personalmente cinco millones rublos oro. A fin de que mi participación en este negocio no provocara sospecha alguna, debía yo, con la autorización del Gobierno Soviético, hacer la apariencia de romper con este último, de huir a Suecia y de poner los cinco millones de rublos (adquiridos no se sabía cómo) en el Banco *Ekonomiaktzienbulahet*. Dicho en otros términos, debía arruinar para siempre mi reputación de persona honrada... Esta entrevista tenía lugar en el despacho de Litvinof; acabada que fué nuestra conversación, yo me retiré llamado por negocios urgentes, dejando a Krassín y Litvinof mano a mano. Al cabo de una hora vino Krassín a juntárame en el despacho. Parecía muy preocupado. Habiendo firmado algunos papeles urgentes, le pregunté:

—¿Qué hay?, ¿desavenencias con Litvinof?...

—¿Cómo diría yo?...—respondió poniendo mala cara—; le he mostrado el proyecto del tratado con Inglaterra y... a ti se te puede decir... Tú conoces a Litvinof, tú sabes lo envidioso que es; se pone, pues, a criticar el proyecto con encarnizamiento, diciendo que yo habría podido obtener de los ingleses tales y tales condiciones de más. Le respondí punto por punto... En

resumen, mi impresión ha sido de lo más desagradable; el proyecto le parecía malo únicamente porque soy yo y no él quien lo ha trabajado... Krassín permaneció conmigo tres días. Estaba de muy mal humor, y no podía deshacerse del presentimiento de que le esperaban en Moscú graves disgustos. Yo no estaba más alegre, pero procuraba distraerle lo mejor que podía. Volvió, al fin, para Moscú. Le acompañé a la estación. Litvinof asistía también a la despedida, y le dió de nuevo el beso de Judas. En el momento de despedirse de mí, Krassín me tomó un poco aparte y murmuró con inquietud mientras me abrazaba: "¿Crees tú que me arrestarán?" Yo ahogué mi propia congoja sobre su suerte, y esforzándome por sonreír, con aire alentador le dije:

—No, hombre, de seguro que no; parte y que Dios te guarde, amigo...

XXIX

Krassín partió, y yo volví a mi trabajo. Observando en todo para conmigo una actitud correcta y aun amistosa, Litvinof se vengaba de Krassín y de mí en mis colaboradores inmediatos, quienes me suplicaron los llevase conmigo, caso de que me destinaran a otro puesto. Aschberg se dirigió una vez más a Reval; trabajamos con Litvinof los pormenores del proyecto, que, según informes de Krassín, había sido plenamente aprobado en las esferas soviéticas. A comienzos de febrero Gukovsky volvía, terminado su permiso. Sólo unos días se detuvo en Reval, alojándose en una habitación del "Hotel Petersburgo", donde trabajó con su contador Fridolín en la preparación del balance que debía presentar al Gobierno. Luego salió para Moscú, y desapareció de mi campo visual. Creo oportuno dar ahora una idea general de aquel favorito de las esferas soviéticas, cuya crapulosa actividad fué con tanto cuidado encubierta por sus amigos.

Quien haya leído con atención las páginas precedentes, habrá, sin duda, comprobado que Gukovsky formaba, por decirlo así, un centro de reunión, alrededor del cual se habían agrupado todos los elementos más viles y corrompidos, todos los hombres que robaban del Tesoro público. A su sombra vivían, ya oculta ya abiertamente, todos los que he llamado sus *amigos*

criminales. Al emprender este retrato, tomo sobre mí una tarea nada fácil. Se trataba, en efecto, de un ser de tal modo corrompido, que después de hacer esta descripción, podrá cada uno con razón sospechar de mí si habré ennegrecido el cuadro por sentimiento hostil, y si, dejándome llevar de una fantasía melodramática, habré descrito, no un ser real, sino un personaje de película o el sombrío héroe de un drama cinematográfico. Sin embargo, muchos años son pasados desde el día en que me separé de Gukovsky; él duerme ya hace mucho su postrer sueño, y me he dedicado durante este período a meditar frecuentemente sobre él, examinando todo lo que de él yo sabía, procurando descubrir siquiera un rasgo positivo que lograse transformar este personaje abstracto de novela de aventuras en un ser viviente. Desgraciadamente, he procurado proceder escrupulosamente, y queda siempre un héroe de melodrama, una especie de abstracción.

Y ahí está precisamente la dificultad de hacer su retrato. Y no es esto todo. Sucede a veces que los héroes de melodrama están dotados de un poder infernal, mefistofélico. No es este el caso de Gukovsky. No poseía rasgo alguno saliente, aun desde el punto de vista negativo. Era un hombre débil, con todos los elementos de un carácter flojo, a la vez que ostentaba una fuerza no precisamente propia, sino debida a las circunstancias que le habían creado, y que le sostuvieron un tiempo en la superficie, aunque al fin terminaron por sumergirle.

Ignoro su biografía, y no puedo, por consiguiente, dar todos los detalles que se suelen enumerar cuando se hace la descripción de un hombre. Ignoro en qué condiciones nació y fué educado; no poseo, pues, los elementos que permiten generalmente al biógrafo explicar el carácter de su héroe. Tropecé con él por primera vez en Moscú, cuando él desempeñaba el papel de alto funcionario soviético, y tenía unos cincuenta años de edad. El difunto R. E. Klasson, ingeniero eminente y gran amigo de Krassín, y que nos visitó en Reval, se había antes hallado con Gukovsky en Bakú, donde éste desempeñaba el cargo de contador mayor en el Ayuntamiento. Klasson no dudaba en calificar a Gukovsky de maestro en el arte de engañar, de ladrón, y le tenía por una completa nulidad. Como ya he dicho, Gukovsky había sido nombrado comisario de Hacienda al principio de la revolución bolchevique. Pero en ese terreno mostró su absoluta incompetencia. Fué destituido, y

nombrado miembro del Colegio de Inspección Campesino-Obrera, nombramiento debido, según se asegura, a la protección de Stalin. No conozco personalmente a Stalin, y repruebo su actividad política. Pero según los relatos que he recogido de boca de sus camaradas y en particular de Krassín, que le conoció muy de cerca, es hombre muy íntegro, de alcances muy limitados (su actividad bien lo prueba), pero consagrado enteramente (mejor diría, hasta lo absurdo) al ideal revolucionario. Juntamente estoy persuadido de que si Stalin ofreció su protección a Gukovsky, fué porque le creía honrado.

En el ejercicio de su cargo como miembro del Colegio de Inspección Campesino-obrera, Gukovsky dió pruebas de corto ingenio y demostró claramente que no era un hombre de Estado, sino un simple intrigante. Yo le vi después, cuando fué destinado a Reval, en donde asediaba a todo el mundo con reclamaciones y amenazas. Y en Reval es donde, por decirlo así, llegó a su plena floración. Como hemos visto, tuvo una amiga, aseguró a sus criaturas puestos lucrativos, participó en sus malversaciones, operando puros y simples latrocinios, y entregándose a orgías y francachelas en su compañía. Y todo esto lo hacía a la plena luz, sin preocuparse de la prensa, que describía sus hazañas y elevados hechos... El Comité central del Partido Comunista, cuyos miembros asalariaba, procuró alargarle un cable, enviándole su mujer e hijos, que fueron condenados a una existencia mezquina, mientras él continuaba llevando una vida disoluta. Yo traté de llamarle al orden, echándole en cara sus contratos fraudulentos. Mis abogados me apoyaban, pero él continuó mintiendo, contentándose con mandar a sus "amigos criminales" innumerables denuncias. Estas denuncias eran monstruosas, respiraban mentira y la voluptuosa alegría de destruir a los que se atravesaban en su camino.

Gukovsky era cruel, hasta sádico. Recuerdo la manera realmente voluptuosa de leerme sus denuncias. Habiéndose enterado un día que una de mis colaboradoras, por denuncia falsa, había sido llamado a Moscú (no puedo por diferentes motivos dar detalles de este incidente) acusada de espionaje, y que yo, después de instruido expediente rehusaba dejarla partir, Gukovsky, ciego de rabia, me pidió diera curso a este negocio.

—Usted no tiene derecho—me dijo—a impedir su mar-

cha. Si ha sido llamada, será porque existen razones serias... Hay que ser fuerte y no apiadarse de los traidores. ¡Aún es tiempo! El correo sale en el tren de medianoche. No son más que las seis. Una mujer sola no tiene muchos preparativos que hacer... ¡je, je, je! ¡Vamos Georguy Alexandrovitch, os lo suplico; dígala usted que se prepare (aquí tomó el tono de súplica patética) y salga esta misma noche. Dígaselo; tendrá tiempo de sobra... —Después añadió en un tono voluptuoso y soñador—: Mandadla que la conduzcan a la pared de ejecuciones ¡je, je, je!... ¡que lo hagan así!...; entre nosotros se ejecuta sin dolor... ¡Matadla!..., ¡eso aviva la sangre! ¡je, je, je! A la pared, a la pared!...

De todo lo que acabo de decir se deduce que los rasgos esenciales de ese carácter eran un egoísmo desenfrenado y bestial, la disociación, la ausencia de pudor, el más elemental, hasta llegar a una especie de exhibicionismo moral, la borrachera, la falsía, la falsedad, la traición, la crueldad...; en una palabra, la falta completa de moralidad. No es necesario ser psiquiatra; basta conocer el carácter específico de la enfermedad de que estaba tocado (la sífilis), para dar exacto diagnóstico: *parálisis general*...

Pero dejemos a un lado al individuo, y hagamos lealmente una pregunta que nace de todo lo que acabamos de decir: ¿Cómo un hombre tocado de ese terrible mal ha podido ocupar durante muchos años puestos ministeriales, y, sobre eso, disfrutar del afecto, de la amistad, de la estima y del apoyo de los hombres de Estado, a quienes he llamado los "criminales amigos" de Gukovsky?

No hay más que una respuesta a esta pregunta:

Toda esta epopeya, a la que he dado el nombre de "Gukovstchina", es el resultado de una enfermedad individual y de un crimen colectivo. Algunos meses después de los sucesos que he descrito más arriba, vine a saber que Gukovsky había sido citado ante la justicia. Pero se vió atacado de un mal misterioso; decíase que se trataba de una congestión pulmonar, y murió entre atroces sufrimientos. Durante su agonía, mientras luchaba con la muerte, repetía una sola plegaria: "Llamad a Kouba (Stalín), yo se lo diré todo". Pero Stalín no vino. En las fuerzas soviéticas se susurra un horroroso secreto: Gukovsky debió ser envenenado, para evitar así la instrucción o fallo del proceso, y para sepultar en la tumba, junto con el

cuerpo miserable, sus crímenes, en los que andaban mezcladas no pocas personas. Al terminar la descripción de la aventura Gukovsky, y antes de reanudar mi relato, siento deseos de gritar: ¡Pobre Rusia, infortunado pueblo ruso, gobernado por locos y por criminales!...

El 19 de febrero caía gravemente enfermo, y los mejores médicos de Reval nada entendieron del mal que me atacó. Por esta época a nadie se le ocurrió la idea de un envenenamiento. Sólo bastante más tarde, reflexionando sobre los distintos síntomas de aquella enfermedad que alteró profundamente mi organismo, fué cuando concebí la sospecha de que había sido envenenado por medio de una sustancia desconocida... Pero esto no es más que una sospecha. Durante más de un mes tuve que guardar cama.

Entretanto, Aschberg continuaba ocupado en la realización de nuestro proyecto, tratando de ganar la simpatía en los círculos de negocios suecos. Esto era tanto más indispensable, cuanto que estando entonces formado el Gobierno sueco por elementos conservadores, miraban con gran hostilidad al Gobierno Soviético y no le habían reconocido. Verdad es que los lazos no se habían roto del todo, y que un agente soviético, por nombre Kerjentzel, residía oficialmente en Suecia. Pero este agente no gozaba de derecho alguno; el Gobierno sueco le tenía aislado y no le otorgaba ninguna prerrogativa diplomática. Si no me engaño, no gozaba siquiera de inmunidad personal, no podía ejercer las funciones consulares, y no tenía derecho más que a un servicio muy reducido. En fin, por sus dotes personales, Kerjentzel no tenía prestigio alguno. Cuanto a mí, el Gobierno sueco no me miraba con buenos ojos. Aschberg y sus amigos habían sondeado el terreno a fin de saber si el Ministro de Negocios extranjeros sueco permitiría mi entrada en Suecia, pero aquellos pasos tropezaron con una actitud francamente negativa.

He aquí por qué Aschberg se esforzaba en asegurarme la simpatía de la gente de negocios para que ésta, a su vez, hiciera presión al Ministro. Mientras yo luchaba con la muerte, y más tarde cuando comencé a mejorar, recibí numerosos emisarios, representantes de varias empresas y personajes influyentes de Estocolmo. El primero que me visitó fué el señor Peterson, presidente del Riecksdag, que vino a Reval con la expresa intención de conocerme. Yo me sentía muy mal en el

momento de su venida y estaba tan débil que apenas si podía habiar. Vi luego llegar a representantes de casas industriales y comerciales, delegados de la alta industria y de diversas fábricas y talleres. Siguió después un desfile de diversos personajes, entre ellos la mujer de Branting, jefe de los socialistas suecos, muerto después. La señora Branting me informó de que su marido tenía intención de venir personalmente a verme, pero que los preparativos de las próximas elecciones le impedían abandonar a Suecia. En su lugar, había venido ella a conocerme y a pedirme no cambiara de decisión, sino que me estableciera en Suecia, para realizar una "combinación" que su marido aprobaba calurosamente.

Cuando el terreno estuvo definitivamente preparado, una nutrida comisión se presentó al Ministro de Negocios extranjeros, pidiéndole me autorizara la entrada en Suecia. Dicha comisión se componía de representantes de grandes sociedades comerciales e industriales, de miembros del Riecksdag, de su presidente y de otras personalidades. Pero el Ministro se había preparado para el caso, y estaba bien armado para el lance, y se negó terminantemente. El proyecto Aschberg quedó errado. Pero cuando Branting vino al poder, se exhumó, y vino a realizarse, si bien sin mi participación. Todavía hoy el Bancó Ekonomiakziembalahet trabaja exclusivamente para el Gobierno Soviético...

Comencé a convalecer de mi rara y larga enfermedad, que debía dejar profundas huellas en mi organismo. Pude hacer mis primeras salidas. Por este tiempo vimos desembarcar al adjunto comercial de Litvinof, un tal Anikief, una completa nulidad: mi amigo Spiridonof, que venía visitándome durante mi dolencia, me habló de este individuo en el pintoresco lenguaje de las gentes del Volga:

—Es hombre para nada... Lo que nosotros necesitamos es una persona culta... Pero este es un ser del todo inculto... y además perezoso...

Cuando entré en la convalecencia, estando todavía muy débil, me visitaron nuestros empleados, con Spiridonof a la cabeza. Este me presentó en nombre de sus camaradas dos tiestecillos de jacintos, y me dirigió un "largo" discurso:

—Míralos; son para ti; de nuestra parte...; te amamos todos, porque eres un hombre bueno y honrado... míralos, cógelos.

Y sudando a mares por aquel esfuerzo, me alargó los dos tiestecitos de flores.

Enternecido con aquella conmovedora demostración, faltó poco para echarme a llorar como un niño. Nos abrazamos; les ofrecí café, y habiéndose desembarazado de la parte oficial del programa, conversaron largamente conmigo. ¡Verdaderamente creo que ellos fueron los minutos más felices de mi servicio soviético!...

La vida había llegado a ser gris y monótona. Salía a pasear; pasaba el tiempo sin hacer nada; constantemente me visitaban mis "cinco fieles compañeros", quienes se esforzaban por distraerme. Litvinof venía a verme con frecuencia. Continuaba su política de persecución a mis colaboradores, de tal manera, que Noguín acabó por pedir el traslado. Estábamos todos tristes y deprimidos; mis fieles me pedían les llevase conmigo, tan pronto como hubiera recibido nuevo nombramiento; y cierto, yo les prometí solemnemente hacer lo que estuviera en mi mano por realizar su deseo. Obtuve de antemano el consentimiento de Litvinof, que estaba dispuesto a dejarlos partir: no ocultaba su aversión hacia ellos.

Durante todo este tiempo, estuve en continua correspondencia con Krassín. Me escribió desde Moscú y luego desde Londres, adonde se dirigió por vía de Finlandia y Alemania. Me ofreció diferentes puestos: en Alemania, en Dinamarca y finalmente en Londres, en donde se proponía tomar la dirección de la "Arkos". Después de alguna reflexión, me resolví a escoger Londres, y también por animarme a ello Krassín, que hacía valer conmigo la atrayente perspectiva de trabajar a su lado. Yo le telegrafí en ese sentido. Me respondió que mi visado estaba listo, que le recibiría de un día para otro y que debía hacer los preparativos para mi inmediata partida.

—Esperé, pues, el visado. Pero el tiempo pasaba y no recibía nada. Fué más tarde, estando ya en Londres, cuando conocí las causas de aquel retraso. Krassín había escogido en calidad de secretario a un tal Klychko, que era su mal genio, como el lector verá por el relato siguiente. La "Arkos" estaba sometida a la competencia de dos miembros del Consejo de Administración: V. N. Polovtsova y V. A. Kryssín. Yo había sostenido correspondencia bastante desagradable con estos dos personajes a propósito de ciertas mercancías que ellos habían enviado a Moscú por vía de Reval y que estaban en muy mal

estado. Sin duda, mis reclamaciones habían provocado la hostilidad del uno y del otro, y se apresuraron a hacérmela sentir cuando Litvinof fué destinado a Reval. Enviáronle un telegrama de bienvenida, como diciendo que habían sabido con alegría el nombramiento de un *verdadero representante* en Reval. Klychko, que no cesaba de jugar a dos manos, estaba asimismo muy descontento de mi nuevo destino, el cual podía venir a reforzar la situación de Krassín. Lo mismo en su propio interés que en el de mis enemigos Polovtzoza y Kryssín, Klychko pretextó urgentes negocios para dar largas a las diligencias que Krassín le había encargado para procurarme el visado.

Después, cuando Krassín le intimó la orden de apresurar las gestiones, no pidió, "por error", más que un solo visado, el de mi mujer, de suerte que el cónsul británico de Reval recibió una autorización de visado para mi mujer solamente... Yo envié un telegrama urgente a Krassín, quien hizo serias advertencias a su secretario, y éste se apresuró a pedir mi visado. He de añadir que el negocio era muy sencillo, pues Lloyd George había otorgado con anticipación su permiso, en una conversación sobre mí. Por eso mi visado fué recibido en Reval tres días después del de mi mujer. Entretanto, el bando Polovtzoza, Kryssín, Klychko trabajaba entre bastidores por impedir mi nombramiento, comunicándose con sus amigos de Moscú, a quienes pedían aplazaran mi designación. En suma, se preparaba una nueva "Gukovstchina". Mis enemigos habían movilizado sus tropas de vanguardia y me aguardaban erizados de rabia...

Yo no me enteré de todo ello hasta llegar a Londres, aunque a mis manos vino un documento significativo los últimos días que pasé en Reval esperando mi pasaporte (la espera duró cuatro semanas). Me entregó Makovetzky un telegrama dirigido a Litvinof: "Haced saber a Solomón que, en contra de vuestras precedentes instrucciones, su venida a Moscú no es necesaria.—N. Tchitcherín."

No me había sido transmitida instrucción alguna anteriormente, a propósito de mi ida a Moscú, y entendíamos que se trataba de nuevas maquinaciones llevadas a cabo a espaldas mías. Sin duda, la campaña de mis enemigos había logrado su fin (pero por algún tiempo tan sólo), y Tchitcherín ha-

bía dado ya instrucciones por telégrafo en vista de mi llamada a Moscú; pero Litvinof, que temía por parte mía revelaciones relativas al asunto Gukovskiy, y que por lo mismo no quería dejarme partir para Moscú, no me transmitió dichas instrucciones. Al menos, esas son mis sospechas... Pero el hecho fué que aquel telegrama me causó una viva emoción, y que estuve esperando con angustias mi pasaporte para Londres, temiendo siempre ser llamado a Moscú. Por un exceso de prudencia Makovetsky, al despedirse de mí a bordo del *Baltimore*, me dijo:

—Señor Georguy Alexandrovitch, acabo de saber que el *Baltimore* debe hacer escala en Libau, para proveerse de carbón. Le suplico no desembarque bajo ningún pretexto. No sabemos nada... Se expone usted a recibir instrucciones en vista del llamamiento... Pero, mientras se encuentre usted a bordo, nadie le hará desembarcar..., el *Baltimore* es un barco inglés. No baje usted de a bordo.

Recibí el pasaporte el 23 de mayo de 1921, y resolví tomarme unas verdaderas vacaciones, al hacer por mar todo mi viaje. El *Baltimore* debía disponerse para salir el 25 de mayo. Me decidí a embarcarme, y eso que se trataba de un paquebot de poco tonelaje, que empleaba nueve días en la travesía de Reval a Londres. Hicimos rápidamente los preparativos de viaje, y el 25 por la mañana estábamos ya a bordo del paquebot.

No describiré los emocionantes adioses rebosantes de cordialidad, de mis colaboradores, y sobre todo, de mis "cinco fieles compañeros", que me ofrecieron en esta ocasión la modesta bandeja con el significativo lema: *Veritas vincit*. De resultas de una avería, el paquebot retrasó su salida y no levó anclas hasta la tarde. Con esto nuestras despedidas se prolongaban, y mis amigos, que habían desembarcado para comer, vinieron a volverme a buscar a bordo.

Pero ya resuenan las sirenas. Mis camaradas se despiden: efusivos apretones de manos, amistosos abrazos... lágrimas...

La máquina comienza a rugir, se sueltan amarras y el *Baltimore* se aleja del muelle. Estábamos de pie, asomados a la borda, para dirigir a nuestras amistades los últimos adioses. El paquebot fué costeando con la proa hacia el canal. Mis amigos corren por el muelle, despidiéndonos a gritos... Por fin, dejamos a Reval detrás de nosotros.

Con melancolía, profundamente alterado con aquella afectuosa manifestación, bajé a mi camarote lleno de flores.

Y el paquebot, que iba aumentando su velocidad, me llevaba hacia las "brumosas costas de Albión", donde debía emprender una nueva lucha contra una nueva *hidra de numerosas cabezas*, que tenía por nombre *Gukovstchina*.

CUARTA PARTE

Mis servicios en Inglaterra

Con profunda melancolía me despedí de mis colaboradores de Reval.

Los pasados lances, mi lucha contra la "Gukovstchina", el mal misterioso que tan profundamente acababa de alterar mi organismo, habían trastornado mi ser psíquico. Las dudas concernientes a la utilidad de mi trabajo me atormentaban de día en día. Sin exageración puedo decir que estaba de lleno consagrado a este trabajo. Apenas gozaba de vida personal; me movía exclusivamente en la esfera de mi misión y de los gajes a ella anejos. Yo servía a esta causa con honradez acrisolada y austera, y no sin gran disgusto luchaba contra la "Gukovstchina". Pero debía haberme convencido con desesperación que esta "Gukovstchina" era realmente una hidra de siete cabezas. ¡Pobre de mí, no era yo un Hércules que pudiera cortarlas todas a la vez! Si llegaba a cortar una, veía al punto brotar otra nueva que se disponía a mordirme con mayor fiereza. Me daba perfectamente cuenta, con enojo y amargura, de que estaba haciendo el papel de una especie de Don Quijote soviético, consumido y maltrecho, en medio de una lucha leal, pero absurda, contra molinos de viento.

Mas si las experiencias hechas por mí en Berlín, Hamburgo, Moscú y Reval habían llevado a mi alma una completa desilusión, desilusión rayana ya en la desesperación, sufría aún mayores angustias pensando en el porvenir y viéndome ya en plena actividad en Inglaterra. Sabía muy bien que tendría de colaboradores a personas como Kryssin y Polovtsova, de cuyo valer estaba sobradamente enterado. En mis paseos por el puente del *Baltimore*, evocaba estos dos seres y la desagradable correspondencia que con ellos había cambiado; y estos recuerdos no hacían más que aumentar mis inquietudes.

La "Arkos", que compraba diversas mercancías, las expedía por mar a Reval, donde eran cargadas en vagones y enviadas a Rusia.

Dando cien vueltas por el puente, recordaba las reclamaciones que a este respecto había hecho, exigiendo más esmero en la expedición. Todavía evocaba la escena característica que se desarrolló en el curso de una entrega de polvo de chocolate y cacao.

Había recibido aviso de un envío como de mil toneladas de polvo de chocolate y cacao destinadas a Rusia. El día en que la mercancía desembarcó en Reval, Fenykevi se presentó en mi casa, presa de la más viva emoción.

—Aquí va a pasar algo espantoso—me dice el ingeniero a quema ropa—: ha llegado el chocolate y no sé qué voy a hacer de él.

—¿Cómo así?

—Acompáñeme usted, por favor, señor Georguy Alejandrovitch, al muelle de mercancías... Usted mismo lo verá y después me dará instrucciones... No sé qué hacer.

Acompañé a Fenykevi. Era invierno, y el muelle estaba cubierto de nieve; al acercarnos al barco amarrado enfrente del almacén de Aduanas, el ingeniero hizo fijar mi atención en la nieve y en la turba que se rebullía en el muelle. El cuadro, en efecto, parecía tomado de un cuento de hadas: el cacao y el polvo de chocolate estaban mezclados con la nieve, las mujeres y los niños recogían esta mezcla y la transportaban en cubos y barricas. Toda la nieve que se extendía delante de nosotros era de color de chocolate. Los descargadores, que iban y venían del barco a los almacenes, llevaban sacos y cajas, de las que el chocolate salía como arena. Nos detuvimos delante del barco. Así el puente como los palos y aparejos parecían de chocolate como en los cuentos azules. Los hombres andaban sobre chocolate, y espeso polvo de chocolate envolvía al barco y a todos los que a él se acercaban. Subido a bordo, tendí mi vista hacia las bodegas: vi cajas y sacos igualmente recubiertos de una capa parduzca, y que parecían nadar en chocolate. Un olor nauseabundo, que recordaba el de un cadáver en descomposición, subía de las bodegas. Este hedor lo exhalaban el cacao y el chocolate revueltos con las aguas del mar. La mayor parte de las cajas estaban abiertas, los sacos reventados; la mercancía toda enmohecida. Algunas

cajas estaban materialmente reducidas a astillas, muchos sacos hechos jirones, y estos despojos se amontonaban en un rincón de la bodega, sobre los montones de polvo de chocolate, que había invadido todos los espacios libres. Volví a subir al puente, eché pie a tierra, y temiendo el paso entre descargadores cubiertos de polvo de chocolate, y entre la turba, que le recogía a manos llenas, me dirigí hacia los almacenes, siguiendo un camino también de chocolate. La turba dejó oír un sordo rumor, reía, silbaba a mi paso, y sorprendí exclamaciones irónicas, como ésta: "Miradlos, a los bandidos soviéticos, que beben la sangre del pueblo. Ved el banquete que han preparado para los hambrientos."

Cuando entré en el almacén, se ofreció a mi vista un cuadro no menos extraordinario: El piso estaba cubierto de una capa de chocolate de varios centímetros de espesor. Sólo pudimos salvar una parte de las mercancías. Me enteré de que se trataba de envíos de guerra, y de que habían atravesado tres veces el Atlántico. Polotzova y Kryssín no lo ignoraban; además sabían que el embalaje de estos envíos, por no estar destinado para muchas travesías, era muy ligero (se trataba de cajas de madera muy delgada y de sacos finos, forrados de papel engrasado); por eso la mercancía se había de tal suerte estropeado. Los agentes de Londres, no sólo habían comprado los envíos en cuestión, sino que los habían expedido por mar a Reval sin revisar el embalaje. Por supuesto, que yo no podía dejar pasar en silencio este incidente, y lo hice constar en una carta dura en extremo. En efecto, Rusia había sufrido en este negocio pérdidas considerables.

A medida que evocaba estos hechos, presentimientos cada vez más sombríos asediaban mi alma. Buscaba consuelo en la carta de Krassín en que me llamaba a Inglaterra y hacía brillar a mi vista la perspectiva de un trabajo en común. Me escribía entre otras cosas que, absorbido él por asuntos políticos, no tenía tiempo de vigilar la "Arkos", puesta enteramente en manos de Polovtzoza y de Kryssín. Me decía que estos dos señores eran "tan inhábiles como indignos", que daban muestras de gran negligencia y que contaban con colaboradores "entre los que no faltaban sus correspondientes crápulas". Me suplicaba tomara en mis manos este asunto y lo pusiera en orden, "seguro, añadía Krassín, de que yo estaré siempre a tu disposición y de que te sostendré con todo el poder de mi autoridad".

Todavía en esta época confiaba yo en el poder de Krassín, y sus afirmaciones me daban ánimo. Le había contestado a esta carta, diciéndole que tenía intención de llevar a mis cinco fieles colaboradores, en quienes tenía plena confianza y a los que Litvinof quería poner en la calle. Krassín aceptó mi proposición, pero me aconsejó contemporizar hasta mi llegada a Londres. Hablé sobre esto con Litvinof, pidiéndole consintiera en dejar venir a mis amigos. Respondió que no los necesitaba para nada y que nada tenía que oponer a esto.

* * *

Hicimos escala en Libau. Acordándome de los consejos de Makovetzky, decidí no desembarcar. Tuve motivos para desconfiar, porque un incidente del todo incomprensible, y que todavía queda envuelto en las sombras del enigma, tuvo lugar en este puerto. Apenas fué amarrado el *Baltimore*, cuando vi subir a bordo a un individuo con uniforme, que llevaba bajo el brazo una cartera. Saludó al capitán y se puso a hablar con él. Yo estaba sentado en el puente, bastante distante del sitio en que se desarrollaba esta escena, y, por tanto, no podía entender sus palabras. El capitán hizo un gesto en dirección a mí, y el desconocido se me acercó:

—¿El señor Solomón?—preguntó; y a mi respuesta afirmativa, me declaró que era el comandante del puerto, y que deseaba ver mi pasaporte. Mis papeles se hallaban en el camarote, y el comandante me acompañó allí. Le mostré mi pasaporte diplomático, que examinó atentamente, y colocándolo en su cartera, se dirigió rápidamente hacia la salida. Le seguí.

—Haga usted el favor de entregarme inmediatamente mi pasaporte—le dije.

Sin detenerse, y habiendo ya alcanzado la escalera que conducía al puente, repuso:

—Se lo devolveré antes de la salida del barco.

Y siguió salvando velozmente la escalera.

Llegué a asirle, y le obligué a detenerse:

—Devuélvame usted inmediatamente mi pasaporte, óigalo usted—le dije en tono imperioso.

—Lo necesito—respondió; y se puso a darme explicaciones muy embrolladas.

—Podrá usted desembarcar... Los comerciantes de la

ciudad han venido a saludarle...; quieren dar una comida en su honor...; entretanto, su pasaporte ha de quedar en mi poder...

—No diga usted tonterías—exclamé yo—, y devuélvame más que a paso mi pasaporte... Estamos en un barco inglés, y voy a llamar inmediatamente al capitán...

Estábamos en el puente y divisé al oficial segundo, que me había dado algunas lecciones de inglés, y que también hablaba el alemán. Se había dado cuenta de la acalorada disputa que habíamos entablado, y venía hacia nosotros. Yo seguí insistiendo, y el comandante del puerto proseguía su disparatado discurso. Pero tan pronto como vió acercarse al oficial segundo, en cuyo rostro se dibujaba una muda sorpresa, se apresuró a abrir su cartera, y arrojándome casi a la cara mi pasaporte, cruzó rápidamente la pasarela y puso pie en tierra.

—¿Qué pasa?—me preguntó el oficial.

Le referí el incidente. Se puso rojo de cólera.

—Sí, señor, ha hablado usted muy bien—me dijo en inglés—. ¡Atreverse a retirarle a usted el pasaporte!, y ¿cómo?, ¡en nuestro barco!, ¡bajo la bandera inglesa!... Le habríamos puesto de oro y azul.

Poco después recibí la visita del cónsul soviético Raskolnikof, acompañado de su señora, que había venido a presentarse a mí. Permanecieron a bordo como cosa de media hora. Raskolnikof me dijo que los comerciantes de la ciudad deseaban que yo visitase los nuevos almacenes de Libau, con la esperanza de que enviase por Libau las mercancías compradas en Inglaterra y expedidas para Rusia. Pretexté una indisposición, y rehusé bajar a tierra.

Rehusé, igualmente, la visita de un individuo sospechoso, de tipo netamente semita, que se presentó en calidad de agente soviético para la compra de diversas mercancías. También él insistió, con una irritación mal disimulada, en la necesidad de que yo desembarcara y de que aceptara la invitación de los comerciantes, que tenían intención de ofrecerme un opíparo banquete, y quienes, decía él, llevarían muy a mal mi negativa a aceptar sus invitaciones. Pasó una hora por lo menos en mi compañía. Rehusé categóricamente tal invitación, y acabó por retirarse visiblemente decepcionado.

Lo más sospechoso en este lance es que los comerciantes de Libau, que decían arder en celo por mostrarme sus almacenes y ofrecerme un banquete, brillaron por su ausencia. ¿Por

dónde podían haberse enterado de que yo me hallaba en este buque? A nadie había yo comunicado mi llegada. ¿No se trataría de una emboscada? Mi sospechoso visitante ¿no sería un tchekista? ¿No habría proyecto de quitarme de en medio? Pues no hay que olvidar que la crónica criminal de la "Gukovstchina" abunda en hazañas de esta clase.

* * *

Llegamos a Londres el 2 de junio de 1921, a la madrugada. Me dirigí inmediatamente al local de la Delegación para ver a Krassín. Me encontré con Klychko, que se revistió de una actitud inocente, contentándose con declarar que "esos diablos de ingleses del Foreign Office" lo habían embrollado todo en lo referente a mi pasaporte.

—*Se non é vero ben trovato*, camarada Klychko—le respondí.

Pero ignorando él el proverbio italiano, y creyendo que se trataba de un cumplimiento, se echó a reír estúpidamente. Añadiré que Klychko es un hombre astuto, pero extremadamente limitado.

En el capítulo precedente he hablado de este hombre como del "genio malo de Krassín". Diré cuatro cosas de él a fin de presentar al lector a este héroe soviético. En la época a que me refiero, Klychko tenía unos cuarenta años. Se había instruido con un técnico subalterno. Antes de la revolución había trabajado en Inglaterra en calidad de empleado de la casa Vickers, donde Litvinof, que estaba allí igualmente empleado, contrajo con él íntima amistad.

Sin embargo, Klychko me aseguraba que no tenía simpatía para con Litvinof, pero yo no daba crédito a tales afirmaciones. Más tarde volvió a Rusia y entró al servicio de las Ediciones del Estado, dirigidas en esta época por Vorovsky, que había caído por algún tiempo en desgracia. Había yo tenido noticia de Klychko en Moscú, en el momento en que Krassín se preparaba para dirigirse a Inglaterra. Yo no sé quién le recomendó a Krassín, pero éste le incorporó al cuerpo de la Delegación como Secretario, porque Klychko hablaba inglés, y Krassín ignoraba esta lengua. Se hizo bien pronto evidente que Klychko se había unido a Krassín en calidad de tchekista, y que le vigilaba de cerca. Mi difunto amigo se lamentó más de una vez ante

mí de la presencia de este individuo, de quien no se podía deshacer; había rogado instantemente al centro que le desembarazara "de este intrigante, servil y espía"; pero todas sus súplicas fueron vanas. Y sin embargo, era claro para mí que este individuo ejercía sobre Krassín un influjo tan poderoso como incomprensible. Y Klychko siguió en Londres, aborrecido de todos, menos de aquellos que le encargaban de vigilar y denunciar a sus camaradas. Además de estas funciones de "secretario", ejercía igualmente las de agente del Comintern. En todo metía sus narices y estaba alerta, buscando el despistar a algunos y hacer algún descubrimiento. Con este fin, tomó la loable costumbre de entrar sin llamar en casa de Krassín y en la mía. Se metía sin ruido en el cuarto, y, abriendo la puerta con un movimiento tan rápido como silencioso, lanzaba una mirada rápida y escudriñadora a su alrededor y se ponía a hablar inmediatamente. A Krassín y a mí nos chocaba mucho este modo de hacer irrupción en nuestros gabinetes de trabajo, sin la menor consideración a nuestros visitantes; bien al contrario, parecía acecharlos sin cesar y se nos presentaba con preguntas muchas veces absurdas.

Un día que yo conversaba con Krassín en mi gabinete de trabajo, había tenido cuidado de encender en el pasillo una señal eléctrica roja, lo cual quería decir que nadie había de entrar en mi aposento por estar yo ocupado. Apenas habían pasado dos minutos, cuando Klychko estaba ya enterado por sus soplonos de que Krassín estaba conmigo, de que la señal roja estaba encendida en el pasillo, y de que, por consiguiente, nuestra plática tenía carácter confidencial.

Al punto el espía aparece como un espectro a nuestro lado. Le lanzamos los dos una mirada tan llena de odio, que, contra su costumbre, Klychko se turbó.

—¿Les molesto?—murmuró.

—Usted ha visto la bombilla encarnada en el pasillo—exclamó Krassín con disgusto—; eso quiere decir...

—Me hace falta su firma, Leónidas Borissovitch—respondió el secretario, alargándole una carta.

—Pero ya le he dicho a usted que esa carta no es urgente—repuso Krassín con ira—; en este momento tengo que hablar con Georguy Alexandrovitch—añadió con intención, clavando sus ojos en Klychko, que se retiró encogiéndose de hombros.

—Odioso personaje—repuso Krassín con rabia impotente—: todo lo escudriña, anda merodeando por todas partes y escuchando en las puertas...

—Sí—contesté yo—, pero ¿no podrías deshacerte de él? Por cierto, que es tu genio malo...

—Prueba a ponerle en la calle. Es un tchekista... No sé cómo deshacerme de él...; le trato como a un criado, pero con esto no consigo nada.

Más ocasiones se me ofrecerán de volver a hablar de este ángel de la guarda de Krassín, que inspiraba terror a toda la delegación de Londres. Por eso, reanudo el hilo de mi narración.

Tan pronto como llegué a Londres, Krassín ordenó a Klychko que me condujera a la "Arkos", para que pudiera conocer a Polovtzoza y a Kryssín, y efectuara las formalidades necesarias para entrar en funciones. La "Arkos" estaba instalada en esta época en una callejuela que iba a desembocar en el Kingsway. Allá nos dirigimos; Klychko atravesó rápidamente las oficinas, contestando apenas a los saludos de los empleados, y llegando a una puerta, entró sin llamar en una de las habitaciones. Esta era el gabinete de trabajo de Polovtzoza y de Kryssín.

—Les traigo un nuevo camarada—dijo, y añadió con aire de triunfo, lleno de malicia—: Este es el camarada que ustedes esperaban *con tanta impaciencia*. V. N. Polovtzoza era una mujer de aspecto imponente, del tipo de Brunilda; Doctora en Ciencias, como comerciante y mujer de negocios era una completa nulidad, y hacía el papel de una especie de "Trilby" de Kryssín haciéndose eco de todas sus palabras y compartiendo con él todas sus opiniones. El mismo Kryssín era un hombre muy limitado; tenía cierta cultura, que sólo había formado una ligera pátina, sin dejar huella profunda en su espíritu. Era intrigante y gran sofista; en cuanto a su oficio, era un viejo cooperador y le creo honrado. Pero se sometía por completo a su secretario, Ch., que era el que en realidad atendía a todas las compras, que habían provocado incidentes tan desagradables. Debo añadir que Kryssín padecía de una enfermedad cardíaca.

Trabamos amistad, prodigándonos toda suerte de cumplimientos, abrigando las más halagüeñas esperanzas de consagrarnos a una colaboración amistosa. Después abordamos las

sín. Conocía yo estos pormenores, gracias al difunto V. A. Si-
laïef, que llegó a ser uno de mis íntimos colaboradores. Klych-
ko empezó entonces a urdir intrigas. Lo primero que hizo
fué escribir, en nombre de la delegación, a Litvinof y sugerirle
una contestación a propósito. Mi sustituto en Reval nos hizo
saber que jamás él había consentido en dejar marchar a los
colaboradores en cuestión y que no acababa de comprender
“de dónde el camarada Solomón había podido sacar tamañas
conclusiones”. En una palabra: la intriga seguía su camino.
Este embuste me indignó profundamente. En cuanto a Klych-
ko, que obraba siempre a dos caras, pero que en realidad
sólo se atenía a una, me enseñó la carta de Litvinof, dicién-
dome: “Ya ve usted que el camarada Litvinof es un embus-
tero”. Me aconsejó le escribiera personalmente. Le escribí, en
efecto, y al cabo de quince días recibí la contestación, en que
me decía que, a pesar de no tener la menor idea de nuestra
conversación acerca de mis colaboradores, estaba dispuesto a
dejarlos marchar, pues tal era mi deseo. Klychko, que seguía
su línea de conducta, comenzó a dar los pasos necesarios para
sacar los pasaportes. Entretanto, mis antiguos camaradas, a
quienes ya tenía yo avisado de su nombramiento para la “Ar-
kos”, y a quienes había escrito (repitiendo las palabras de
Klychko) que ya no se trataba más que de sacar los pasaportes,
es decir, de cumplir una sencilla formalidad, se mostraron con-
tentos con tal noticia y comenzaron a preparar el viaje. No
cesaba yo de urgir a Klychko; pero él se contentaba con res-
ponder “que todo estaba presto, pero que el Gobierno inglés
hacía ciertas informaciones o que se esperaban ciertas fir-
mas”...

Es sabido que Litvinof perseguía a mis infortunados ami-
gos; “trabajaba” por su parte contra ellos, preparando así,
como se dice en ruso, “llagas y escorpiones”. Supe bien pronto
que Makovetzky había sido llamado a Moscú, donde le habían
detenido, bajo pretexto de espionaje en provecho de Polonia.
Fenykevi fué asimismo llamado; pero rehusó ir a la U. R.
S. S. Una de mis colaboradoras, mujer de la mayor honradez,
fué detenida y acusada de haber robado alhajas, acusación que
no se comprobó; fué puesta en libertad después de algunos me-
ses de detención.

Salido de la prisión, Makovetzky me escribió largo, apro-
vechando una ocasión segura, y me contaba las circunstancias

de su arresto y de su libertad: "en realidad—decía—, fui arrestado sencillamente en calidad de *solomonista*, y a instigación de Litvinof, que os aborrece de corazón". Había sido acusado de espionaje en favor de Polonia. La prueba material constaba por un "documento" escrito a máquina, puesto a la entrada de nuestra delegación de Reval; este documento contenía ciertos informes de carácter militar y se decía firmado por Makovetzky. Pero mi amigo tuvo la buena suerte de demostrar que el documento era falso, y merced a la amistad que tenía sū mujer con el conocido bolchevique el georgiano Kamo fué puesto en libertad después de un mes de reclusión. Por fin de cuentas, Makovetzky fué nombrado presidente de una cámara de Petrogrado; dos años después murió de repente en su despacho.

Como he dicho más arriba, Fenykevi había sido igualmente llamado a Moscú. Preguntó la razón de este llamamiento, y le enteraron de que estaba encausado por un negocio de vagones; rehusó presentarse en Moscú, y exigió que las pruebas las hiciera un juez de instrucción, especialmente nombrado para este efecto, y se ventilase la causa en Reval, donde estaban reunidos los documentos indispensables en la sección de transportes. Más tarde, gracias a la protección de G. M. Krjijanovsky, amigo íntimo de Lenín, Fenykevi obtuvo un cargo en Berlín; donde, si no me engaño, se encuentra todavía.

Así que, los cinco empleados más competentes y mejor calificados (Makovetzky, Fenykevi, Volkof, y dos señoras) fueron víctimas de Litvinof, y eso únicamente por ser sujetos honrados y rectos, y sobre todo *solomonistas*, como decía Makovetzky. Más aún, gracias a Silaief, sé muy bien que Klychko estaba al corriente de las represalias de Litvinof, que había colaborado como mejor podía y que se había hecho ayudar de sus amigos de Londres.

Siento grande amargura al escribir estas líneas, y con no menos amargura evoço las vejaciones y penas que se causaron a mis colaboradores, por mi causa. Mas no, no fué por mí, sino porque se trataba de personas honradas, que no habían malversado ni un kopec del Tesoro público, que habían servido con desinterés al pueblo ruso, con el que habían compartido sus penas y angustias. No ciertamente por mí, sino porque estábamos asociados y conveníamos en la misma manera de concebir el deber cívico y el modo de servir al pueblo.

XXXI

El día siguiente de mi llegada a Londres empecé a ponerme al corriente de los nuevos asuntos que se me habían confiado. Pero me engaño al llamarlos nuevos asuntos, tratándose en suma de un asunto bien viejo, empapado todo en "Gukovstchina". Cada vez que abría un libro, mi vista no tardaba en descubrir que estaba anotado según los principios de la "Gukovstchina". Pude echar de ver que en rarísimas ocasiones faltaba esta roña fatal. No se trataba sino de pequeños oasis, y mi alma respiraba un tanto al tropezar con otros asuntos que hacían excepción. Lo mismo que en Berlín, en Moscú, y en Reval, en las oficinas de Londres reinaba la anarquía. La sección financiera y de contabilidad era un embrollo, y eso no por un desorden elemental, como el que dominaba en la caja del camarada Sairio, sino por un desorden sabio: Los negocios corrientes y la sección técnica estaban en una situación parecida, y esto, a no dudarlo, trascendía a "Gukovstchina". El caos se extendía a la Administración y a la Cancillería, dirigidas por un señor muy correcto, pero pagado de sí mismo y gran oportunista, un tal S. I. Sazonof, profesor de Química, y, por tanto, ignorante por completo del tinglado burocrático. Sus funciones realmente eran una sinecura y estaba muy uno con la Doctora Polovtsova y Kryssín.

Una vez estudiados los asuntos pendientes, y adquirido conocimiento de mis colaboradores, procuré meter mano en nuevas empresas. Supe más tarde que bastante antes de mi llegada gozaba entre mis colegas de la fama de "jefe temible". Y advertí efectivamente que tomaban un porte temeroso al acercarse a mí. Puedo añadir que esta impresión se disipó, y que entablé con mis colegas relaciones muy cordiales; más aún, todos los hombres íntegros y correctos se agruparon poco a poco en torno de mí, aunque es cierto que eran bien pocos.

Por este tiempo la "Arkos" estaba en vías de disponer de un gran edificio situado en la Moorgate-Street, comprado antes de mi llegada, y al que se dió el nombre inglés de "Soviet-House" (Casa del Soviet). Este edificio se hizo más tarde célebre por las pesquisas que allí hizo la policía inglesa, ocupada

varios días en romper las cajas de caudales y las puertas blindadas de los sótanos (1).

Me encargó la Administración la vigilancia suprema de estos trabajos de instalación, confiados al ingeniero Rabinovitch, persona grata al trío Kryssín-Polovtzoza-Klychko. Este último me reveló en el curso de una conversación confidencial que Rabinovitch era su informador antes de vigilar el cuerpo del personal. Era éste un hombre insolente, que desde nuestra primera entrevista quiso aprovecharse de mi ignorancia de la lengua inglesa, para ser amo de la situación. Pero até corto sus tentativas y en seguida se hizo el muerto, como el perrillo que se acuesta sobre el lomo, el rabo entre piernas, y las patas recogidas bajo el vientre. Le supliqué me consultara, que me enseñara los catálogos y presupuestos antes de encargar los accesorios, que había de pagar la casa.

—¿Qué es eso? ¿Desconfianza tenemos?—preguntó indignado el ingeniero.

—Sí, sí, desconfianza—respondí tranquilamente.

Esta palabra le desconcertó por completo, y en su trato conmigo llegó a una excesiva simpleza. Actualmente, si no son falsas mis informaciones, Rabinovitch ha llegado a ser director.

De esta suerte me zambullí inmediatamente en plena "Gukovstehina" y en pleno caos. El 15 de junio, no olvidaré esta fecha, tuvimos junta del Consejo de Administración, Polovtzoza y Kryssín se mostraban muy agitados; nuestra delegación había recibido un telegrama de Moscú mandando organizar en el transcurso del año una expedición polar al mar de Kara y a las desembocaduras del Obi y Enisei, para el transporte de treinta mil toneladas de diversas mercancías.

Esta expedición tenía su historia. En la primavera del año anterior (1920), el Gobierno soviético había ya encargado prepararla a la "Arkos". Pero el proyecto no se puso en ejecución por una serie de dificultades insuperables: Ni se tenían mer-

(1) Habiendo personalmente vigilado esta instalación, creo de mi obligación restablecer la verdad, declarando que estos sótanos estaban efectivamente acondicionados con solidez, y asegurados con puertas macizas blindadas. Pero esta instalación estaba hecha con miras a un Banco, que debía haberse trasladado allí, el cual necesitaba de fuertes cámaras. En mi tiempo se conservaban en estos sótanos las muestras registradas y debidamente selladas de las mercancías encargadas por nuestra institución.

cancias, ni barcos, y todos temían cargar con la responsabilidad de esta empresa. Se aplazó. Reconociendo lo lógico de este aplazamiento, el Gobierno Soviético hizo saber que la expedición se difería hasta el siguiente año 1921; se invitaba a la "Arkos" efectuara de antemano todos los preparativos necesarios, para realizar la expedición de allí en un año. La dilación era suficiente, pero la "Arkos" la aprovechó para no hacer nada. Sin embargo, el Gobierno de la U. R. S. S. había tenido buen cuidado de suplicar a esta institución que le entregara el avance de presupuesto referente a este asunto, advirtiéndole que la expedición había de ponerse en camino en el verano, no después del 1 de agosto, a fin de volver a traer las mercancías de Siberia en el curso de la misma navegación, es decir, sin ser obligados a invernar en el Océano Artico. Pero nada se hizo en orden a tales preparativos.

Tal era el lado, por decirlo así, oficial de este negocio; en cuanto a los fondos, estuve enterado más tarde por mi difunto amigo Silaïef, con quien, no sé por qué, Klychko tenía confianza. El 14 de junio, después que la delegación recibió de Moscú ese telegrama categórico, Klychko, muy inquieto y nervioso, se dirigió a casa de Polovtzoza y Kryssin. Considerando que el proyecto era absolutamente irrealizable, resolvieron hacerme asumir toda la responsabilidad de un negocio que, según ellos, era una causa de antemano perdida. Esta maniobra había de permitirles demostrar mi absoluta incompetencia, y desacreditarme delante de las autoridades. En una palabra, el trío seguía un plan de provocación clara y manifiesta. Seis semanas solamente faltaban para el 1 de agosto. Como digo, nada estaba preparado. Se trataba de adquirir en pocas semanas treinta mil toneladas de varias mercancías, encontrar cinco o seis grandes vapores, y además adaptarlos a una excursión por los hielos árticos. Según el proyecto del Gobierno Soviético, la expedición debía llegar a las rías del Obi y del Enisei y entregar su carga a las expediciones ribereñas de esta región, que debían salir a su encuentro con carga de productos de la Siberia, y a su vez estas mercancías habían de ser transportadas en nuestros barcos.

En el curso de la reunión de nuestro Consejo de Administración del 15 de junio, Polovtzoza y Kryssin me rogaron con insistencia que tomara poderes "dictatoriales" en lo concerniente a la organización de la expedición. Estaba yo bien le-

jos de sospechar la provocación que se ocultaba detrás de estas diligencias, y acepté la proposición. Pero me di cuenta de que, después de haber dado mi consentimiento, tras un momento de reflexión, Polovtzoa y Kryssín cambiaron una mirada de triunfo, mezclada de cierta ironía. Por el momento, no di importancia a este lance. No obstante, el mismo día, según me hizo saber después Silaief, Klychko le dijo con arrogancia: "¡En grande, camarada Silaief, al camarada Solomón le hemos hecho tragar una píldora que le va hacer reventar."

Y Klychko se echó a reír y se puso a explicar a Silaief cómo habían combinado todo para venderme y arruinar mi fama.

El telegrama del centro anunciaba, entre otras cosas, que la especificación de las mercancías antes de ser expedidas, nos sería enviada por un correo especial. Pero, entiéndase bien, en medio del caos que reinaba en Moscú, jamás se enviaron tales listas, a pesar de mis telegramas de reclamación, y así, tuve que proceder a tientas, no teniendo sino instrucciones generales. Mas, digo mal: la especificación llegó al cabo, pero "a buena hora, mangas verdes"...: dos días antes de la salida, hechos ya todos los preparativos, el 28 de julio. ¡Así se trabaja en la Rusia soviética!

La decisión tomada en la reunión del 15 de julio, marcó el comienzo de una labor encarnizada, febril, a la que me consagré en cuerpo y alma. Envié telegramas a todos los rincones del mundo, para encargar mercancías. En esta época, los mercados estaban muy pobres en géneros efectivos; así que tenía que andar de prisa, no teniendo delante de mí sino seis semanas, y sin poder hacer encargos a plazos. Por medio del telégrafo revolví todos los mercados de Inglaterra, Bélgica, Alemania, Suecia, Dinamarca, Noruega, Austria, Estados Unidos, Canadá... Compré cuanto se pudo comprar, y esperaba el recibo de las mercancías.

Al mismo tiempo atendía a la adquisición de barcos. El Consejo de Administración y Klytchko, que no cesaba de meter baza en todo, insistían en el flete de cinco barcos. Estas exigencias se las dictaba por una parte su falta de clarividencia, por otra, el deseo de dar largas a los preparativos. Tomé mis medidas. El flete salía a un precio exorbitante, y por mi parte insistí en la compra de cinco grandes vapores, cuyo tonelaje se elevaba a un total de 30.000 toneladas, que se incorporarían

a la marina mercante rusa. Nótese bien que todo esto requería tiempo. Era preciso escoger buques que pudieran afrontar los hielos. La dirección de los servicios de transporte y carboneo estaba confiada al capitán del barco, Sagovsky, igualmente "persona grata" de Polovtsova y Kryssín, el cual actualmente ocupa el cargo de Director en una compañía mixta inglesa (capitales soviéticos y extranjeros). Conocía él muy bien, tal vez *demasiado bien*, el negocio. Los servicios que estaban a su cargo, formaban parte de los resortes de Kryssín; pero en calidad de organizador de la expedición tenía yo el derecho de dar órdenes a todos los servicios, fuera el que fuera el resorte de que dependieran. Siguiendo, sin duda, la consigna de Kryssín, Sagovsky no se daba mucha prisa para ejecutar mis órdenes.

El tiempo pasaba, los barcos no se habían comprado, y era preciso todavía dotarlos de aparatos especiales para romper el hielo (refuerzo y blindaje de la proa), y nada se había hecho. En el curso de una de nuestras sesiones, a la que también asistían los jefes de servicio, que me habían ayudado en mi tarea, Sagovsky hizo un relato que demostraba claramente que los preparativos se hallaban en un punto muerto: me indigné de tanta demora, que trascendía a sabotaje, y tomando la palabra, me dirigí a los miembros del Consejo de Administración:

—Estoy sumamente disgustado de la actividad del capitán Sagovsky, a quien tengo por cabecilla del sabotaje. También en el orden administrativo llamo la atención del capitán Sagovsky sobre esas largas inadmisibles, contentándome con anotar esta primera censura en el proceso verbal de la sesión... Un encendido rubor cubrió el rostro del capitán: se levantó, se puso hablar, pero yo le corté la palabra:

—Capitán Sagovssky, he llamado su atención sobre estos hechos, no en plan de discusión, sino como protesta de sus malos servicios. Por tanto, entiéndalo usted bien, sólo tiene que responder como marino. Si tiene usted alguna queja, expóngala como se debe.

—Eso se sobrentiende, Georguy Alejandrovitch—respondió Sagovsky, poniéndose en guardia.

—Sí, pero no somos de la misma opinión—exclamó Polovtsova rugiendo de coraje y cambiando una mirada con Kryssín.

—Está bien, Varvara Nikolaevna—dije yo con calma—; en ese caso, mi reclamación constará en el proceso verbal, como salida personalmente de mí... Cuestión de nombre...

Mis observaciones tuvieron los más felices resultados. Como reza el proverbio ruso, "No se sabría esconder la lezna en un saco". El ruido de mis "sanciones" llegó a las oficinas de la "Arkös" y los empleados me apellidaban (a espaldas mías, claro está) "el terrible Solomón". Los otros jefes de servicio se replegaron a una disciplina más estrecha. Pero a partir de aquel día, mis relaciones con mis colegas Kryssín y Polovtsova se hicieron tirantes. Klychko triunfaba. En cuanto a Sagovsky, con esta sacudida, se puso a ejecutar mis instrucciones de la manera más expedita.

Por este tiempo mi amigo Krassín se hallaba en Moscú, y era reemplazado en sus funciones por Klychko, que se aprovechó de la ausencia del patrón para tender redes de intrigas a mi alrededor y ponerme obstáculos; Polovtsova y Kryssín le ayudaban cuanto podían en esta faena. Por eso yo me veía obligado a trabajar, no sólo positivamente, sino más bien negativamente, es decir, a procurar salvar las muchas barreras levantadas por mis enemigos. Por desgracia, las dimensiones de la presente obra no permiten describir, ni siquiera enumerar, estos obstáculos. Baste decir que tuve que seguir luchando contra el espectro de la "Gukovstchina", con la diferencia de que ahora tenía frente a mí no a uno, sino a tres enemigos, cuyo caudillo era Klychko. Observando con ojo avizor mis menores movimientos, el trío no me daba tregua, yendo siempre tras mí, pisándome los talones... También me molestaba en mis movimientos la incesante intervención de Moscú; porque el centro se preocupaba demasiado de la "dichosa expedición" y no me dejaba en paz con vanas instrucciones, que más bien me estorbaban.

Así, por ejemplo, había yo resuelto poner al frente de la expedición al capitán Sverdrup, célebre compañero de Nansen, navegante ártico experimentado. Entré en tratos con él, y vino de Noruega con la expresa intención de entenderse conmigo en este respecto. No sé quién se dió prisa a informar a Moscú; el caso es que recibí un telegrama del centro, inti-mándome que pusiera al frente de la expedición a un marino "rojo"... Acabé por no hacer caso de las instrucciones, por

venir de Moscú. Sverdrup vino a ser, por decirlo así, el almirante de la expedición.

Entretanto, el Gobierno inglés tomó la iniciativa de devolver a Rusia dos rompe-hielos construídos durante la guerra: el *Alejandro Nevsky* y el *Sviatosgor*. Esta oferta se hizo a nuestra Delegación en el momento en que Krassín estaba ausente, y Klychko estuvo a punto de rechazarla o de aplazar la respuesta hasta la vuelta de Krassín. Mas yo insistí en la necesidad de aceptar las proposiciones inglesas, y los dos rompe-hielos nos fueron enviados. Tuve la suerte de asegurarme el concurso de uno de estos vapores con miras a la expedición, y el rompe-hielos *Alejandro Nevsky*, a bordo del cual se hallaba el capitán Sverdrup, salvó más de una vez a los otros barcos de la expedición, detenidos en el austero mar de Kara.

Los preparativos adelantaban. Reclutamos capitanes, oficiales, mecánicos, marineros. Los barcos se equiparon con miras a una excursión por los hielos, mientras se hacía la instalación de la electricidad y de la calefacción central. A todos los barcos y rompe-hielos se les dotó de telefonía sin hilos. Se acumulaba provisión de mercancías, se reclutaban vigilantes de carga, que formaban parte del equipo de cada barco. Se embarcaban botiquines, se ajustaba un médico, un buzo, un operador de cine (el señor Hause, que había tomado parte en la expedición del capitán Shakleton). Consideré oportuno confiar a la expedición el cuidado de hacer observaciones científicas, de las que se encargó el capitán Sverdrup y un doctor que había hecho venir de Noruega. Había, por tanto, que procurarse aparatos e instrumentos científicos. Dos barcos, una vez hechas las reformas necesarias, partieron para Hamburgo, para recibir las mercancías compradas en Alemania.

En mi vida había tenido que organizar una expedición ártica, de la que solamente tenía una idea literaria. Y sin embargo, sabía muy bien que toda la responsabilidad de la empresa caía sobre mí. Extrañaba que hombres tan experimentados como el capitán Sagovsky no hubieran pensado en tomar medidas de precaución, indispensables por tratarse de un largo y peligroso viaje: embarcar un médico, un buzo, comprar medicinas, instrumentos científicos, etc... Yo sólo había pensado en esto.

Al fin, todo estuvo presto. Las mercancías compradas en

América nos llegaron a tiempo. Dos barcos ya cargados esperaban en Liverpool. Otros dos se hallaban en Hamburgo. El rompehielos *Alejandro Nevsky* no se puso a mi disposición sino poco antes de la partida de la expedición, y su tripulación trabajaba día y noche: se trataba de poner el rompehielos en condiciones, de equiparlo, proveyéndole de telas, vajilla, etc. El rompehielos estaba amarrado en el puerto de Leith, no lejos de Edimburgo; otro vapor, que yo había encargado al capitán Sverdrup comprara en Noruega, se encontraba en Bergen, antes de transportar las mercancías allí compradas.

Me era forzoso tener entre manos todo el tinglado complejo de la expedición y dar órdenes telegráficas a todos los países del mundo... y al fin, se acabaron los preparativos: la tarde del 28 de julio salí para Liverpool, de allí a Edimburgo. Me acompañaban los capitanes Sverdrup, Rekstin (1), y Sagovsky, más otros colaboradores, cuya presencia era precisa.

Llegamos a Liverpool a las nueve. Los sobrecargos (vigilantes de mercancías) de los dos vapores se hallaban en Liverpool; salieron a mi encuentro y nos dirigimos al hotel, donde teníamos reservadas habitaciones. Dichos sobrecargos me hicieron su relación, diciendo que todo estaba dispuesto, pero al llegar a las inmediatas, me encontré con que muchas de las mercancías las habían cargado en los puentes.

—¿Estas mercancías tienen cubierta?—pregunté—. Nadie había pensado en tal cosa. A pesar de lo avanzado de la hora, las hice encargar por teléfono. Se hizo a la mañana siguiente esta diligencia, y subí a bordo para inspeccionarlo todo antes de la partida. Todo estaba en su sitio; así que di la orden de salir para alta mar y marchar hacia Varde, donde debían reunirse los barcos que formaban la expedición.

Después me dirigí a Edimburgo, donde embarqué en el rompehielos. Estaban todavía en pleno aprovisionamiento. Se trataba de rebautizar el barco: la "Arkos" había resuelto cambiar el nombre al *Alejandro Nevsky*, porque el rompehielos era, por decirlo así, el "buque-almirante" de la expedición; había de llamarse *Lenín*. Los pintores se disponían a volver a pintar el nombre del barco. El bautizo tuvo lugar el 31 de julio. El nuevo nombre, pintado en las dos bandas de proa, estaba oculto por dos cortinas de tela, sujetas por cuerdas al

(1) Capitán Rekstin, adjunto del capitán Sverdrup.

puente. He de decir que la ceremonia fué muy solemne e imponente, y me impresionó tanto más, cuanto que mis nervios estaban cansados por la serie de trabajos emprendidos a causa de la expedición, además de los otros cargos a mí confiados.

Al día siguiente, a las ocho de la mañana, el *Lenín* levaba anclas. Los últimos preparativos, los últimos cargamentos se realizaron rápidamente. A las siete de la mañana me hallaba a bordo del rompe-hielos. Estaba ya en la rada y las calderas a presión. Para salvar las apariencias, pregunté a Sagovsky: "¿Hay en el *Lenín* bastantes botes de salvamento?" Con gran sorpresa e indignación mía, eché de ver que en el rompe-hielos no había un solo bote de salvamento. Encargué inmediatamente a mis colaboradores de buscar, fuere donde fuere, el número necesario de botes. Se escudriñó la ría de Leith y se consiguió hallar los botes, que se amarraron a bordo del *Lenín*. Todo esto nos había llevado un poco tiempo, y el rompe-hielos no salió a alta mar sino hacia las siete de la tarde. Uno de mis colaboradores había alquilado un bote para poder acompañar al rompe-hielos. En el momento de la partida me encontraba a bordo del *Lenín*, cuando oigo la orden de Rekstin:

—Rompe-hielos *Lenín*, leva anclas...

Me despedí muy efusivamente de los miembros de la tripulación. La máquina dejó oír su potente sirena. Mis nervios, agotados por el trabajo sobrehumano que acababa de realizar, cedieron bruscamente. Comprendí en estos momentos lo simpáticos que se me habían hecho, el rompe-hielos, la expedición y todos cuantos en ella tomaban parte. Dominando a duras penas las lágrimas que me ahogaban, me apresuré a bajar a bordo del bote que nos escoltaba. El *Lenín*, inmenso y poderoso, cortaba las olas con elegancia, saliendo al encuentro de su destino, mientras nuestro barquichuelo, a su lado un pigmeo, levantaba remolinos a su alrededor.

Volví al hotel con el alma sola, como después del entierro de un amigo. Por la tarde, después de la partida del *Lenín*, me trajeron un paquete de periódicos que consagraban largos artículos a nuestra expedición. Muchos de ellos censuraban nuestra empresa, que tachaban de "loca aventura, nacida para el fracaso y que había de terminar por la pérdida de muchas vidas". Para ser imparcial, añadiré que, en respuesta de mi telegrama de madrugada anunciando la salida del *Lenín*, recibí otro de

felicitación firmado por Kryssín y Polovtzoa. En cuanto al Gobierno de Moscú, a quien igualmente había yo enterado del bautizo y de la salida del *Lenin*, no dió la menor señal de vida, a pesar de que Krassín se encontraba por entonces en Moscú.

La expedición cumplió su cometido del modo más brillante. Es cierto que tuvo que afrontar algunas dificultades (el capitán Sverdrup, que tenía mucha experiencia del mar de Kara, aseguró que las condiciones meteorológicas nos habían sido notablemente desfavorables); los barcos a veces fueron aprisionados por los hielos y sufrieron algunas averías, aunque siempre los salvó la radio, la presencia del rompe-hielos, y, sobre todo, el que la expedición la mandaba ese viejo lobo de mar, el capitán Sverdrup. En una de las averías, un barco debió su salvación al buzo escocés Martín Spike, que obró el salvamento con peligro de su vida. En previsión de una invernada eventual en los hielos árticos, había cuidado yo de dotar a los navíos de una tripulación completa, de provisiones, de armas, de combustible, etc. Pero habiendo salido el 1 de agosto, y descargado las mercancías en las rías del Obi y Enisei, la expedición cargó mercancías en Siberia y estaba de vuelta en Londres el 5 de octubre del mismo año.

Con todo, las mercancías que habíamos exportado a Siberia fueron causa de numerosos infortunios. Porque, según me lo contaron personas que vinieron de Rusia, parte de ella fué devuelta por camaradas, fusilados por este delito.

En cuanto a las mercancías traídas de Siberia, eran de pésima calidad: las pieles estaban mal adobadas y acondicionadas, y nos vimos obligados a darles salida a bajo precio. A nadie le había ocurrido aprovechar este medio de transporte poco acostumbrado, para darnos una mercancía de buena clase. Entre los envíos de la expedición, había alrededor de tres mil toneladas de grafito siberiano; pero cuando presentamos muestras en el mercado de Londres, los especialistas ingleses declararon que este grafito era de tan mala calidad, que no lo podían adquirir. El análisis químico de las muestras confirmó esta opinión. Kryssín, que estaba encargado de la venta, propuso al Consejo de Administración no desembarcar el grafito, sino tirarlo al mar, lo que había de resultar a shilling por tonelada; me opuse categóricamente a tal medida. Ya que el hecho de haber arrojado al mar un cargamento traído por una

expedición especial no se podría disimular, y vendría a ser la comidilla de las conversaciones de la gente, quedando arruinado nuestro prestigio, ya bien debilitado... Contesté exigiendo que el grafito fuera descargado y vendido, aunque no fuera más que por el embalaje.

Siento cierta dificultad en abordar este asunto, pero, no obstante, me permitiré responder de antemano a la pregunta que el lector amigo podría hacerme: ¿Se hizo aprecio de mi trabajo? No, lector, este trabajo no se apreció. Cuando, al año siguiente, se proyectó otra expedición ártica, se confió su organización a tres individuos, designados por el célebre Kviatkovsky, émulo de la "Gukovschina", y uno de sus amigos, un tal Vinokurof, también caballero de la "Gukovstchina", fué encargado del papel principal. No me es menos sensible añadir que, cuando la delegación, cuyo presidente era Krassín, envió a Moscú una relación detallada de la expedición que acabo de contar, toda la honra de la organización cayó sobre Krassín. Se mostró muy confundido al decirle yo que "había leído con gusto dicha relación". Por entonces se habían resfriado algo nuestras relaciones, según después diré; se puso rojo como una amapola, y quiso explicarme que esta omisión "había sido intencionada, con el fin de no irritar a los gansos de Moscú citando mi nombre, que les era tan odioso". Todo esto, *se non é vero, ben trovato*...

Pero llegó el día en que, de un modo inesperado para mí, se me hizo justicia.

Un comunista muy joven pero muy enérgico, que se llamaba Andrés Rothstein, poco conocido de mí, formaba por esta época parte de la delegación. El 7 de noviembre de 1921 celebramos en Londres el aniversario del golpe de Estado bolchevista, y después de los discursos laudatorios, sumamente aduladores, los convidados asistieron a la proyección de la cinta de la expedición de Kara, hecha por el operador Hause. Era tan interesante como pintoresca. A continuación, el joven Rothstein subió al estrado y se dirigió, en inglés, a los espectadores. En su discurso inesperado, sobre todo para mí, invitó a sus camaradas a saludar en mi persona al hombre que había tomado a su cargo la organización de la expedición, expedición que había logrado resultados tan apreciables gracias al "camarada Solomón", que todo lo había previsto, que había reclutado un personal de primer orden, al que había dota-

do del preciso material técnico, sin olvidar instrumentos científicos. Al pronunciarse esta alocución, ocupaba yo un modesto asiento en una de las últimas filas del público, que llenaba un salón inmenso, alquilado especialmente para esta ocasión.

El discurso de Rothstein provocó una tempestad de aplausos. Krassín se levantó, se acercó a mí, y me estrechó la mano. Se quedó pálido y confuso. Este incidente ocurrió poco después de aquella conversación en que había hablado "de los gansos soviéticos". Yo le había igualmente tendido la mano, pero no estreché la suya. Se puso entonces más pálido y se retiró como abatido. Esta fué mi única venganza, que él entendió muy bien. Algunos días después vino a darme explicaciones. Para entonces, respecto a él, había yo acumulado ya mucha bilis. Me dió mil excusas, repitió hasta la saciedad sus absurdos argumentos referentes a los "gansos de Moscú" y me dijo que el haberle yo rehusado estrechar su mano, de lo que únicamente él se había dado cuenta, le había hecho más impresión que si le hubiera dado una paliza...

XXXII

Entretanto, recibíamos de Moscú frecuentes telegramas de protesta respecto a los artículos de consumo comprados por nuestra sección comercial, en que entraban las artimañas de Kryssín. El centro unía a estas observaciones certificados extendidos después de un examen por las comisiones sanitarias. No recuerdo bien los pormenores de estas reclamaciones, pero puedo hacer mención de algunas. Expedimos, por ejemplo, muchos miles de toneladas de tocino. La comisión receptora de las mercancías de Moscú, aseguraba que el tocino estaba podrido, que estaba cubierto de una capa de moho de dos o tres milímetros, y que algunos trozos se hallaban agusanados. La comisión sanitaria, por su parte, dictaminó que el tocino no era comestible; ordenó empapararlo en gasolina y quemarlo. Reclamaciones parecidas se nos hicieron respecto a grandes partidas de latas de conserva, que contenían habichuelas en manteca, conservas de carne, de arenques, etc..., lo cual constituía un total de carga de muchos miles de toneladas, que estaban destinadas para alimentar a millones de rusos víctimas del hambre. Estas mercancías estaban podridas y agusanadas, y la comi-

sión sanitaria ordenó destruirías, ya quemándolas, ya enterrándolas. El tesoro público se hundía a vista de ojos, el hambre reinaba en Rusia, mientras que el trío Polovtsova, Kryssín, Klychko compraba magníficos hoteles.

Las mercancías adquiridas por el servicio técnico antes de mi llegada, no tuvieron mejor suerte. Los automóviles mandados a Rusia tenían piezas viejas, fraudulentamente ajustadas; los neumáticos, aun los nuevos, databan de antes de la guerra, y la goma estaba quemada. Había otras muchas mercancías suministradas también todas según el principio de la "Gukovstchina"...

En una junta suscitó esta cuestión ante el Consejo de administración. Kryssín, que dirigía el servicio comercial, y Polovtsova, que antes de llegar yo había llevado la dirección del servicio técnico, comenzaron a balbucir absurdos sofismas, con el fin de justificar sus fraudulentas entregas. Contesté llamando a las cosas por su nombre, y apoyándome en escrituras comerciales de las comisiones de recibo. Considerando insuficientes las explicaciones que se me daban, mantuve mi manera de ver sobre este punto. ¡Ah, cuántos dictámenes personales míos se hicieron constar en los procesos verbales de aquellas sesiones!

Klychko se movía y se alborotaba como diablo en pila de agua bendita, pues *conocía perfectamente* cómo sus aliados (a quienes no perdía ocasión de hundir) se las arreglaban para efectuar sus compras.

Persuadido que jamás llegaría a enténdermelas con Kryssín y con su "Trilby", redacté un proyecto sobre crear una Comisión receptora, que debía ser agregada a la "Arkos". En este proyecto hacía notar que era imposible confiar al mismo servicio el cuidado de hacer y recibir los pedidos de mercancías. Bosquejé la organización de un servicio especial que no dependía de ningún organismo de compras. Fijé los diversos puntos a que debía concretarse la actividad de este servicio, añadiendo al proyecto una explicación de él. El martes siguiente (día de junta) presenté el proyecto al Consejo de Administración. Mi propuesta cayó, entre los asistentes, como una bomba. Naturalmente, mis colegas se apresuraron a dilatar la discusión para la próxima junta. Les pedí se pusiera el proyecto, y la explicación adiunta, en el acta de la sesión, como efectivamente se hizo. Kryssín, Polovtsova y Klychko se aconsejaron

entre sí, y el trío se puso como un erizo. Fué el comienzo de una larga intriga de lazos y enredos, cuya víctima fui yo hasta la llegada de Krassín, es decir, hasta fines de octubre.

Klychko buscaba constantemente sembrar la enemistad entre Krassín y yo, se esforzaba por excitar desde luego la hostilidad de su amo hacia mi proyecto "absurdo", según él. Poco después de llegar, Krassín vino a buscarme. Me es por extremo penoso recordar aquella escena. Lo primero, cambiamos unas frases sobre los negocios corrientes, como, por ejemplo, del tocino podrido y otros géneros de mala calidad. De pronto, Krassín se dirigió a mí en un tono áspero, que yo no esperaba y jamás le había oído, ni antes ni después de este incidente. Repito que siento mucho evocar este recuerdo; únicamente lo traigo a la memoria para observar la más estricta imparcialidad y la mayor exactitud posible en todo este relato.

—Dime, Georguy Alexandrovitch—comenzó Krassín, con aire sacudido, y como si pretendiera excitarse a sí mismo—, ¿es verdad que, según lo afirma Klychko, existe una lucha sorda entre ti y los miembros del Consejo?... No acabo de entender cómo andas a cuchilladas con todo el mundo. Eso es escandaloso.

Mis ojos se dilataron de sorpresa, mientras con frío escuchaba aquel discurso lleno de intensa cólera. Pero Krassín prosiguió:

—En Berlín no te entendiste con Joffé; en Reval, la guerra fué con Gukovsky; aquí, con los miembros del Consejo. Y ahora presentas ese proyecto "absurdo" de un servicio de recibo "independiente". Ya estoy harto... Me asedian quejas de Klychko y de los miembros del Consejo... No quiero que eso siga adelante, ¿me entiendes?

La sorpresa y el terror se disiparon, y sentí entonces que una ola de indignación y desprecio me hundía. Cuando me dirigió él las últimas palabras: "No quiero que eso siga adelante, ¿me entiendes?", yo le paré los pies, diciéndole fría y desdeñosamente:

—Leónidas Borissovitch, haga el favor de decirme: ¿me habla usted como presidente de la delegación?

Acalorado como estaba, después de aquellas filípicas tan formidables como incorrectas, Krassín no se debió dar cuenta ni del tono glacial que yo adopté (por primera vez después de

treinta años de amistad), ni de que yo le trataba de “usted”; y respondió secamente:

—Sí; hablo como presidente del Consejo.

—Pues entonces—dije yo, midiendo cada palabra—le ruego a usted no se permita conmigo el tono que acaba de usar; no dice bien a un alto funcionario soviético. No le escucharé a usted y le *prohibo* me siga hablando así; por otra parte, es inútil continuar: desde hoy mismo, le pediré oficialmente la dimisión por razón de mi estado débil de salud...

Krassín se paró sorprendido, como caballo que lanzándose a galope encuentra un obstáculo de improvisto... Un estremecimiento nervioso recorrió su hermoso rostro, y se quedó mirándome fijamente con una mirada espantada. Porque yo le amaba hondamente, y jamás me había permitido, aun cuando él me hablaba bruscamente, responderle con irritación.

—En verdad—dijo con voz amansada—, pedir la dimisión..., ¿cómo va a ser eso?...

—Muy sencillamente—respondí yo.

Me pareció que volvía sobre sí, y, precipitándose sobre mí, comenzó a excusarse, a abrazarme, a quejarse de Klychko, que le tenía atormentado persiguiéndole con sus intrigas, sus alusiones hostiles, su continuo espionaje. Pero yo conservé una actitud fría. Cierto, me era penoso el ver crecer en mí el desprecio para con aquel antiguo amigo. Krassín, por su parte, no dejaba de quejarse de Klychko y de su vida de familia, acabando *por echarse a llorar...*, pidiéndome diera al olvido aquella su “salida”. Hice lo que pude para calmarle... Luego me dijo:

—¿Tú tienes un proyecto sobre servicio de admisión de mercancías? Dámelo. Lo he leído, y creo que tienes plenamente razón. Perdóname si he tratado de “absurdo” ese proyecto.

Cogí de sobre la mesa el famoso proyecto, y se lo alargué. El escribió: “Ratifico el presente proyecto. El presidente, *Krassín.*”

Terminó el incidente, pero nació entre mí y Krassín cierta frialdad; y si bien no se rompió nuestra amistad, el rastro maldito de la querrela quedó impreso en nuestras relaciones hasta el fin de sus días. Vine a entender que Klychko abusaba de la debilidad de Krassín para gobernarle a su gusto. Krassín se daba cuenta de la nulidad de aquel tronera, que amaba la intriga por la intriga, buscando hacer carrera y no deteniéndose

ante nada con tal de lograr su intento. Odiaba a Krassín y le temía al mismo tiempo; me odiaba a mí y me temía del mismo modo, trabajando de continuo por abrir una fosa a nuestros pies. Algunos de nuestros comunes amigos creían a Krassín hombre fuerte, y otros, mostrando tal vez demasiado celo, le trataban como a un hombre grande. Kollontái le admiraba y le llamaba el "magnífico". No es mi intención dar aquí el carácter detallado de Krassín; tal vez lo haga algún día en otras páginas. Ahora me contentaré con decir que era un personaje complejo, en el que la fuerza y la energía se mezclaban con una debilidad del todo femenina. Por desgracia, me veré obligado a recordar más tarde otras desavenencias que surgieron entre nosotros. No he levantado sin melancolía el velo tras el cual estaba escondida nuestra antigua amistad, dejando al desnudo una parte de su alma y otra parte de la mía. Nuestras relaciones no se rompieron nunca, y cuando yo dejé el servicio soviético, cambiamos entre nosotros una correspondencia cordialísima. Con todo, estas relaciones no volvieron a ser como lo habían sido antes. Lo mismo que en la célebre composición de Sully Prudhomme, *El búcaro*, la ligera quebradura iba mordiendo nuestras almas y causaba una grieta imperceptible.

Por esta grieta se me escapaba algo infinitamente precioso y querido. Siento un dolor penetrante al pensar que él murió sin haberme pedido perdón...

Durante la conversación que acabo de describir, Krassín ratificó, a manera de reparación, otras proposiciones menos importantes que yo había hecho. Yo empecé por aplicar el reglamento referente al servicio de recepción. Ciertamente, la ratificación de aquel proyecto por Krassín (ratificación que, según expresión de Klychko, tenía el carácter de un *decreto*) provocó la indignación de Polovtzoza y de Kryssín. La aplicación de esta medida, que limitó de un golpe el campo de las malversaciones, me hizo odioso a los ojos de la "pandilla de la "Arkos", hecho que, junto con otras aplicaciones del mismo género, acabó por provocar mi dimisión, como más adelante diré. En noviembre de 1921 mi secretario me envió una carta diciéndome que la persona que me había llevado aquella carta deseaba verme. He aquí lo que me escribía Krassín:

"Mi querido Jorge: Esta carta te será llevada por M. I. Skobebe (no te asustes, éste es aquel mismo que...); desea hablarte de un negocio importante. Personalmente apruebo su proyecto.

Te ruego, pues, tengas una conversación con él; y si crees que ese proyecto merece tu atención, podrás entenderte con él; yo firmo de antemano la decisión que tomes."

Recibí a Skobelef (1). Me hizo la impresión de un niño mimado, poco listo pero lleno de desparpajo y capaz de una impertinencia si se presentara la ocasión. A medida que adelantaron nuestras relaciones, esta impresión se fué acentuando más y más.

—Sin duda, usted conoce ya el objeto de mi visita por la carta de Krassín, ¿no?

—Leónidas Borissovitch me ha escrito únicamente para decirme que usted tiene que presentarme un proyecto—respondí yo.

—Pues bien, helo aquí. Leónidas Borissovitch me ha dicho que podía hablarle a usted con entera franqueza. Se trata de una tentativa para "conquistar a Francia", o, hablando en serio, de gestiones que tienen por fin el reconocimiento de los Soviets. Mi proyecto está edificado como conviene a un marxista, sobre una base estrictamente materialista. Creo que para "conquistar a Francia", cuyo Gobierno es francamente hostil (y Poincaré particularmente), por de pronto es indispensable preparar la opinión pública, o, más exactamente, hacer brillar a los ojos de la burguesía la perspectiva de grandes beneficios... Por mi parte, yo he efectuado ya, no sin riesgos y peligros, algunas operaciones en este sentido...; he hecho una activa propaganda, hablando de los millones que llenarán los bolsillos de los capitalistas cuando Francia restablezca las relaciones económicas con Rusia, ¡perdón!, con la U. R. S. S.—rectificó él sonriendo—; pero usted entiende bien que la propaganda que no se apoya sobre algo concreto, no puede tener más que resultados mediocres. Los franceses son prácticos y necesitan oír el "tintín" de la moneda.

Y Skobelef se puso a desenvolver su plan, que era, en resumen, muy sencillo: a pesar de no estar los Soviets reconocidos por el Gobierno francés, debíamos intentar el comercio con Francia, comprando los productos fabricados por los industriales franceses, sin pretender comerciar y vendiendo en Francia

(1) M. I. Skobelef, antiguo menchevique, que ejerció en el Gobierno provisional las funciones de ministro del Trabajo, más tarde dirigió la sección oficiosa del "Arkos" en París. Actualmente se encuentra en Moscú, pero ignora el puesto que ocupa.

nuestras mercancías a precios de reclamo, sin ir tras las grandes ganancias, al menos para comenzar.

—Le aseguro a usted, Georguy Alejandrovitch, que en el primer paso que demos habrá comentarios y envidias... El concurso de la prensa está asegurado, los diarios hablarán de ello a más y mejor, otro tanto harán los medios industriales y comerciales. Harán presión sobre Poincaré y sobre los otros miembros del Gobierno. Y, después, todos los librepensadores del género de Herriot, acudirán en su auxilio y ejercerán igualmente presión sobre el Gobierno.

Tales eran las grandes líneas del proyecto. Quedó acordado que Skobelet crearía en París una sucursal privada de comercio a "nombre suyo", y que esta sucursal se encargaría oficialmente de todas nuestras comisiones en lo concerniente a la compra y venta de las diversas mercancías. En dos o tres días elaboramos el plan detallado de esta organización, designando los cuadros, etc. Habiendo recibido de Moscú una petición a este propósito, encargué a Skobelet se informara sobre si podríamos adquirir en Francia los neumáticos para pesos ligeros y pesos elevados..., lo mismo que otras mercancías...

Pusimos, pues, los cimientos de un negocio en Francia. No recuerdo ya por qué intermediario obtuve para nuestros agentes el permiso para entrar en este país. En seguida hice un pedido bastante importante a la casa de neumáticos Bergougnan. Cuando éstos estuvieron listos, delegué como revisores a dos colaboradores perfectamente íntegros, V. A. Silaief, de quien ya he hablado, y B. A. Betling. Diré algunas palabras a propósito de ellos. Silaief era un antiguo obrero de Petersburgo, que había trabajado en las fábricas Putilof, hombre listísimo. Durante la guerra había sido delegado en Inglaterra para recibir los pedidos militares. Además, era de una escrupulosa honradez. No era miembro del Partido. Cuando yo entré en relaciones con él, me dijo francamente que su "alma no podía aceptar el Partido comunista".

En cuanto a B. A. Betling, era ingeniero, de origen inglés, que había hecho sus estudios en el Instituto Tecnológico de Petersburgo y se había establecido en Inglaterra después del golpe de Estado bolchevista. Era un joven de excelente tradición, profundamente leal; yo le apreciaba mucho, y a su vez Klychko y los suyos se habían puesto a perseguirle, teniéndole arrumbado y poniendo su "veto" a todas mis tentativas de

mejorarle la situación. Cuando yo dejé el servicio soviético, este ingeniero tan honrado y abnegado fué despedido.

Emprendimos, pues, la conquista de Francia. En ella comprábamos y vendíamos mercancías. Los periódicos y los hombres interesados en estas transacciones hacían propagandá en nuestro favor, procurando hacer presión sobre el Gobierno.

Pero sus esfuerzos fueron inútiles, mientras Poincaré estuvo a la cabeza de aquel Gobierno. Sólo cuando Herriot (hombre talentado, pero poco perspicaz) tomó el poder, logró el Gobierno soviético ser reconocido. *¡Francia estaba conquistada!*

Entretanto, las cosas iban muy mal en la sección técnica de la "Arkos". Esta olía manifiestamente a "Gukovstchina". Después de la salida de la expedición de Kara, tuve cierta holgura y pude vigilar más de cerca los negocios. Ya he hablado de las reclamaciones que Moscú nos hacía a propósito de los automóviles, que tenían piezas viejas o mal ajustadas y neumáticos de antigua fabricación, con el caucho quemado (todo comprado a precios muy elevados). Un día Silaief vino a buscarme, y me habló con gravedad y ponderadamente, como de costumbre, de toda una serie de géneros de mala calidad, que se habían adquirido antes de mi llegada, cuando la sección técnica estaba dirigida por Polovtsova. En esta ocasión fué cuando Silaief me recomendó al ingeniero Betling, que era ayudante del director de la sección de automóviles; alabó la probidad y la competencia de Betling, añadiendo que éste podría procurarme informaciones precisas sobre esta clase de mercancías. Al día siguiente, Silaief me trajo a aquel joven, a quien yo no conocía más que vagamente. Era un muchacho simpático, su mismo tipo era el de un estudiante-tecnólogo ruso, de aspecto franco y abierto.

—Camarada Betling—le dije yo con tono severo—: el camarada Silaief me ha dicho que usted podría informarme sobre ciertos abusos que se cometen en la sección de automóviles. Me alegraría mucho saber la verdad. Pero le advierto a usted que no daré oídos a su informe si no está usted dispuesto a repetirlo, si la ocasión se presenta, delante del ingeniero K-v. Detesto la delación.

—Entendido—respondió con modestia Betling—. Me comprometo a repetir en cualquier momento, y delante de cualquiera, todo lo que tenga que decirle a usted.

—Entonces estoy pronto a escucharle.

Me dió su informe, apoyándose en documentos que no me dejaban duda alguna, Silaief, que estaba también al corriente de muchas cosas, confirmó a su vez las palabras del joven. Me convencí plenamente. Sometí inmediatamente al Consejo la destitución de K-v. En seguida, Kryssín y Polovtzova se encabritaron, afirmando que K-v. era el hombre más honrado, el más abnegado y capaz de la tierra. Estas protestas no ofrecían para mí ninguna novedad. Todos los canallas eran enérgicamente defendidos por mis colegas del Consejo. Encontrándose Krasín por este tiempo en Moscú, la cuestión de la destitución de K-v. permaneció en suspenso. Pero yo resolví no saber nada de este individuo, para evitar disgustos, y le rogué dejara en manos de Betling los negocios corrientes. Entretanto, Polovtzova y Kryssín seguían trabajando contra mí, y aún más, *horribile dictu*, contra Klychko.

Guiado por los consejos de Betling y Silaief, hice un pedido de neumáticos a la casa "Dunlop". No recuerdo por qué razones esta firma no quiso entrar en tratos con la "Arkos"; a todas las gestiones de nuestra institución, Dunlop respondía con una negativa tan cortés como resuelta. Trataba de hacer gran pedido de neumáticos para la Intendencia militar. Confié las negociaciones a Betling, quien personalmente presentó mi petición a Dunlop; con gran sorpresa mía, esta casa aceptó entrar en negociaciones conmigo, y, lo que es más asombroso, consintió aun en hacerme algunas concesiones. Me persuadí que había encontrado en la persona de Betling un excelente jefe de la sección de automóviles. Por lo referente al pedido, fué éste ejecutado perfectamente por la casa Dunlop, siendo juzgados los artículos que ella envió a Moscú, como "de primer orden", e inserta esta mención en el acta de recepción.

Entretanto, K-v. continuaba en los cuadros de la "Arkos" percibiendo su sueldo, sin desempeñar ocupación alguna. Ciertamente, él procuraba causarnos toda clase de disgustos, animado por sus amigos. He aquí, por ejemplo, una de las jugadas que me hizo a fin de obligarme a mantenerle en sus funciones: habiéndome suplicado que le recibiese, y habiendo declarado a mi secretario que se trataba de un negocio sumamente grave, me echó el siguiente discurso, que me recitó muy amablemente:

—Sé que usted me detesta, Georguy Alexandrovitch, y que está decidido a echarme de la "Arkos"; pero le amo a usted

a pesar de todo, y vengo a advertirle... Usted ha encargado a mi adjunto Betling hacer un pedido de neumáticos, y él ha confiado la ejecución de este pedido a Dunlop. Es ésta una firma muy mala, cuyos servicios he rechazado siempre con toda deliberación, a pesar de todas las facilidades que me ha dado. Estoy persuadido que usted se va a encontrar en una lamentable situación a consecuencia de este negocio..., y se trata de un pedido para la Intendencia militar... Si los neumáticos no son satisfactorios (y estoy persuadido de antemano que no lo serán), el negocio llegará a oídos de Trotzky, a quien yo conozco íntimamente. Tendrá usted graves disgustos y aun tal vez será destituido... Los directores no están soldados a sus asientos...; para ellos también hay justicia... Acabo de hablar con V-N. Polovtsova; la he dado cuenta de mis reflexiones, y ella me ha aconsejado prevenirle a usted para que sepa de dónde está amenazado...

—¿Ha terminado usted?—pregunté yo, después de haber escuchado estas palabras con profundo disgusto.

—No del todo—respondió él.

Luego, tomó de nuevo la palabra en un tono de ultimátum:

—Si usted no renuncia inmediatamente a ese pedido, para anular el cual yo encontraré fácilmente un pretexto, me veré obligado a escribir a Trotzky, con el cual estoy en inmejorables relaciones... ¡Fíjese bien! Usted va a tener graves disgustos—concluyó en tono amenazador, levantándose de su sillón—: ésta es mi última palabra.

—Espero que ahora habrá usted ya terminado—repetí con repugnancia.

—Sí, ahora he terminado...

—En ese caso, le ruego se retire inmediatamente.

Poco después de esta visita, vi entrar al jefe del servicio técnico, un tal F., el cual me declaró que, en consecuencia a la estima en que me tenía, estaba obligado a avisarme "de la amenaza suspendida encima de mi cabeza", pues K-v. estaba en plan de escribir a Trotzky. Yo le interrumpí secamente, por más que yo le había visto con frecuencia en casa de Krassin (era un antiguo empleado de la Siemens Schukkert, que había entrado al servicio de la "Arkos" por recomendación de Krassin):

—Le ruego me deje usted en paz con ese su K-v—exclamé—,

y note usted que sus advertencias me causan una impresión muy desfavorable... Adiós...

A fines de octubre, Krassín volvió de Londres. Le conté las circunstancias de la destitución de K-v. Si bien era enteramente de mi parecer sobre la oportunidad de esta medida, se mostró muy inquieto.

—¡El diablo se lleve a ese canalla!—dijo con tono de preocupación—: ¡es capaz de escribir a Trotzky!... Sería esto bonito...

—Mira, Leónidas—repuse yo—; esto no es más que un puro y simple *chantage*, del que también quiere sacar partido F., el amigo de K-v... Es un embustero al denigrar a la casa Dunlop y al hablar de su amistad con Trotzky. Yo, por mi parte, nada temo.

—No; es preciso que este negocio se arregle sin ruido. Ese tipo, como no tiene nada que perder, es capaz de todo. Permíteme que le llame, y dame carta blanca a fin de que pueda yo entenderme con él amigablemente... Vamos a suponer que obtiene la jubilación, que se le otorga pidiéndola él y con el sueldo de dos meses. ¿Qué te parece?

—Haz lo que quieras—respondí yo con frialdad, abordando los negocios corrientes.

Que el lector me perdone haber contado este incidente con todos sus detalles, pues es bueno para probar de qué fuerza e influencia disponen individuos del género de K-v. Añado que más tarde me vi igualmente precisado a separarme de F...

XXXIII

Es cierto que nosotros teníamos en Londres nuestra célula comunista. La componían elementos empleados en la "Arkos" y en la delegación. No eran muy numerosos—alrededor de veinticinco, de los cuales dos o tres eran ingleses—. Klychko era el presidente de la célula, quien, en resumidas cuentas, no hacía absolutamente nada. Las reuniones se tenían raras veces, y en ellas se leían vagos informes, se tomaban vagas resoluciones, que nada tenían de común con nuestra propaganda en Inglaterra. Esta propaganda estaba personalmente confiada a Klychko, quien era agente de la Comintern. Sé que gastaba su

mas considerables, lo mismo en Inglaterra que en los otros países, enviando dinero a Francia, a las Indias, etc.

En diversas ocasiones la célula sufrió sus crisis, de cuyas circunstancias no me acuerdo. Pero un día, una orden del Comité central produjo una gran conmoción; aquélla ordenaba que los empleados comunistas fueran obligados a dar una cuota de su salario al Partido, como cuota mensual. Las cuotas eran calculadas según el sueldo de cada miembro. Yo recibía cien libras esterlinas por mes, veinte de las cuales debía dar como cuota mensual, sin contar una libra para la célula directamente. La vida en Inglaterra es muy cara, y estos gastos suplementarios gravitaban pesadamente sobre mi presupuesto. Esta fué la causa de la viva agitación que estalló en el seno de la célula, pues todos los miembros experimentaban las mismas causas que yo, irritándoles consiguientemente aquella medida. Se quejaban por lo bajo de ser tanto más vejatorio el impuesto, cuanto que aquel dinero era dispersado a los cuatro vientos. Nadié osó, sin embargo, proclamarlo en voz alta.

En la "Arkos" se había formado un Comité ejecutivo que resolviese las cuestiones del personal. Esta organización dependía también enteramente de Klichko. El Comité se informaba de las personas que deseaban entrar al servicio de la "Arkos", y daba sus decisiones.

Pero estas conclusiones iban siempre inspiradas por Klychko. Uno de los hombres más activos del Comité era un tal Yasvoin, aunque no era comunista. Era éste un sujeto mediocre, pero que siendo informador de Klichko, y llevándole toda clase de chismes sobre los colaboradores, gozaba de bastante influencia. El Comité lo formaba únicamente gente hechura de Klychko. Esta organización había creado un club de empleados de la "Arkos" y de la delegación, en el cual se tenían conferencias, bailes, concursos de ajedrez, tertulias, etc. El club no gozaba de mucha popularidad, pues se temía hablar en él abiertamente; los informadores llevaban a Klychko los menores detalles de las conversaciones y con frecuencia habladurías, etc. Klychko, cuyo espíritu vil y limitado no entendía sino de astucias, escribía todo esto en sus tablillas, y, si a mano venía, se servía de ello como de "informes sumamente seguros".

Un día Klychko se presentó en mi escritorio; parecía venir de muy buen humor; después de terminada nuestra conversación de los negocios, se me puso a hacer sus confidencias, di-

ciéndome lo bien montado que estaba su aparato de información y lo bien que sus informadores trabajaban. Estos le tenían al corriente de todo lo que se relacionaba con sus empleados. Klychko se expresaba con torpeza y tenía el hábito de tartamudear a la mitad de sus frases.

—No me creería usted, Georguy Alejandrovitch, si yo le dijera quiénes son mis mejores informadores, ¡je, je, je! Son..., el ingeniero Rabinovitch, Gruhko, Shirshof, Yasvin, Levidof... Sí, mi negocio está bien organizado—prosiguió Klychko con orgullo—. Lo sé todo, todo lo que se refiere a mis empleados... Y, sin embargo, ¡je, je, je!, no estoy contento...; mi sueño sería instalar, ¡je, je, je!, aparatos registradores..., quiero decir, pequeños fonógrafos disimulados en la habitación y que registrarán todas las conversaciones... Ese sería un negocio verdaderamente serio...; los tendría instalados en todas partes; usted, usted mismo no se habría escapado..., ¡ja, ja, ja!... Yo hubiera ocultado uno..., pongamos por ejemplo, en la cornisa...

Entretanto que llegaba esta innovación, el número de colaboradores especiales que estaban prestos a ofrecer sus servicios a Klychko aumentaba de día en día. Pronto vimos surgir una muchacha de extraña reputación, y de la que los empleados no hablaban sino en voz baja. Se decía que sola ella bastaría para turbarlo todo, dado su oficio de *verdugo*, y que ella había fusilado a los condenados en los subterráneos de la Tcheka... No sé yo si estas afirmaciones eran exactas, y por eso no cito el nombre de esta persona. Sí es cierto que ella era la que informaba a Klychko.

Inútil es decir que todo lo que pasaba en la "Arkos" me irritaba profundamente. Rodeado por todas partes de Klychkos triunfantes que espiaban, intrigaban y me molestaban sin cesar en mis movimientos, tenía que luchar con todas mis fuerzas; pero, ¡ay!, bien pronto comencé a sentir un profundo cansancio! Yo luchaba, pero las reservas de mi energía se agotaban. Por momentos me veía llegar a la apatía; la idea de marcharme, de dejarlo todo y de huir hasta el extremo del mundo, a fin de no volver a ver aquellos ladrones, o aquellos intrigantes, penetraba en mi alma más y más. Mi ser físico se marchitaba igualmente. Sufrí crisis cardíacas que a veces se prolongaban durante cuarenta y ocho horas. Consulté a un médico, quien comprobó estar yo atacado de un mal que no había yo sufrido antes de mi llegada a Inglaterra.

Si yo estaba profundamente irritado por las jugadas que me hacía un Klychko, para quien yo no sentía más que desprecio, la alteración que habían sufrido mis relaciones con Krassín me era intolerable. Y estas relaciones se aflojaban más y más. Para expresarme con moderación, diré que los *gatos negros* de la mutua incomprensión pasaban constantemente entre nosotros. Esta incomprensión se mostraba ahora en todo. Algunos hechos que provocaban en otro tiempo la indignación de mi amigo, si bien él me sostenía con energía en mi lucha, daban lugar ahora a una apreciación completamente diferente por su parte; nuestras opiniones eran diametralmente opuestas... En cuanto a Klychko, aquel hombre limitado e insolente, aquel espía, aquel criado desvergonzado, adquirió más y más influencia con Krassín. Observé con inquietud, y luego con angustia, cómo esta influencia se ejerció sobre la noble alma de mi difunto amigo, produciendo un cambio que modificaba su manera de ver las cosas y los hombres. Hubiérase dicho que aquel vil diablillo de Klychko había tomado posesión de su grande y generosa alma. Yo sabía que todo lo más elevado que poseía, protestaba contra aquella tiranía. Como ya he dicho, Krassín se quejaba amargamente de Klychko, y, sin embargo, dábale en él como una extraña impotencia, un terror incomprensible para con aquella mediocridad, aquella ruin y venenosa araña, cuyas velludas patas le encadenaban el alma... Yo veía a aquella alma sumirse poco a poco en profundas tinieblas... Sin duda, también Krassín comenzaba a sentir el cansancio...

El muro que nos separaba se agrandaba de día en día... Verdad es que nuestras incomprensiones no alcanzaron nunca, al menos exteriormente, los proporciones del incidente más arriba descrito, en el cual yo le amenacé con la dimisión; pero desde el punto de vista, por decirlo así, potencial, estas incomprensiones eran más profundas y más aterradoras que una querrela franca y ruidosa. Lo más penoso en estas nuestras diferencias, era la forma correcta con que se presentaban por una y otra parte. Recordaba la corrección de los esposos que, aun reconociendo que todo ha acabado entre ellos, tratan de evitar los escollos y esquinas con que inevitablemente tropiezan. Es inútil discutir, acalorarse, pues que se trata de lo irreparable... Y comenzamos a evitarnos mutuamente.

Inmenso era mi tormento por razón de estas circunstancias, y se iba apoderando de mí más y más el deseo de huir. Pero,

desgraciadamente, no hay situación tan mala que no pueda empeorar. Un nuevo personaje apareció en nuestro horizonte, un personaje que había de alcanzar una notoriedad mundial: me refiero a Alejandro Alejandrovitch Kviatkovsky. Forzoso es que me detenga algo más acerca de él, porque batió todos los *records* de la villanía que reinaba en la "Arkos". La primera vez que le vi fué en casa de Krassín. Se hallaba éste en Moscú, a donde tenía costumbre de ir con frecuencia y hacer largas estancias. Fuimos recibidos por su mujer. Al presentarnos, la señora Krassín dió a conocer a Kviatkovsky como un "antiguo amigo", miembro, un tiempo, del Comité central del Partido Socialdemocrático obrero ruso. Su nombre nada me decía. Era un hombre de cuarenta y cinco años, muy mal educado, cuyos modales recordaban los de un tendero. Lo que más chocaba en su cara mofletuda, eran sus ojillos estrechos, que jamás daban muestras de honradez ni de franqueza. Toda su silueta, lo mismo que su cara encarnada y su estrecha frènte, tenían algo de bestial, algo de salvaje.

Cuando Krassín volvió a Londres, vino a verme, y se puso a hablarme de Kviatkovsky, evitando el mirarme cara a cara. Díjome que era uno de sus viejos amigos, que habían trabajado juntos en el Comité central antes de la revolución, y que era un hombre muy inteligente, honrado y enérgico.

—Querría yo—continuó Krassín—asociarle a la "Arkos" en calidad de director. Ya sé que no te las arreglas ni te entiendes con Polovtsova y Kryssín, los cuales, por otra parte, valen bien poco. Y me ha ocurrido que en la persona de Kviatkovsky tendrías un camarada y un amigo tan probo como competente...

Por este tiempo era yo víctima de las dudas que acabo de decir, y me había entregado a una profunda apatía. Entre Krassín y yo reinaba una absoluta incomprensión. Todo lo que acababa de decirme de Kviatkovsky respiraba falsedad, y desconfiaba yo de todas y cada una de sus palabras... Por otra parte, me había dado cuenta de mi situación y había adoptado la divisa: "*laisser faire, laisser passer*"... Así, que nada respondí, y cuando Krassín me planteó la cuestión netamente, me contenté con responderle con tono de indiferencia:

—Verdaderamente, todo me es igual.

Mi interlocutor se enfadó:

—No entiendo esa manera de responder a guisa de colegial.

Si todavía me dijeras tus dificultades... Pero te contentas con decir que eso te es igual: eso quiere decir que estás descontento, que te opones a ese nombramiento. ¿Pero por qué? ¡Veamos!

—No digas tonterías—interrumpí—; no he dicho que eso me es igual, sino que todo me es igual. Y es la pura verdad; además, tú te lo figuras y te aprovechas... Pero me repugna oírte afirmar que Kviatkovsky será camarada mío, ¿qué digo?, amigo mío... Dios quiera que me engañe, pero ese amigo me parece sencillamente un zorro; además es un tipo muy pagado de sí mismo... No hablo de él en cuanto amigo tuyo, sino en cuanto candidato al puesto de director de la "Arkos". ¿A qué andar jugando conmigo, hablar de mis dificultades? Todo eso no es más que mentira. Si realmente te preocuparas de aligerar mi trabajo, hubieras procedido de otro modo.

—No entiendo nada de lo que estás diciendo—respondió Krassín, con el mismo acento de falsía en la voz—: explica cómo debiera yo haber procedido.

—Pues mira; en vez de asociarme "camaradas", debieras haberme sostenido en mi lucha contra esa pandilla indecente de la "Arkos", empezando por Klychko. Sabes tú perfectamente que me consumo luchando contra esa hidra, esa cuadrilla de bandidos.

—No te entiendo—repitió él, siempre con el mismo tono—; hablas de lucha. ¿Lucha contra quién? Tú ves visiones, te figuras unos fantasmas, y te lanzas a acometerlos.

—Vamos a cuentas; bien conoces tus propósitos absurdos... Y te digo que ni tú debes hablar así ni yo debo oírte... Recuerda con qué ideas entramos al servicio soviético, recuerda nuestras conversaciones de Estocolmo... Y ahora me quieres hacer tragar a ese Kviatkovsky, a quien tengo por un simple aventurero. Anda con ojo, pues terminará por devorarte...

La tristeza se dibujó en la cara de Krassín, y sus rasgos expresaron a la vez cierta inquietud. Murmuró:

—No hablemos del pasado, Jorge; me hace daño; si tú supieras tan sólo...

Callóse por un momento, hizo un gesto de abandono, y añadió:

—Si tú supieras, no me juzgarías con tanta severidad... ¡No, tú no sabes cuánto es lo que aborrezco a Klychko!...

Así nos fuimos alejando más y más el uno del otro.

Al día siguiente, Kviatkovsky se presentó en mi casa; me entregó una carta de las más tiernas de Krassín, en que me suplicaba que hiciera lo que fuera menester para facilitar la entrada en funciones de su protegido. Cumplí todas las formalidades requeridas, y Kviatkovsky fué director con mucha alegría de Klychko. Durante las primera sesión del Consejo de Administración a que asistió Kviatkovsky, presentó la candidatura de su amigo A. A. Vinokurof, que luego fué nombrado jefe del servicio comercial de la "Arkos". Era el *alter ego* de Kviatkovsky, y baste decir que era un perdido y un alcohólico, y, por añadidura, un tipo insolente. Después de su triunfo, Kviatkovsky comenzó a reponerse. Al principio, se mostró sumamente llano conmigo y con los demás miembros del Consejo. Pero, aprovechando la influencia de Krassín, que, a su vez, no cesaba de obedecer las instrucciones de Klychko, el nuevo director comenzó bien pronto a darse importancia, y se puso a desorganizar los servicios y a desmoralizar al personal, haciendo para ello una propaganda por demás curiosa. Halló por medio de Vinokurof la manera de reunir el personal en un terreno neutro. Le llamé la atención sobre la existencia del club; pero me repuso que el club, creado por el Comité ejecutivo, era bueno "para alumnas de colegio". Lo que él deseaba era organizar reuniones donde los colaboradores tuvieran la posibilidad de hablar sin embarazo y de cambiar libremente sus opiniones.

No quería yo discutir, y me contenté con declarar que yo no tomaría parte de ese nuevo círculo. El club se reunía todos los viernes por la tarde en un reducido cabaret de Londres. Desde la primera sesión, los miembros se entregaron a libaciones desenfrenadas; muchos miembros, uno de ellos Yassvoin, el informador de Klychko, estaban borrachos perdidos, y prolongaban la orgía hasta las cinco de la mañana, llegando a dormir en el establecimiento. Kviatkovsky me rogó instantemente que me uniese a la alegre compañía, siquiera fuese por un solo viernes, afirmando que precisamente el hecho de mi ausencia, es decir, de la ausencia de "una influencia moralizadora", era la que había motivado aquellos excesos. Fué tanto lo que insistió, que acabé por prometerle que iría al club el viernes siguiente.

Ese viernes me vi abrumado de negocios urgentes, y no pude asistir a la invitación de Kviatkovsky hasta las once de la

noche. Fui acogido con exclamaciones de gozo por parte de Kviatkovsky, de Vinokurof y comparsa.

—Muchas gracias, Georguy Alejandrovitch, por haber venido; ¡estábamos para desesperarnos al pensar que no íbas a venir!... Y he aquí, por ahora, la regla que nos hemos puesto: aquí todos somos camaradas, y para nada se hace caso de la jerarquía.

Eché una ojeada sobre el "campo de batalla". La asamblea ocupaba tres piezas del segundo piso de aquella zahurda. En la mayor, había una mesa bien provista de botellas y vasos llenos los unos de alcohol, otros, medio vacíos. Había también algunos entremeses. El mantel, empapado en vino. Los colaboradores se hallaban alrededor, en posturas muy desenvueltas. Todos hablaban a la vez y todos muy alto, con voces de borracho. Un fulano, Levenbuck, que había entrado al servicio de la "Arkos" por iniciativa de Krassín, se acercó a mí, me cogió entre sus brazos de borracho, de los que me costó desasirme.

—Vaya, aquí está el terrible Solomón—dijo con voz pastosa—: aquí todos somos camaradas, hablamos con el corazón en la mano..., aquí no hay jefe..., todos somos iguales...; ¡al diablo con los directores! ¡Esta es la cueva de los Zaporogas!

Kviatkovsky, que podía estar bebiendo tres o cuatro días seguidos sin achisparse, no paraba de hacer señas a Levenbuck, que de nada se daba cuenta. Este continuaba su discurso, y (la libertad es la libertad, ¡qué diantres!...) matizaba su discurso con palabras gruesas. Kviatkovsky y Vinokurof se precipitaron para restablecer el orden, esforzándose por calmar a Levenbuck; los otros convidados, que me acogieron también con una familiaridad de ebrios, salpicaban sus palabras de bienvenida con sal ática.

Poco a poco, el público, que se hallaba en un estado de embriaguez muy subido, fué llamado al orden. Se me hizo sentar y se me ofreció un vaso. Pero al punto dije:

—No bebo, y no beberé, porque los médicos me lo han prohibido terminantemente.

—¡Oh, el terrible Solomón no quiere beber! Está bien—exclamó Levenbuck, acompañando sus palabras con una sarta de injurias, y viniendo hacia mí con un vaso de whisky en la mano—; le haremos beber a la fuerza. Camaradas, yo le reduciré a nuestro mismo nivel...

—Alejandro Alejandrovitch—exclamé, dirigiéndome a Kviatkovsky—, si no le llamas al orden, me retiro inmediatamente.

No me pongo a describir por menudo aquellos “inocentes placeres”. Kviatkovsky y Vinokurof cogieron a Levenbuck. Los otros compañeros, que estaban también borrachos, aunque no tanto, se pusieron a calmarle. Kviatkovsky entró en la orden del día:

—Camaradas, propongo determinar ahora el programa de nuestras reuniones fuera de las horas de servicio. ¿Desea alguno tomar la palabra?

—Yo—gritó Levenbuck.

Y se puso a hablar, diciendo que estas reuniones se debían tener con toda franqueza, que cada cual debía tener el derecho de decir cosas verdes, que no era una reunión de doncellas, etcétera, etc.

Kviatkovsky tomó en seguida la palabra, habló, habló largo y tendido sobre el carácter libre de estas asambleas.

—Aquí—decía en un lenguaje muy pintoresco—no hay nada prohibido; ¿queréis beber, bailar? Pues como os guste. ¿Deseáis muchachas? Por eso no ha de quedar; disponemos de una pieza especialmente preparada para el caso... ¡Y bien venidos!

Los convidados relinchaban de gusto. Como una media hora pasé en aquel antro, y me las arreglé para levantarme sin llamar la atención. Bajé rápidamente, cogí mis prendas, y me escapé más que aprisa. Supe al día siguiente que la reunión tuvo el epílogo que era de esperar. Todos los convidados, excepto Kviatkovsky y Vinokurof, vinieron a parar debajo de la mesa. En cuanto a Klychko, no tomaba parte en estas fiestas, pero estaba al tanto de lo que en ellas pasaba, y se reía por lo bajo. Gracias a mis gestiones, las reuniones del club se suspendieron pronto. Mi amigo Silaief me enteró en confianza que aquellas orgías habían sido organizadas por instigación de Kviatkovsky y de Klychko, a fin de comprometerme mezclándome en algún escándalo, que, en verdad, era fácil provocar...

Kviatkovsky seguía la senda que se había trazado. Alióse con Kryssín y Polovtzova. Poco después de los incidentes que acabo de referir, ésta última se ofendió como una colegiala, con motivo de una resolución inscrita por Krassín en uno de sus informes. Presentó su dimisión, creyendo que no se la tomaría en serio y deseosa de dar lugar a una escena. Pero se le ad-

mitió la dimisión; dejó la "Arkos" y se hizo agente de la Cruz Roja soviética.

Mis relaciones con Krassín se iban poniendo cada vez más tirantes. Ahora Kviatkovsky hacía cuanto podía para excitar a mi antiguo amigo contra mí. Lo hacía con discreción, frecuentando asiduamente a los Krassín, adonde yo iba ahora muy raras veces, y tan sólo en el caso que me fuera imposible rehusar la invitación. Kviatkovsky no perdía jamás la ocasión de hablar de mí y de criticarme, y era tarea fácil gracias a la vieja amistad que le ligaba a Krassín y, sobre todo, a su mujer, Liubov Vassilievna (de la que yo también era amigo de juventud). Habiendo sabido que yo era opuesto a las asambleas del club (que, a mi juicio, nos comprometían ante los ingleses), Krassín declaró con maliciosa ironía que yo era un Savonarola, y que trataba de imponer a mis colegas reglas propias de convento. Con todo, Krassín era muy sobrio y tenía horror a aquellas escenas tabernarias. En este tiempo observaba yo en mi amigo cosas bien raras. Por ejemplo, el atuendo de su casa revelaba rasgos absurdos, la afectación de lo grande.

El conde Witte cuenta en sus Memorias que, cuando desayunaba y comía en casa del Presidente Roosevelt, le sorprendía ver que, conforme al protocolo de los Estados Unidos, el Presidente era el primero a quien se servía. Los Krassín adoptaron esa etiqueta. Krassín era servido el primero (luego seguía la vez a su mujer), y eso aunque entre los invitados hubiera señoras de edad respetable. Evidentemente, la pareja Krassín no se figuraba lo absurdo y lo vulgar de aquella imitación de los usos de la Casa Blanca.

Kviatkovsky se lamentaba con frecuencia de que no hubiese presidente ni director general en la "Arkos". La presidencia de las reuniones del Consejo general se confiaba por turno a cada uno de sus miembros. Además, cada director era el jefe absoluto del dominio que se le confiaba. Kviatkovsky deploraba semejante situación, y le oí varias veces hablar de ello a Krassín. Muy bien veía yo a dónde iba con todo aquello, y oía sus lamentos sin intentar darle una respuesta.

Un día Krassín vino a buscarme, y me dijo que hacía tiempo que no me veía, y que tenía ganas de hablar conmigo, etc. Yo había perdido para con él aquella confianza que nos unía hacía tantos años..., y estaba persuadido que en su visita había algo

de diplomacia. No me engañé. Después de haber cambiado algunas frases generales, me preguntó:

—¿Estás ahora convencido que, al presentar la candidatura de Kviatkovsky, lo hice por interés tuyo? Es un excelente trabajador, y un perfecto camarada...

Yo callé con aire algo sombrío, porque adiviné lo que iba a venir. Y otra vez más estaba en lo cierto. Mi silencio le irritó.

—¡Verdaderamente—exclamó—, no hay modo de contentarte!, y, sin embargo, Kviatkovsky tiene hacia ti los mejores sentimientos. Ayer por la tarde vino a vernos... Y, a propósito, mi mujer y yo estamos muy extrañados de verte tan raras veces en nuestra casa... Por lo que ñace a Kviatkovsky, habló de ti de una manera tan cordial...

—¡Oye, Leónidas—le dije—, dejemos esta comedia! Verdaderamente, los discursos diplomáticos no dicen bien con nuestra antigua amistad. Habla francamente; ¿de qué se trata? Eso será lo mejor, tanto más que adivino la razón de venirme a hablar... Pero oye bien lo que te digo: he calado enteramente a Kviatkovsky, y no cambiaré la opinión que de él tengo; y repito que es un compinche muy ladino, y que terminará por cavar tu tumba, como ahora cava la mía..., y, por lo que veo, sus esfuerzos se ven coronados del éxito (1).

—Ya sabes que tengo horror a los clarividentes y a los profetas—respondió secamente Krassín—; si tú conoces algún hecho, te ruego que me le digas. Tus oráculos no me interesan.

—Ni una palabra diré de él, ni tampoco de Klychko, y no te molestaré con mis oráculos. Conserva tus amigos..., pero no me hables de su cordialidad respecto de mi persona. Y ahora, dime, ¿a qué viene esta conversación?

—Es difícil hablarte ahora—dijo Krassín, suavizando un poco la voz y procurando tomar un tono amistoso y confidencial—; verdaderamente, Jorge, te has hecho insoportable. Y

(1) Diré algunas palabras de la carrera ulterior de Kviatkovsky, que prueba que fui un excelente profeta, lo cual no era muy difícil. Como un año y medio después de mi salida de la "Arkos", fué llamado a Moscú, so pretexto de un ascenso. Fué arrestado y acusado de un montón de estafas. Tratando de disculparse y de evitar la condenación a muerte, echó sus crímenes a cargo de Krassín. La Prensa internacional habló largamente de su proceso, y hasta se publicó que había sido fusilado. Pero nadie sabe la verdad de lo que a este asunto se refiere y yo también lo ignoro. Sería provechoso saber esa verdad, porque nos permitiría formarnos una idea completa de ese héroe soviético.

en fin de cuentas, tienes razón. Lo que tú ves, pienso que existe..., una gran laguna en nuestra organización, es decir...

Vaciló, y yo intervine:

—¿A qué andar buscando palabras? Sería tan sencillo decirme que esa laguna consiste, como me lo dice todos los días Kviatkovsky, en que no tenemos presidente, director general... Y yo añado que esas funciones deberían confiarse a Kviatkovsky... ¿Tengò razón?

—Sí, precisamente de eso te quería hablar—repuso satisfecho Krassín—; todo bien visto, yo te considero como el único candidato serio, pero...

Vaciló de nuevo, y de nuevo me vi obligado a acudir en su ayuda:

—Inútil, amigo mío, tratar de dorarme la píldora. No tienes más que continuar...; me he hecho odioso a los ojos del Gobierno de Moscú, y no te atreves a hacer alusión a mi candidatura. Y así, te ves obligado a hacer tu elección en Kviatkovsky. ¿No es así?

—Sí, eso es, poco más o menos—murmuró con voz algo lánguida.

—Pues ahora, tengo que decirte yo unas palabras. Todo se hará como desees. Pero acuérdate que protesté con todas las fuerzas de mi alma contra esa decisión, y no tendré reparo en decir mi opinión en la reunión del Consejo en que presentes ese proyecto, que es una villanía. Una villanía, no por lo que a mí toca, ciertamente, sino por lo que hace a la causa, pues has resuelto dejar entrar en el huerto una mala bestia. Oyelo bien: me opongo a esa candidatura, no por sentimiento de envidia, sino porque ese macho cabrío llenará el huerto de su hedor, devorará todas sus hortalizas, y le ensuciará... ¡He terminado! El porvenir demostrará si tengo razón o no. En cuanto a mí, he resuelto desde hace tiempo, sin comunicar a nadie mi resolución, dejar la "Arkos" en la primera ocasión.

Dos o tres días después de esta conversación, Krassín propuso en la junta general de accionistas (sébase que esta reunión era una pura comedia), el crear en la "Arkos" los cargos de presidente del Consejo de Administración y de director general. Todos los miembros votaron en favor de aquella proposición levantando la mano.

Sólo yo no la levanté.

—Y tú, Georguy Alexandrovitch—preguntó Krassín—, ¿no has levantado la mano, tal vez por casualidad?

—No, sino a sabiendas—respondí.

A continuación, Krassín propuso confiar los nuevos cargos a Kviatkovsky. De nuevo votaba yo en contra.

Después de la reunión Kviatkovsky vino a mí; trató de entablar conversación en tono sincero y amistoso, diciéndome que mi voto le había apenado profundamente, que él daba mucho valor a mi opinión, etc.

—Te suplico, Alejandro Alexandrovitch—le respondí con calma, pero con la mayor repugnancia—, que dejemos estas conversaciones y estos cumplimientos. Todos estos trucos apenas me interesan; tú has obtenido lo que deseas, pues no hablemos más de ello. Te deseo éxitos semejantes para adelante...

Animado con los resultados de la elección, siguió adelante con sus designios, reduciendo el oficio de director a nada o casi nada. Escogió los servicios más lucrativos, como el comercial, a cuyo frente puso a su amigo Vinokurof, que empezó a arramblar todo a diestro y siniestro. En una palabra, aquello fué otra vez una verdadera "Gukovstchina". En calidad de director general, Kviatkovsky asumió todas las negociaciones referentes a créditos y transacciones con los contratistas. Valiéndose de su influencia, y uniéndose cada vez con más intimidad con Krassín y Klychko, empezó, primero ocultamente y luego al descubierto, a hacerme la vida intolerable, y a quitarme un cargo tras otro. Puso especial empeño en privarme de la dirección del servicio de recepción. Pero le enseñé los dientes, y aseguré que no dejaría ese servicio, cuyo cargo era revisar todos los suministros, cualquiera que fuese su destino. Presenté argumentos puramente formales: que había yo sido encargado de aquel servicio por Krassín, que era el accionista principal de la "Arkos" (si no me engaño, él tenía el 95 por 100 de las acciones); Krassín había confirmado la creación del servicio (por decreto, según la expresión de Klychko), y sólo Krassín me le podía quitar. En esta ocasión mi viejo amigo me sostuvo, pero la hostilidad general iba en aumento de día en día respecto a aquella oficina, donde yo reinaba como amo y señor, porque el simple hecho de su existencia privaba a los contratistas de la posibilidad de entenderse directamente con los órganos de compra. Más de una vez Kviatkovsky me dió a entender de una manera indirecta, pero bastante clara, que él

pondría fin a las persecuciones dirigidas contra mí, si me avenía a renunciar a ese servicio en su favor.

—Oye, Georguy Alexandrovitch—decía, procurando dominar a duras penas su cólera—: se trata de una sección de las más importantes, ya que su misión es inspeccionar todos los *stocks*, y también las mercancías de exportación; y así debería estar sometida a la competencia del director general. Mientras tú dirijas ese servicio, el verdadero director general eres tú y no yo. Gracias a la situación que has logrado, dispones de un arma formidable... Deberías cedérmela.

—Jamás la cederé—respondí—, aunque no sea más que por no enojar a mi antiguo amigo Krassín, que me suplicó que me encargase de este servicio.

—Créeme, Georguy Alexandrovitch, si me dejas esa oficina, desempeñaría el cargo tan bien como tú...

—Sí, pero es el caso que no tengo confianza en ti—repuse sin rodeos—: mientras no me pongas a la puerta de la "Arkos", no renunciaré a mi cargo. Si en algo estimo todavía mi situación, es únicamente porque, gracias a ella, yo os tengo en mi poder, lo mismo que a Vinokurof y compinches, y os hago tascar el freno.

—Y si Krassín te quitara ese cargo, ¿qué harías?—preguntó cerrando a medias sus estrechos ojos.

—¿Que qué haría yo?... Procura tú obligar a Krassín a que me le quite, y entonces verás lo que haré... Pero te prevengo que, si Krassín me desautoriza, tiene que hacerlo por escrito, y estoy cierto que no lo hará jamás.

Tuvimos muchas conversaciones por el estilo. A Krassín nada le dije de ellas, y yo continuaba siguiendo la línea de conducta que me había trazado. Kviatkovsky intentó sacar la cuestión en casa de los Krassín, en presencia de Liubov Vassilievna, pero yo la cortaba al punto con bromas, que irritaban grandemente a mi rival. He de decir, con sentimiento de profunda satisfacción, que Krassín guardaba en estas ocasiones el más estricto silencio, dando así pruebas de su solidaridad conmigo.

Kviatkovsky dirigió un informe a Krassín, al fin del cual le pedía un aumento de sus emolumentos, diciendo que, en calidad de director general, no podía vivir con cien libras al mes; pedía, además, la firma de un contrato que previera los daños y perjuicios en caso de destitución. Krassín empezó por



no dar curso al informe, y le rechazó de una manera brusca. Pero más tarde, sin duda "trabajado" fuera de la "Arkos", terminó por acceder. Desde entonces Kviatkovsky recibió doscientas cincuenta libras al mes (los directores no recibían más que ciento), y obtuvo la firma de un contrato que le garantizaba unas dos mil libras en caso de destitución. Vinokurof obtuvo también un contrato que le aseguraba cien libras al mes, y tres mil libras en caso de destitución. Para terminar, diré que después de mi salida de la "Arkos" este individuo, viéndose por fin libre, desplegó una actividad en la "Gukovstchina", tan "fructuosa", que hubo de ser destituido, y recibió las tres mil libras garantidas por el contrato.

La "Gukovstchina" iba creciendo, cobraba fuerzas, y los caudales públicos se sumían en los bolsos de los héroes de Londres. La irritación contra el servicio de recepción aumentaba igualmente, y se convirtió en odio declarado. Y como yo simbolizaba ese servicio, naturalmente yo fui el blanco principal de aquel odio. Kviatkovsky no cesaba de tomar consejo con sus acólitos, para ver la manera de ahogarme, aunque fuese en una jicara de agua.

Esta jicara me fué ofrecida por fin, pero... no quedé ahogado. La rechacé con toda sencillez, y sin saltar muros ni barreras, dejé el servicio soviético, a pesar de la insistencia de Kviatkovsky y de Krassín, que querían imponerme otro nuevo puesto.

Pero de ello hablaré en el capítulo siguiente.

XXXIV

La "Arkos" fué poco a poco quedando envuelta en las nieblas de la noche. Kviatkovsky y compañía robaban y saqueaban sin empacho, en la medida que la sección de recepción, que yo tenía con mano fuerte, les permitía. Muy pronto vimos aparecer un nuevo personaje, al que Moscú había confiado el cargo de director y miembro de nuestro Consejo de Administración: Felipe Rabinovitch. Era un comunista. A propósito, me olvidé de decir que Kviatkovsky no era miembro del Partido y se gloriaba de ser un hombre "libre".

El nuevo director, Rabinovitch, que parecía estar muy bien enterado por yo no sé qué informador, empezó a tratarme de la manera más grosera. Tipo menudo, ágil, de mirada penetrante,

te, muy brutal cuando las circunstancias se lo permitían, muy ordinario cuando no podía sacar las uñas. Si no me engaño, actualmente está en una de las instituciones soviéticas de París.

No hablaré mucho de su actividad en la "Arkos". Bastará decir que se alió inmediatamente con mis enemigos, con los cuales, sin embargo, tenía frecuentes altercados. Pero me veo obligado a decir algo de su obra en cuanto comunista. Nuestra célula había establecido como regla que todo comunista llegado a Londres debía leernos una relación sobre la situación general. Para la mayor parte, estas relaciones se reducían a débiles balbuceos; los relatores no hacían sino repetir "que no había nada que señalar en el frente", "que la población estaba muy próspera", que "la moral era buena", que "las bases comunistas se fortificaban sin cesar", etc., etc. Rabinovitch nos hizo también una de esas relaciones estereotipadas, que nos leyó durante una reunión de la célula. Pero luego hizo una relación suplementaria ante los miembros más importantes de la célula. Esto no pasaba antes de la proclamación de la *Nep* por Lenín; y Rabinovitch nos dijo abiertamente que la situación económica en Rusia estaba en plena decadencia, que la economía rural, a pesar de todos los esfuerzos hechos para levantarla, se arruinaba a todo correr, que la masa de campesinos daba muestras de un descontento creciente, que a veces tomaba la forma de manifestaciones públicas, y que los soldados se ponían de parte de los campesinos, rehusando emplear las armas contra sus hermanos. Habló también del descontento de los obreros, que también amenazaban al régimen, y de huelgas sofocadas con las armas tchekistas. La burguesía comenzaba a levantar cabeza, y en el seno del ejército se notaba efervescencia.

—De modo, camaradas—terminó Rabinovitch—, que los fenómenos que acabo de notar brevemente, inspiran viva inquietud a nuestros directores; más de una vez en las reuniones rigurosamente secretas nuestros jefes han presentado la cuestión siguiente, en forma, es verdad, puramente académica: *¿No será tiempo de reconocer paladina y francamente nuestro fracaso, y de entregar el poder a un grupo político que se preste a asumir la responsabilidad?*

Nos dió cuenta también del rumor que corría de que, a consecuencia de la tensión existente y de la imposibilidad de

llevar adelante la política del comunismo integral, Lenin tenía la intención de virar hacia la derecha. En efecto, poco después del discurso de Rabinovitch, se proclamó en Rusia la Nueva Política Económica o *Nep*. Kviatkovsky, que volvía de Moscú (pues iba allá frecuentemente para arreglar sus pequeños asuntos), me dijo lleno de gozo que el orden antiguo renacía en Rusia, que estábamos al comienzo del fin del comunismo, que la burguesía levantaba cabeza, y que la *Nep* era el primer paso dado por Lenin en vista de la liquidación definitiva del régimen. Porque Ilyitch se había dado cuenta que no conseguía quebrantar y convertir hacia el comunismo a los burgueses, a los obreros y campesinos rusos; y como en otro tiempo Alejandro II, había resuelto hacer la revolución desde arriba, sin esperar a que un movimiento que viniera de abajo deshiciera el comunismo y derrotara al poder. Se decía también que Lenin estaba muy enfermo, y que en las esferas ultracomunistas se había decidido quitarle el poder.

Interpretando falsamente estos sucesos, y juzgando que al presente todo era permitido, Kviatkovsky empezó a activar en el seno de la "Arkos" la política de la "Gukovstchina", que él asemejaba a la *Nep*. Contando con el concurso del nuevo director Rabinovitch y de una turba de individuos que trabajaban entre bastidores, redobló la energía, luchando encarnizadamente contra mí, y quitándome, como dejo dicho, un cargo tras otro. Se me privó del servicio de finanzas y de contabilidad y se dió a Rabinovitch. Pero no cedí el servicio de recepción, perfeccionándole sin cesar, y extendiendo considerablemente su competencia (1).

Así mantenía yo bajo un régimen de terror a los "caballeros de la "Gukovstchina"; pero lo que con ello conseguía era aumentar al mismo tiempo su rabia impotente. No he de pasar en silencio que en este punto fui siempre apoyado por Krasín, cuya conducta y estado de ánimo en esta época, permanecieron a mis ojos completamente enigmáticos. Misterio que no cesa de preocuparme...

(1) Así, por ejemplo, establecí una sección especial de muestras, formando un sistema de rigurosa clasificación, de registro y de sellos (tenía que habérmelas con verdaderos estafadores). Yo conservaba las muestras en los sótanos de la Soviet-House; y nadie, fuera de mis empleados de confianza, tenía derecho para penetrar en aquellos almaces. Estos son aquellos subsuelos que tanto dieron que hacer a la policía inglesa.

Diré de paso que en noviembre de 1922 llegó a Londres una comisión de inspección; estaba compuesta por Avenessof (miembro del Colegio de la Inspección Campesino-Obrera y de la Vetcheka), del célebre comunista antirreligioso Emiliano Yaroslavsky, y de un obrero ya provento, Popof. Esta comisión ignoró totalmente el hecho de mi existencia, recorrió los servicios, se apoderó de ciertos archivos, y pasó el tiempo charlando amistosamente con Felipe Rabinovitch.

Podría citar todavía muchos detalles concernientes a la "Arkos" y a su actividad. Pero no haría más que repetirme, contando sin cesar el mismo pillaje, los mismos robos, las mismas estafas... Pienso que el lector, aunque sea amigo mío, experimenta fatiga con la continuidad de una lectura tan monótona...; en fin, las dimensiones mismas de mi obra deben señalar un término a mis deseos.

Pero tengo que contar todavía la historia de la "jícara de agua", en la que, como dije más arriba, Kviatkovsky y su compadre trataron de ahogarme...

En el mes de setiembre recibí del Tribunal Superior una demanda de información, a la que iba unida una hoja destinada a mi respuesta. Tratábase en sustancia de la compra de un lote de Salvarsán, por valor de unas trescientas libras esterlinas, que me había suministrado un cierto R-n., cuando mi destino en Reval (en la tercera parte de esta obra hablé extensamente de esta transacción). El Tribunal Superior me preguntaba si sabía yo que los análisis efectuados en Moscú habían mostrado que el Salvarsán era falsificado. Mi respuesta fué que el lote había sido comprado a R-n. por vía de remuneración de sus servicios de espía, y a petición de nuestro agente militar Steninger; que el recibo de la mercancía le había hecho Yuzbachef, etc. Dos años habían pasado desde esa compra, y este hecho me parecía bastante sospechoso, pero no le di importancia, figurándome que serían cosas de la lentitud administrativa.

Pero, según me di cuenta más tarde, ése era el lazo que mis enemigos me habían puesto.

Kviatkovsky volvió de Moscú a principios de noviembre. Antes de estar conmigo, había contado a todo el mundo que yo había sido citado ante el Tribunal Superior, acusado de haber entregado Salvarsán falsificado, y que había sido llamado a Moscú a ese efecto. Felipe Rabinovitch se presentó en mi

casa para preguntarme si era verdad. Y ésa fué la primera noticia que tuve del caso.

—¿Cómo se atreve a contar tales cosas—exclamó indignado Rabinovitch—, cuando tú las ignoras? Yo no entiendo por qué toma ese aire triunfante; hablaba de este incidente saboreándose con su relato, y diciendo que al presente tú podías estar seguro de tu hazaña...

Supe también que Kviatkovsky había hecho el viaje de Rusia con Krassín, que se detuvo en Berlín en casa de Stamo- niakof (representante comercial), donde se encontraba también la señora Krassín. Esta vino a Londres en compañía de Kviat- kovsky. Yo la visité durante la tertulia en su casa, en la que precisamente se hallaba Kviatkovsky. Me recibió con exagera- da cordialidad, y me dijo en medio de la conversación:

—Ya sabes, Jorge, que tendrás que ir a Moscú...

—¿Por qué voy a tener que ir?

—Pues a fin de consolidar la situación... Hace tiempo que no has estado allá..., tú no conoces todavía a Frumkin, el nue- vo agregado de Leónidas en el Narkomvneshtorg..., a todo trance debes, de cuando en cuando, ir a Moscú..., si no, se te olvidará...

Y la señora Krassín se interrumpió, como quien trata de recordar una cosa. Después añadió en tono descuidado:

—Hay también esa historia del Salvarsán, que tendrás que esclarecer...

Comprendí que estaba a punto de tramarse una nueva in- triga. Persuadido que esa historia del Salvarsán no era más que un "truco" inventado por mis enemigos, pues la compra de que se me acusaba se había hecho a petición de Steninger, y, según las exigencias del Spoteksak, tenía el convencimiento de que los poderes encargados de la instrucción no podían ciertamente ignorar esos detalles. Además me parecía sospe- choso el hecho de que se levantara tanto ruido por un negocio de unos cientos de libras, cuando en Reval habían pasado su- mas inmensas por mis manos. Y tanto más, cuanto que, a pe- sar de la opinión desfavorable que de mí se había concebido, el centro me hacía justicia, reconociendo que yo no era un la- drón. En una palabra, cuantas consideraciones hacía me per- mitían concluir que aquel incidente había sido maquinado con la intención de hacerme ir a Moscú.

¿Pero con qué fin? Sabía yo que Kviatkovsky trabajaba

contra mí, buscando sin cesar la ocasión de echarme a pique, y que yendo frecuentemente a Moscú, dirigía contra mí una campaña, porque yo le impedía entregarse a sus estafas. Era evidente que se había exhumado este negocio con la intención de comprómetirme. Se trataba de llevarme a Moscú, y una vez allí deshacerse secretamente de mí...

En el tiempo de mis servicios en Londres, mi salud tuvo grandes quebrantos. Este "truco", preparado con tanta astucia, tuvo por efecto hacer mi situación todavía más precaria y de agravar mi enfermedad cardíaca. Cuando me hallaba en las oficinas de la "Arkcs", me vi acometido de una crisis de suma gravedad. Los médicos que se llamaron a la "Arkos" me condujeron a casa y me ordenaron que suspendiera todo trabajo y que consagrarse seis meses a un reposo completo y a un tratamiento médico. Si no, ellos no respondían de mí.

Algunos días más tarde recibí la visita de Kviatkovsky, que me anunció que el Consejo de Administración, deseando conservar la vida de un colaborador tan "valioso", había resuelto obligarme a tomar una larga licencia y había votado para ese efecto la cantidad de 400 libras.

Kviatkovsky me aconsejó instantemente que partiera para Berlín, donde mis "amigos" me cuidarían y velarían por mí. Pero bien veía yo que se trataba de tenderme un nuevo lazo; sin embargo, hice como que mordía el anzuelo, respondiendo que la idea era excelente, y que lo pensaría. Insistió él una y otra vez sobre la oportunidad del proyecto.

Luego, en seguida, recibí la visita de Silaief. Con su habitual lealtad me dijo que había oído una conversación entre Kviatkovsky y Vinokurof acerca de mí:

—Tú no debes ir a Moscú, Georguy Alejandrovitch—dijo Silaief—; la historia del Salvarsan no es más que un pretexto, te quieren fusilar... Kviatkovsky lo tiene todo preparado. Se te detendrá en la frontera, y en seguida vendrá el fin... Te ruego que no vayas, y no creas una palabra de cuanto te dice Kviatkovsky. Todo ello es pura mentira.

Tras madura reflexión, decidí no ir a Moscú. Era evidente que algo se preparaba contra mí, y la versión dada por Silaief no me parecía inverosímil... Kviatkovsky continuaba insistiendo sobre lo mismo, y una tarde en que jugaba a la baraja en casa de los Krassín, dejó la partida para saludarme y de nuevo se puso a hablarme de Berlín.

Decidí con firmeza no seguir sus consejos, y a fin de ocultar mis designios, decía a todos, excepto a mis colaboradores más inmediatos, que me iba a Suecia. Obtuve en seguida un pasaporte sueco (entonces se hallaba en el poder Branting) y se le enseñaba a todo el mundo. Mientras tanto, determiné ir a Bélgica, donde, hacía ya mucho tiempo, había pasado dos años. (Después de mi deportación a Siberia, el Gobierno imperial ruso había conmutado mi pena en destierro. Con esta ocasión me establecí en Bruselas, donde viví dos años, es decir, hasta el fin de la condena. Recordaba con reconocimiento esta mi estancia en Bélgica, donde los extranjeros gozan de plena libertad.)

Saqué el pasaporte belga, y el 8 de diciembre de 1922 dejaba Londres y me trasladaba a Bruselas por la vía Harwitch. Guardé secreto sobre el día de mi partida, y solos dos colaboradores, que sabían la fecha y el fin de mi viaje, vinieron a despedirse de mí a la estación.

Este viaje se hizo sin entorpecimiento alguno, y el 9 de diciembre me hallaba en Bruselas. Los últimos acontecimientos me habían dado el golpe de gracia; caí enfermo, y haciendo que me trasladaran en seguida al hospital, me instalé luego en una habitación privada, donde permanecí oculto todavía tres meses.

Me hallaba en Bélgica; pero vivía bajo el peso de una grave acusación; verdad que la acusación no había sido formulada claramente, pero me acusaban de una villanía... El estado de mi salud era de lo más precario, y, sin embargo, estaba yo luchando continuamente contra el deseo irresistible de ir a Moscú, y de lanzarme a un combate mortal, a fin de probar mi inocencia. Pero conocedor de los usos soviéticos, estaba persuadido de que no se me concedería manera de justificarme, que sería encarcelado en la Tcheka, y se me mandaría con toda sencillez al otro mundo.

He hablado ya con toda franqueza de las disputas incomprendibles que habían surgido entre mí y Krassín. Mi amigo no está ya en vida, y así proclamo muy alto que jamás llegué a descifrar este enigma. Me siento turbado, perplejo, ante ese pensamiento... Bien sé que se habla muy mal de Krassín. Pero yo, que le he conocido durante tantos años, no creo, no puedo creer en las calumnias divulgadas por la prensa; ésta le presenta como un hombre tan traidor como ruin. Yo recuerdo con

una melancolía natural en mi edad, el error que nos separó, las dudas que abrigué respecto de mi amigo, la frialdad que le mostraba al fin de mi estancia en Londres. E ignorando la raíz profunda de este error, trato de explicármele por el hecho de que su vida era muy difícil, y que estaba atormentado por graves preocupaciones que no se decidía a comunicar a ninguno.

El enigma me parece tanto más indescifrable, cuanto que, después de mi salida de la "Arkos", cambiamos una correspondencia de lo más calurosa y cordial. Un mazo de esas cartas se encuentra sobre mi mesa: Krassín me las escribió, en parte, por su propia mano, con pluma o con lápiz, en parte dictándolas a una mecanógrafa. Agobiado y abrumado de negocios, encontraba tiempo para escribirme, y sus preciosas cartas respiraban amistad y solicitud conmovedora por mí...

Pongo el extracto de una de sus largas cartas (ésta es de cinco páginas), escrita el 25 de enero de 1923. Después de manifestarme su interés por mi salud, Krassín me dice: "La época que atravesamos es tan difícil, tan dura, que sin duda nos veremos obligados no solamente a trabajar, sino a luchar hasta el sepulcro. Por penosa que sea tu situación, y a pesar de todos mis esfuerzos para desembarazarte de todas las molestias causadas por el asunto de Reval, no he conseguido borrarle y te verás obligado a liquidarle por tus propias fuerzas... Estos días, la delegación ha recibido instrucciones de Moscú relativas a tu citación; lo primero que debes hacer es enviar a la delegación, para que ésta le haga llegar al Tribunal Revolucionario Superior, un minucioso certificado del médico, en que declare te es materialmente imposible ir actualmente a Rusia. Tan pronto como yo esté en Moscú (Krassín me escribía unos días antes de partir para Rusia), haré cuanto pueda para convencer a los representantes de la justicia, que tu ausencia es realmente motivada por tu estado de salud"; y más adelante: "Con todo, yo desearía que te llegases a Moscú, no más tarde de marzo o abril, a fin de arreglar ese asunto de Reval mientras esté yo allí; en el caso que se terminara con un proceso, yo estoy dispuesto a figurar personalmente entre los defensores... Puedes tener confianza en mí, yo haré cuanto pueda por terminar con ese asunto, y me aseguraré el concurso de M. y de otros camaradas que te conocen personalmente..." Y Krassín concluía con estas palabras: "Hasta la vista, mi querido Jorge, no te dejes llevar de la tristeza, cobra alien-

tos, a fin de estar alentado lo más posible. Tendremos todavía ocasión de trabajar...”

Al mismo tiempo recibía yo una carta de la delegación, fechada el 26 de enero de 1923, que me adjuntaba la copia de una nota del Narkomvneshtorg del 13 de enero: se suplicaba a la delegación “enviar inmediatamente al camarada G. A. Solomón a Moscú, para ciertos asuntos urgentes”.

No se podía pensar en partir inmediatamente: estaba yo en cama, mis fuerzas se agotaban más y más. El 7 de marzo recibí una nueva carta de la delegación, fechada el 5 de marzo de 1923, y que voy a citar a la letra:

“Querido camarada Georguy Alexandrovitch: Respecto a nuestra carta de 26 de enero, le comunicamos por la presente la copia del telegrama del camarada Krassín, recibido hoy.”

Véase la copia del telegrama: “Suplico trasmitase Solomón: la causa que se le había intentado ha sido suspendida; su presencia inútil, levantada toda restricción.—*Krassín.*”

Así que la pesadilla de aquella absurda acusación se había deshecho. Comencé a reponerme. La liquidación de aquel asunto me permitía separarme lealmente del Gobierno soviético. Pero, antes de hacerlo, resolví poner orden en mí mismo, y no obrar sino después de madura reflexión. Me fuí a Spa, donde seguí un tratamiento severo. En este tiempo cambié nueva correspondencia con Krassín. En respuesta a mi carta, en que le comunicaba que iba mejor, expresó su satisfacción por ello y me hizo saber que la “Arkos” pensaba abrir una sucursal en Ginebra; y me proponía que me ocupase de esa cuestión. Recibí también una carta de Kviatkovsky en el mismo sentido. Conserve esta misiva, lo mismo que las otras cartas que acabo de citar. La de Kviatkovsky está fechada el 31 de mayo de 1923. No le contesté; pero escribí a Krassín que no podía aceptar el ofrecimiento, porque estaba persuadido de que las condiciones de ese trabajo serían las mismas que en Londres. Y me vería obligado a afrontar nuevas intrigas y una nueva “Gukovstchina”. Krassín insistió en su propuesta. Así, por ejemplo, me escribía el 21 de junio del mismo año: “Te aconsejo vivamente que reflexiones sobre la oferta que se te hace; como amigo que soy, te conjuro que no la deseches, y que te consagres a la organización de ese servicio tan importante y tan interesante, tan pronto como se termine tu convalecencia. Si contra lo que yo espero, tropezaras con dificultades de trabajo imposibles,

siempre tendrás tiempo de retirarte”, y más adelante: “lo repito, medítalo con seriedad”. En sus cartas de 5 de junio y de 8 de julio, vuelve de nuevo al asalto.

Reflexioné mucho; y, como resultado, presenté mi dimisión; el 1.º de agosto de 1923 dejaba el servicio soviético.

CONCLUSION

He terminado la relación de los recuerdos relativos a mis servicios soviéticos. Pero antes de poner punto final, juzgo necesario decir algunas palabras a *mi lector*.

El mundo entero atraviesa un período de crisis. La guerra oficial ha terminado. Es moda proclamar que los pueblos del mundo entero han podido respirar, que ahora respiran libremente. Pero lo evidente es que no hay paz en el mundo. Una prueba de ello la tenemos en las perpetuas conferencias, en que se votan sin cesar resoluciones para corregir y completar esa paz que se dice reinar en la tierra. Cada una de esas resoluciones tiene en suspenso a todas las gentes: sus conciliábulos ¿no vendrán a terminar en una catástrofe?, ¿no tomarán la palabra los cañones en vez de los diplomáticos?... Oscuras nubes se ciernen sobre el horizonte político, créese oír ya el retumbar de una tormenta a punto de estallar... En Oriente, el “conflicto” (para hablar pulidamente) entre la U. R. S. S. y la China no está resuelto todavía. La sangre corre..., es vertida por los Gobiernos que han firmado el pacto Kellog. Parece oírse la risa de Mefistófeles, al leer las afirmaciones entusiastas de la Prensa mundial, que declara que ese pacto señala una gran fecha en la historia del hombre; ella resume ese acontecimiento—¡con qué sarcasmo, con qué burla criminal!—en las palabras *la guerra a la guerra*.

Pero no quiero extenderme en lamentaciones inútiles. Dejaré en paz ese pacto; la tiene bien merecida, y me contentaré con decir que respeto esas tendencias de paz y de idealismo expresadas por los defensores de doctrinas humanitarias, por todos esos grandes hombres, los Kellog, los Briand, los Mac Donald, y otros salvadores del género humano. Ellos hacen lo que pueden... Pero no son “más que palabras vanas, un gran templo sin divinidad”.

La Rusia soviética, con un poder militar del cual no pode-

mos hacer más que vagas conjeturas, sigue siendo una amenaza constante para el mundo. Eso es ya una verdad estereotipada, que no hay que probar. En los discursos alarmistas que ellos pronuncian blandiendo las armas y amenazando a todos, los representantes del poder soviético se desgañitan proclamando la libertad del pueblo ruso, de la democracia rusa; procuran, al mismo tiempo, ofrecer el regalo de ese "paraíso", de esa "felicidad absoluta" al mundo, a los pueblos todos; "¡Viva la revolución mundial, que arrancará los pueblos de las garras de los capitalistas, esos tiburones sanguinarios", así proclama el Gobierno de Moscú, formado por un pequeño grupo de hombres que, con la ayuda de la Guepeu, establece la esclavitud y el terror en nuestro grande y admirable país... Y sin embargo, ese Gobierno se parece al árbol cuyas raíces están ya bajo el hacha, y se da cuenta de su ruina inminente. Y así, se esfuerza en provocar una conflagración general. Porque Stalin y compadres esperan aprovecharse de esa conflagración para escapar a la cólera del pueblo ruso, a la cólera del mundo entero. Esa cólera va en aumento, y nadie sabe la hora en que esa poderosa batería acabará por estallar.

Sábese qué sumas tan colosales se han empleado por el Gobierno soviético con el fin de fomentar la revolución mundial, y qué riquezas se entregan para ese efecto al Comintern y a sus agentes. El mundo entero habla de ello, y yo también hablo en estos modestos recuerdos.

Pero ¿quién les ha dado ese poder, esas armas, que han creado ese ejército de mercenarios con el cual amenazan al mundo?

¿Quién?

Responderé sin vacilar a esa pregunta. Esas fuerzas de que disponen y con que amenazan destruir la civilización, las ha suministrado el mundo civilizado. Sí, los países civilizados y los Gobiernos que han reconocido el Gobierno soviético, y que han entablado relaciones económicas con la U. R. S. S., dándole así la posibilidad de procurarse el equipo y las municiones para su ejército rojo (a precios exorbitantes, es verdad, a causa de la "Gukovstchina"). Esos países, que han tratado de evitar la crisis económica y de buscar un mercado, venden toda clase de mercancías a la U. R. S. S. En lucha contra el paro, buscan salida a sus industrias, entran en relación con la U. R. S. S., suministrándole armas, municiones, etc. Bajo

esos auspicios entabló relaciones Inglaterra con la Rusia soviética: durante las elecciones, el célebre hombre de Estado de tendencias humanitarias, Mac Donald, y sus colegas prometieron a los parados (que representaban votos) restablecer esas relaciones, para poner fin al paro...

Así, pues, Inglaterra ha empleado una vez más el procedimiento "pedagógico" imaginado en otro tiempo por Lloyd George. Schiller ha dicho: "Tratad al ladrón como un hombre honrado, y dejará de robar". Haciendo aplicación de este principio idealista, otros Gobiernos se apresuraron a contar con los Soviets, representados por un grupo de usurpadores, en nombre de los Estados europeos. Pero los Soviets no desean adherirse a esas instituciones internacionales que unen, bien que mal, a los Estados europeos; porque una tal asimilación equivaldría a la desaparición total del comunismo, en virtud de la ley de absorción. La U. R. S. S. no se aprovecha de su reconocimiento por los otros países sino en la medida que necesita para conservar su personalidad: se contenta con participar en el comercio internacional (los créditos) y con asegurar la inmunidad diplomática para sus representantes de todos los grados. Esa inmunidad, instituída por el derecho internacional burgués, y que tan profundamente desprecian los Litvinof y los Tchitcherín, es explotada, lo más posible, por la oligarquía soviética. Correos provistos de valijas diplomáticas van y vienen sin cesar entre el Comintern (la organización privada, dependiente del Partido, que no participa en el Gobierno soviético) y las delegaciones que se encuentran en el extranjero. Baste recordar el 1.º de mayo y el 1.º de agosto del año pasado...

Es claro que los jefes de Moscú deben su poder a la política de los Estados civilizados. Es claro que, teniendo armas y disponiendo de todos los productos necesarios, esos jefes pueden, no tan sólo ya existir y atormentar a su talante la democracia rusa, sino que tienen la posibilidad de amenazar al resto del mundo.

Para concluir esta obra, querría dirigir algunas palabras a mis antiguos colegas, con los que he colaborado durante mis servicios soviéticos, a mis camaradas que me han ayudado a luchar contra la "Gukovstchina". Sí, con la mira puesta en ellos, escribo estas últimas palabras:

“Ya la segur está puesta a la raíz del árbol. Todo árbol que no da buen fruto, será cortado y echado al fuego.”—S. LUC. 3, 9.

Yo creo, estoy firmemente persuadido, que el reinado de las tinieblas que se ciernen sobre Rusia y sobre el mundo, se acerca a su fin. Ya los sátrapas soviéticos se ven cercados por todas partes por la ira, la gran ira popular. Presa de un terror loco, siguen el camino prescrito por la historia de los pueblos. Se hacen cada día más feroces, derraman olas de sangre humana, se estrangulan a sí mismos, y cada día imaginan suplicios cada vez más espantosos. Han transformado todo el país en una cabeza de muerto, *pero esa cabeza de muerto continúa vertiendo lágrimas de sangre!*

Ya las ratas escapan del buque, huyen a cada momento. Me dirijo a mis amigos, a mis colaboradores. Son numerosos. Ojalá puedan, con el ánimo que en ellos admiro, salir de las filas paladinamente, y no a manera de ratas que huyen furtivamente del barco en peligro. Que proclamen lealmente, a la faz de la historia y del mundo, si he dicho la verdad en estas páginas. Conozco de antemano su respuesta, porque no hay dos para mi pregunta. Que vengan a reforzar mi testimonio. No todo está muerto en Rusia. La *verdad* no está muerta; el *honor* no está muerto; y *el gran amor por nuestra gran patria* crece y se sazona cada día, *rociado con lágrimas de sangre*. Por esta verdad y por este amor, he considerado los cinco años de mi servicio soviético como un grande y abrumador pecado, y otra vez digo a mis compañeros de poco ha:

—*¡Respónded!*

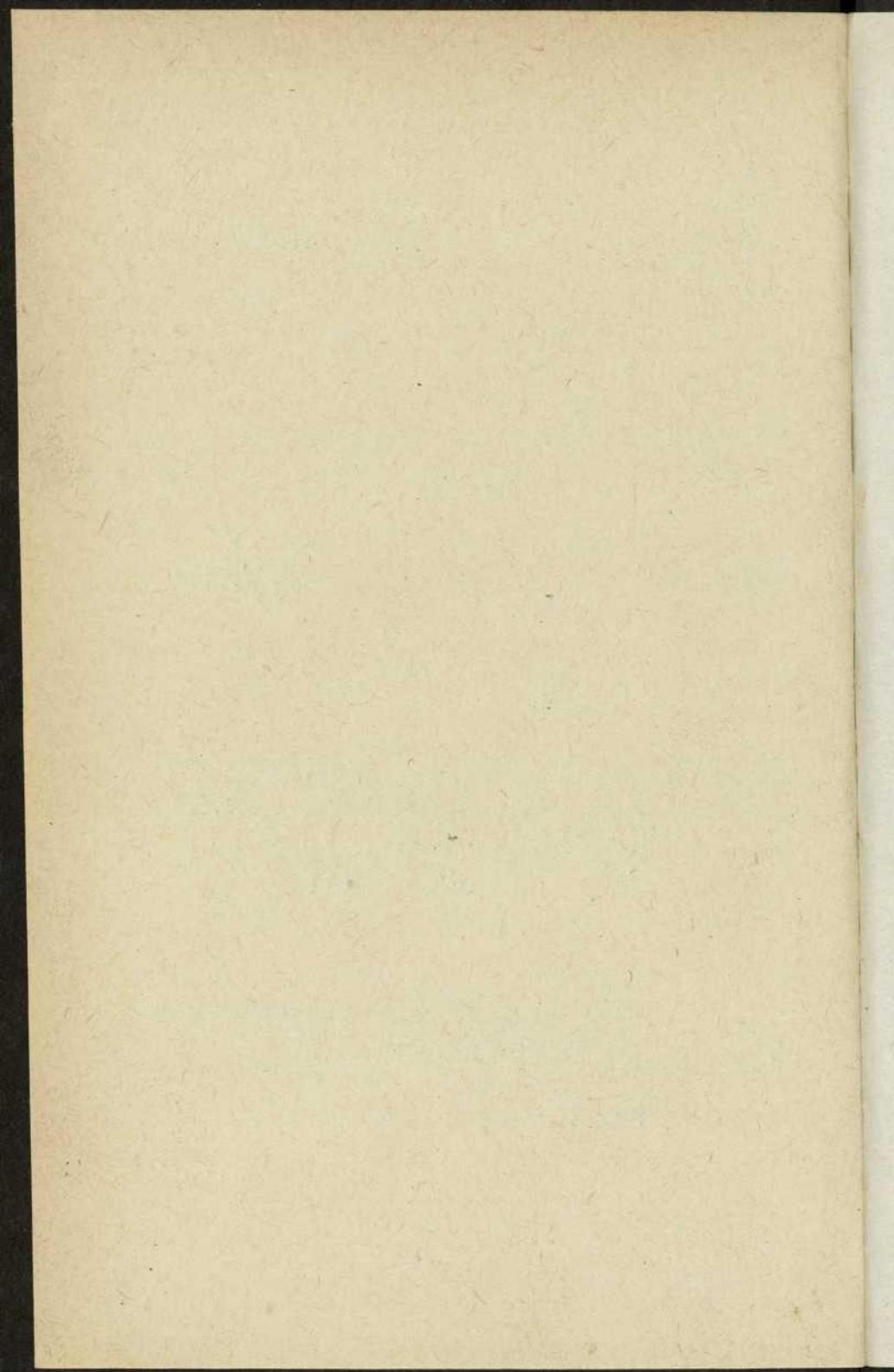
Un gran pensador alemán, que no es todavía estimado en lo que vale, ha dicho:

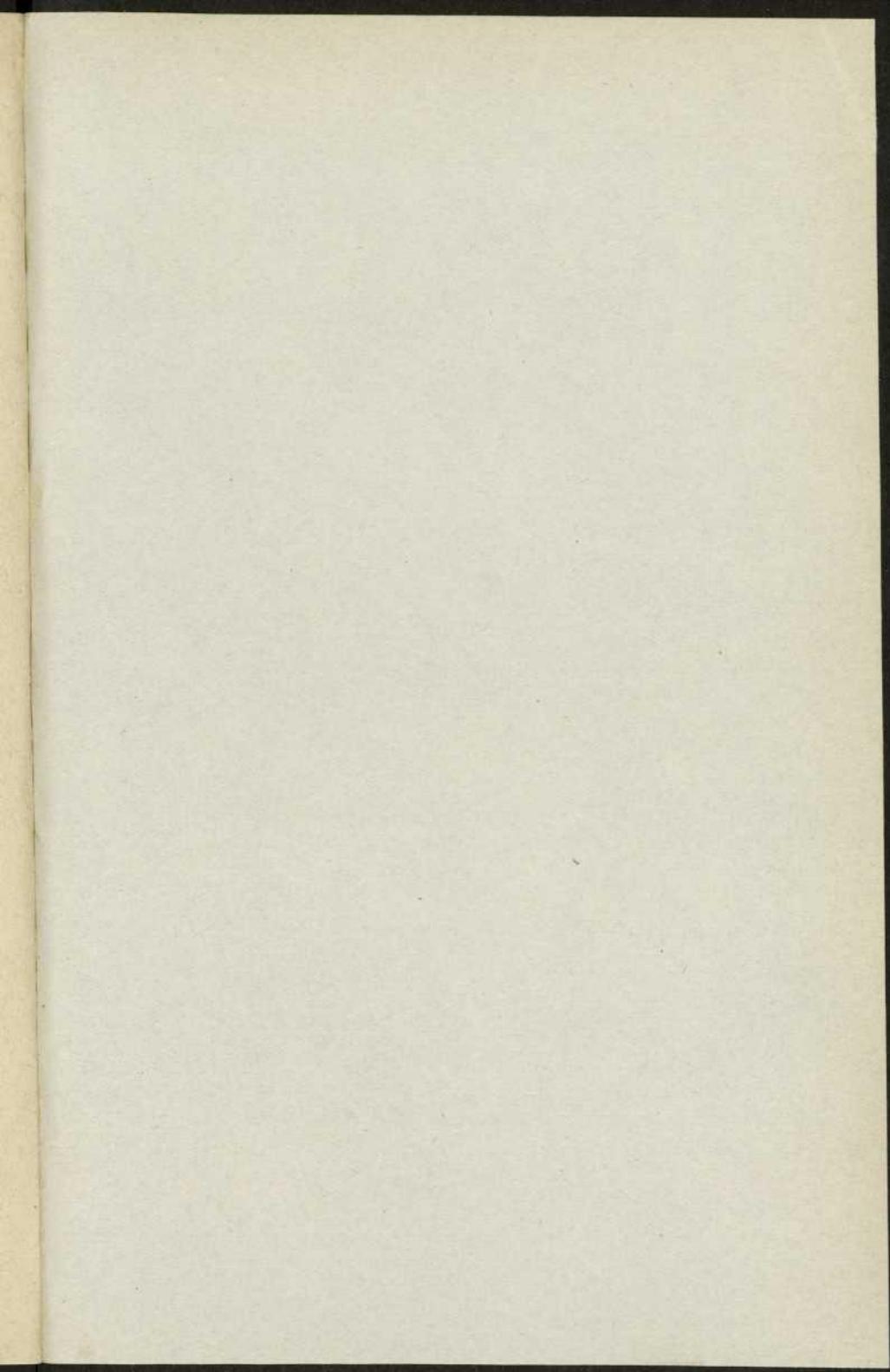
“Amigos míos, ¿soy cruel? Me contento con proclamar: ¡si alguna cosa está a punto de caer, empujadla!”

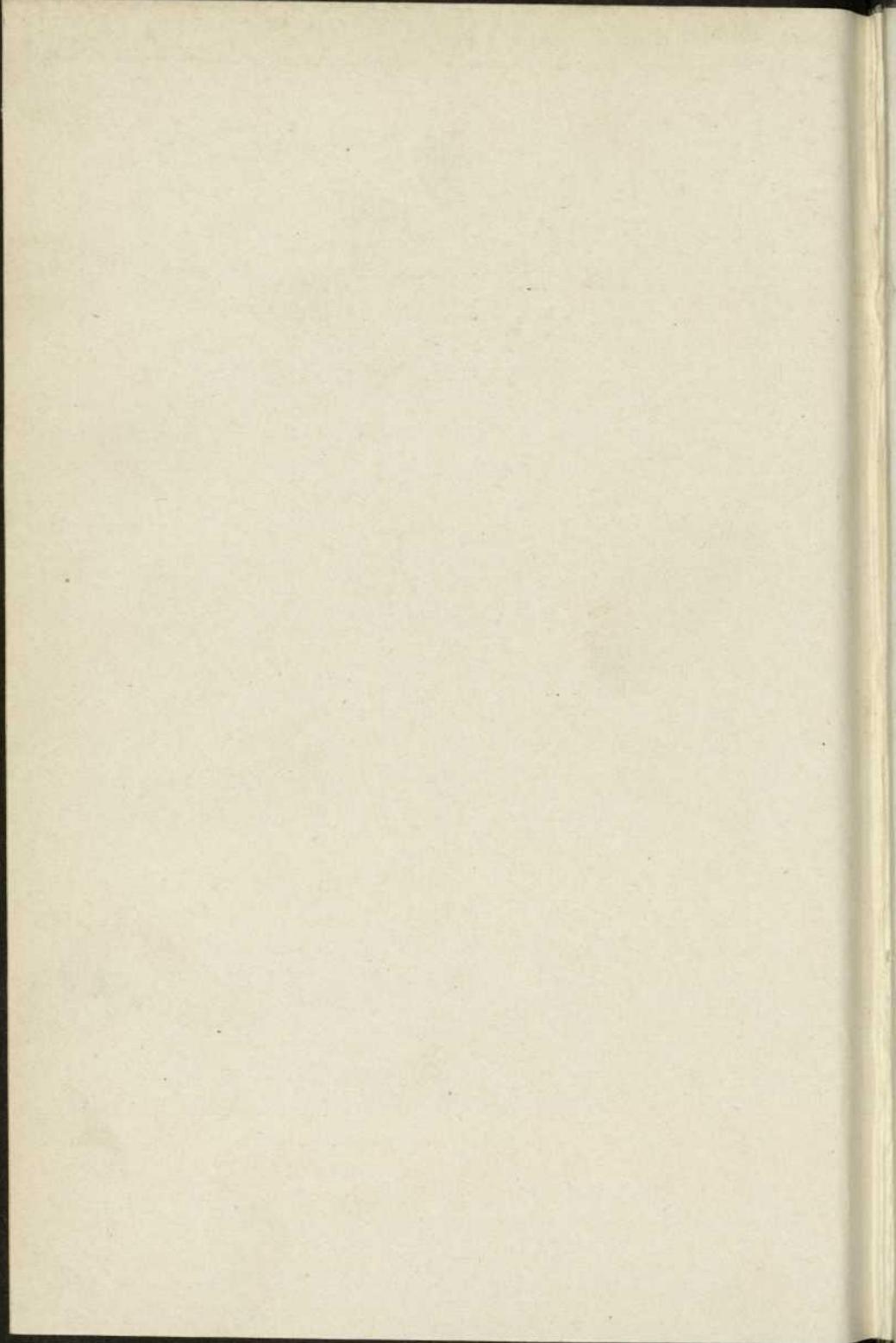
Las tinieblas se disipan. Ojalá desaparezcan para siempre. Ojalá salga el sol sobre una Rusia libre. Ojalá resucite, y se levante con toda su talla de gigante, y de nuevo vuelva a formar parte de la familia de pueblos civilizados, estigmatizando ante la historia los *nombres ignominiosos, los nombres de los directores soviéticos*.

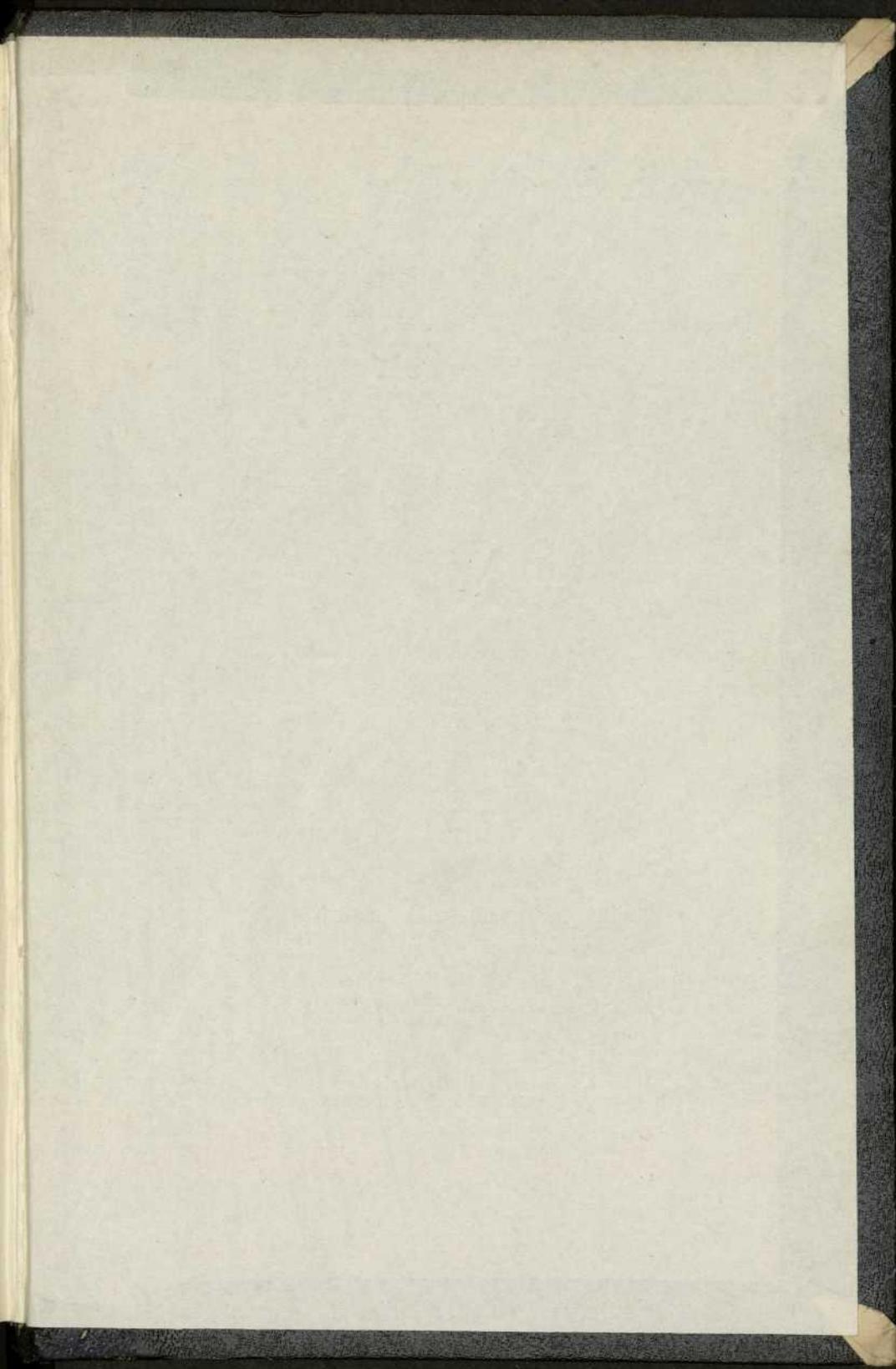
INDICE

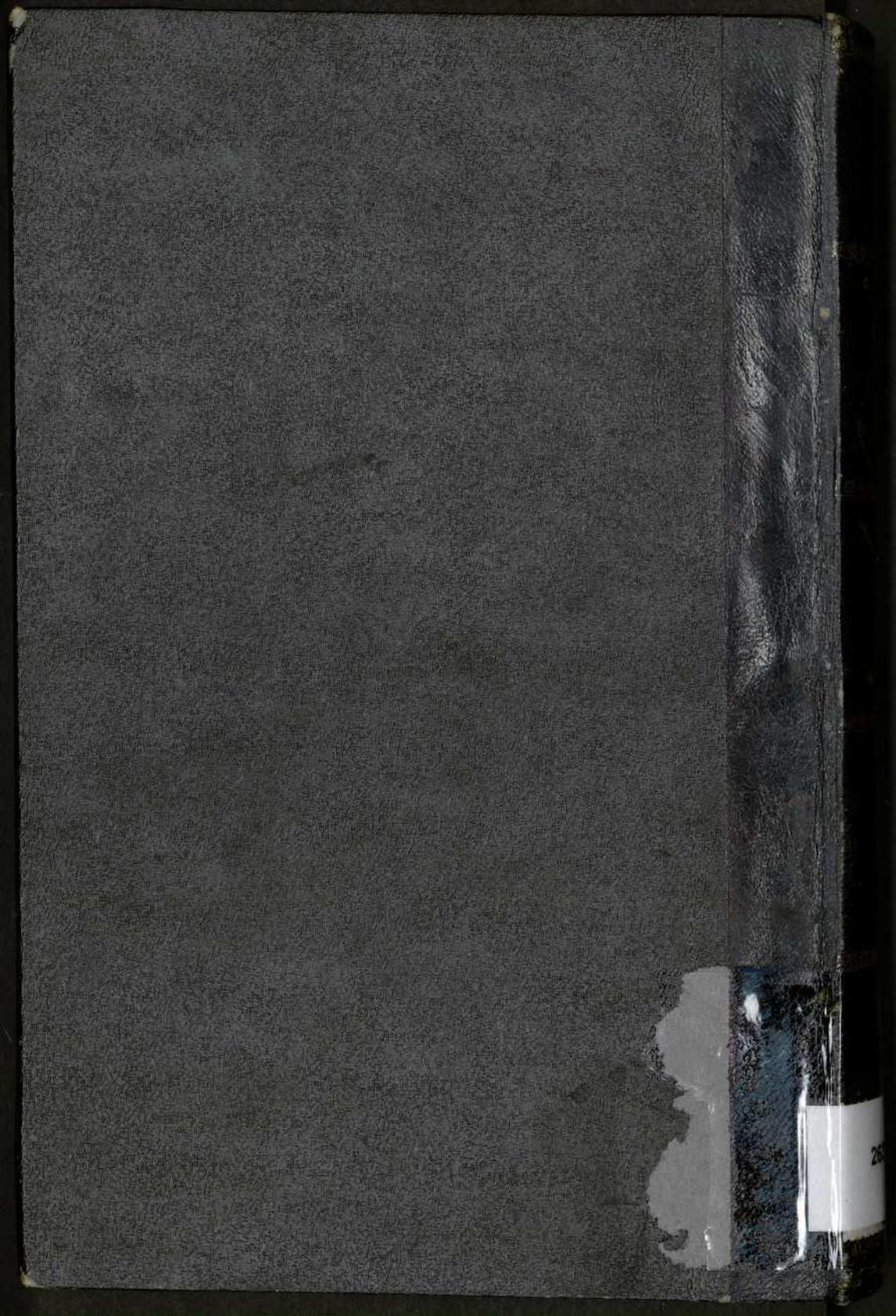
	Págs.
Prólogo del autor a la edición española	5
Portada	9
Introducción	11
Primera parte: Mis servicios en Alemania	30
Segunda Parte: Mis servicios en Moscú	58
Tercera parte: Mis servicios en Estonia	117
Cuarta parte: Mis servicios en Inglaterra	212
Conclusión	267











28

美 國 學 校 書 院

美 國 學 校 書 院

G. SOLOMON

ENTRE

LOS JEFES

BOLCHEVIQUES

美 國 學 校 書 院

美 國 學 校 書 院

美 國 學 校 書 院

26323

BIOTECA PUBLICA

美 國 學 校 書 院